

DAPHNE DU MAURIER

---

*Los lentes azules y otros relatos*

EDITORIAL DE EDICIONES SELECTAS S. R. L.  
BUENOS A I R E S

Queda hecho el depósito que marca la ley 11. 723

Prohibida la reproducción.

Copyright © by

Editorial de Ediciones Selectas

Buenos Aires, 1961

Título de la obra en inglés:

THE BREAKING POINT

Traducción de:

ANA O'NEILL

**IMPRESO EN ARGENTINA  
PRINTED IN ARGENTINA**

**Perú 1186 - Buenos Aires  
Editorial de Ediciones Selectas**

# ÍNDICE

La Coartada	6
Los Lentes Azules	34
Ganímedes	61
El Estanque	89
La Archiduquesa	109
La Amenaza	135
El ante	161
<i>Los señoriales</i>	182

**NOTA:**

En la vida de todo individuo llega un momento en que debe hacer frente a la realidad. Cuando tal cosa sucede, el eslabón que une a la emoción y a la razón, parece distenderse hasta el límite de la resistencia. Suele romperse. En esta colección de cuentos, hombres, mujeres, niños y hasta una nación entera, son llevados hasta ese momento decisivo. Juzgue el lector, en cada caso, si el eslabón resiste o se rompe.

## LA COARTADA

Como todos los domingos, los Fenton paseaban a lo largo del terraplén. Al llegar al Albert Bridge se detuvieron, también como de costumbre, para decidir si lo cruzarían en dirección a los jardines o bien seguirían hacia los galpones de los botes. Continuando su propio hilo de pensamientos, la señora Fenton dijo:

Cuando lleguemos a casa, hazme acordar de hablar por teléfono a los Alhuson, para que traigan las bebidas. Esta vez les toca a ellos venir a vernos.

Fenton miraba sin ver, el tránsito de la calle: un camión que cruzaba el puente a excesiva velocidad, un coche sport con el escape ruidosamente abierto, una niñera de uniforme gris empujando un cochecito con un par de mellizos idénticos, de rostros redondos como quesos holandeses, que al llegar al puente dobló hacia la izquierda, hacia Battersea.

¿Hacia dónde? preguntó a su esposa, mirándola sin reconocerla, bruscamente invadido por la sensación abrumadora y horrible de que, tanto ella como todas las otras personas que caminaban a lo largo del terraplén o cruzaban el puente, no eran más que pequeñas marionetas saltarinas manejadas por medio de una cuerda. Hasta los pasos que daban eran bruscos, irregulares, sólo una imitación espantosa de lo verdadero, de lo que debía ser, y el rostro de su esposa los ojos de porcelana azul, la boca demasiado pintada, el sombrero de primavera colocado en airoso ángulo, no era más que una máscara pintada a la ligera por la mano del Maestro la misma mano que sostenía las marionetas sobre un trozo de madera muerta, de la misma clase que se usa para los palillos de los fósforos, que era el mismo material de que estaban hechos los muñecos. Se apresuró a apartar los ojos de su mujer y fijándolos en el pavimento, trazó de prisa un cuadrado, con la punta del bastón, marcando el centro con un punto. Se oyó decir:

No puedo seguir...

¿Qué te pasa? le preguntó su mujer. ¿Te dio la puntada?

Comprendió que debía tener cuidado. Cualquier intento de explicar derivaría en azoradas miradas de los enormes ojos azules, y preguntas no menos azoradas y urgentes; entonces volverían sobre sus pasos a lo largo del odioso terraplén, mientras el viento que esta vez soplaría misericordiosamente a favor, los empujaría hacia la muerte de las horas futuras, tal como la marea del río, que pasaba junto a ellos, arrastraba ramas y cajas vacías hacia el inevitable y maloliente lecho fangoso bajo de los muelles.

Con astucia, reordenó sus palabras, buscando tranquilizar a su mujer:

Quiero decir que no podemos ir más allá de los galpones. Es un punto muerto. Y tus tacos... le miró los zapatos tus tacos no sirven para ir caminando hasta Battersea. Yo necesito hacer ejercicio y tú no puedes acompañarme. ¿Por qué no te vas a casa? De todos modos, la tarde no es gran cosa...

Su mujer levantó la vista hacia el cielo opaco, cubierto de nubes bajas. Afortunadamente para Fenton, una ráfaga de viento hizo temblar su tapado, demasiado liviano, y tuvo que alzar la mano para sostener su sombrero airoso.

Me parece que lo voy a hacer le contestó ella, y añadió, vacilante: ¿Estás seguro de que no tienes la puntada? Te veo pálido...

No, estoy bien insistió él. Solo caminaré más rápido...

Y viendo que en ese momento se acercaba un taxímetro con la banderilla levantada, agitó el bastón haciéndole señas para que se acercara.

Sube dijo a su mujer. No vale la pena que te resfríes...

Y, antes de que ella pudiera contestar, abrió la portezuela del coche y dio la dirección al conductor. No hubo tiempo para discutir. Mientras el taxi se alejaba, la vio luchar con la ventanilla cerrada, gritándole algo respecto a que no llegara tarde, y a los Alhuson. Siguió con los ojos al vehículo hasta que desapareció por el terraplén. Y fue como si viera desaparecer para siempre una etapa de su vida.

Echó a andar de nuevo, esta vez alejándose del río. Dejando atrás los ruidos y el movimiento del tránsito, tomó por la conejera de estrechas callejuelas que lo separaban de Fulham Road. Su única finalidad era perder la propia identidad y borrar del presente todos los ritos del domingo, que lo aprisionaban.

Hasta ese momento no se le había ocurrido nunca la idea de huir. Pero apenas su esposa dijo: "Cuando lleguemos a casa hazme acordar de llamar a los Alhuson. Les toca a ellos venir a vernos", fue como si algo se conectara bruscamente en su cerebro. Por fin pudo comprender lo que sucede al hombre que, a punto de ahogarse, ve pasar por su mente todo el panorama de su vida. El timbre de la puerta de calle, las alegres voces de los Alhuson, las bebidas preparadas sobre el aparador, las palabras que se cambiaban de pie, y, de inmediato, el acto de sentarse; todas estas cosas se convirtieron en otras tantas piezas de gobelino que formaban su vida de prisionero, que empezaba todos los días en el momento en que se corrían las cortinas, se tomaba el té matutino, se comenzaba a leer el diario, tomando luego el desayuno en el pequeño comedor con la llamita azul del gas ardiendo apenas, por economía, después el viaje en *subte* hasta el centro, las horas de metódico trabajo en la oficina, el regreso a casa también en *subte*, tratando de leer el diario de la tarde en medio de la multitud que lo comprimía el ademán de depositar su sombrero, su abrigo y su paraguas en el vestíbulo, el sonido del televisor en la salita, mezclándose, tal vez con la voz de su esposa que hablaba por teléfono... Y era invierno, o verano, o primavera, u otoño, tan sólo porque, a medida que cambiaban las estaciones, se renovaban las fundas de las sillas y del sofá de la salita, o los árboles de la calle aparecían desnudos o cubiertos de hojas.

"Les toca a ellos venir a vernos": los Alhuson aparecían saltando y gesticulando al extremo de su cuerda, hacían una reverencia y desaparecían. Los dueños de casa que los recibieran, se convertían, a su vez, en sonrientes y saltarines invitados, como parejas de baile siguiendo las figuras de una música antigua.

De pronto, al detenerse junto al Albert Bridge y escuchar el comentario de Edna, el tiempo cesó, o, más bien, para ella continuó como siempre: los Alhuson responderían al llamado telefónico, y se pondrían en su sitio para bailar. Pero para él, todo había cambiado. Tuvo conciencia de una potente sensación de fuerza. El control estaba en su poder. Suya era la mano maestra que hacía brincar las marionetas. La pobre Edna que marchaba a casa a toda prisa, dentro del taxímetro, para cumplir su papel predestinado de preparar las bebidas, arreglar los almohadones, sacar las almendras saladas de la lata, la pobre Edna no tenía la menor idea de que su marido había traspuesto los límites y entrado en una nueva dimensión.

Las calles se hallaban sumidas en la apatía dominical. Las casas cerradas tenían un aire lejano, ausente. Esa gente no sabe pensó Fenton no sospecha siquiera que un solo gesto mío, ahora, puede cambiar su mundo. Golpeo una puerta sale alguien: una mujer bostezando, un viejo en chancletas, una criatura a quien enviaron sus padres, irritados... De acuerdo a mi voluntad, a lo que yo decida, su suerte quedará echada... Un rostro deshecho a golpes. Un crimen. Un asalto. Un incendio.

¡Todo era tan sencillo!

Consultó su reloj. Las tres y media. Optaría por un sistema numérico: seguiría

caminando otras tres cuadras, luego contaría la cantidad de letras que tuviera el nombre de la tercera calle, y ése sería el número de su destino.

Echó a andar de nuevo, airosamente, sintiendo que su interés iba en aumento. Nada de hacer trampas, se dijo: tanto daba que fuera una cuadra de departamentos o de fábricas. Tal como sucedieron las cosas, la tercera calle era muy larga y se hallaba flanqueada por sórdidas casonas de la época victoriana que, cincuenta años atrás, debían haber sido importantes residencias, pero ahora, convertidas en departamentos o pensiones, nada conservaban de su antiguo esplendor. La calle se llamaba Boulting. Ocho letras: número ocho. Cruzó, confiado, y empezó a buscar la numeración, sin dejarse amedrentar por los empinados escalones, las puertas sin pintar, ni los sombríos subsuelos y el aspecto general de pobreza y deterioro que tanto contrastaba con el de su propia calle Regency, de puertas bien pintadas y macetas en las ventanas.

La casa número ocho no resultó distinta de sus compañeras, excepto, quizás, que su puerta era aún más pobre que las otras y más mísero el encaje de las cortinas que cubrían los cristales de las largas y feas ventanas de la planta baja. Una criatura de unos tres años un varoncito de rostro pálido y ojos sin expresión, estaba sentado en el escalón de arriba, atado al quitabarro, de modo tal que no podía irse. La puerta de entrada estaba abierta. James Fenton subió los escalones y buscó el timbre. Habían pegado un papel con las palabras "No funciona". Más abajo se veía el cordón de una antigua campanilla. Naturalmente, sería cuestión de segundos desatar a la criatura, ponérsela bajo el brazo y desaparecer, eliminándola luego, de acuerdo al humor o a la fantasía del momento. Pero se le ocurrió que la violencia no resultaba indicada todavía. Lo que él necesitaba era disfrutar, durante el mayor tiempo posible, de su sensación de poder.

Tiró del cordón de la campanilla. Se oyó un débil tintineo al fondo del oscuro vestíbulo. El pequeño lo miró con indiferencia. Fenton se apartó de la puerta y observó la calle: un plátano de tronco pardo, cubierto de manchas amarillentas, comenzaba a echar sus hojas nuevas; a sus pies, un gato negro se lamía una patita lastimada. Saboreó la espera, deliciosa a causa de la incertidumbre. De pronto oyó que abrían la puerta y una voz de mujer, con acento extranjero, preguntaba:

¿Qué desea?

Se sacó el sombrero, sintiendo el violento impulso de contestarle: "He venido a estrangularla. A usted y a su hijo. No tengo motivo alguno. Sucede simplemente que soy el instrumento del destino". Pero no dijo nada de esto y se limitó a sonreír. La mujer era tan pálida como el chiquillo del escalón, tenía los mismos ojos sin expresión e idénticos cabellos lacios. Podría haber andado tanto por los veinte como por los treinta y cinco años. Llevaba puesto un saco de punto, demasiado grande, y como la pollera, oscura y deforme, le llegaba hasta los tobillos, parecía cuadrada.

¿Alquila habitaciones? preguntó Fenton.

Los ojos opacos se iluminaron de pronto, esperanzados, casi como si ya hubiera dejado de creer en la posibilidad de que le formularan semejante pregunta. Pero el resplandor se apagó bruscamente y los ojos volvieron a quedarse sin expresión.

La casa no es mía contestó. Antes, el dueño alquilaba cuartos, pero ahora dice que la van a derribar, a ésta y a las de al lado, para hacer casas de departamentos...

¡Ah!... Entonces... ¿Ya no alquilan cuartos?

No, el dueño dice que no vale la pena, que en cualquier momento puede venir la orden de demolición. Me paga algo por cuidar la casa, hasta que la tiren abajo. Vivo en el subsuelo...

¡Ah! volvió a exclamar Fenton.

Pareció que la conversación hubiese terminado. Pero Fenton no se movió. La joven,



o la mujer podía ser cualquiera de las dos cosas miró hacia donde estaba el niño, y le ordenó que se quedara quieto, aunque apenas si lloriqueaba.

Supongo que no me podría subalquilar una habitación en el subsuelo ¿verdad? Podríamos hacer un arreglo entre nosotros, mientras usted siguiera aquí. Creo que el dueño no tendría inconveniente...

La vio esforzarse para pensar. Evidentemente, no lograba asimilar semejante propuesta, por parte de una persona como él. Y, como la sorpresa es la mejor forma de ataque, Fenton aprovechó la oportunidad:

Sólo la necesitaría por unas horas al día... No sería para dormir...

La muchacha lo miró: traje de *tweed*, apropiado para Londres o el campo, chambergo, bastón, rostro de tez fresca, aparentando cuarenta y cinco o cincuenta años... el esfuerzo por entender resultó superior a sus fuerzas y Fenton vio cómo los oscuros ojos se dilataban y perdían aún más su expresión, mientras trataban de conciliar el aspecto del visitante con su inesperado pedido.

Pero... ¿para qué quiere el cuarto? preguntó por fin vacilante.

Ahí estaba el quid de la cuestión. "Para asesinarte, mi querida, a ti y a tu hijo, y cavar un foso en el piso y enterrarlos bajo las tablas". Pero todavía no.

Es difícil de explicar contestó, con viveza. Soy profesional. Trabajo mucho, últimamente se han producido algunos cambios en mi situación y necesito disponer de un cuarto donde pasar algunas horas al día, completamente solo. No se imagina el trabajo que me dio encontrar el lugar adecuado. Este me parece ideal... miró de nuevo la casa vacía, la criatura, y luego agregó, sonriente: Su niño, por ejemplo, tiene la edad justa. No molestaría nada...

Una semblanza de sonrisa cruzó la cara de la mujer:

Oh, no, Johnny es muy callado. Se queda sentado horas y horas. No molestaría para nada. Pero la sonrisa vaciló y volvió la duda: No sé qué decirle... Vivimos en la cocina, con el dormitorio al lado. Hay otro cuarto al fondo, donde guardo unos cuantos muebles viejos, pero no creo que le gustaría mucho. Claro, depende de lo que usted quiera hacer...

Se le apagó la voz. Esa apatía era precisamente lo que Fenton necesitaba. Se preguntó si la mujer dormiría muy profundamente. Tal vez tomaba drogas, como parecían sugerirle sus oscuras ojeras. Tanto mejor. Además, era extranjera. Había demasiada gente de esa clase en el país.

Si usted me muestra el cuarto, en seguida me daré cuenta...

Inesperadamente, la mujer se volvió y lo condujo a través del pasillo estrecho y sombrío. Sin dejar de murmurar pedidos de disculpas encendió la luz y bajó, seguida de Fenton. Naturalmente, éstos habían sido los cuartos de servicio de la residencia victoriana. La cocina, el fregadero y la despensa se habían convertido en el "living", la cocinita y el dormitorio de la mujer. El cambio había hecho aún más notable su sordidez. Los feos caños, la caldera inútil, el viejo fogón, pintados de blanco y bien limpios, podrían haber tenido, en algún tiempo, cierto aspecto eficiente. Hasta el aparador, que seguía ocupando su antiguo lugar cubría casi por completo una de las paredes, habría resultado adecuado cincuenta años atrás, repleto de cacerolas de reluciente cobre y elegantes servicios de mesa, mientras un cocinero uniformado, agitando los brazos llenos de harina, gritaba sus órdenes a un pinche del fregadero. Ahora, la sucia pintura color crema se desprendía en escamas, el gastado linoleum del piso estaba roto y, en cuanto al aparador, sólo contenía objetos diversos que nada tenían que ver con su finalidad primitiva: un viejo aparato de radio con la antena suelta, montones de revistas y diarios viejos, un tejido sin terminar, juguetes rotos, trozos de torta, un cepillo para los dientes, varios pares de zapatos... La mujer miró a su alrededor con aire de impotencia:

No es fácil... dijo. Con una criatura... Hay que estar ordenando todo el tiempo...

Era evidente que no hacía tal cosa, que se había dado por vencida y que el desorden que aparecía por todas partes era su respuesta a los problemas de la vida. Pero Fenton no dijo nada, se limitó a asentir gravemente con la cabeza y a sonreír. A través de una puerta entreabierta alcanzó a ver la cama sin hacer, lo que corroboraba su teoría respecto al sueño pesado de su interlocutora el campanillazo debió haberla despertado. Al advertir la dirección de su mirada, ella se apresuró a cerrar la puerta, y, en un esfuerzo semiconsciente por ponerse presentable, se abotonó el saco y se alisó el cabello con los dedos.

Y... ¿cuál es el cuarto que usted no usa? preguntó él.

Sí..., ¡Ah, sí! Sí, claro... respondió con tono vago e inseguro, como si ya hubiera olvidado la finalidad para que lo trajera al subsuelo. Le mostró el camino a lo largo del corredor, pasando por un depósito de carbón esto resultaría muy útil más adelante, pensó Fenton y un cuarto de baño con una bacinilla en el umbral y unos trozos del "Daily Mirror" en el suelo. La puerta del otro cuarto estaba cerrada.

No creo que sirva suspiró, vencida de antemano.

La verdad, no hubiera servido a nadie que no estuviera animado de la energía y voluntad de Fenton. La puerta se abrió rechinando, y, mientras la mujer cruzaba la habitación para correr la cortina un pedazo de la tela que se usaba para oscurecer durante la guerra la humedad lo golpeó con tanta fuerza como si de pronto lo hubiera alcanzado una bocanada de niebla del río. Además, el olor a gas era inconfundible. Los dos lo reconocieron al unísono.

Sí dijo la mujer huele muy mal. Tienen que venir a arreglarlo, pero nunca lo hacen...

Al correr la cortina para que entrara aire, se rompió la varilla y la tela cayó al suelo. A través del vidrio roto de la ventana saltó hacia adentro el gato negro con la patita lastimada que Fenton había advertido frente a la casa, al pie del plátano. La mujer intentó ahuyentarlo, sin resultado. El gato, habituado al lugar, se escurrió hacia un rincón, saltó dentro de una caja, y se acurrucó para dormir. Fenton y la mujer miraron a su alrededor.

Sí, me vendrá muy bien dijo él observando apenas las paredes oscuras, la extraña forma de la habitación parecía una L y el techo demasiado bajo. Vaya, si hasta hay un jardín... y acercándose a la ventana contempló el pedacito de tierra y piedras, al nivel de su cabeza, que en un tiempo fuera cuidado jardín.

Sí dijo la mujer. Es cierto... hay un jardín... y se acercó para mirar también ella, el deslucido rincón al que acababa de dar nombre tan falso. Después se encogió de hombros y siguió diciendo: Es muy tranquilo, como usted ve, pero no da mucho sol; mira al norte...

Me gusta que una habitación mire hacia el norte... repuso él, distraídamente, imaginando ya la estrecha zanja que podría cavar para su cuerpo: no había necesidad de hacerla muy honda. Volviéndose hacia la mujer calculó su tamaño, el largo y el ancho y, al ver asomar a sus ojos una mirada de comprensión, se apresuró a sonreír, para hacerla entrar en confianza.

Pintor... ¿verdad? preguntó ella. Le gusta la luz del norte...

Se sintió enormemente aliviado... pero claro: pintor... Si ahí estaba la excusa que necesitaba. Todas las dificultades estaban resueltas...

Veo que ha adivinado mi secreto le contestó con aire astuto, y su risa resultó tan genuina que hasta él mismo se sintió sorprendido. Empezó a hablar muy rápido: Pero sólo durante unas horas. Por la mañana tengo que trabajar, pero después quedo en libertad. Y entonces puedo dedicarme a lo mío. No se trata de un pasatiempo, sino de una verdadera pasión. Pienso hacer una exposición, más adelante. Usted comprenderá, entonces, lo indispensable que me resulta encontrar un lugar como... éste. Y señaló la habitación que

sólo podía resultar atractiva para el gato. Pero su confianza era contagiosa y logró hacer desaparecer por completo los restos de dudas y preguntas que aún asomaban a los ojos de la mujer.

Chelsea está llena de pintores... ¿no es cierto? comentó ella. Así dicen, por lo menos, yo no sé. Creí que los estudios tenían que estar en lo alto, para tener buena luz.

No hace falta. No me dejó influenciar por esas modas. Total... al atardecer oscurece. Supongo que hay electricidad...

Sí... la mujer se acercó a la puerta e hizo girar la llave de la luz. Una polvorienta y descuidada lamparilla inundó la habitación de luz cruda.

Excelente. Esto es todo lo que necesito y sonrió al rostro tristón de la mujer. Pobrecita, sería mucho más feliz cuando estuviera dormida... Como el gato. En realidad, era una buena acción poner fin a su sufrimiento.

¿Puedo mudarme mañana? le preguntó:

Vio aparecer de nuevo a sus ojos la expresión de esperanza que advirtiera cuando inquiriera si tenía cuartos para alquilar. Pero la expresión cambió de inmediato, transformándose en embarazo o, tal vez, en intranquilidad.

Todavía no me preguntó...el precio le dijo.

Lo que usted quiera cobrarme contestó Fenton, haciendo un ademán para demostrar que ese aspecto del asunto no tenía importancia.

Ella tragó saliva, sin saber, evidentemente, qué pedir. De pronto, encendiéndosele de rubor el pálido rostro, sugirió:

Será mejor que el dueño no sepa nada. Le diré que usted es un amigo mío... Podría pagarme una o dos libras por semana, si le parece y lo miró, vacilante.

Por cierto, decidió Fenton, nadie más debía intervenir en este asunto. Podría trastocar sus planes.

Le pagaré cinco libras, en billetes, por semana, a partir de hoy le dijo.

Buscó la billetera y extrajo cinco libras flamantes. La mujer tendió la mano tímidamente, sin apartar sus ojos del dinero, mientras él lo contaba.

Ni una palabra al dueño. Si le preguntan algo, dígales que su primo, el pintor, ha venido a visitarla.

Ella lo miró. Sonrió, por primera vez, como si esas palabras, dichas en tono de broma, y la entrega del dinero, hubieran establecido entre ellos una suerte de vínculo.

Usted no se parece mucho a mi primo le dijo, ni tampoco a los pintores que conozco. ¿Cómo se llama?

Sims contestó de inmediato Marcus Sims. Y se preguntó por qué había pronunciado instintivamente el nombre de su suegro, un procurador que falleciera hacía muchos años y por quien sintiera cordial antipatía.

Gracias, señor Sims. Mañana por la mañana limpiaré a fondo su habitación. Como primera medida sacó al gato de la caja y lo obligó a huir por la ventana.

¿Traerá mañana sus cosas?

¿Mis cosas?

Lo que necesita para trabajar. ¿No usa pintura y otras cosas por el estilo?

¡Ah, sí, claro!... Sí, tengo que traer mi equipo. Volvió a mirar a su alrededor. Nada de carnicería, sin embargo. No quería sangre ni suciedad. La solución estaba en asfixiarla, a ella y a la criatura, mientras dormían. Sería lo más humano.

No tendrá que ir muy lejos para comprar la pintura. En King's Road hay negocios de esa clase. He visto muchas veces a los pintores por allí. Hay tablas y caballetes en las vidrieras...

Fenton se llevó la mano a la boca para ocultar una sonrisa. Era realmente conmovedor comprobar cómo lo aceptaba ella. Demostraba tanta confianza, tanta tranquilidad...

La muchacha volvió a enseñarle el camino de salida y pronto se encontraron de nuevo en el vestíbulo.

Me alegro tanto... dijo Fenton. A decir verdad, ya estaba empezando a desesperarme...

Ella se volvió y le sonrió por sobre el hombro:

También yo. Si usted no hubiera aparecido... no sé qué hubiera hecho...

Juntos se detuvieron en lo alto de la escalera. Qué cosa tan sorprendente, que Dios lo hubiera hecho llegar en el momento oportuno... La miró, azorado.

Entonces, ¿también usted tiene problemas?

¿Problemas? Ella hizo un ademán y de nuevo afloró a su rostro la expresión de apatía y desesperación. Ya es bastante ser extranjera, y que el padre de mi hijo se vaya y me deje sin dinero, y no saber adonde acudir... Le aseguro, señor Sims, que si usted no hubiera venido... no terminó la frase pero miró hacia la criatura atada al quitabarros y se encogió de hombros. Pobrecito, Johnny no tiene la culpa...

Pobrecito de veras comentó Fenton. Y pobrecita usted... Le aseguro que haré cuanto esté de mi parte para poner término a sus dificultades...

Usted es muy bueno. Se lo agradezco mucho...

Todo lo contrario: soy yo quien agradece a usted e hizo una ligera reverencia, rozando con la mano la cabeza del niño. Adiós, Johnny... Hasta mañana.

Su víctima lo miró inexpresivamente.

Adiós señora... señora...

Kaufman. Me llamo Ana Kaufman...

Lo siguió con los ojos, mientras bajaba los escalones y atravesaba el portón. El gato se le escurrió entre las piernas, de regreso a la ventana rota. Con un floreo de su bastón, Fenton se despidió de la mujer, del niño, del gato, de todos los componentes de la sórdida mansión.

Hasta mañana volvió a decir en alta voz y se alejó calle abajo con el paso brioso de quien está a punto de iniciar una gran aventura.

Al llegar a su propia puerta de calle su buen ánimo no había desaparecido aún. Abrió, usando su llave, y subió las escaleras tarareando una canción de treinta años atrás. Como siempre, Edna estaba hablando por teléfono. Se oía la interminable conversación de mujer a mujer. Sobre la mesita de la sala ya habían sido preparadas las bebidas, los

bocadillos para el cocktail y los platillos de almendras saladas, la cantidad de vasos significaba que tendrían visitas. Edna tapó con la mano el receptor:

Van a venir los Alhuson. Les pedí que se quedaran a cenar.

Su marido sonrió, asintiendo con la cabeza. Aunque faltaba mucho para la hora habitual, se sirvió una copa de Jerez, para completar la perfecta conspiración que acababa de vivir. Edna dejó de hablar por teléfono y se acercó:

Tienes mejor aspecto le dijo. Te hizo bien caminar...

La inocencia de su mujer lo divirtió tanto que estuvo a punto de ahogarse.



Fue una afortunada coincidencia que la joven mencionara los implementos propios de un pintor. Qué tonto habría parecido si al día siguiente se hubiera presentado con las manos vacías. Tuvo que salir temprano de la oficina y embarcarse en una expedición para proveerse de toda la parafernalia necesaria. No escatimó gastos: caballete, telas, tubos y tubos de pintura, pinceles, trementina... En vez de unos paquetitos, se encontró con unos paquetazos imposibles de transportar sin ayuda de un *taxi*. Esto no hizo más que aumentar su excitación. Tenía que desempeñar bien su papel. El empleado del negocio, contagiado del entusiasmo de su cliente, aumentaba sin cesar la lista de pinturas. Manipulando los tubitos y leyendo los nombres, Fenton se sintió invadido por una intensa satisfacción. Las palabras "cromo", "siena" y "terreverte", se le fueron a la cabeza como vino y no pensó en limitar sus compras. Por fin consiguió arrancarse a la tentación y subir a un taxímetro, cargado con sus compras. "Calle Boulting N° 8". La nueva dirección, en lugar de la familiar, aumentó el atractivo de la aventura. Cosa extraña: a medida que se acercaba a su destino, le parecía que las casas ya no eran tan sórdidas. Verdad que hoy no soplaban viento y que, de a ratos, brillaba el sol: se insinuaban ya los largos días de abril. Pero no era ése el motivo. La verdad era que la casa N° 8 parecía aguardarlo con aire de expectativa. Pagó al conductor y, mientras sacaba los paquetes del taxímetro, vio que en lugar de la oscura cortina que antes cubriera la ventana del subsuelo, habían colocado otra color mandarina, violentamente chillona. Apenas había terminado de darse cuenta de este detalle, que ya las cortinas eran corridas y aparecía la mujer con el chiquillo en los brazos el pequeño rostro sucio de dulce y lo saludaba con la mano. El gato saltó desde el alféizar y se le acercó ronroneando, frotando su arqueado lomo contra las piernas de Fenton. El taxímetro se puso en marcha y la muchacha salió a recibirlo:

Hemos estado esperándolo toda la tarde. ¿No trajo más que eso?

¿Le parece poco? contestó él, riendo.

Lo ayudó a bajar las cosas. Al pasar por la cocina vio que, además de las cortinas, se habían hecho otros intentos de arreglo: las hileras de zapatos habían desaparecido bajo el aparador, junto con los juguetes, y sobre la mesa se veía un mantel para el té.

¡Si usted supiera cuánta tierra había en su cuarto! Estuve limpiando casi hasta media noche...

No debió haberlo hecho. No valía la pena, por tan poco tiempo...

Bruscamente, ella se detuvo y lo miró otra vez, con su expresión vacía:

¿No va a ser por mucho tiempo, entonces? preguntó, titubeando. Por lo que usted me dijo ayer, creí que se quedaría unas semanas, al menos...

¡Oh, no quise decir eso! se corrigió él, de inmediato sino que, de todos modos, con el desorden que voy a hacer, no valía la pena ponerse a limpiar...

El alivio de la mujer resultó evidente. Consiguió sonreír, y abrió la puerta:

Bienvenido, señor Sims...

La verdad que había trabajado: la habitación tenía otro aspecto, y olía diferente también: ya no era a gas sino a ácido fénico ¿o acaroína?. Bueno, a desinfectante, de todos modos. La tela negra de la ventana había desaparecido; hasta el vidrio estaba arreglado. Y en lugar de la caja donde durmiera el gato, había una mesa, dos sillas destartaladas, y un sillón, forrados con la misma y odiosa tela color mandarina que ya observara en la ventana de la cocina. Sobre la repisa de la chimenea, desnuda ayer, habían colgado un almanaque

con la imagen de la Virgen y el Niño, en gran tamaño y a todo color. Los ojos de la Virgen sonrieron a Fenton, cordiales y pudorosos.

Bueno...Bueno...Yo...y para ocultar su emoción, porque en verdad resultaba sumamente emocionante que la pobre mujer se hubiera preocupado tanto durante lo que sería, probablemente, uno de los últimos días de su vida, Fenton comenzó a desatar sus paquetes.

Permítame que le ayude, señor Sims...

Y antes de que pudiera evitarlo, se arrodilló a su lado y empezó a luchar con los nudos, quitando los papeles y armando el caballete. Juntos, sacaron todos los tubos de pintura, los colocaron sobre la mesa y acomodaron las telas contra la pared. Era divertido, como si se tratara de un juego absurdo. Lo curioso era que ella participara en forma tan completa, aunque sin perder en ningún momento su expresión seria.

¿Qué va a pintar primero? preguntó, cuando todo estuvo en su lugar y hasta hubieron colocado una tela sobre el caballete. Supongo que ya tiene un tema en la cabeza... ¿no es cierto?

Sí, claro... ya tengo un tema... empezó a sonreír.

Tan grande era la fe que hiciera nacer en la mujer, que también ella sonrió de improviso:

Ya sé cuál es su tema...

Sintió que se ponía pálido... ¿Cómo había adivinado?

¿Qué quiere decir? preguntó, con brusquedad.

Johnny...¿no es cierto?

Pero él no podía matar al hijo antes que a la madre. ¡Qué sugestión tan horrorosa!... y ¿por qué quería empujarlo de esta manera? Había tiempo de sobra y, además, su plan aún no estaba bien trazado.

Ella meneaba gravemente la cabeza. Haciendo un esfuerzo, Fenton consiguió volver a la realidad. La mujer se refería a la pintura, por supuesto.

Es usted una mujer inteligente le dijo. Sí, claro, voy a pintar a Johnny...

Es muy buenito, no se va a mover para nada. Si lo ato, quedará sentado durante horas y horas... ¿Quiere que se lo traiga ahora?

No, no... replicó Fenton, impaciente. No tengo apuro. Todavía tengo que pensarlo...

La expresión de la muchacha decayó. Pareció desalentarse. Volvió a mirar a su alrededor, convertido, tan rápida y sorprendentemente, en lo que ella esperaba fuera el estudio de un pintor:

Entonces... déjeme que le sirva una taza de té... murmuró.

Para no discutir, la siguió a la cocina. Sentándose en la silla que ella le acercó, bebió una taza de té y comió sandwiches de "Bovril", sintiendo fija sobre él la mirada de la desarrapada criatura.

¡Pa...! exclamó el niño, de pronto, tendiendo su manecita.

Llama "Pa" a todos los hombres comentó su madre. Aunque el suyo nunca le prestó atención. No molestes al señor Sims, Johnny...

Fenton se obligó a sonreír cortésmente. Los niños lo ponían molesto. Siguió comiendo su sandwich de "Bovril" y bebiendo su té.

La mujer se sentó, acompañándolo, y empezó a revolver su té con aire distraído, hasta que, seguramente, debía estar ya demasiado frío para tomarlo.

¡Es tan lindo tener con quien conversar! exclamó. Me sentía tan sola ¿sabe, señor Sims? Hasta que vino usted... La casa vacía, ni siquiera obreros que entren y salgan... Y el barrio no es bueno. No tengo ni una sola amiga...

Tanto mejor, pensó Fenton. Nadie la echará de menos cuando ya no esté. Habría sido problemático salir bien del asunto si el resto de la casa hubiera estado habitado. Tal como se presentaban las cosas, podía hacerlo en cualquier momento y nadie se enteraría. Pobrecita, no debía tener más de veintiséis o veintisiete años. ¡Qué vida debía haber llevado!

Se fue sin decir nada estaba diciéndole en ese momento. Hacía apenas tres años que vivíamos en este país. No hacíamos más que ir de un lado a otro, sin un trabajo fijo... En un tiempo estuvimos en Manchester, allí nació Johnny...

¡Qué lugar horrible! comentó Fenton, con simpatía. Llueve todo el tiempo...

Yo le decía: tienes que buscarte trabajo fijo y golpeó la mesa con el puño, reviviendo la escena. "No podemos seguir así, no es vida para mí ni para la criatura". ¿Sabe, señor Sims? No teníamos ni siquiera para pagar el alquiler. ¿Qué podía decirle yo al dueño cuando venía a cobrar? Además, siendo extranjeros, siempre andábamos en líos con la policía.

¿Con la policía? preguntó asustado.

Sí, claro... Por los documentos. Usted sabe como es: hay que inscribirse. Hace muchos años que mi vida es desgraciada, señor Sims, ¿sabe? En Austria serví de criada a un hombre malo. Tuve que escaparme; tenía sólo dieciséis años. Entonces, conocí a mi marido, que aún no lo era. Me pareció que por fin había esperanzas, con tal de que pudiéramos llegar a Inglaterra ...

Su voz siguió como un zumbido, mientras le miraba y revolvía sin cesar su té. Su lenta pronunciación germana, baja, agradable y musical, resultaba un acompañamiento adecuado para sus ideas, mezclándose con el tictac de un despertador, y con los golpes que daba el niño, con su cuchara, sobre el plato. Era demasiado recordar que no estaba en la oficina, ni tampoco en casa. Era Marcus Sims, pintor. Un gran artista: si no en pintura, por lo menos en crímenes premeditados. Allí estaba su víctima, poniéndole su vida en las manos, y contemplándolo como si fuera su salvador. En realidad, así era.

Es extraño estaba diciendo ella ahora, lentamente. Ayer ni siquiera nos conocíamos... Hoy le estoy contando mi vida. Usted es mi amigo...

Su sincero amigo le contestó, palmeándole la mano. Se lo aseguro sonriendo, se levantó.

La mujer retiró su taza y su platillo y los llevó a la piletta, luego con la manga de su saco limpió la boca de su hijito.

Y ahora, señor Sims, ¿qué desea hacer primero? ¿Acostarse o pintar a Johnny?

La miró sobresaltado: ¿acostarse? ¿Había oído bien?

¿Qué dice? le preguntó.

Ella esperaba, paciente.



Como usted quiera, señor Sims... repitió. Para mí es lo mismo. Estoy a su disposición...

Fenton sintió que el rubor le invadía el cuello, la cara y la frente. No había duda ni cabía otra interpretación a la sonrisita que ahora intentaba hacerle, ni el movimiento de su cabeza, señalándole el dormitorio. La pobre e infeliz mujer estaba haciéndole una especie de oferta; debía creer que él esperaba... deseaba...era espantoso.

Mi querida *madame* Kaufman "*madame*" sonaba mejor que señora y estaba de acuerdo con su nacionalidad extranjera. Mucho me temo que haya habido un error. Usted no me ha comprendido.

¿Que no le comprendí? repitió intrigada, e intentó volver a sonreír. No tiene por qué tener miedo, no vendrá nadie. Ataré a Johnny...

Era absurdo. Atar a ese pequeñito. Pero, él no le había dicho nada que pudiera haber dado lugar a un malentendido. Sin embargo, demostrar su lógica ira y retirarse de la casa, significaría el fracaso de todos sus planes sus planes perfectos, y entonces él tendría que empezar de nuevo en otra parte.

Es... muy amable de su parte, *madame* Kaufman. Agradezco mucho su ofrecimiento. Es usted muy generosa... La verdad es que, desgraciadamente, estoy incapacitado por completo desde hace muchos años... Una vieja herida de guerra... Ya hace mucho que he tenido que prescindir de eso. Realmente, todos mis esfuerzos se concentran en mi arte: mi pintura me ayuda a mitigar aquello. De ahí mi profunda satisfacción por haber encontrado este pequeño retiro que tanto significa para mí... Si hemos de ser amigos... -buscó más palabras para liberarse, pero ella se encogió de hombros, sin alivio ni desacuerdo. Que fuera lo que fuese.

Está bien, señor Sims dijo. Pensé que tal vez usted se sintiera solo. Yo sé lo que es eso, y, como usted es tan bueno...Si en cualquier momento...

Oh, sí, en seguida se lo diré la interrumpió. No tenga la mejor duda, pero, ¡ay! mucho me temo... Bien, ahora, manos a la obra...

Sonriendo de nuevo y haciendo algunos ademanes, como si estuviera apurado, abrió la puerta de la cocina. Gracias a Dios, ella se había vuelto a abrochar el saco que tan desastrosamente comenzara a quitarse, y levantando al chico de su silla, lo siguió.

Siempre he querido contemplar a un pintor de veras mientras trabaja comentó. Ahora, ¡por fin!, tengo la oportunidad de hacerlo... Cuando Johnny sea mayor, sabrá apreciarlo. ¿Dónde quiere que lo coloque, señor Sims? ¿De pie?, ¿o sentado? ¿Cuál será la mejor posición?

¡Eso era demasiado! De la sartén a las brasas. Fenton se sintió desesperado. Estaba tratando de manejarlo... No era posible tenerla constantemente a su alrededor. Para hacer desaparecer a ese horrible niño, habría que eliminar primero a la madre...

No importa la posición le contestó impaciente. No soy un fotógrafo. Y si hay algo que no soporto, es que me observen mientras trabajo. Coloque a Johnny allí, sobre la silla... Supongo que se quedará quieto.

Voy a buscar el cinturón dijo la mujer.

Él se quedó mirando la tela, malhumorado. Tenía que hacer algo al respecto. Sin duda habría resultado fatal dejarla vacía: la mujer no comprendería. Empezaría a sospechar que algo marchaba mal. Hasta era capaz de repetir su terrible ofrecimiento de cinco minutos antes.

Tomando uno o dos tubos de pintura los apretó sobre la paleta. Tierra Siena... amarillo de Nápoles... ¡Qué lindos nombres les forman! Una vez había estado en Siena, con

Edna, de recién casados. Recordaba los ladrillos rojos, y la plaza... ¿Cómo se llamaba?... donde se corría una famosa carrera de caballos. Amarillo de Nápoles. No llegaron hasta Nápoles. ¡Ver Nápoles y después morir! Lástima que no viajaron más. Se había hecho costumbre el ir siempre a Escocia. Es que a Edna no le gustaba el calor.

Azul celeste... Hacía pensar en el azul más profundo... ¿o el más claro? Los mares del sur, los peces voladores... ¡Qué bonitos quedaban los manchones de color en la paleta!

Bueno, a portarse bien, Johnny...

Fenton levantó la vista. La mujer había sujetado la criatura a la silla y le acariciaba la cabeza.

Si necesita algo, llámeme, señor Sims.

Gracias, *madame* Kaufman.

La mujer se alejó en puntitas de pie. No hay que molestar al artista. El artista debe quedar a solas con su creación.

¡Pa! dijo Johnny de repente.

Quieto lo amonestó Fenton.

Rompió en dos un trozo de carbonilla. En algún lado había leído que, antes de pintar, se dibuja la cabeza. Sujetó el trocito de carbonilla entre los dedos y, frunciendo los labios, trazó un círculo, como una luna llena, sobre la tela. Dio un paso hacia atrás y entrecerró los ojos. Curioso: se parecía a una cara sin los rasgos. Johnny lo miraba con los ojos muy abiertos. Fenton comprendió que necesitaba una tela mucho más grande: la que estaba en el caballete solo alcanzaría para la cabeza. Quedaría mucho mejor si también pudiera hacer caer los hombros, ya que entonces podría utilizar el azul celeste para pintar la tricota del chico.

Sacó la tela y colocó otra de mayor tamaño. Sí, ahora estaba mejor. Dibujar la cara de nuevo... los ojos... dos puntitos para la nariz, una rayita para la boca... dos para el cuello y otras dos, como una percha, para los hombros. Se parecía a una cara, no exactamente la cara de Johnny, pero con un poco más de tiempo... Lo esencial era poner pintura sobre la tela. Tenía que usarla. Febrilmente, eligió un pincel, lo mojó en trementina y aceite, y luego, mezclando furtivamente el azul celeste y el blanco, dio unas pinceladas en la tela. Recargado de aceite, el color pareció estar pidiendo más. El azul no era igual al de la tricota de Johnny, pero ¿qué importancia tenía eso?

Sintiéndose cada vez más audaz, siguió desparramando color. El azul cubría ya toda la parte inferior de la tela, en vívidas pinceladas, contrastando con el rostro en carbonilla. Ahora, la cara parecía real. Y esa pared, detrás de la cabeza de la criatura... Cuando él entró al cuarto, la pared no era más que una pared... Pero tenía color, después de todo: un verde rosado. Tomó tubo tras tubo y los apretó. Para no ensuciar el pincel con la pintura azul, usó otro. ¡Maldición! La tierra Siena no se parecía en nada a la Siena que él visitara, sino al barro. Había que sacarla. Necesitaba trapos... Se dirigió rápidamente a la puerta.

¡*Madame* Kaufman! llámó. ¡*Madame* Kaufman! ¿Podría traerme algunos trapos?

Se presentó en seguida, haciendo tiras algunas prendas de ropa interior. Sims se las sacó de las manos y empezó a quitar el ofensivo color Siena de su pincel. Al darse la vuelta la vio curioseando la tela.

¡No haga eso! gritó. Nunca hay que mirar los primeros esbozos de un artista...

Ella se echó hacia atrás, mortificada.

Lo siento dijo, y vacilando: Es muy moderno, ¿no es cierto?

Él la miró, luego miró la tela, y después a Johnny.

¿Moderno? Claro que sí. ¿Qué esperaba usted...? ¿Que fuera como eso? y con el pincel señaló a la Virgen que sonreía tontamente sobre la repisa. Pertenezco a mi época. Veo lo que veo. Déjeme, ahora.

Ya no cabían más colores en la paleta; gracias a Dios había comprado dos. Comenzó a apretar los tubos restantes sobre la segunda paleta, y a mezclar los colores entre sí. ¡Qué despropósito! Puestas de sol que nunca habían sido... Auroras que jamás lucieron... El rojo veneciano no era el palacio del Dux sino pequeñas gotas de sangre que estallaban en el cerebro y no tenían por qué ser derramadas. El blanco zinc significaba la pureza, no la muerte. El amarillo ocre, era la vida en abundancia, la renovación, la primavera. Abril en todos tiempos, en otro lugar.

No importó que oscureciera y tuviera que encender la luz. El chiquilín se había quedado dormido, pero Sims siguió pintando. De pronto, entró la mujer y le dijo que ya eran las ocho. ¿Deseaba comer algo?

No sería ninguna molestia, señor Sims le aseguró.

Fenton se dio cuenta, repentinamente, del lugar donde estaba. ¡Las ocho! Y siempre cenaban a las ocho menos cuarto... Edna estaría esperando, preguntándose qué le habría sucedido. Abandonó paleta y pinceles. Tenía pintura en las manos y en el saco.

¿Qué haré ahora? exclamó en voz alta, asustado.

La mujer comprendió. Tomó el trapo y, mojándolo en trementina, le frotó el saco. La siguió a la cocina y comenzó a frotarse las manos, febrilmente, en la pileta.

En adelante la previno, debo irme siempre a las siete. Muy bien, lo tendré presente. ¿Volverá mañana?

Claro que sí le contestó, impaciente. Por supuesto. No toque nada.

No, señor Sims...

Subió de prisa la escalera del sótano y salió de la casa. Echó a correr. Mientras lo hacía, empezó a inventar la historia que le contaría a Edna. Había pasado por el club y lo habían invitado a jugar un partido de bridge. No quiso interrumpir el juego, sin pensar que se hacía tarde. Eso bastaría. Y también serviría para mañana.

Edna tendría que acostumbrarse a que él fuera al club a la salida de la oficina. No podía imaginar mejor excusa para cubrir la hermosa duplicidad de su vida secreta.



Era extraordinario cómo pasaban los días, esos días que antes parecían arrastrarse, interminables. Naturalmente, hubo que hacer varios cambios. No sólo se vio obligado a mentir a Edna, sino a toda la oficina; inventó un negocio urgente que le tomaba buena parte de la tarde, nuevas vinculaciones, una firma de la familia... Por el momento explicó sólo podría trabajar medio día en la oficina. Naturalmente, comprendía que había que hacer algún reajuste. Pero, mientras tanto, si el socio principal podía arreglarse... Cosa sorprendente, se lo creyeron. Y también Edna creyó lo del club. Además, no siempre era el club. Unas veces se trataba de trabajo extra en otra oficina, situada en otro lugar de la ciudad. Hablaba misteriosamente de un gran negocio, demasiado delicado y complejo para ser comentado. Edna parecía contenta. La vida de ella seguía como siempre. Sólo el mundo de Fenton había cambiado. Todas las tardes, a eso de las tres y media, entraba por la puerta de la casa número ocho y veía por entre las cortinas color mandarina el rostro de *madame* Kaufman, que lo estaba esperando. Ella se apresuraba a abrirle la puerta de atrás, del lado del jardín. Había decidido que era mejor. Resultaba más prudente que la puerta delantera: llamaba menos la atención.

Buenas tardes, señor Sims...

Buenas tardes, señora Kaufman...

Nada de tonterías de llamarla Ana. Quién sabe qué hubiera sido capaz de pensar y de suponer... *Madame* serviría para mantener la debida distancia entre ambos. En realidad, le resultaba muy útil: le limpiaba el estudio siempre lo llamaban así y los pinceles, y le traía trapos todos los días. Además, apenas llegaba, le servía una taza de té, que no se parecía al brebaje que le servían en la oficina sino que estaba bien caliente. Y hasta la criatura había empezado a resultarle simpática. Apenas terminado el primer retrato, Fenton se sintió más tolerante respecto al niño. Era como si hubiera nacido de nuevo "a través de él": era la creación de Fenton.

Ya estaban a mediados del verano y Fenton había pintado varias veces su retrato. El niño seguía llamándolo *Pa*. Pero él no era su único modelo: también había pintado a la madre, lo que resultaba aún más satisfactorio. Ver a la mujer sobre la tela proporcionaba a Fenton una tremenda sensación de poder. No se trataba de sus ojos, ni de sus facciones, ni de su colorido. Dios sabía que tenía muy poco de todo eso. Sino de su forma: del hecho de que una persona viva, una mujer, pudiera ser transportada por él sobre una tela vacía. No importaba si lo que dibujaba y pintaba no se parecía a esa mujer austriaca llamada Ana Kaufman. No se trataba de eso; claro que la tontita, al cabo de la primera sesión, esperó encontrarse con un cuadro como ésos que sirven de adorno a las cajas de bombones. Pero la había hecho callar en seguida.

¿Me ve así...de veras? le había preguntado, desolada.

¿Qué tiene de malo?

Es que... es que... señor Sims... es que ¿tengo la boca como un pescado a punto de tragarse algo?

¿Un pescado? ¡Qué estupidez! seguramente esperaba un arco de Cupido. Lo que sucede es que usted nunca está contenta. Es como todas...

Irritado, empezó a mezclar sus colores. No tenía derecho a criticarlo.

No está bien que me diga eso, señor Sims le dijo ella después de un momento. Estoy muy contenta con las cinco libras que me da todas las semanas...

No me refiero al dinero...

¿A qué entonces?

Volvió a la tela y depositó un levísimo toque rosado en el brazo.

¿A que me refiero? preguntó. No tengo la menor idea. Hablaba de mujeres, creo. No sé, realmente. Ya le he dicho que no me interrumpa...

Disculpe, señor Sims...

Así está bien, pensó. Guardar las distancias. Si había algo que no podía soportar, era una mujer que discutiera, que se hiciera valer, que rezongara, que insistiera en sus derechos. Por que ése no era el papel que les correspondía. El Creador las había destinado a ser dóciles, acomodaticias, suaves, mansas. Lo malo era que pocas veces resultaban así en la realidad. Sólo con la imaginación, o entrevistas al pasar, o detrás de una ventana, o apoyadas a un balcón, en el extranjero, o desde el marco de un cuadro, o desde una tela como la que ahora tenía delante cambió de pincel, lo hacía ya con muchísima habilidad la mujer adquiría sentido y realidad. Y después le decían a uno que le había pintado la boca como un pescado...

Cuando yo era joven... dijo en voz alta era tan ambicioso...

¿Quería ser un gran pintor?

No, no eso, precisamente. Ser grande, famoso... lograr algo extraordinario.

Todavía tiene tiempo, señor Sims...

Tal vez... tal vez...

La piel no debía ser rosada sino aceitunada, cálida. En realidad, la culpa de todo la tuvo el padre de Edna, que nunca dejaba de criticar la forma en que vivían. Desde el momento en que se comprometieron, Fenton no había dicho nada que estuviera bien. El viejo siempre encontraba fallas en todo: "¿Ir a vivir al extranjero? No se puede vivir decentemente. Además, Edna no se acostumbraría. Lejos de sus amigos y de todo aquello a que está habituada... Nunca oí semejante cosa".

Menos mal que ya estaba muerto. Había sido una cuña entre los dos, desde el primer momento. Marcus Sims... Marcus Sims, el pintor, era muy distinto. Surrealista. Moderno. El viejo andaría a los tumbos dentro de su sepultura.

Son las siete menos cuarto murmuró la mujer.

¡Maldición!... lanzando un suspiro, Sims se apartó del caballete. Me molesta detenerme ahora... todavía hay luz. Podría seguir una hora o dos más...

¿Por qué no lo hace?

¡Ah! ¡Las ataduras familiares! Mi pobre y anciana madre sufriría un ataque...

Durante las últimas semanas había inventado una madre anciana y enfermiza, a la que prometiera regresar todas las noches a las ocho y cuarto. Si no cumplía con su promesa, los médicos no respondían de las consecuencias. El era muy buen hijo.

¿Por qué no la trae a vivir aquí? dijo su modelo. Me quedo tan sola cuando usted se va, por la noche. ¿Sabe? Dicen que tal vez, después de todo, no han de tirar la casa abajo. Si fuera verdad, usted podría ocupar el departamento de la planta baja, y su madre sería muy bien recibida.

¡Oh, no! ¡No haría nunca eso! se apresuró a responder Fenton. Tiene más de ochenta años. Está muy aferrada a sus costumbres. Y se sonrió, imaginando el rostro de Edna si le dijera que sería más conveniente vender la casa donde habían vivido cerca de

veinte años, e ir a alquilar un departamento en la calle Boulting N° 8. ¡Qué desastre! ¿Era posible imaginarse a los Alhuson viniendo aquí a cenar los domingos por la noche?

Además dijo pensando en voz alta, ya no tendría gracia.

¿Qué cosa no tendría gracia, señor Sims?

Apartó los ojos de la figura coloreada que tanto significaba para él y los fijó en la mujer que estaba allí sentada, posando, con sus cabellos lacios y sus ojos de boba, y trató de recordar cuál había sido el motivo, meses atrás, que lo moviera a subir los escalones de la sórdida casa y preguntar si alquilaban cuartos. Sin duda, alguna crisis de irritación pasajera con la pobre Edna. O el día, gris y ventoso, o el hecho de que los Alhuson vinieran esa noche a su casa. Pero lo que pensara ese desaparecido domingo, ya lo había olvidado, y ahora, sólo sabía que desde entonces su vida había cambiado y que en esta pequeña y aislada habitación del subsuelo se encerraba todo su solaz. Las personalidades de la mujer Ana Kaufman y del niño Johnny, resultaban en cierta forma otros tantos símbolos de anonimato y paz. Lo único que ella hacía era prepararle el té y limpiarle los pinceles. Formaba parte del ambiente, como el gato que ronroneaba apenas Sims se acercaba y luego corría a acurrucarse en el alféizar de la ventana, y al que todavía no le había dado siquiera una migaja.

No importa, *madame* Kaufman dijo, de pronto uno de estos días haremos una exposición y todo el mundo hablará de su cara y de la de Johnny.

Este año... El año que viene... Alguna vez... Nunca. ¿No es un juego?

Usted no tiene fe. Ya verá.

Ella inició de nuevo la larga y tediosa historia respecto al hombre del que había tenido que huir cuando estaba en Austria, y al esposo que la había abandonado en Londres. Fenton la sabía de memoria, tan bien que hasta podía ayudarla en el relato, pero no lo molestaba. Formaba parte del ambiente, del bendito anonimato. Si así se quedaba quieta, que hablara no más: no tenía importancia. El se concentraría en la naranja que ella estaba chupando, mientras Johnny, sentado en su regazo, jugaba con unas moneditas: la pintaría más grande y más llena de color que la vida misma.

Esa noche, mientras caminaba a lo largo de la ribera, que ya no le sugería solamente los viejos domingos, puesto que integraba su nueva vida, arrojaría al río sus viejos dibujos en carbonilla. Ya se habían transformado en pinturas y no los necesitaba. También arrojaría los pomitos usados, los trapos y los pinceles demasiado pegoteados de aceite.

Los arrojó desde el puente y durante un momento se quedó mirándolos flotar, hundirse o seguir a la deriva para servir de carnada a alguna gaviota despeinada y sucia. Junto con sus deshechos, le parecía deshacerse de sus preocupaciones. Y de su sufrimiento.

---

IV

---

Habían convenido con Edna postergar las vacaciones anuales hasta mediados de setiembre. Esto le daría tiempo para terminar el autorretrato en que estaba trabajando y que ya lo tenía resuelto, completaría la serie. Por primera vez en muchos años las vacaciones en Escocia serían agradables, por el hecho de que lo acicatearía la expectativa de regresar a Londres.

Apenas si ya tenían importancia las breves mañanas pasadas en la oficina. De alguna manera cumplía con la rutina y nunca regresaba después de almorzar. Informó a sus colegas que sus otros compromisos resultaban cada vez más apremiantes. Prácticamente, había resuelto separarse de la firma durante el otoño.

Si usted no nos hubiera dado preaviso le informé secamente el socio principal lo habríamos hecho nosotros.

Fenton se encogió de hombros. Si querían ser antipáticos, cuando más pronto se fuera, mejor. Hasta podría mandarles una carta desde Escocia... Entonces podría dedicarse a la pintura todo el otoño e invierno. Y tener un estudio de verdad: después de todo, el de la calle Boulting N° 8 era apenas un ensayo. A unas cuadras de distancia estaban construyendo unos estudios con buena luz y una cocinita, lo ideal para el invierno. Allí podría trabajar seriamente. Conseguiría hacer algo que valiera la pena y dejar de ser simplemente un aficionado por horas.

El autorretrato resultaba absorbente; *madame* Kaufman había encontrado un espejo, y lo colocó en la pared, de manera que el comienzo fue bastante sencillo. Pero descubrió que no podía pintar sus propios ojos: tenían que estar cerrados y eso le daba el aspecto de un hombre dormido o enfermo. Resultaba un poco escalofriante.

¿Así que no le gusta? le preguntó a *madame* Kaufman, cuando vino a avisarle que eran las siete. Ella meneó la cabeza.

Me pone la carne de gallina, señor Sims. Ese no es usted...

Demasiado moderno para su gusto comenzó él, melancólicamente "*avantgarde*". En cuanto a sí mismo estaba encantado: el autorretrato era una obra de arte.

De todos modos tendrá que quedar como está, por ahora agregó. La semana que viene me voy de vacaciones.

¿Se va?

Su voz pareció tan alarmada, que se volvió para observarla.

Sí, con mi madre, a Escocia... ¿Por qué?

Lo miró con expresión de angustia, completamente transformada. Cualquiera hubiera pensado que acababa de darle un tremendo susto.

Pero yo no tengo a nadie más que usted dijo. Me quedaré sola...

Le pagaré igual. Por adelantado. Sólo estaremos afuera tres semanas...

La mujer siguió mirándolo fijo, y de pronto, inesperadamente, los ojos se le llenaron de lágrimas y comenzó a llorar.

No sé que voy a hacer... ¿Adonde voy a ir?

Esto sí que estaba bueno. ¿Qué diablos quería decir? ¿Qué iba a hacer? ¿A dónde iba a ir? Había prometido pagarle. Ella podría seguir viviendo como siempre. La verdad es que, si pensaba comportarse de ese modo, cuanto antes encontrara un estudio, tanto mejor. Lo que menos deseaba en este mundo era estar atado a *madame* Kaufman.

Mi querida *madame* Kaufman le explicó con firmeza, usted sabe que yo no he venido con carácter permanente. Uno de estos días tendré que irme. Tal vez en el otoño. Necesito más lugar. Naturalmente, le avisaré con anticipación. Quizá le convenga poner a Johnny en una guardería de niños y conseguir algún trabajo. Le convendría, creo...

Fue como si la hubiera golpeado. Se quedó anonadada.

Pero, ¿qué voy a hacer? repitió ella estúpidamente. Y como si aún no lo creyera. ¿Cuándo se irá?

El lunes. A Escocia. Nos quedaremos tres semanas...

Y esto lo dijo con mucha energía, para que no hubiera malentendidos. Mientras se lavaba las manos en la piletta de la cocina, sacó la conclusión de que lo que sucedía era que la joven carecía en absoluto de inteligencia. Sabía preparar una buena taza de té y limpiar los pinceles, pero nada más.

También usted tendría que tomarse unas vacaciones le dijo, en tono alegre. Llévase a Johnny a algún lugar sobre el río. A Southend, por ejemplo.

No le contestó. Se limitó a mirarlo tristemente y a encogerse de hombros, con expresión inconsolable.

Al día siguiente era viernes, y su semana de trabajo terminaba. Por la mañana cambió un cheque, a fin de poder pagarle tres semanas por adelantado. A esto agregó cinco libras, a modo de compensación.

Cuando llegó al N° 8, Johnny estaba atado en su viejo lugar, junto al quitabarro, en lo alto de la escalera, últimamente ya no lo ataban más. Cuando Fenton entró por la puerta del fondo, como siempre, la radio no funcionaba y la puerta de la cocina estaba cerrada; la abrió y miró. La puerta que daba al dormitorio también estaba cerrada.

¡*Madame* Kaufman! llamó. ¡*Madame* Kaufman!

Al cabo de un momento ella contestó, con voz apagada y débil:

¿Qué hay?

¿Le sucede algo?

Otra pausa y luego:

No me siento bien.

Lo lamento. ¿Puedo hacer algo por usted?

No.

Bueno, paciencia. Una intentona, por supuesto. Nunca había tenido buen aspecto pero tampoco había hecho una cosa como ésta. No pensaba servirle el té, evidentemente: ni siquiera había preparado la bandeja. Fenton dejó sobre la mesa el sobre con el dinero.

Le he traído el dinero dijo, en voz alta. Veinte libras. ¿Por qué no sale y compra algo? Es una tarde hermosa. Le haría bien tomar un poco de aire...

Había que hablarle en tono animoso. No se iba a dejar embaucar hasta el punto de



expresarle compasión.

Sudando, pasó al estudio. Sorprendido, se encontró con que todo estaba tal cual lo había dejado la noche anterior. Los pinceles estaban sin limpiar, pegoteados, sobre la paleta. La habitación desordenada. Realmente, era el colmo. Pensó volver a la cocina y retirar el sobre con los billetes. Había sido un error mencionar las vacaciones. Tendría que haberle mandado el dinero por correo, adjuntando dos líneas para decirle que se iba a Escocia. En cambio... ahora se encontraba con este irritante ataque de melancolía y la falta de cumplimiento de sus obligaciones. Naturalmente, se trataba de una extranjera. Uno nunca se puede fiar de ellos. Siempre acaban por defraudarnos.

Volvió a la cocina con sus pinceles y paleta, la trementina y unos trapos. Hizo todo el ruido posible con las canillas y yendo de un lado a otro, para darle a entender que él tenía que ocuparse de todos esos menesteres. También hizo sonar la taza y la lata donde guardaba el azúcar. Pero del dormitorio no salió un solo ruido. Maldito sea, pensó, que se vayan al diablo.

De nuevo en el estudio, trató de dar los últimos toques al autorretrato, pero le resultaba difícil concentrarse, nada le salía bien. El retrato parecía muerto; la mujer le había arruinado el día. Finalmente, una o dos horas antes de lo habitual, decidió volver a casa. Pero después de lo sucedido no podía confiar en que ella hiciera la limpieza. Era capaz de dejar todo como estaba, durante las tres semanas.

Antes de apilar las telas las puso una al lado de otra, contra la pared, y trató de imaginarse qué aspecto tendrían en una exposición. Llamarían la atención, sin duda. No se podía dejar de miraras. Había algo... bueno, algo notable. Por supuesto, él no podía hacer de crítico respecto a su propio trabajo, pero... la cabeza de *madame* Kaufman, por ejemplo, ésa que ella decía se parecía a un pescado... Había algo en la boca, que... O tal vez eran los ojos, más bien saltones... Pero era magnífico de todos modos. De eso estaba seguro. Y aunque aún no estuviera terminado, el autorretrato de un hombre dormido tenía su significado...

Sonreía, imaginándose que entraba, acompañado de Edna, a una de esas pequeñas salas de Bond Street, y decía en tono casual:

Me dijeron que un pintor nuevo está exponiendo aquí. Muy discutido. Los críticos no pueden ponerse de acuerdo respecto a si es un genio o un loco.

Y Edna:

Supongo que es la primera vez que entras a uno de estos sitios...

¡Qué sensación de poderío! ¡Qué triunfo! Y luego, cuando se lo contara, ¡qué respeto nuevo en sus ojos! Darse cuenta de que, después de todo, su esposo había logrado la fama. Lo que él quería ver era el impacto de la sorpresa. Eso era: el impacto de la sorpresa...

Fenton lanzó una última mirada a la habitación familiar. Las telas estaban apiladas, desarmado el caballete, y los pinceles y paleta limpios, secos y envueltos. Si al regreso de Escocia decidía mudarse y estaba casi seguro de que iba a tener que hacerlo después del estúpido comportamiento de *madame* Kaufman ya estaría todo listo. Sólo tendría que llamar un taxi, poner sus cosas adentro, e irse.

Cerró la ventana y la puerta y, poniendo bajo el brazo su paquete semanal de lo que llamaba "rezagos" dibujos, croquis y algunas otras cosas que ya no servían volvió a la cocina y dijo, en dirección a la puerta cerrada del dormitorio:

Me voy. Espero que mañana se sienta mejor. Hasta dentro de tres semanas...

Observó que el sobre ya no estaba encima de la mesa. No se encontraba tan mal,

entonces...

En ese momento la oyó moverse en el dormitorio, se entreabrió un poco la puerta, y ella apareció. Se sintió horrorizado. El aspecto de la mujer era espantoso: no tenía una gota de color en la cara, y sus cabellos lacios y grasientos no estaban peinados ni cepillados. La mitad inferior del cuerpo estaba envuelta en una frazada y, a pesar de lo caluroso del día y de la falta de aire en el subsuelo, tenía puesto un grueso saco de lana

¿Fue a ver al médico? le preguntó, con cierta preocupación.

Ella meneó la cabeza.

Yo lo haría, en su lugar. Tiene muy mala cara. Y recordando al niño todavía atado, en la escalera, agregó: ¿Quiere que le traiga a Johnny?

Sí, por favor.

Sus ojos le hacían recordar los de un animal enfermo. Se sintió perturbado. Era desagradable irse y dejarla así. Pero, ¿qué podía hacer? Ascendió la escalera del subsuelo, cruzó el vestíbulo desierto y abrió la puerta de calle. La criatura seguía allí, acurrucada. Seguramente ni siquiera se había movido desde que Fenton entrara a la casa.

Vamos, levántate, Johnny le dijo. Te llevaré junto a tu madre.

La criatura no opuso ningún reparo a que lo desatara. Parecía atacado por la misma apatía de la mujer. ¡Qué pareja infortunada que hacían!, pensó Fenton. Realmente tendrían que estar al cuidado de alguien, en un asilo: debía haber lugares donde se ocuparan de gente como ésta. Llevó el niño abajo y lo sentó en su silla de costumbre, junto a la mesa de la cocina.

¿Le va a dar el té? preguntó.

Dentro de un rato dijo *madame* Kaufman.

Y todavía arrebozada en la frazada salió del dormitorio con un paquete en la mano, envuelto en papel de diario y atado con un piolín.

¿Qué es eso? preguntó Fenton.

Basura. Si me hace el favor de tirarla junto con la suya. El basurero no viene hasta la semana próxima...

Le recibió el paquete y quedó un momento esperando, preguntándose qué más podía hacer por ella.

Bueno dijo por fin, con torpeza. Lo siento mucho. ¿Está segura de que no desea alguna otra cosa?

No.

Ni siquiera lo llamaba "señor Sims", ni tampoco se esforzó en sonreír, ni le dio la mano. La expresión de sus ojos no era siquiera de reproche, sino de mudez.

Le mandaré una tarjeta postal desde Escocia dijo él, y acarició la cabeza de Johnny, agregando: ¡Hasta la vista! tontería que él nunca acostumbraba decir.

Luego salió por la puerta del frente, tomó por el jardín y rumbeó hacia la calle Boulting, con la sensación opresiva de haber hecho algo malo. Habría carecido de comprensión. Tal vez debió haber tomado la iniciativa e insistir en que fuera a ver a un médico.

El cielo de setiembre estaba nublado, y el terraplén polvoriento y sombrío. Los árboles de los jardines de Battersea, del otro lado del río, tenían el aspecto melancólico y descolorido de los fines de verano. Demasiado triste, demasiado oscuro... Sería agradable irse a Escocia a respirar el aire limpio y frío.

Deshizo su paquete y empezó a arrojar al río sus deshechos: una cabeza de Johnny bastante mala, por cierto. Un ensayo del gato. Una tela que se había manchado y ya no podía ser usada. Cayeron desde el puente y se alejaron con la corriente, las telas blancas y frágiles, flotaron como cajitas de fósforos. Le dio un poco de tristeza verlas alejarse.

Siguió caminando por el terraplén en dirección a su casa y, cuando iba cruzar el camino, se dio cuenta de que todavía tenía en la mano el paquete envuelto en papel de diario que *madame* Kaufman le había entregado. Olvidó arrojarlo junto con todo lo demás, absorbió en contemplar la desaparición de sus propios deshechos.

Estaba por tirar el paquete al río, cuando vio que, desde el otro lado del camino, un policía lo estaba observando. Lo invadió la sensación intranquilizadora de que era ilegal tirar basura de este modo. Incómodo, siguió andando. Después de avanzar unos cincuenta metros, dio vuelta la cabeza. El policía lo seguía mirando. Era absurdo, pero empezó a sentirse culpable. El fuerte brazo de la ley. Siguió adelante agitando despreocupadamente el paquete, y cantando. ¡Al diablo con el río! Dejaría el paquete en uno de esos cestos que hay en los jardines del hospital de Chelsea.

Así lo hizo, dejándolo caer en el primer canasto que encontró, encima de dos o tres diarios y de un montón de cáscaras de naranja. No estaba haciendo nada de malo. Se dio cuenta de que el tonto de vigilante lo seguía mirando a través del enrejado, pero se cuidó muy bien de darse por enterado. Cualquiera diría que estaba por deshacerse de una bomba. Después, a toda prisa, se dirigió a su casa. Al subir los escalones recordó que esa noche venían a cenar los Alhuson. Como siempre, antes de las vacaciones. Pero la idea no le resultó tan molesta como otras veces. Les hablaría de Escocia todo el tiempo, sin sentirse atrapado, ni asfixiado. ¡La cara que hubiera puesto Jack Alhuson, de haber sabido cómo empleaba las tardes su amigo! No habría querido creer lo que él oía.

¡Hola! ¡Has llegado temprano! dijo Edna, que en ese momento estaba arreglando las flores de la salita.

Sí le contestó. Terminé con las cosas de la oficina antes de lo que creía. Pensé que podría empezar a preparar el itinerario. Tengo muchos deseos de ir hacia el norte.

Me alegro mucho expresó ella. Temí que ya estuvieras aburrido de ir todos los años a Escocia. Pero no tienes aspecto de estar fatigado, al contrario: hace años que no te veo con tan buen semblante.

Lo besó en la mejilla y él le devolvió el beso, contento. Al ir en busca de sus mapas, sonrió: su mujer no sabía qué genio tenía por marido. Iban a sentarse a cenar, junto con los Alhuson, cuando sonó el timbre de la puerta.

¿Quién será? exclamó Edna. ¿Habremos invitado a alguien más? No recuerdo...

¿O será que no pagué la cuenta de la electricidad todavía? sugirió Fenton. Nos van a cortar la luz y no podremos comer el *soufflé*...

Estaban por trozar el pollo y se detuvo bruscamente. Los Alhuson rieron.

Iré yo dijo Edna. No me atrevo a molestar a May. Ahora ya saben qué es lo que comeremos: un *soufflé*.

Volvió en seguida, con expresión entre divertida y asombrada.

No son los hombres de la compañía de electricidad dijo, sino la policía...

¿La policía? preguntó Fenton.

Jack Alhuson meneó un dedo:

Ya lo sabía dijo. Esta vez te agarraron, viejo...

Fenton dejó de lado el cuchillo de trozar:

¿De veras, Edna? ¿Qué es lo que quieren?

No tengo la menor idea; es un vigilante acompañado por un particular, que, supongo, también será de la policía. Pidieron hablar con el dueño de casa.

Fenton se encogió de hombros.

Sigue tú dijo a su mujer, yo veré cómo me libro de ellos. Seguramente se han equivocado de casa.

Salió del comedor y cruzó el vestíbulo. Apenas vio al policía de uniforme su expresión cambió: era el mismo que lo había estado observando en el terraplén.

Buenas tardes le dijo. ¿En qué puedo servirlos?

El hombre de particular tomó la iniciativa:

¿Estuvo paseando por los jardines del hospital Chelsea esta tarde, señor?

Los dos hombres lo miraban atentamente y Fenton comprendió que sería inútil contestar con una negativa.

Sí dijo. Sí...

¿Llevaba un paquete?

Creo que sí...

Y, ¿lo dejó caer en uno de esos canastos que hay junto a la entrada que da al terraplén?

Si señor.

¿Tendría inconveniente en decirnos qué había en ese paquete?

No tengo la menor idea.

Entonces... se lo preguntaré de otra manera, señor: ¿Podría informarnos quién le dio ese paquete?

Fenton vaciló. ¿Qué andaban buscando? No le gustaba esa forma de interrogar.

No creo que pueda importarles. Me parece que no es ningún crimen tirar algo en un tacho de basura.

No, cuando es... basura contestó el hombre de particular.

Fenton miró a ambos: estaban muy serios.

¿Puedo hacerles una pregunta?

Cómo no, señor.

¿Saben ustedes qué había en el paquete?

Sí, señor.

Entonces... quiere decir que este agente... Recuerdo haber pasado a su lado... me siguió... y, después que yo hube dejado caer el paquete en el canasto... ¿lo recogió?

Así es.

Extraordinario. Creí que estaría encargado de hacer algo más útil.

Tiene la obligación de vigilar a la gente sospechosa.

Fenton comenzó a incomodarse:

Pero mi actitud no tenía nada de sospechosa afirmó. Sucede que esta tarde estuve limpiando mi oficina, y tengo la costumbre de arrojar lo que no me sirve al río, de regreso a mi casa. Con frecuencia doy de comer a las gaviotas, también. Hoy estaba por tirar mi paquete, como siempre, cuando advertí que este oficial me estaba observando. Se me ocurrió que tal vez sería ilegal arrojar basura al río y decidí usar el canasto.

Los dos hombres seguían mirándolo.

Usted nos dijo, hace un momento, que no sabía lo que contenía el paquete. Ahora afirma que eran cosas inútiles de oficina. ¿Cuál de las dos versiones es la verdadera?

Fenton comenzó a sentirse atrapado.

Ambas cosas contestó irritado. Hoy me hicieron el paquete en la oficina y no sabía verdaderamente qué había adentro. A veces ponen bizcochos viejos, para las gaviotas. Luego, yo arrojo las migajas al agua, tal como les dije.

Pero no le creyeron. Se les notaba en la cara, y Fenton comprendió que, en realidad, su relato era bastante pobre: un hombre maduro que juntaba basura para poder tirarla al río cuando volvía a su casa de regreso de la oficina, como si fuera un niño que arrojara ramitas desde el puente, para ver cómo aparecían flotando del otro lado. Pero no se le había ocurrido otra cosa, y, ahora tenía que atenerse a lo dicho. Después de todo, no podía ser un crimen. A lo sumo, lo llamarían excéntrico.

El policía de particular se limitó a decir:

Lea sus notas, sargento...

El hombre de uniforme sacó su libreta y leyó en voz alta:

A las 8 y 5 del día de la fecha, mientras caminaba por el terraplén, noté que un hombre, en la vereda de enfrente, estaba por arrojar un paquete al río. Al ver que lo observaba, siguió caminando deprisa y, en una ocasión, volvió la cabeza para ver si yo lo seguía mirando. Me pareció sospechoso. Lo vi entrar a los jardines del hospital de Chelsea y, después de mirar furtivamente a uno y otro lado, dejar caer el paquete en el canasto de desperdicios y alejarse a toda prisa. Me dirigí hacia ese lugar, retiré el paquete, y seguí al individuo hasta el N° 14 de Annersley Square, donde entró. Llevé el paquete a la comisaría y se lo entregué al oficial de guardia. Juntos examinamos el contenido. Era el cuerpo de un recién nacido, prematuro. Cerró la libreta de golpe.

Fenton sintió que quedaba sin fuerzas. El horror y el miedo se fundieron en una nube densa y sofocante. Se dejó caer en una silla.

¡Oh, Dios! exclamó. ¡Oh, Dios! ¿Qué es lo que ha sucedido?

A través de la nube vio que Edna lo miraba desde la puerta abierta del comedor, junto a los Alhuson. El hombre vestido de particular estaba diciendo:

Tendrá que acompañarnos hasta la comisaría, para hacer una declaración.

Fenton estaba sentado en la oficina del Inspector. Éste se hallaba detrás del escritorio junto al hombre de particular. También estaba presente el policía de uniforme, y alguien más, un médico de la policía. También Edna se encontraba allí. Fenton lo había solicitado muy especialmente. Los Alhuson esperaban afuera. Lo más terrible era la expresión de Edna. No lo creía. Tampoco lo creía la policía.

Sí, ya hace seis meses que andaba en esto repitió. Cuando digo "andaba", me refiero a mi pintura, nada más... Me sentí invadido por el deseo de pintar. No puedo explicarlo. No sé... se me ocurrió, nada más. Siguiendo un impulso llamé a la puerta de la casa de la calle Boulting N° 8. Salió la mujer y le pregunté si tenía una habitación para alquilar. Hablamos un momento y me dijo que tenía una en el subsuelo. Convinimos en no decir palabra al dueño de casa, que no tenía nada que ver con el asunto. Yo me instalé. He estado yendo ahí todas las tardes desde hace seis meses. No se lo dije a mi mujer... creí que no me iba a comprender.

Miró a Edna, desesperado. Ella siguió muda.

Confieso que he mentido. Mentí a todo el mundo: en mi casa, en la oficina. Les dije que estaba en tratos con otra firma y que durante la tarde tenía que ir a trabajar allí. A mi mujer... perdóname Edna... le decía, a veces que me quedaba trabajando hasta tarde en la oficina, o bien que iba a jugar al bridge, al club. La verdad es que iba todos los días a la casa de Boulting Street N° 8. Todos los días...

Pero no había hecho nada de malo. ¿Por qué lo miraban así? ¿Por qué se aferraba Edna a los brazos del sillón?

¿Qué edad tenía *madame* Kaufman?

No lo sé, unos veintisiete años, diría yo, o... treinta. Tiene una criatura, el pequeño Johnny... Es austriaca... Ha sufrido mucho... Su marido la abandonó... No, nunca vi a nadie más en la casa, a ningún otro hombre... No sé, le digo... No sé. Yo iba allí para pintar. Para nada más. Ella misma se lo dirá. Les va a decir la verdad. Estoy seguro de que me aprecia mucho... No, no quiero decir eso: quiero decir, por el alquiler: 5 libras por la habitación. No hubo absolutamente otra cosa entre los dos. Eso está fuera de toda consideración... Sí, sí, claro que ignoraba su estado. No soy muy observador... No me habría dado cuenta. Y ella no dijo nunca una sola palabra. Nunca...

Se volvió hacia Edna:

¿Me crees?

Nunca dijiste que querías pintar. Desde que estamos casados jamás hablaste de pintura ni de pintores.

Era el azul helado de sus ojos lo que no podía soportar. Se volvió al inspector.

¿No podemos ir en seguida a Boulting Street? Esa pobre muchacha debe estar pasando un mal momento. Hay que llamar a un médico, alguien debe cuidarla. ¿No podríamos ir todos...? Mi esposa también... Para que *madame* Kaufman pueda explicarlo todo...

Gracias a Dios le hicieron caso. Llamaron un coche de la policía, al que subieron él, Edna, y los oficiales. Los Alhuson los seguía en su propio auto. Oyó cómo decían al inspector que no deseaban dejar sola a la señora Fenton, que acababa de recibir tamaño golpe.

Era muy lamentable de su parte, por supuesto, pero todo quedaría aclarado apenas pudiera explicar a su esposa, en casa y tranquilos, todo lo sucedido. En la comisaría todo resultaba espantoso: hasta él mismo se sentía culpable, como si fuera un criminal.

El coche se detuvo frente a la casa familiar y todos descendieron. Fenton abrió la marcha dirigiéndose hacia la puerta del fondo. Apenas la abrió, el olor a gas resultó inconfundible.

Pierde otra vez dijo. Sucede cada tanto. Ella llama para que vengan a arreglarlo, pero nunca aparecen.

Nadie le contestó. Fenton se dirigió rápidamente a la cocina. La puerta estaba cerrada; el olor a gas era cada vez más penetrante. El inspector murmuró algo a sus subordinados:

Es mejor que la señora Fenton se quede afuera, con sus amigos.

No dijo Fenton. Quiero que mi esposa escuche la verdad...

Pero Edna volvió sobre sus pasos, acompañada de uno de los policías. Con el rostro solemne, los Alhuson estaban esperando. Después, todos parecieron entrar al mismo tiempo al dormitorio de *madame* Kaufman. Abrieron las persianas para que entrara aire, pero el olor a gas era asfixiante. Sobre la cama, ella y el niño estaban profundamente dormidos. El sobre con las veinte libras, yacía en el suelo.

¿Por qué no la despiertan? dijo Fenton. Díganle que el señor Sims quiere hablarle. El señor Sims...

Uno de los policías lo tomó del brazo y lo sacó de la habitación. Cuando le dijeron que *madame* Kaufman estaba muerta, y también Johnny, meneó la cabeza:

¡Es terrible... terrible! Si me hubiera dicho... Si hubiera sabido qué hacer.

Pero las primeras impresiones la llegada de la policía a su casa, el espantoso contenido del paquete habían sido tan aterradoras, que este nuevo desastre no lo afectaba tanto. Parecía inevitable.

Quizás ha sido mejor dijo. ¡Estaba tan sola en el mundo! Ella y su hijito. ¡Solos!...

¿Qué estarían esperando? La ambulancia supuso, lo que fuera, para llevarse a *madame* Kaufman y a Johnny.

¿Podemos volver a casa, mi esposa y yo?

El inspector cambió una mirada con el hombre de particular, y luego le dijo:

Creo que no, señor Fenton, tendrá que volver con nosotros a la comisaría.

Pero, ya les he dicho la verdad insistió Fenton, fatigado. No tengo nada más que decirles. No tengo nada que ver con esta tragedia. Nada...

De pronto, recordó sus cuadros.

No han visto mi obra dijo. Está allí, en la pieza de al lado. ¡Por favor, díganle a mi esposa que venga, y a mis amigos! Quiero que vean mis cuadros. Además, después de lo ocurrido, quisiera llevarme mis cosas.

Nosotros nos ocuparemos de eso contestó el inspector.

El tono era indiferente, pero firme. Antipático pensó Fenton. La actitud oficiosa de la ley.

Sí, sí, muy bien. Es que estas cosas son más y tienen valor. No comprendo qué derecho tienen ustedes...

Miró al inspector y a su colega de particular el médico y los otros policías se habían quedado en el dormitorio y se dio cuenta, por la expresión de sus rostros, que realmente no estaban interesados en su trabajo. Pensaban que era una excusa, una coartada. Todo lo que querían era llevarlo de vuelta a la comisaría y hacerle más preguntas aún, respecto a los sórdidos muertos del dormitorio y al pequeño cuerpo de la criatura nacida antes de tiempo.

Estoy dispuesto a acompañarlo, inspector dijo, con calma pero le ruego concederme esto: que me permita mostrar mis cuadros a mi esposa y a mis amigos.

El inspector hizo una seña a su subordinado, que salió de la cocina. El grupo se trasladó al estudio. Fenton mismo abrió la puerta y los hizo pasar.

Naturalmente, he estado trabajando en muy malas condiciones. La luz es muy pobre. No hay comodidades. No sé cómo pude hacerlo. En realidad, pensaba mudarme apenas volviera de mis vacaciones; así se lo dije a la pobre muchacha. Probablemente fue eso lo que la deprimió.

Hizo girar la llave de la luz. Al ver como miraban a su alrededor tomando nota del caballete desarmado, de las telas apiladas contra la pared, se le ocurrió que esos preparativos debían resultar sospechosos como si él hubiera estado realmente al tanto de lo sucedido en el dormitorio y hubiera querido escapar.

Era provisorio, claro explicó, disculpándose por la pequeña habitación que tan poco se parecía a un estudio pero me venía bien. No había nadie más en la casa. Nadie que hiciera preguntas. Nunca vi a nadie más que a *madame* Kaufman y al niño.

Vio entrar a Edna a la habitación y también a los Alhuson, y a los otros policías, y todos lo miraban con la misma expresión pétrea. Pero, ¿por qué Edna? ¿Por qué los Alhuson? No podían dejar de sentirse impresionados por las telas apiladas contra la pared; debían darse cuenta de que la suma total de su trabajo durante los últimos cinco meses y medio, estaba allí, en esta misma habitación, esperando ser expuesto. Dio un par de pasos y, tomando la tela más próxima, la levantó para que la vieran. Era el retrato de *madame* Kaufman, el que a él le gustaba más y que ella... pobrecita... le había dicho que se parecía a un pescado.

Ya sé que no son convencionales dijo. Nada de ilustraciones de libros para niños. Pero tienen fuerza. Son originales.

Tomó otro. *Madame* Kaufman otra vez, ahora con Johnny en el regazo:

La madre y el niño comentó, empezando a sonreír. Primitivo. De vuelta a nuestros orígenes. La primera mujer, la primera criatura.

Fenton inclinó la cabeza hacia un costado tratando de ver las telas como lo harían ellos por primera vez. Al mirar a Edna, en vez de la expresión de boquiabierto asombro, encontró la misma helada incompreensión. De pronto, el rostro de ella pareció desmoronarse, y, volviéndose a los Alhuson, exclamó:

No son cuadros de verdad. Nada más que mamarrachos cegada por las lágrimas, miró al inspector: Ya le dije que no sabía pintar, nunca tomó un pincel en su vida. No fue más que una coartada, para meterse en esta casa, con esta mujer.

Vio que los Alhuson se la llevaban. Los oyó salir por la puerta del fondo, atravesar el jardín, salir a la calle.

No son cuadros de verdad. Nada más que mamarrachos repitió. Volvió a dejar la tela en el suelo, de cara a la pared, y dijo al inspector: Cuando guste...

Salieron. Subieron al coche de la policía. Fenton estaba sentado entre el inspector y el hombre de particular. El coche dejó atrás la calle Boulting, cruzó otras dos; tomó por la calle Oakley y siguió hacia el terraplén. Las luces del tránsito cambiaron, de ámbar a rojo.



Fenton murmuró:

"No me cree"... "No me creerá nunca". Luego, al volver a cambiar las luces y cuando el coche aceleró, lanzó un grito:

¡Muy bien! ¡Confieso! Era mi amante. La criatura era mía, por supuesto. Yo mismo hice girar la llave del gas esta tarde, antes de ir para casa. ¡Los maté a todos! También iba a matar a mi esposa, cuando llegáramos a Escocia. ¡Quiero confesarlo: fui yo... fui yo... fui yo...!

## LOS LENTES AZULES

Hoy le sacarían las vendas y le probarían los lentes azules. Marda West se llevó la mano a los ojos y palpó las vendas y las capas de algodón. Su paciencia sería finalmente recompensada. Durante días y semanas, después de su operación, había estado acostada, sin padecer sufrimientos físicos, pero sumida en la anonimidad de las tinieblas, sumergida en la sensación negativa de que el mundo y la vida pasaban de largo, junto a ella. Durante los primeros días sufrió dolores, misericordiosamente amortiguados por las drogas. Luego fueron perdiendo intensidad, se disolvieron y no le quedó más que la sensación de un enorme cansancio. Le dijeron que era la reacción, después del shock. En cuanto a la operación, había sido un éxito. La promesa era bien definida: un éxito cien por cien.

Verá con más claridad que nunca le aseguró el cirujano.

¿Cómo lo sabe? insistió ella, deseando que dieran más consistencia al tenue hilo de su fe.

Porque examinamos sus ojos mientras usted estaba bajo los efectos de la anestesia le contestó. Y luego otra vez, cuando volvimos a hacerla dormir. No íbamos a mentirle, señora West...

Dos o tres veces por día le daba las mismas seguridades. A medida que pasaban las semanas, fue aprendiendo a tener paciencia, hasta que llegó a mencionar el tema, sólo, digamos, una vez cada veinticuatro horas, y siempre a modo de trampa, para tomarlos desprevenidos.

No tiren las rosas decía, por ejemplo. Me gustaría verlas...

Y la enfermera contestaba, sin premeditación.

Pero, ya estarán marchitas...

Quería decir que tampoco vería durante esa semana.

Nunca se mencionaban fechas concretas. Nadie decía: "Para el 14 de este mes ya podrá ver". Y continuaba el subterfugio, la quimera de que a ella no le importaba y se conformaba con esperar. Hasta Jim, su esposo, estaba ya incluido en la categoría de los "demás", junto con todo el personal del hospital. Ya no tenía confianza en él.

En un tiempo, mucho antes, todas las dudas y aprensiones habían sido confesadas y compartidas, pero eso era antes de la operación. Sintiendo invadida por el miedo al sufrimiento y a la ceguera, Marda se había aferrado a su esposo, preguntándole:

¿Qué me sucedería si no viera nunca más? imaginándose como una inválida, sin poder valerse por sus propios medios.

Jim, cuya ansiedad no era menor a la suya, contestó:

Suceda lo que suceda, lo soportaremos juntos.

Ahora, por ningún motivo exacto, excepto que, tal vez, la oscuridad la había vuelto más sensible, Marda evitaba tocar este tema con su esposo. El roce de la mano de él era igual que siempre, y también su beso, y el calor de su voz; pero constantemente en estos días de espera, había sentido germinar en ella el temor de que también él, como todo el personal del hospital, se estuviera mostrando demasiado amable, con la bondad de los que

saben respecto al que no debe saber. Por consiguiente, cuando por fin sucedió y el cirujano le dijo durante la visita de la noche: "Mañana le probarán los lentes", la sorpresa fue más grande que la alegría. No pudo decir una palabra y el médico salió de la habitación antes de que ella consiguiera darle las gracias. Era cierto, entonces. La larga agonía había terminado. Se permitió una tentativa más, antes de que se retirara la enfermera del turno de día:

Necesitaré tiempo para acostumbrarme. ¿No es cierto? Me harán doler un poco al principio, ¿verdad?

Una afirmación envuelta en una pregunta casual. Pero la voz de la mujer que la atendiera durante tantos y tan largos días contestó:

Ni siquiera se dará cuenta de que los tiene puestos, señora West.

Era una voz calma y tranquilizadora. Y la manera en que arreglaba las almohadas y acercaba el vaso a los labios de la paciente (la mano olía levemente al jabón perfumado con que la lavaba) todas estas cosas infundían confianza e implicaba entender que no podía mentir...

Mañana la veré dijo Marda West.

Lanzando una de sus alegres carcajadas, que a veces se oían desde el fondo del corredor, la enfermera contestó:

Sí, y le daré el primer susto...

Extraño cómo ahora se confundían los recuerdos del día en que ingresó al sanatorio. Las personas que la recibieran eran apenas sombras vagas y la habitación que le asignaron, donde todavía se encontraba, parecía una caja de madera colocada a manera de trampas. Hasta el cirujano, tan animado y eficiente durante las dos últimas consultas en las cuales recomendara una operación inmediata, era más bien una voz que una presencia. Daba órdenes, y las órdenes se cumplían. Resultaba difícil conciliar esta ave de paso con la persona que semanas atrás le pidiera entregarse a él, y que había realizado realmente este milagro sobre las membranas y los tejidos que eran sus ojos vivos.

¿Cómo se siente?

Era la voz baja y suave de la enfermera de la noche, que sabía más que las demás todo lo que ella había soportado. La enfermera Brand, que estaba durante el día, irradiaba claridad: era una persona llena de luz, de flores, de visitas. Cuando hablaba del tiempo que hacía afuera, era como si se refiriese a su propia creación: "Un día de horno", decía, abriendo las ventanas, y su paciente sentía el uniforme fresco, la gorra almidonada, que de alguna manera parecían amortiguar el calor penetrante. O bien oía el monótono caer de la lluvia y sentía el leve frío que la acompañaba: "Le va a venir bien a los jardineros, pero va a arruinar el paseo de la caba".

También las comidas, aunque fueran las más aburridas del mundo, parecían manjares al ser presentadas por ella: "Un bocadito de pescado a la manteca", sugería, llena de optimismo, tratando de despertar el apetito moroso. Y había que comer el pescado hervido, aunque no tuviera gusto, porque lo contrario significaba defraudar a la enfermera Brand que lo había recomendado. "Buñuelos de manzana... Estoy segura de que podrá comer dos, por lo menos...". Y la lengua comenzaba a sentir el buñuelo imaginario, tostado y dulce, que en la realidad tenía una consistencia lánguida y correosa.

Su alegre optimismo no toleraba el mal humor. Hubiera resultado ofensivo quejarse, y cobarde reconocer: "Déjeme tranquila, no quiero nada".

La noche traía el consuelo y la enfermera Ansel. Ella no esperaba encontrar valor. Al principio, durante los dolores, fue la enfermera Ansel quien le administró las drogas. Ella era quien le alisaba las almohadas y le acercaba el vaso a los labios reseca. Luego, al pasar las semanas, le había llegado su voz suave y sus tranquilas palabras de aliento:

Pronto pasará. Esta espera es lo peor.

Por la noche, apenas la paciente tocaba el timbre, ya la enfermera Ansel estaba junto a su cama:

No puede dormir, ¿verdad? Ya sé, es horrible. Le daré dos granitos y medio y la noche no parecerá tan larga.

¡Cuánta compasión en la voz suave y aterciopelada! La imaginación, hilando fantasías durante el descanso y la ociosidad forzosa, pintaba algunos cuadros donde intervenía la enfermera Ansel, fuera del hospital: unas vacaciones en el extranjero, tal vez para los tres. Jim jugaría al golf con algún compañero no especificado, y Marda quedaría libre para deambular con la enfermera Ansel. Todo lo que hacía era perfecto. Nunca molestaba. Las pequeñas intimidades compartidas durante la noche creaban, entre enfermera y paciente, un vínculo que desaparecía con la llegada del día. Cuando dejaba el servicio a las ocho y cinco de la mañana, susurraba: "Hasta esta noche", como si las ocho de la noche no fueran la hora de entrar a trabajar, sino la de una cita.

La enfermera Ansel comprendía las quejas. Cuando Marda West decía con voz cansada:

¡Qué día tan largo!

Ella respondía:

Sí. ¿No es cierto?

Dando a entender que también para ella el día había sido interminable, que había tratado de dormir inútilmente, en alguna pensión, y que sólo ahora esperaba volver a la vida.

Y era con cierta simpatía secreta y especial que anunciaba al visitante nocturno:

Aquí hay alguien que quiere verla, más temprano que otras veces.

Y la voz sugería que Jim no era el esposo desde hacía diez años, sino un trovador, un amante, alguien cuyo ramo florido había sido recogido en un jardín encantado y era traído ahora ante un balcón.

"¡Qué lirios tan hermosos!" La exclamación a medias, casi un suspiro, hacía imaginar a Marda West exóticas bellezas de pétalos fantásticos, brotando hacia el sol, mientras la enfermera Ansel, pequeña sacerdotisa, se arrodillaba ante ella. Tímidamente, la voz murmuraba:

Buenas noches, señor West. Su señora lo está esperando.

Se oía el leve golpe de la puerta al cerrarse, y luego, casi inaudible, el regreso, y el aroma de las flores llenando la habitación.

Debió ser durante la quinta semana que Marda West sugiriera, primero a la enfermera Ansel, y luego a su esposo, que tal vez, cuando volviera a casa, la enfermera de la noche podría acompañarla durante la primera semana. Coincidiría con las vacaciones de esta última. Nada más que una semana. Hasta que Marda West volviera a sentirse ambientada.

¿Le gustaría que yo fuera? La voz expresaba reserva, pero también promesa.

Naturalmente. Me resultaría difícil al principio...

La paciente, sin saber muy bien que es lo que entendía por difícil, se veía aún como una inválida, pese a los lentes nuevos, y necesitada de la protección y la confianza que

hasta ahora sólo la enfermera Ansel había sido capaz de darle.

Jim, ¿qué te parece?...

La contestación de su esposo expresó sorpresa e indulgencia. Sorpresa por el hecho de que su esposa considerara a una enfermera una persona como todas e indulgencia porque se trataba del capricho de una enferma. Por lo menos así le pareció a Marda West. Después, cuando la visita nocturna hubo terminado y su esposo ya no estaba, dijo a la enfermera de la noche:

No he podido darme cuenta si a mi marido le gustó o no la idea...

La contestación fue sobria:

No se preocupe, el señor West se ha resignado...

¿Resignado? ¿A qué? ¿Al cambio de rutina? ¿A que alrededor de la mesa se sentaran tres personas y conversaran, y una de ellas ocupara la posición poco usual del huésped que se dedica enteramente a la dueña de casa, y debe ser pagado? (Aunque esto último no debía ser mencionado, sino simplemente cumplido, al término de la semana, mediante un sobre).

¿Cómo se siente?

La enfermera Ansel estaba junto a la almohada, tocando las vendas. Por fin, el calor de su voz, la certeza de que dentro de pocas horas se produciría la revelación, lograron apagar las últimas dudas que aún restaban respecto al éxito. La operación no había fracasado. ¡Mañana volvería a ver!

En cierto modo dijo Marda West, es como si volviera a nacer. He olvidado qué aspecto tiene el mundo.

Maravilloso murmuró la enfermera Ansel. Y usted ha tenido tanta paciencia, durante tanto tiempo...

Su mano expresaba un reproche hacia todos los que insistieron en mantener vendas durante la semana de la espera. Si la enfermera Ansel hubiera estado a cargo de todo, con su varita mágica, las cosas habrían sido de otro modo.

Es extraño dijo Marda West. Mañana ya no será usted una voz, sino una persona.

¿Es que no soy una persona, ahora?

La expresión era de suave burla, de sutil reproche y formaba parte de la comunicación que existía entre ambas, tan sedante para la paciente. Seguramente, cuando recuperara la vista, todo esto quedaría atrás.

Sí, claro, pero será distinto.

No veo por qué...

Aún sabiendo que era pequeña y morena porque la misma enfermera Ansel se lo había dicho, Marda West sentía que debía estar preparada para alguna sorpresa: la inclinación de la cabeza, la posición de los ojos, o tal vez algún inesperado detalle facial: una boca excesivamente grande o demasiados dientes.

Mire, sienta... y no por primera vez la enfermera Ansel tomó la mano de su paciente y la puso sobre su propio rostro, lo que resultaba algo embarazoso, quizás, ya que la mano quedaba cautiva y la acción implicaba una entrega.

Marda West rió, retirando la mano:

No veo nada.

Duerma, entonces. Así el día de mañana llegará más pronto.

La rutina familiar del tiempo puesto al alcance de la mano, el último trago de agua, la píldora y luego la voz suave:

Buenas noches, señora West. Si necesita algo, llámeme.

Gracias. Buenas noches.

Como siempre, la ligera sensación de pérdida, de soledad, al cerrarse la puerta y desaparecer la enfermera. Y también celos, ya que había otros pacientes que recibían las mismas mercedes y que, apremiados por el dolor, también tocarían el timbre. Cuando despertaba -como le sucedía a menudo de madrugada-, Marda West ya no tendía a pensar en Jim, solitario en la cama, sino que de inmediato imaginaba a la enfermera Ansel, sentada quizás junto a algún lecho, o inclinándose para consolar. Entonces tendía la mano, tocaba el timbre, y, apenas la puerta se abría, preguntaba:

¿Estaba durmiendo?

Nunca duermo mientras trabajo.

Quería decir entonces que estaba sentada en el compartimiento que había en mitad del pasillo, tal vez tomando té o registrando datos en algún cuaderno. O bien de pie junto a una paciente, como ahora al lado de Marda West.

No encuentro mi pañuelo.

Aquí está. Debajo de la almohada.

Una palmada en el hombro, como otra delicada atención más, unos minutos de conversación para prolongar la compañía, y luego volvía a desaparecer para contestar otros timbres y atender otros pedidos.

Bueno, bueno. ¡No podemos quejarnos del tiempo!

Había llegado el día. La enfermera Brand entró como la primera brisa de la mañana, anunciando buen tiempo.

¿Lista para el acontecimiento? preguntó. Tenemos que apurarnos y buscar su camisón más lindo para cuando venga su marido...

Era como el día de su operación, pero al revés. Ahora, no en una camilla, sino en el mismo cuarto, donde el cirujano, valiéndose sólo de sus manos, y con ayuda de la enfermera, retiró primero las vendas, luego las compresas, después las gasas. El pinchazo levísimo de una inyección para atenuar la sensibilidad. Luego le hizo algo en los párpados, pero no le dolió. Nada más que una sensación de frío, como si pasaran hielo por donde antes estaban las vendas. Sedante.

No se desilusione advirtió el cirujano, si no observa diferencia alguna durante un rato. Todo parecerá envuelto en sombras. Luego aclarará, poco a poco. Quiero que durante ese tiempo permanezca quieta.

Comprendo. No me moveré.

El momento anhelado no debía producirse de improviso. Los lentes oscuros, colocados bajo los párpados, eran provisorios: por unos días solamente. Después los cambiarían por otros.

¿Cuánto podré ver? la pregunta surgió, por fin.

Todo. Pero sin los colores, por el momento. Como si llevara anteojos oscuros en un día de sol bastante agradable.

La alegre risa del cirujano le inspiró confianza, y, cuando se retiró de la habitación acompañado por la enfermera Brand, Marda se recostó de nuevo, esperando que aclarara la niebla y el día de verano irrumpiera en su visión, aunque se hallara disminuida y debilitada por los lentes.

Poco a poco la bruma se disolvió. El primer objeto fue angular: un guardarropa. Después una silla. Luego movió la cabeza y lentamente, empezó a tomar forma, el contorno de la ventana. Los vasos, las flores que Jim le había traído. Los ruidos de la calle se fundían con la forma, y lo que antes pareciera disonante, resultaba armonioso. Pensó: "¿Podré llorar? ¿O los lentes impedirán que salgan las lágrimas?". Nada de que avergonzarse y muy fáciles de enjugar. Ahora todo estaba en foco: las flores, el lavatorio, el vaso con el termómetro adentro, su salto de cama. El alivio y la maravilla eran tan grandes que no lograba fijar idea alguna.

"No me estaban mintiendo" pensó. "Sucedió. Es verdad".

La contextura de la frazada que la cubría, y que ya conocía por el tacto, ahora podía ser vista, también. El color no tenía tanta importancia. El amortiguamiento de la luz causado por los lentes azules, aumentaba el encanto y la suavidad de todo lo que veía. En el regocijo de disfrutar de formas y contornos le parecía que el color ya no volvería a tener importancia nunca. Había tiempo para eso. Lo que realmente importaba era la azul simetría de la visión. Ver, sentir, mezclar ambas cosas. Era como nacer de nuevo o descubrir un mundo perdido mucho tiempo atrás.

Ahora ya no parecía haber prisa para nada. Miró alrededor suyo, recorriendo la pequeña habitación demorándose en cada uno de sus aspectos, plena de algo que saborear. Podría pasarse horas mirando el cuarto y sintiéndolo, atravesando la ventana y llegando hasta las ventanas de las casas que había en la acera de enfrente.

Hasta un prisionero encontraría llevadera su celda, si antes hubiera estado ciego, pensó.

Oyendo la voz de la enfermera Brand, volvió la cabeza para mirar la puerta que se abría.

¡Muy bien! ¿Ya está contenta otra vez?

Sonriendo, vio acercarse la figura vestida de uniforme, llevando una bandeja, y sobre la bandeja, un vaso de leche. Pero, cosa absurda e incongruente, la cabeza que llevaba la gorra no era una cabeza de mujer. Esa que ahora se inclinaba sobre ella era una vaca. Una vaca...con cuerpo de mujer. Lagorra fruncida reposaba sobre amplios cuernos. Los ojos eran grandes y suaves, pero eran ojos de vaca; las fosas nasales anchas y humeantes y su manera de pararse...Igual que una vaca, parada en medio del campo, contenta, indiferente, tomando las cosas como vienen.

¿Se siente rara?

La risa era una risa de mujer, de enfermera; la risa de la enfermera Brand, que en ese momento depositaba la bandeja sobre la cómoda que había junto a la cama. La paciente no dijo nada. Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Pero la vaca seguía instalada dentro del uniforme de la enfermera.

Confíeselo dijo la enfermera Brand. Si no fuera por el color, ni siquiera se daría cuenta que tiene puestos los lentes.

Lo importante era ganar tiempo. La paciente tendió la mano hacia el vaso de leche, con cuidado. Sorbió la leche, despacio. Se habría puesto esa máscara a propósito. Tal vez se trataba de alguna clase de experimento relacionado con los lentes, aunque no podía

imaginarse de qué se trataba. ¿Y no era correr un riesgo proceder de este modo con alguien que hubiera sufrido la misma operación que estuviera más débil que ella? ¡Era una crueldad!

La veo con toda claridad dijo, por fin. Por lo menos, así me parece.

La enfermera Brand se quedó mirándola, con los brazos cruzados. La amplia figura uniformada se parecía mucho a la que Marda West imaginara, pero, esa cabeza de vaca, inclinada hacia un lado, y ese ridículo gorro fruncido, colocado sobre los cuernos... ¿dónde se unía al cuerpo, si se trataba realmente de una máscara?

Vaya... no parece demasiado segura de sí misma dijo la enfermera. No me diga que no está contenta, después de todo lo que hicimos por usted.

La risa era alegre, como siempre, pero por el modo como se movían sus mandíbulas parecía estar rumiando pasto.

Me siento segura de mí misma contestó la paciente, pero no de usted. ¿Es un juego?

¿Qué cosa es un juego?

La cara, la cara que usted tiene...

Su visión no se encontraba tan amortiguada por los lentes azules como para no distinguir el cambio de expresión. La mandíbula de la vaca se abrió, sin duda alguna.

¡Vaya! Señora West... Esta vez la risa no era tan cordial. La sorpresa era evidente. Soy tal como Dios me hizo. Claro que podría haberme hecho mucho mejor...

La enfermera la vaca, se apartó de la cama dirigiéndose hacia la ventana y apartó bien las cortinas para que entrara más luz. No, no se notaba dónde la máscara se unía al cuerpo: parecían la misma cosa. Marda West imaginó a la vaca defendiéndose, agachando la testuz.

No tuve intención de ofenderla se excusó. Pero es un poco extraño... ¿sabe?

No necesitó seguir explicando porque se abrió la puerta y entró el cirujano. Es decir, la voz que dijo:

Hola, ¿qué tal?

Era la del cirujano, y la figura de saco oscuro y pantalones de tela esponja era tal como debía ser, tratándose de un eminente cirujano, pero... esa cabeza de terrier, con las orejas paradas, y los ojos inquisitivos, avizores... Parecía a punto de ladrar y agitar la cola vigorosamente.

Esta vez la paciente rió. El efecto era ridículo. Debía ser una broma. No podía ser de otro modo. Aunque, ¿por qué se tomaban tanta molestia y gastaban tanto? ¿Qué ganaban con ese engaño? Bruscamente dejó de reír: el terrier se volvió hacia la vaca, y los dos hablaron en voz baja. La vaca encogió sus hombros demasiado reducidos.

La señora West cree que somos una broma explicó al cirujano, pero su voz no era excesivamente amable.

Estoy de acuerdo con ella comentó éste. La verdad es que no convendría que nos tomara antipatía, ¿no es cierto?

Acercándose, tendió la mano a su paciente y se inclinó para observarle los ojos. Marda se quedó muy quieta. Tampoco el cirujano tenía puesta una máscara. O por lo menos, no se notaba. Las orejas estaban tiesas, y olfateaba. Hasta estaba marcado: una oreja era negra y la otra blanca. Se lo imaginó a la entrada de la guarida de un zorro, husmeando



y largándose en pos de su presa, a lo largo del túnel, concentrado en la tarea para la que había sido entrenado.

Usted debería llamarse Jack Russell dijo en voz alta.

¿Cómo dice? Se enderezó, sin apartarse de la cama. Su ojo brillante tenía una expresión aguda, y la oreja estaba tensa.

Quiero decir y Marda West buscó las palabras que ese nombre parece quedarle mejor que el suyo. Se sintió confundida. ¿Qué pensaría de ella el doctor Edmund Greaves, de la calle Harley, que tantos títulos tenía en la chapa de su puerta?

Conozco un Jack Russell le estaba diciendo ahora. Pero es un cirujano ortopédico, un rompe huesos... ¿Le parece que yo le he hecho eso? Su voz seguía siendo vivaz, pero parecía algo sorprendido, tal como la enfermera Brand un momento antes; evidentemente, no les estaba expresando la gratitud que correspondía a su habilidad.

No. No. Claro que no... se apresuró a decir la paciente. No me han roto nada. No siento ningún dolor. Veo con claridad, casi con excesiva claridad...

Así debe ser su risa parecía un breve y agudo ladrido.

Bueno, enfermera siguió diciendo. La paciente puede hacer cualquier cosa razonable, menos quitarse los lentes. ¿Ya se lo dijo, verdad?

Estaba por hacerlo, doctor, cuando usted entró...

El doctor Greaves volvió su afilado hocico de terrier hacia Marda West:

Volveré el jueves le dijo, para cambiar los lentes; mientras tanto, sólo habrá que lavarle los ojos con una solución, tres veces al día. Se lo hará la enfermera. No vaya a tocárselos usted. Sobre todo, no toque los lentes. Un paciente lo hizo y perdió la vista para siempre.

"Si intentara hacerlo" parecía decirle el terrier, "se recibiría su merecido. Mejor que no haga la prueba. Mis dientes son muy afilados".

Comprendo contestó la paciente, en voz muy baja. Pero había pasado la oportunidad, ahora ya no podía pedir una explicación. El instinto le advertía que no sería comprendida.

El terrier estaba diciendo algo a la vaca, dándole instrucciones. Una frase breve y seca, y la tonta cabeza asintió aprobando. Seguramente, cuando hacía calor, las moscas le molestarían... Tal vez la gorra serviría para apartar los insectos...

Cuando ya se acercaban a la puerta, la paciente hizo un último intento y preguntó:

Los lentes permanentes... ¿serán iguales a éstos?

Exactamente ladró el cirujano, excepto que no tendrán color alguno. Verá las cosas tal como son. ¡Hasta el jueves!

Desapareció, seguido por la enfermera. Oyó rumor de voces afuera ¿qué pasa ahora?... Si se trataba de una especie de prueba, ¿se quitarían la máscara de inmediato? Le pareció importantísimo saberlo. No era justo lo que estaban haciendo. Era un abuso de confianza. Se deslizó fuera de la cama y se acercó a la puerta. Oyó que el cirujano decía:

Un grano y medio. Está un poco excitada. Es la reacción, por supuesto...

Abrió la puerta de golpe, valientemente. Allí estaban en el corredor, con las máscaras todavía puestas. Ambos se volvieron para mirarla y, tanto los brillantes ojos del

terrier, como los mansos de la vaca, la miraron con expresión de reproche, como si al enfrentarlos, la paciente hubiera cometido una infracción a los buenos modales.

¿Necesita algo? preguntó la enfermera Brand.

Marda West miró hacia el corredor. Pero, ¿es que todo el piso participaba de la farsa? Una mucama que en ese momento salía de la habitación vecina con una pala y un cepillo, tenía puesta una cabeza de comadreja sobre su pequeño cuerpo, y la enfermera que se aproximaba desde el otro lado era un pequeño gato juguetero, con la gorra colocada muy coquetamente sobre la ensortijada pelambre. El doctor que caminaba a su lado era un orgulloso león. Hasta el portero, que en ese momento salía del ascensor, tenía puesta la cabeza de un oso, y, al levantar unas valijas, emitió un ronco gruñido.

Marda West sintió el primer aguijón del miedo. ¿Cómo podían saber que ella iba a abrir la puerta en ese momento? ¿Cómo podían ordenar todo de manera que, enfermeras y médicos y mucamas y portero anduvieran todos con las máscaras puestas? Algo de su miedo debió transparentarse en el rostro, porque la enfermera Brand la vaca, la tomó del brazo y la condujo de nuevo a la cama.

¿Se siente bien, señora West? le preguntó, ansiosamente.

Marda West se acostó de nuevo, lentamente. Si se trataba de una conspiración, ¿qué objeto tenía? ¿Había que engañar también a los otros pacientes?

Estoy cansada dijo, quisiera dormir...

Está bien contestó la enfermera. Es la excitación...

Estaba mezclando algo en un vaso. Esta vez, al recibirlo de sus manos, Marda West se sintió temblar. ¿Acaso una vaca podía saber cómo se preparaba un remedio? Y... ¿si se equivocaba?

¿Qué es lo que me da?

Un sedante.

Floréenlas silvestres. Pasto jugoso... Su imaginación era suficientemente poderosa como para sentir todos esos gustos en el remedio. Se estremeció. Luego se dejó caer sobre la almohada. La enfermera corrió las cortinas.

Descanse ahora. Cuando despierte se sentirá mejor...

La pesada cabeza se tendió hacia adelante, como si estuviera por mugir.

El sedante hizo efecto de inmediato. Empezó a sentir pesadez en las piernas. Pronto se sintió envuelta por una tranquila oscuridad. Pero cuando despertó no se encontró de regreso a la cordura, sino frente al almuerzo que le traía un gato. La enfermera Brand tenía el día libre.

¿Cuánto tiempo debe continuar esto? preguntó Marda West. Se había resignado a la prueba. El sueño le había devuelto la energía y cierto grado de confianza. Si todo esto resultaba necesario para recuperar la vista o, si lo hacían por sus propias e incomprensibles razones, era cosa de ellos.

¿Qué quiere decir, señora West? demandó el gato, sonriendo. Era tan simpático con su hociquito respingado. Al hablar se llevó una patita a la gorra.

Esta prueba para mis ojos contestó la paciente, destapando el pollo hervido que tenía en el plato.

No entiendo...

¿Para qué se disfrazan así? ¿Qué objeto tiene?

El gatito se quedó mirándola con expresión seria si es que un gato puede tener tal expresión.

Lo siento mucho, señora West, no la entiendo. ¿Le dijo a la enfermera Brand que no veía bien todavía?

No se trata de eso. Veo muy bien. La silla es una silla. La mesa es una mesa. Esto que estoy por comer, es pollo hervido. Pero, ¿por qué parece usted un gatito barcino?

Tal vez no lo había dicho bien. Es que le resultaba tan difícil hablar con serenidad. La enfermera por la voz, Marda West supo que se trataba de la señorita Sweeting, un nombre tan apropiado para ella, dio un paso hacia atrás.

Caramba dijo, lamento no poderla arañar. Nunca me habían llamado gato todavía.

Realmente, estaba bien lo de arañar: ya se le veían las uñas. Tal vez ronroneara al león del corredor, pero, por lo visto, no pensaba hacerlo con Marda West.

No lo estoy inventando le dijo. Veo lo que veo. Usted es un gato, sin duda, y la enfermera Brand, una vaca.

Esta vez el insulto debió parecer deliberado. La enfermera Sweeting tenía buenos bigotes, y se erizaron.

Por favor, señora West le dijo, coma su pollo y toque el timbre cuando quiera el próximo plato. Y salió majestuosamente de la habitación. Si hubiera tenido una cola, pensó Marda West, no la habría meneado alegremente como el doctor Greaves, sino agitado con violencia.

No, no usaba máscaras. La sorpresa y el resentimiento del gatito habían sido demasiado auténticos, y no era posible que todo el personal del hospital hubiera representado una comedia en beneficio de un solo paciente: Marda West. El gasto habría sido excesivo. Era culpa de los lentes. Por alguna razón ignorada del profano, debían transformar el aspecto de las personas que se veían a través de ellos.

De pronto se le ocurrió una idea. Haciendo a un lado el carrito del almuerzo, saltó de la cama y se acercó al tocador. Desde el espejo, su propio rostro salió a su encuentro. Los lentes oscuros le ocultaban las pupilas, pero, por lo menos, su cara seguía siendo la misma.

Gracias a Dios, se dijo. Pero de nuevo volvió a pensar en una trampa. El hecho de que su propio rostro no hubiera sufrido modificación alguna, sugería un complot, o sea que lo que pensara respecto a las máscaras, era verdad. Pero, ¿por qué? ¿Qué ganaban con eso? ¿Acaso conspiraban todos para volverla loca? Rechazó la idea de inmediato: era demasiado fantástica. Estaba internada en un sanatorio de Londres, responsable, y todo su personal era bien conocido. El cirujano que la operaba había cobrado sus honorarios. Además, si querían enloquecerla, hasta matarla, podían hacerlo muy fácilmente, echando mano a algunas drogas o a la anestesia. Podrían haberle aplicado excesiva anestesia durante la operación y dejar que se muriera. Nadie se hubiera tomado el trabajo de colocar máscaras a enfermeras y médicos. Haría otra prueba.

Se detuvo junto a la ventana, oculta detrás de la cortina: esperaría hasta que apareciera gente. Por el momento no había nadie en la calle; como era la hora del almuerzo, el tránsito era escaso. De pronto vio cruzar por la esquina un taxímetro, pero estaba demasiado lejos y no podía ver la cabeza del chofer. Apareció el portero, y deteniéndose en los escalones, miró a uno y otro lado de la calle. Vio claramente su cabeza de oso. Pero no tenía importancia. Podía formar parte del complot. Se acercó un camión, no logró ver al conductor... sí, ahora aminoraba la marcha, al pasar frente al sanatorio. Sacó la cabeza: era

la de un sapo, de ojos saltones.

Enferma de miedo se apartó de la ventana y volvió a meterse en la cama; ya no sentía apetito, e hizo a un lado el plato, sin comer lo que quedaba del pollo. No tocó el timbre, pero después de un rato abrieron la puerta. Esta vez no era el gatito sino la pequeña mucama de cabeza de comadreja.

¿Quiere tarta de ciruela o helado, señora? le preguntó.

Marda West, con los ojos semicerrados, meneó la cabeza. Con timidez, la comadreja se acercó para retirar la bandeja, y agregó:

¿Queso, entonces? ¿Y un poco de café?

La cabeza se unía al cuello sin ninguna clase de resorte. No podía ser una máscara, a menos que algún modisto genial hubiera inventado algo que pudiera unirse directamente al cuerpo, fundiendo piel y tela.

Nada más que café.

La comadreja desapareció. Volvieron a llamar a la puerta. Era el gatito otra vez, con el lomo arqueado y la pelambre erizada. Le puso delante el café, sin decirle una sola palabra.

Irritada si alguien debía sentirse molesta era ella, ¿verdad? Marda West exclamó, impaciente:

¿Quiere que le ponga un poco de leche en el platito?

El gatito se volvió:

Una broma es una broma, señora West, y soy capaz de reírme como cualquiera. Pero no tolero las groserías.

¡Miau!...

El gatito salió de la habitación. Nadie, ni siquiera la comadreja, vino a retirar el pocillo de café.

La paciente había caído en desgracia. No importaba. Si el personal del sanatorio creía que se iba a salir con la suya, estaba equivocado. Se acercó otra vez a la ventana. Un viejo bacalao, apoyándose en dos bastones, estaba subiendo a un coche, ayudado por el portero con cabeza de oso. No podía ser un complot, entonces: no sabían que los estaba mirando. Marda se dirigió al teléfono y pidió que la comunicaran con la oficina de su esposo. Recordó que todavía estaría almorzando. Pero tuvo suerte: lo encontró.

Jim...Jim, querido...

¿Sí?

¡Qué alivio al oír la voz familiar y querida! Se recostó en la cama, con el receptor junto al oído.

Querido... ¿Cuándo puedes venir?

No antes de la noche, creo. Es un día infernal: una cosa tras otra. ¿Y? ¿Cómo te fue? ¿Marchó todo bien?

No tan bien que digamos.

¿Qué quieres decir? ¿No puedes ver? Greaves no se equivocó... ¿verdad?

¿Cómo podía explicárselo? Parecería demasiado tonto por teléfono.

Sí, sí, puedo ver, puedo ver muy bien, pero, es que todas las enfermeras me parecen animales. También Greaves. Es un foxterrier. Uno de esos pequeños Jack Russell que se meten en las madrigueras de los zorros...

¿Qué diablos estás diciendo?

Oyó que al mismo tiempo decía algo a su secretaria: algo referente a otra cita. Por el tono de su voz comprendió que estaba ocupado, muy ocupado, y que había elegido el peor momento para llamarlo.

¿Qué querías decir con eso de Jack Russell? insistió.

Marda West comprendió que era inútil. Tendría que esperar hasta que viniera. Entonces podría explicarle todo y él averiguaría qué es lo que realmente sucedía.

No importa le dijo. Después te contaré...

Lo siento explicó, pero la verdad es que estoy muy atareado. Si los lentes no te sirven, díselo a alguien: a las enfermeras, a la caba.

Sí, sí. Está bien y colgó.

Tomó una revista, de las que debía haber dejado el mismo Jim, pensó. Se alegró de no sentir molestia alguna al leer. Los lentes azules no parecían cambiar eso: las fotografías de hombres y mujeres parecían normales, como siempre. Casamientos, fiestas, debutantes... todo como de costumbre. Era sólo en el sanatorio y en la calle que las cosas cambiaban.

Mucho más tarde la caba vino a hablar con ella. Se dio cuenta de que era la caba por la ropa. Pero, inevitablemente y ya sin sorpresa, observó que tenía cabeza de oveja.

Espero que se sienta cómoda, señora West.

Su voz parecía suavemente inquisidora. ¿No era un poco parecida a un balido?

Sí, gracias Marda West habló con precaución. No valía la pena enemistarse con la caba, aunque todo el asunto no fuera otra cosa que un complot gigantesco. Sería mejor no empeorar las cosas.

¿Le quedan bien los lentes?

Muy bien.

¡Me alegro tanto! Fue una operación sumamente delicada, y usted resistió muy bien todo el período de espera.

Bueno, pensó la paciente, me está halagando. Parte del juego, sin duda.

El doctor Greaves dijo que dentro de unos días... muy pocos... le sacarán estos cristales para ponerle los permanentes.

Sí, así me dijo.

Es un poco fastidioso no ver los colores, ¿verdad?

En realidad, tal como están las cosas, lo prefiero.

La réplica se le escapó antes de que pudiera impedirlo.

La caba se alisó el uniforme. Si supieras qué aspecto tienes pensó la paciente con

ese trozo de tela emplástica debajo de tu hocico de oveja, entonces sabrías qué es lo que quiero decir.

Señora West... la caba pareció sentirse incómoda, y al hablar desvió su cabeza de oveja. Señora West... espero que usted no se ofenda por lo que voy a decirle, pero nuestras enfermeras trabajan muy bien y nos sentimos muy orgullosos de ellas. Trabajan durante muchas horas, como usted sabe, y no es muy amable de su parte burlarse de ellas, aunque, estoy segura, usted sólo lo hace en broma...

¡Bee... bee! ¡Bala no más! Marda West apretó los labios.

¿Me dice esto porque llamé gatito a la enfermera Sweeting?

No sé qué es lo que le dijo, señora West, pero estaba muy disgustada. Cuando vino a verme a la oficina, parecía a punto de llorar.

Enfurecida, querrá decir. A punto de arañar. Esas manecitas tan capaces, son verdaderas garras.

No volverá a suceder.

Estaba resuelta a no decir una palabra más. No era culpa de ella. No había pedido que le colocaran lentes deformantes, que la engañaran, que le hicieran trampas.

Debe ser muy engorroso agregó, manejar un sanatorio como éste...

Así es dijo la caba, (la oveja). Sólo se puede llevar adelante gracias a la eficiencia del personal y a la cooperación de todos nuestros pacientes...

El golpe estaba destinado a dar en el blanco. Hasta una oveja es capaz de reaccionar.

Caba dijo Marda West, no nos digamos indirectas. ¿Para qué sirven?

¿Para qué sirve, *qué*, señora West?

Todo este carnaval. Bueno, ya lo había dicho. Y para reforzar su argumento, señaló la cara de la caba. ¿Por qué eligió ese disfraz, por ejemplo? Ni siquiera es divertido...

Se produjo un silencio. La caba, que había estado a punto de sentarse para seguir conversando, cambió de idea. Se acercó a la puerta.

Las egresadas de St. Hilda, nos sentimos orgullosas de nuestro uniforme. Espero, señora West, que cuando usted se vaya nos considere mejor de lo que parece estar haciéndolo ahora...

Y salió del cuarto. Marda West tomó la revista de nuevo, pero era aburrida. Cerró los ojos. Volvió a abrirlos. Volvió a cerrarlos. Si la silla se hubiera convertido en un hombre y la mesa en una parva de heno, entonces hubiera podido echarle la culpa a los lentes, pero, ¿por qué era que sólo cambiaba la gente? ¿Qué era lo que le pasaba a las personas? Mantuvo los ojos cerrados mientras le traían el té, y cuando la voz dijo, en tono agradable: "Unas flores para usted, señora West", ni siquiera los abrió, sino que esperó a que la dueña de la voz abandonara la habitación. Las flores eran claveles, y la tarjeta, de Jim. El mensaje escrito decía: "Animo, no somos tan malos como parecemos". Sonrió, y hundió el rostro en las flores. Ellas sí que no eran falsas. El perfume no tenía nada de extraño. Los claveles eran claveles: fragantes, graciosos. Ni siquiera la enfermera de turno que vino a ponerlas en un florero consiguió irritarla con su cabeza de caballo. Serviría para un circo. Gracias dijo Marda West, sonriendo.

El extraño día siguió arrastrándose. Impaciente esperó la llegada de las ocho de la noche. Se lavó, se cambió el camisón y se peinó. Ella misma corrió las cortinas y encendió

el velador. Se sentía invadida por una extraña nerviosidad. Tan raro había sido el día que ni una sola vez pensó en la enfermera Ansel. Querida, tranquilizadora, encantadora enfermera Ansel... Tomaba servicio a las ocho. ¿Formaría parte también ella de la conspiración? Si así era, Marda West le pediría una explicación. La enfermera Ansel no iba a mentir. Se dirigiría hacia ella, apoyaría las manos en sus hombros y, quitándole la máscara, le diría:

Vamos, sáquesela. Usted no me va a engañar.

Pero si eran los lentes, si lo habían sido desde el primer momento, ¿qué explicación cabría? Estaba sentada frente al tocador poniéndose crema en la cara. La puerta debió abrirse sin que ella se diera cuenta. La voz tan conocida, suave y cariñosa, se dejó oír junto a ella:

Estuve a punto de venir antes, pero no me atreví. Me habría tomado por una tonta...

La larga cabeza de serpiente se le puso delante. El cuello retorcido, la aguda lengua bifurcada que tan pronto entraba como salía, se reflejaban sobre el espejo. Marda West, no se movió. Sólo la mano, mecánicamente, siguió poniendo crema sobre el rostro. La serpiente no se quedaba quieta: se movía de un lado a otro, continuamente, como examinando los potes de crema, el perfume, el polvo.

¿Qué le parece sentirse de nuevo usted misma?

La voz de la enfermera Ansel, surgiendo de tal cabeza, pareció tanto más grotesca y horrible, y el solo hecho de que la lengua movediza siguiera el ritmo de sus palabras, paralizó a Marda West. Sintió que empezaba a sentirse mal, que se ahogaba. De pronto, la reacción física fue demasiado fuerte. Se levantó, pero en ese momento las firmes manos de la enfermera la sostuvieron y se dejó conducir a la cama. Se acostó y permaneció con los ojos cerrados, hasta que pasó la náusea.

Pobrecita... ¿Qué es lo que le han dado? ¿Fue el calmante? Lo vi escrito en su tarjeta...

La voz tan suave, tan sedante, sólo podía pertenecer a una persona muy comprensiva. La paciente no abrió los ojos: no se atrevió a hacerlo. Permaneció quieta, esperando.

Ha sido demasiado para usted dijo la voz. Tendrían que haberla hecho descansar el primer día. ¿Tuvo visitas?

No.

De todos modos, tendría que haber descansado... Está muy pálida. No es posible que el señor West la vea con esta cara.

Casi estoy por llamarlo por teléfono para decirle que no venga.

¡No!... Por favor... quiero verlo. Necesito verlo.

El miedo le hizo abrir los ojos, pero apenas lo hizo, volvió a sentirse mal porque la cabeza de serpiente, más larga que antes, salió del cuello de enfermera y, por primera vez, vio los ojos como una cabeza de alfiler. Llevándose la mano a la boca, ahogó un grito.

La enfermera Ansel emitió un sonido, expresando tranquilidad. Algo le ha hecho mal. No puede ser el calmante. Ya lo tomó varias veces. ¿Qué cenó esta noche?

Pescado al vapor. No tenía apetito.

Quién sabe si era fresco. Voy a averiguar si alguien se quejó. Mientras tanto, querida, quédese quieta y no se preocupe.

La puerta se abrió y cerró, silenciosamente. Desobedeciendo instrucciones, Marda West se deslizó de la cama y se apoderó de la primera arma que encontró: sus tijeras de las uñas. Después volvió a acostarse, con el corazón latiéndole muy fuerte, y escondió las tijeras bajo las sábanas. La repugnancia había sido demasiado grande. Si la serpiente se aproximaba, tendría que defenderse. Ahora estaba convencida de que lo que sucedía era muy real. Alguna fuerza maligna se cernía sobre el sanatorio y sus habitantes: la caba, las enfermeras, los médicos, hasta su cirujano, todos estaban complicados, asociados en el mismo crimen gigantesco cuyo objeto no podía comprender. Aquí en la calle Watling se estaba incubando el siniestro proceso, y ella, Marda West, era una de las víctimas. De alguna manera pensaban utilizarla como instrumento.

Una cosa resultaba clara: no debía darles a entender que sospechaba de ellos. Debía tratar de comportarse con la enfermera Ansel como lo había hecho hasta ahora. Si cometía un error, estaba perdida. Debía simular que se sentía mejor. Sise dejaba vencer por el malestar, la enfermera Ansel se inclinaría solícitamente sobre ella, con su cabeza de serpiente y su lengua horrorosa.

Se abrió la puerta. Marda West apretó los puños bajo las sábanas. Luego se obligó a sonreír.

¡Qué tonta soy! dijo. Me sentí mareada, pero ya estoy mejor.

Deslizándose, la serpiente se acercó con una botellita en la mano. Aproximándose al lavatorio tomó el vaso y dejó caer tres gotas adentro.

Esto lo arreglaré todo, señora West dijo.

Marda West sintió que el miedo volvía a apoderarse de ella. ¿Acaso estas mismas palabras no constituían una amenaza? "Esto lo arreglaré todo". ¿Arreglar qué? ¿Su destrucción? El líquido era incoloro, pero eso no quería decir nada. Recibió el vaso con el remedio y de inmediato inventó algo:

¿Me podría alcanzar un pañuelo? Están allí, en el primer cajón...

Por supuesto.

La serpiente volvió la cabeza y Marda West aprovechó para volcar en el piso el contenido del vaso. Luego, fascinada y llena de repugnancia, observó cómo la cabeza inquieta escudriñaba en el cajón del tocador buscando un pañuelo, y, encontrándolo, se lo alcanzaba. Al verla acercarse, Marda West contuvo la respiración. Esta vez advirtió que el cuello no era liso como le pareciera al principio, sino que estaba cubierto de escamas, en zigzag. Cosa curiosa, la gorra de enfermera no le quedaba mal. No estaba colocada en forma tan ridícula como la del gatito, la oveja y la vaca. Tendiendo la mano recibió el pañuelo.

Me da vergüenza que me mire de ese modo dijo la voz, como si me estuviera leyendo los pensamientos...

Marda West no contestó la pregunta; podía ser una trampa.

Dígame siguió diciendo la voz. ¿La desilusiono? ¿Tengo el aspecto que usted esperaba?

Seguía siendo una trampa. Debía tener cuidado.

Creo que sí contestó despacio. Pero me resulta difícil decirlo, si tiene puesto el gorro. No puedo verle el cabello...

La enfermera Ansel rió con la misma risa ronca y suave que tan atractiva resultara durante las largas semanas de ceguera, levantó las manos y de inmediato apareció toda la cabeza de la serpiente: chata... ancha... con la característica marca en "V".



¿Qué le parece? preguntó

Marda West se encogió dentro de la cama. Pero de nuevo se obligó a sonreír.

Muy bonita le dijo. Muy bonita, de veras...

La gorra fue puesta de nuevo en su lugar, el largo cuello giró y, engañada, tomó el vaso vacío de manos de la paciente y lo colocó de nuevo en el lavatorio. No se había enterado de nada.

Cuando vaya a su casa dijo la enfermera Ansel, no tendrá por qué usar uniforme. A menos que usted lo desee. Durante la semana que pasaré a su lado seré su enfermera personal.

Marda West se sintió repentinamente helada. En el tumulto de ese día había olvidado todos los planes. La enfermera Ansel iría a su casa por una semana. Así lo habían convenido. Lo vital era no mostrar miedo. Todo debía parecer igual. Cuando llegara Jim, se lo contaría. Si él no veía la cabeza de serpiente como bien podía suceder, si el defecto de hipervisión era producido por los lentes entonces tendría que comprender, simplemente, que ella ya no tenía confianza en la enfermera Ansel y no podía llevarla a casa. Había que modificar el plan. No quería que nadie la cuidara. Sólo deseaba estar de vuelta en su hogar, junto a su esposo.

Sonó el teléfono. Marda West se apoderó del aparato como de un salvavidas. Era Jim.

Siento mucho haberme retrasado, le dijo. Tomaré un taxi y llegaré allí en seguida. Estuve en lo del abogado.

¿El abogado?

Sí. Forbes y Millwall ¿Te acuerdas? Por ese dinero...

Lo había olvidado. Antes de la operación el asunto había sido objeto de amplias discusiones. Como de costumbre, los consejos eran contradictorios. Finalmente Jim había dejado todo en manos de la firma Forbes y Millwall.

¿Y? ¿Ya quedó arreglado?

Creo que sí. Pero te lo diré personalmente.

Cortó. Al levantar la vista vio que la cabeza de serpiente la estaba observando. Sin duda, pensó Marda West, te gustarla saber qué es lo que nos estábamos diciendo.

Tiene que prometerme que no se va a excitar demasiado cuando el señor West venga a verla...

La enfermera Ansel estaba parada en el umbral, con la mano en el picaporte de la puerta.

No estoy excitada. Sólo que siento deseos de verlo.

Tiene el rostro encendido...

Es que hace calor aquí.

El inquieto cuello se irguió y luego giró hacia la ventana. Por primera vez, Marda West tuvo la impresión de que la serpiente no se sentía cómoda. Debió advertir cierta tensión. Era imposible que no hubiera detectado ya el cambio producido en la atmósfera entre enfermera y paciente.

Voy a abrir un poquito la ventana.

Si fueras una serpiente de verdad pensó Marda West podría arrojarte hacia abajo, ¿o te me enroscaría alrededor del cuello y me estrangularías?

La ventana fue abierta y, quizás en espera de una palabra de agradecimiento, la serpiente se demoró al pie de la cama. Luego, el cuello se acomodó dentro del uniforme, la lengua restalló rápidamente un par de veces, y la enfermera Ansel se deslizó fuera de la habitación.

Marda West esperó escuchar el ruido de un taxímetro en la calle. Se preguntó si podría convencer a Jim para que se quedara toda la noche en el sanatorio. Si le explicaba su miedo, su terror, él seguramente comprendería. De inmediato comprobaría si también él notaba algo extraño: tocaría el timbre, haría cualquier pregunta a la enfermera Ansel y, por la expresión del rostro, o el tono de voz de su marido, descubriría si él veía lo mismo que ella.

El taxi llegó, por fin. Lo oyó aminorar la marcha, escuchó el golpe de la portezuela y, finalmente, la voz de Jim. El taxi se alejó. Jim vendría por el ascensor. El corazón empezó a latirle fuerte. No apartaba los ojos de la puerta. Oyó los pasos, y otra vez su voz; debía estar diciendo algo a la serpiente. En seguida se daría cuenta si le había visto la cabeza. Entraría en la habitación con aire de incredulidad, de azoramiento, o bien riendo, declarando que todo era una broma, una pantomima. ¿Por qué no se apresuraba? ¿Por qué se quedaba allí, conversando en voz baja?

Se abrió la puerta. El paraguas y el sombrero familiares fueron lo primero que apareció. Luego, la tranquilizadora figura corpulenta, pero... ¡Dios!... No... No... Por favor, Dios mío... No Jim... también... Jim metido dentro de una máscara, obligado a entrar en el complot de demonios, de impostores. Jim tenía una cabeza de cuervo. Imposible equivocarse: la mirada pesada, el pico ensangrentado, la piel floja. Mientras lo miraba, enferma de miedo, el cuervo apoyó el paraguas en un rincón y dejó en una silla el sombrero y el sobretodo.

Tengo entendido que no te sientes bien dijo, volviendo hacia ella su cabeza rapaz y mirándola que estás un poquito enferma e intranquila... No me quedaré mucho. Te hace falta un buen descanso.

Se sintió demasiado atontada para contestar. Inmóvil, vio cómo se acercaba al lecho y se inclinaba a besarla. Su pico de cuervo era muy agudo.

La enfermera Ansel dice que es la reacción siguió diciendo él. El *shock* repentino de volver a ver. No todas las personas reaccionan de la misma manera. Cuando te llevemos a casa te sentirás mejor.

"Te llevemos": la enfermera Ansel y él. El plan seguía en pie, entonces.

No sé dijo, débilmente, si quiero que la enfermera Ansel venga a casa...

¿No quieres que vaya? el tono de su voz era de sorpresa. Pero fue idea tuya...No puedes volver atrás ahora.

No tuvo tiempo de contestar. Aunque no había tocado el timbre, la enfermera Ansel había entrado en la habitación.

¿Una tacita de café, señor West? le dijo.

Era la rutina de todas las noches. Pero hoy parecía distinto, como si hubiera sido ensayada en el pasillo.

Gracias enfermera, con mucho gusto. ¿Qué significa esta tontería de que no va a venir a casa con nosotros?

El cuervo se volvió hacia la serpiente, la cabeza de la serpiente se agitó, y al verlos la serpiente moviendo su lengua, el cuervo con la cabeza metida entre sus hombros humanos comprendió que el plan de llevar a casa a la enfermera Ansel no había sido idea suya, después de todo. Ahora recordaba que la primera en sugerirlo había sido la propia enfermera. Había sido la señorita Ansel quien insinuara que Marda West necesitaba atención durante la convalecencia. La sugestión se produjo después de una noche en que Jim pasó todo el tiempo riendo y bromeando. Su esposa, con los ojos vendados, se había sentido feliz de escucharlos. Ahora, observando a la serpiente cuya marca en forma de "V" estaba oculta debajo del gorro de enfermera, comprendió por qué era que la señorita Ansel había querido acompañarlos a la casa, y también supo el motivo por el cual Jim no se había opuesto, todo lo contrario, había aceptado el plan de inmediato, declarándolo muy bueno.

El cuervo abrió su pico manchado de sangre:

No me van a decir que ustedes dos han discutido, ¿no?

Imposible la serpiente torció el cuello, miró de soslayo al cuervo y agregó. Lo que sucede es que esta noche la señora West se siente un poquito cansada. Ha tenido un día difícil... ¿No es cierto, querida?

¿Cuál sería la mejor contestación? Ninguno de ellos debía saberlo. Ni el cuervo ni la serpiente, ni ninguna de las otras bestias que la rodeaban, debía adivinarlo nunca.

Estoy bien dijo. Un poquito confusa. Como dice la enfermera Ansel, por la mañana me sentiré mejor...

Los dos se comunicaron en silencio, unidos por el mismo vínculo de simpatía. Eso era lo más espantoso: los animales pájaros y reptiles no necesitaban hablar; iban de un lado a otro, se miraban y ya sabían lo que tenían que hacer. Pero no conseguirían destruirla. Pese a su terror espantoso, conservaba la obstinada voluntad de vivir.

Pero esta noche no voy a molestarte con los papeles dijo el cuervo. De todos modos no hay una urgencia tan grande... Puedes firmarlos en casa.

¿Qué papeles? Si no lo miraba y no veía el rostro de cuervo, podía seguir escuchando la voz de Jim, serena y tranquilizadora como siempre.

Los documentos para esa operación de que te hablé. Forbes y Millwall acaban de dármeles. Sugieren que yo sea uno de los directores del fondo...

Las palabras golpearon una cuerda, o mejor dicho, el hilo de un recuerdo anterior a la operación. Se refería a sus ojos: si la operación no daba resultado, habría tenido dificultad para firmar.

¿Por qué? preguntó ella, con voz insegura. Después de todo, el dinero es mío...

Su marido rió. El sonido la obligó a volver la cabeza y, al hacerlo, vio que el pico se abría como una trampa y volvía a cerrarse.

Claro que sí dijo él, no se trata de eso. Se trata de que si tú llegaras a enfermar o te fueras de viaje, yo podría firmar en tu lugar...

Marda West miró a la serpiente. Advirtiéndolo, la serpiente metió la cabeza dentro del cuello de su uniforme y se deslizó hacia la puerta:

No se quede demasiado tiempo, señor West murmuró la enfermera Ansel. Nuestra enferma debe descansar bien esta noche...

Marda West quedó sola con su esposo; es decir, con el cuervo.

Pero es que no pienso viajar insistió, ni enfermarme...

Es posible. Pero eso no tiene importancia. Ya sabes cómo es esa gente: quieren garantías. Pero no te preocupes de eso ahora.

Tal vez fuera idea suya; pero ¿no era excesivamente casual la voz de su marido? Y la mano que estaba guardando los documentos en el bolsillo, ¿no sería una garra? Entonces, había la posibilidad de que aún se presentaran nuevos horrores: cuerpos que cambiaban, manos y pies que se convertían en alas, en garras, en cascotes, en patas, arrebatando hasta el último rasgo humano a quienes la rodeaban. Lo último en desaparecer sería la voz. Cuando ya no hablaran, habría terminado la esperanza: la selva lo invadiría todo y millares de sonidos y gritos partirían de centenares de gargantas.

Con respecto a la enfermera Ansel... insistió Jim. ¿Lo dijiste en serio?

Vio cómo sacaba una lima y se limaba las uñas. Siempre llevaba una lima en el bolsillo y ella nunca se había detenido a pensar en eso: formaba parte de Jim, como su lapicera y su pipa. Pero ahora veía la verdadera explicación: un cuervo necesita tener uñas afiladas para desgarrar a sus víctimas.

No sé contestó. Me parece algo tonto tener una enfermera en casa, ahora que ya puedo ver otra vez...

Él no contestó en seguida. La cabeza se le hundió aún más entre los hombros. Su traje oscuro parecía el plumaje de un gran pájaro taciturno.

Creo que es un tesoro dijo al fin. Al principio vas a sentirte un poco mareada. Propongo que sigamos adelante con el trato. De todos modos, si no da resultado, podemos deshacernos de ella.

Tal vez... dijo su esposa.

Trató de pensar si quedaba alguien en quien poder confiar. Toda su familia estaba diseminada. Tenía un hermano casado en Sudáfrica, y amigos en Londres, pero ninguno de ellos le inspiraba tanta confianza como para ir a contarles esto.

No, no tenía a quien decir que su enfermera se había convertido en una serpiente y su esposo en un cuervo. La desesperanza que la invadió parecía la del propio infierno. ¡Estaba sola!, completamente sola, y tenía plena conciencia del odio y de la crueldad que la rodeaba.

¿Qué vas a hacer esta noche?, le preguntó con voz tranquila.

Cenaré en el club, supongo. Se está volviendo algo monótono. Gracias a Dios sólo quedan un par de días. Después, ya estarás en casa...

Sí, pero una vez que estuviera allí, ¿no se encontraría aún más a merced del cuervo y de la serpiente?

¿Greaves afirmó que sería el jueves?

Me lo dijo esta mañana por teléfono. Para ese entonces ya te habrán puesto los otros lentes, los que te permitirán ver los colores...

¡Ah!... Entonces, también vería los cuerpos. Ahí estaba la explicación. Los lentes azules sólo ponían en evidencia las cabezas. Era el primer paso. Greaves, el cirujano, también estaba complicado en esto, naturalmente. Ocupaba un lugar destacado en la conspiración. Tal vez había sido sobornado. Trató de recordar quién había sido el primero en sugerir la operación, ¿Fue el doctor de la familia, después de haber conversado con Jim? Creía recordar que los dos habían venido a hablarle, juntos, explicándole que ésta era la única oportunidad de salvarle la vida. Eso quería decir que el complot debía haber tenido

origen mucho tiempo atrás, años tal vez. Pero, en nombre del cielo, ¿por qué? Enloquecida, trató de descubrir en su memoria el recuerdo de alguna mirada, o gesto, o palabra, que pudiera hacerle comprender algo de esta horrorosa conspiración contra su persona o su cordura.

Pareces sentirte mal le dijo su esposo, repentinamente. ¿Quieres que llame a la enfermera?

¡No! contestó ella casi gritando.

Creo que es mejor que me vaya. Me dijo que no me quedara mucho tiempo...

Él se levantó de la silla pesado, sombrío, y se acercó a besarla. Ella cerró los ojos.

Descansa bien, mi pobre querida, y no te preocupes por nada.

A pesar de su miedo, ella aferró la mano de su marido.

¿Qué pasa? le preguntó él.

Uno de sus besos la hubiera tranquilizado, pero no el contacto de su pico de cuervo manchado en sangre. Cuando quedó sola comenzó a gemir, volviendo la cabeza sobre la almohada.

¿Qué voy a hacer?, se preguntó, ¿qué voy a hacer? Volvieron a abrir la puerta. Llevó la mano a la boca para que no la oyeran gritar. Nadie debía verla llorar. Haciendo un gran esfuerzo consiguió sobreponerse.

¿Cómo se siente, señora West?

La serpiente estaba al pie de la cama, y a su lado sonreía el médico interno. Siempre le había resultado simpático: era un joven muy agradable, y, aunque también tenía cabeza de animal como los otros, no la hizo sentirse asustada. Era una cabeza de perro, de la raza Aberdeen y sus ojos castaños parecían mirarla interrogativamente. Mucho tiempo atrás, cuando era una niña, había tenido un perro así.

¿Puedo hablarle a solas? le preguntó.

Claro que sí. ¿Me permite, enfermera? Moviò la cabeza en dirección a la puerta y la serpiente desapareció. Marda West se sentó en el lecho oprimiéndose las manos.

Tal vez me crea una tonta empezó a decir, pero los lentes...no puedo acostumbrarme a ellos.

El Aberdeen se aproximó e inclinó la cabeza en un gesto de comprensión.

¡Cuánto lo siento! dijo. ¿Le hacen mal?

No, ni siquiera me doy cuenta de que los tengo puestos, pero me hacen ver toda la gente de una manera rara.

Es natural: no permiten ver los colores su voz era alegre, amistosa. Cuando uno ha estado vendado durante tanto tiempo, eso resulta un poquito molesto. Y no debe olvidarse de que su operación fue bastante delicada. Los nervios posteriores del ojo se hallan muy sensibles todavía.

Sí, claro la voz del médico, hasta su cabeza, le inspiraban confianza. ¿Conoce usted alguna otra persona a quién le hicieron esta misma operación?

Sí, a muchas. Dentro de un par de días usted se encontrará perfectamente bien. La palmeó en el hombro. ¡Qué perro más bueno!... Tan alegre y animado, como su Angus, que

muriera tanto tiempo atrás. Hay otra cosa siguió diciendo él, su vista podrá ser mucho mejor de lo que era antes. Podrá ver con mayor claridad. Una paciente me dijo que era como si toda la vida hubiera estado usando anteojos. Después de la operación comprendió que ¡por fin! veía a todos sus parientes y amigos tal como realmente eran.

¿Como realmente eran? repitió ella.

Exactamente. Siempre había visto bastante mal, la verdad. Creía que el cabello de su esposo era castaño y en realidad era rojo, de un rojo vivo. Al principio se asustó. Pero luego se sintió encantada.

El Aberdeen se apartó de la cama, palmeó el estetoscopio que llevaba sobre su chaqueta, y asintió con la cabeza:

El doctor Greaves le hizo un buen trabajo, se lo aseguro. Consiguió fortalecer un nervio que creía destruido. Usted no lo había usado nunca todavía: no funcionaba. Quien sabe, señora West, tal vez usted pase a la historia de la medicina. Por lo pronto, descanse bien y no se preocupe. Hasta mañana. Buenas noches.

Y salió, al trotecito. Lo oyó saludar a la enfermera Ansel, en el corredor.

Las palabras reconfortantes se convirtieron en acíbar. En cierta forma se sentía aliviada: la explicación que le diera el médico parecía sugerir que no existía tal complot contra ella. Tal como le sucediera a la paciente en cuestión, cuya visión de los colores resultara agudizada, le había sido otorgado un nuevo don. Se repitió las palabras que él le dijera: Marda West veía a las personas tal como realmente eran. Aquellos a quienes amara y en quienes confiara más eran verdaderamente un cuervo y una serpiente. Se abrió la puerta y apareció la enfermera Ansel con el calmante.

¿Lista para descansar, señora West? le preguntó.

Sí, gracias.

Tal vez no existiera tal conspiración, pero, de todos modos, la confianza y la fe habían desaparecido.

Déjelo allí, por favor, junto con un vaso de agua. Después lo tomaré.

Vio cómo la serpiente depositaba el vaso sobre su mesita de luz. La observó mientras le arreglaba la cama. El cuello oscilante se acercó más y los ojos entornados vieron las tijeras de las uñas semiescondidas bajo la almohada.

¿Qué es lo que tiene allí?

La lengua silbó y se encogió. La mano se tendió hacia las tijeras.

Puede lastimarse. Las guardaré... Es mejor ¿verdad?

Su única arma le fue quitada y guardada en el bolsillo de la enfermera, no colocada de vuelta en el tocador. Hasta el gesto que hizo la enfermera Ansel al guardarse las tijeras en el bolsillo sugería que estaba enterada de las sospechas de Marda West. Quería dejarla inerte.

Recuerde tocar el timbre, si es que desea algo...

Así lo haré.

La voz que otrora le pareciera llena de ternura, le resultó excesivamente suave y falsa. ¡Qué traicioneros son los oídos!, pensó Marda West, y ¡cómo falsean la verdad! Por primera vez tuvo conciencia de su nueva fuerza latente: la capacidad de discernir entre la verdad y la mentira, el bien y el mal.

Buenas noches, señora West.

Buenas noches.

Tendida en su cama, despierta, escuchando el tictac del reloj de su mesita de luz, y los sonidos familiares de la calle, Marda West preparó su plan. Esperó hasta las once, cuando ya todos los pacientes estaban dormidos. Entonces apagó la luz. De este modo engañaría a la serpiente; si es que se acercaba a espiarla por el ventanillo de la puerta, creería que estaba dormida. Marda West bajó silenciosamente de la cama, sacó su ropa del ropero y comenzó a vestirse. Se puso el abrigo y los zapatos y un pañuelo en la cabeza. Cuando ya estuvo lista, se acercó a la puerta e hizo girar la manija, despacio. El corredor estaba silencioso. Permaneció un momento inmóvil. Dio un paso hacia adelante y miró hacia la izquierda, donde estaba la enfermera de guardia. La serpiente leía un libro, sentada. La luz del techo brillaba sobre su cabeza y no había posibilidad de equivocarse. El uniforme bien arreglado: el delantal almidonado, el cuello duro. Pero de dentro del cuello surgía la oscilante cabeza de la serpiente, larga, chata y maligna.

Marda West esperó. Estaba resuelta a esperar horas y horas si hacía falta. De pronto se oyó el sonido que estaba esperando: el timbre de un paciente. La serpiente levantó la cabeza del libro y consultó el número marcado por la luz roja. Colocándose de nuevo los puños almidonados se deslizó corredor abajo hacia la habitación del paciente, golpeó y entró. De inmediato Marda West salió de su propio cuarto y se encaminó a las escaleras. No se oía un solo ruido. Escuchó con atención y luego se deslizó escaleras abajo. Había cuatro pisos, pero la escalera no resultaba visible desde el cubículo donde las enfermeras de guardia pasaban la noche. La suerte la acompañaba. En el vestíbulo principal las luces no eran tan vivas. Esperó hasta tener la certeza de que no era observada. Veía la espalda del portero nocturno no la cabeza porque estaba inclinado sobre su escritorio, pero de pronto la levantó y vio claramente el ancho rostro de pez. Se encogió de hombros. No había corrido todo este riesgo para dejarse asustar por un pez. Resueltamente, atravesó el vestíbulo; el pez la estaba mirando.

¿Necesita algo, señora? preguntó. Era tan estúpido como se lo imaginaba. Marda West meneó la cabeza.

No. Voy a salir. Buenas noches. Pasándole delante, atravesó la puerta giratoria y descendió por la escalinata que conducía a la calle. Se volvió rápidamente hacia la izquierda y viendo un taxímetro detenido en la esquina, levantó la mano haciéndole señas para que se acercara. El taxi se aproximó y esperó. Pero al llegar a la portezuela vio que el conductor tenía el rostro negro y chato de un mono. El mono sonrió. Cierta instinto la previno y resolvió no subir al taxi.

Discúlpeme dijo. Me equivoqué.

Del rostro del mono desapareció la sonrisa:

Decídase de una vez, señora Apretó el acelerador y se alejó.

Marda West siguió caminando. Dobló hacia la derecha, luego hacia la izquierda y de nuevo hacia la derecha. A lo lejos aparecieron las luces de la calle Oxford; apresuró el paso. El tránsito amigo la atraía como un imán: las luces, los hombres y mujeres lejanos. Al llegar a la calle Oxford se detuvo de pronto, preguntándose hacia dónde se dirigía, a quién pediría asilo. Y volvió a darse cuenta de que no tenía a nadie, absolutamente a nadie: la pareja que ahora pasaba junto a ella un cabeza de escuerzo sobre un cuerpo corto y negro, del brazo de una pantera, no podía protegerla, y el policía que estaba en la esquina era un mandril y la mujer que le hablaba, un pequeño cerdo contoneándose. Nadie era humano, no podía confiar en nadie: el hombre que estaba a uno o dos pasos de ella era un cuervo, igual a Jim. Y también eran cuervos los que veía en la vereda de enfrente. Riendo, un chacal se acercaba hacia ella.

Volvió sobre sus pasos, corriendo, tropezando con los chacales, las hienas, los

cuervos, los perros. El mundo les pertenecía, ya no quedaban seres humanos. Al verla correr daban vuelta la cabeza y la miraban, la señalaban, gritaban y ladraban; la perseguían acercándose cada vez más. A lo largo de la calle Oxford, corría calle abajo, acosada, en medio de las tinieblas. La luz ya no la acompañaba y estaba sola en el mundo de los animales.

Quédese quieta, señora West... No es más que un pequeño pinchazo, no va a dolerle casi nada...

Reconoció la voz del doctor Greaves, el cirujano, y comprendió vagamente que la habían vuelto a apresar. Estaba otra vez en el sanatorio. Pero ahora ya no le importaba: por lo menos, las cabezas de los animales del sanatorio le eran conocidas.

Habían vuelto a vendarle los ojos. Se sintió agradecida. ¡Bendita oscuridad donde desaparecían todos los males de la noche!

Bueno, señora West, creo que ahora han terminado todos sus problemas. No más dolores ni confusión. Con estos lentes volverá a ver el mundo con todos sus colores.

Entonces... le estaban sacando las vendas, otra vez. Le quitaron las gasas, capa tras capa. De pronto todo resultó claro, era de día y el rostro del doctor Greaves sonreía frente a ella. A su lado apareció una enfermera, regordeta y alegre.

¿Dónde están las máscaras? preguntó la paciente.

No las necesitábamos para este pequeño trabajo contestó el cirujano. No hicimos más que quitar los lentes provisionarios. Ahora está mejor, ¿verdad?

Dejó que su mirada vagara por la habitación. Estaba de regreso. Si, ésta era la forma de su cuarto, allí estaba el guardarropa, más allá el tocador y los floreros. Todo en su color natural, no más oculto. Pero no iban a engañarla con esos cuentitos de un sueño. Allí, colgando del respaldo de la silla, estaba el pañuelo con que, anteanoche, se ciñera la cabeza.

Me sucedió algo, ¿verdad? preguntó. ¿Intenté escaparme?

La enfermera miró al cirujano. Éste asintió con la cabeza.

Así es. Francamente, no se lo reprocho. A quien reprocho es a mí mismo. Los lentes que le coloqué hacían presión sobre un pequeño nervio y esa presión le destruyó momentáneamente el equilibrio. Pero ya pasó todo.

Y le sonrió; tranquilizándola. Los grandes ojos castaños de la enfermera Brand era ella seguramente la miraron con simpatía.

Era terrible... dijo la paciente. Nunca seré capaz de explicarle lo espantoso que fue...

No vale la pena que lo intente dijo el doctor Greaves. Le prometo que no volverá a suceder.

Se abrió la puerta y entró el médico joven. También él sonrió.

¿Está mejor la paciente? preguntó.

Creo que sí le contestó el cirujano. ¿Qué le parece a usted, señora West?

Marda West miró con gravedad a los tres: al doctor Greaves, al médico interno, y a la enfermera Brand, preguntándose qué clase de tejido, herido y palpitante, podía transformar de tal manera a tres individuos en otros tantos prototipos del mundo animal. ¿Qué célula sería la que unía el músculo a la imaginación?



Creí que eran perros dijo. Usted, doctor Greaves, un perro de caza, y usted dirigiéndose al interno un Aberdeen...

El médico interno tocó su estetoscopio y rió:

Así es, en realidad. Es el nombre de la ciudad donde nací. De modo que su juicio no era del todo equivocado, señora West... La felicito...

Marda West no lo acompañó en la risa.

Está bien... comentó. Pero los otros no eran tan agradables y señalando a la enfermera Brand: creí que usted era una vaca. Una vaca buena, pero con cuernos muy agudos.

Esta vez fue el doctor Greaves quien rió:

¿Ve, enfermera? Lo mismo que le he dicho yo tantas veces: ya es hora de que la saquen a pastorear y se alimente de margaritas...

La enfermera Brand recibió bien la broma. Arregló las almohadas de la paciente y sonrió con benignidad.

De vez en cuando nos dan unos nombres muy raros dijo. Es parte de nuestro trabajo.

Sin dejar de reír los médicos, se dirigieron hacia la puerta. Sintiendo que la atmósfera que la rodeaba era normal y carente de toda tensión, Marda West preguntó:

¿Quién me encontró, entonces? ¿Qué sucedió?... ¿Quién me trajo de vuelta?

Desde la puerta, el doctor Greaves se volvió y la miró:

No se había alejado mucho, señora West. Menos mal, pues de lo contrario no estaría aquí en este momento. El portero la siguió.

Pero ya terminó todo interpuso el médico interno. El episodio no duró más de cinco minutos. Antes de que hubiera sufrido daño alguno, ya estaba de nuevo en cama, y yo, a su lado, atendiéndola. Ahí terminó todo. La que realmente se asustó fue la pobre enfermera Ansel, cuando descubrió que usted ya no estaba en la cama.

La enfermera Ansel... no resultaba tan fácil olvidar la repugnancia de la noche anterior.

No me va a decir que nuestra pequeña "estrella" también era un animal... ¿verdad? preguntó el médico interno, sonriendo.

Marda West se sintió enrojecer. Ahora empezaban las mentiras.

No contestó en seguida. No, claro que no...

Está aquí... dijo la enfermera Brand. Estaba tan nerviosa esta mañana que no quiso irse a dormir a la pensión. ¿Quiere hablar con ella?

La paciente se sintió invadida por la aprensión. ¿Qué habría dicho a la enfermera Ansel la noche anterior, impulsada por el pánico y la fiebre? Antes de que pudiera contestar, el médico abrió la puerta, y llamó a alguien:

La señora West quiere darle los buenos días dijo. Sonrió con toda la cara. El doctor Greaves saludó con la mano y se fue, seguido por la enfermera Brand. El médico interno, saludando con su estetoscopio y haciendo una cómica reverencia, se apartó para dar lugar a la enfermera Ansel. Marda West se quedó mirando, luego empezó a sonreír

temblorosamente, y por fin tendió la mano.

Lo siento dijo. Tiene que perdonarme...

¿Cómo pudo haber visto a la enfermera Ansel bajo la forma de una serpiente? Esos ojos castaños, esa tez mate, ese cabello oscuro tan prolijamente peinado bajo la cofia del uniforme... Y esa sonrisa lenta, comprensiva...

¿Perdonarla, señora West?... ¿De qué? Usted ha pasado un momento terrible...

Paciente y enfermera se estrecharon la mano, sonriéndose recíprocamente.

¡Santo cielo!, pensó Marda West. ¡Qué alivio, qué agradecimiento!... La vista y la certeza reencontradas eliminaron de golpe todas sus dudas y su desesperación.

Todavía no sé qué sucedió comentó sin soltar la mano de la enfermera. El doctor Greaves intentó explicármelo... Algo respecto a un nervio.

La enfermera Ansel hizo una morisqueta en dirección a la puerta y susurró:

Ni él mismo lo sabe. Tampoco va a admitirlo, pues eso podría traerle complicaciones... Colocó los lentes muy adentro, eso es todo. Demasiado cerca de un nervio. Lo que pregunto es cómo no la mató...

Miró a su paciente. Le sonrió con los ojos. Era tan bonita, tan suave...

No piense más en eso. Desde ahora en adelante va a ser feliz. ¿Me lo promete?

Se lo prometo...

Sonó el teléfono. La enfermera Ansel soltó la mano de su paciente y extendió la suya hacia el aparato.

Ya se imagina quién es dijo. Su pobre esposo... y le alcanzó el receptor.

Jim... Jim... ¿Eres tú? La voz amada se dejó oír, cargada de ansiedad:

¿Estás bien? preguntó. Ya he llamado dos veces a la caba. Me dijo que apenas supieran me lo dirían. ¿Qué demonios sucedió?

Marda West sonrió y pasó el receptor a la enfermera:

Dígaselo usted le dijo.

La enfermera Ansel acercó el auricular a su oreja. La piel de sus manos era suave, mate, y las uñas brillaban con un pálido esmalte rosado.

¿Cómo está señor West? dijo. Qué susto nos dio nuestra paciente ¿verdad? Sonrió, señalando con la cabeza a la mujer acostada. Bueno, ya no tiene que preocuparse más. El doctor Greaves cambió los lentes. Hacían presión sobre un nervio. Ahora ya está bien. Su señora ve perfectamente. Sí, el doctor Greaves dijo que mañana podríamos irnos a casa.

La voz cariñosa hacía juego con el colorido suave y los ojos castaños. Marda West tendió la mano hacia el receptor, nuevamente.

Jim, ¡qué noche tan espantosa! Sólo ahora empiezo a comprender. Un nervio del cerebro.

Así me dicen repuso su esposo. ¡Qué lamentable!... Gracias a Dios que lo descubrieron. Ese doctor Greaves no debe ser tan competente...

No puede volver a suceder... Ahora que ya han colocado los lentes que corresponden, no sucederá más.

Mejor así. De lo contrario le haré un pleito. ¿Cómo te sientes?

¡Muy bien!... Un poco confusa, pero muy bien...

Me alegro. Pero no te excites demasiado. Después iré a verte.

Su voz se apagó.

Marda West alcanzó el receptor a la enfermera Ansel, quien lo volvió a colocar en su sitio.

¿Es cierto que el doctor Greaves dijo que podré irme a casa mañana?

Sí. Si se porta bien la enfermera Ansel sonrió y palmeó la mano de su paciente. ¿Está segura de que quiere que yo la acompañe?

Pero claro que sí... Ya está todo arreglado...

Se sentó en la cama. Por la ventana entraba el sol, iluminando las rosas, las azucenas, los lirios de esbelto tallo. El rumor del tránsito se sentía próximo y amigo. Pensó en el jardín que estaba esperándola, en su propio dormitorio, en todas sus cosas, en la rutina diaria a la que retornaría con la vista recuperada, y habiendo dejado atrás la ansiedad y el miedo de los últimos meses.

Lo más precioso del mundo dijo a la enfermera Ansel, es la vista. Ahora lo sé. Comprendo qué es lo que estuve a punto de perder...

Juntando las manos, la enfermera Ansel asintió con la cabeza, comprensiva.

Ya le ha sido devuelta dijo. Es un milagro. No la perderá nunca más. Se acercó a la puerta: me iré a descansar un poco dijo. Ahora que ya sé que usted está bien, podré dormir. ¿Necesita algo?

Por favor, alcánceme la crema, y la caja de polvos, y el lápiz de los labios, y el cepillo, y el peine...

La enfermera Ansel recogió las cosas que le pedía y las colocó sobre la cama. También le trajo el espejo de mano y al frasco de perfume. Con una pequeña sonrisa íntima, olfateó la tapa.

Hermoso... murmuró. ¿Se lo regaló el señor West, verdad?

Sí, pensó Marda West, la enfermera Ansel ya formaba parte del grupo familiar. Se imaginó colocando flores en la pequeña habitación de huéspedes, eligiendo los libros adecuados, buscando una radio portátil por si la enfermera Ansel se aburría durante la noche.

A las ocho volveré a estar con usted...

Las palabras familiares, que escuchara todas las mañanas durante tantos días y semanas, sonaron en su oído como una melodía, amada a fuerza de repetida. Por fin se unían al individuo, a la persona que sonreía, a los ojos que prometían amistad y lealtad...

Hasta luego.

La puerta se cerró y la enfermera Ansel desapareció. La rutina del sanatorio interrumpida por la fiebre de la noche anterior, recuperó su ritmo habitual. En lugar de la oscuridad, la luz. En lugar de la negación, la vida.

Marda West sacó la tapa del frasquito de perfume y se tocó con ella los lóbulos de las orejas. El perfume se convirtió en parte del día cálido y brillante. Levantando el espejo de mano, se miró. En la habitación no se produjo cambio alguno. Los ruidos de la calle siguieron llegando desde afuera. Al cabo de un rato la mucamita que ayer pareciera una comadreja entró en la habitación para sacar el polvo.

Buenos días dijo.

La paciente no le contestó. Estaría cansada, tal vez. La mucama hizo lo que tenía que hacer y se retiró. Marda West tomó el espejo y volvió a mirarse. No, no se había equivocado: los ojos que le devolvían la mirada, eran los de un cervatillo tímido que se inclinaba mansamente, listo para el sacrificio.

## GANIMEDES

La llaman la pequeña Venecia. Eso es lo que me movió a venir aquí, en primer lugar. Y hay que reconocer que existe cierto parecido, por lo menos para personas que, como yo, *se* hallan dotadas de imaginación. Esa esquina, donde dobla el canal, por ejemplo, frente a una hilera de casas y terrazas. El agua misma tiene una quietud especial, particularmente de noche, y todas las ruidosas disonancias que se oyen durante el día, tales como los cambios en la estación Paddington, el rechinar de los tranvías, y hasta la fealdad misma de las cosas, parecen desaparecer. En cambio, el resplandor amarillento de las luces de la calle podría ser el fulgor misterioso de las viejas linternas que cuelgan de sus soportes en los ángulos de algún palacio en ruinas, cuyas cerradas ventanas miran sin ver la estancada dulzura de un canal lateral.

Pero es esencial, repito, poseer imaginación. Los agentes de propiedades son personas inteligentes y preparan sus avisos de modo de atraer la atención de las personas irresolutas, como yo. "Departamento de dos habitaciones, con balcón, frente al canal, en el lugar llamado Pequeña Venecia". De inmediato surge ante la mente ávida y el corazón dolorido, la visión de otro departamento de dos habitaciones, con otro balcón, donde, a la hora de despertar, el sol traza dibujos sobre el techo descascarado dibujos acuáticos, y el acre olor veneciano penetra por la ventana con el murmullo de las voces, y el punzante "¡Ohé!" lanzado mientras la góndola toma el recodo y desaparece.

En la pequeña Venecia también tenemos tránsito. Nada de góndolas por supuesto, cuyas agudas proas se balancean suavemente de un lado a otro, pero frente a mi ventana se deslizan barcazas cargadas de ladrillos, y a veces de carbón, cuyo negro polvillo ensucia el balcón. Si cierro los ojos, sorprendido por el repentino pitar de las embarcaciones, y escucho el incesante jadear de los motores, puedo imaginarme siempre con los ojos cerrados, que estoy esperando el *vaporetto*, en una de las tantas escalas. De pie sobre la plataforma de madera, apretujado por una multitud parloteante, veo cómo de pronto bulle el agua y oigo vibrar el motor, mientras la embarcación aminora la marcha y se acerca de popa. El *vaporetto* ha arrimado al muelle. Subo, acompañado de la vocinglera turba, y partimos otra vez, haciendo hervir el agua con nuestra propia estela, mientras trato de decidirme entre dirigirme directamente a San Marcos, la *plazza* y mi mesa habitual, o abandonar el *vaporetto* más adelante, en el Gran Canal, y prolongar así la exquisita espera.

Las pitadas cesan. La barcaza ya está lejos. No puedo decir hacia dónde se dirige. Cerca de Paddington hay un desvío, donde el canal se bifurca. No me interesa. Lo que me interesa es el eco de las pitadas, el eco del motor y si estoy caminando la estela que va dejando la embarcación en el agua del canal: mirando hacia la orilla, veo una película de aceite entre las burbujas. Muy pronto el aceite se dispersa, y también las burbujas, y el agua vuelve a quedar inmóvil.

Venga conmigo. Le mostraré algo. ¿Ve esa calle que cruza el canal... aquella... donde están los negocios? Lleva a la estación Paddington. ¿Ve el cartel "Parada", a mitad de camino, y el cartel de letras azules? No podrá leerlo desde aquí, pero le anticipo que dice MARIO. ES el nombre de un pequeño restaurante italiano, apenas más grande que un bar. Allí me conocen. Voy a comer todos los días. El muchacho que trabaja allí... ¿sabe? es aprendiz de mozo me hace acordar a Ganimedes.



Soy un humanista. Supongo que eso es la clave de todo. Si mis intereses hubieran sido científicos, o geográficos, o siquiera históricos aunque Dios sabe que la historia también tiene sus asociaciones creo que no habría sucedido nada. Hubiera ido a Venecia, disfrutado de mis vacaciones y partido de nuevo, sin perderme en tal medida que... Bueno, lo que allí sucedió significó un rompimiento total con todo lo que antes existiera.

He renunciado a mi empleo. Mi jefe se mostró sumamente amable, muy comprensivo, en realidad; pero, como dije, no podían permitirse correr riesgos ni tolerar que uno de sus empleados... naturalmente eso se refería a mí siguiera a su servicio después de haber estado vinculado... eso fue la palabra que empleó; no "mezclado" sino "vinculado", a lo que llamó "prácticas repulsivas".

Ahora bien, "repulsivo" es una palabra abominable. La palabra más abominable del diccionario. A mi modo de ver, conjura todo lo que en la vida y también en la muerte hay de ingrato. Cuando alma y cuerpo actúan al unísono, se produce un goce, un gusto, de todo lo cual "repulsivo" es el antónimo. "Repulsivo" es la podredumbre maloliente de los vegetales en descomposición, de la carne putrefacta, del fango al fondo del canal. Y hay más todavía: la palabra "repulsivo" sugiere falta de limpieza personal: ropa interior sin cambiar, sábanas puestas a secar, pelusa en los peines, cajas rotas en las cestas de papeles. No puedo tolerar nada de eso. Soy muy prolijo. Por sobre todas las cosas, soy eso: prolijo. Por lo tanto, cuando mi jefe pronunció la palabra "repulsivo" comprendí que tenía que irme: no podría permitir nunca, que él ni nadie, interpretara tan torcidamente mis acciones como para calificar lo ocurrido de nauseabundo. Entonces renuncié. Sí: renuncié. No podía hacer otra cosa. Solté amarras. Después vi el aviso en la columna de casas disponibles, y ahora estoy aquí, en la Pequeña Venecia...

Ese año me demoré en tomar mis vacaciones debido a que mi hermana, que vive en Devon y con la que generalmente paso tres semanas en agosto, se había encontrado, de improviso, con dificultades domésticas. Después de toda una vida de dedicación, su cocinera favorita abandonó su servicio. La casa estaba desorganizada. Mis sobrinas deseaban participar en una caravana, me escribió mi hermana: estaban resueltas a hacer "camping" en Gales. Yo sería bien recibido, pero ella estaba segura de que esa clase de entretenimiento no me llamaría la atención. Estaba en lo cierto. La idea de clavar estacas en el suelo, bajo un viento huracanado, o de sentarse, de a cuatro en fondo, en un espacio reducidísimo, mientras mi hermana y sus hijas preparaban el almuerzo a base de latas de conserva, me llenaba de intranquilidad. Maldije a la cocinera cuya partida pusiera punto final a la grata serie de largos y placenteros días de ocio a que estaba habituado y durante los cuales, recostado en una *chaiselongue*, con mi libro favorito en la mano, y sumamente bien alimentado viera pasar mis agostos de tantos años.

Cuando protesté repetidas veces por teléfono en el sentido de que no tenía adonde ir, mi hermana me sugirió, o más bien me gritó, a la distancia:

Vete al extranjero, para cambiar. Te hará bien romper la rutina. Haz la prueba con Francia o con Italia.

Hasta me aconsejó un viaje por mar, lo que me asustó aún más que la caravana.

Muy bien le contesté, fríamente, ya que en cierta forma le achacaba la culpa de la partida de la cocinera y de la interrupción de mi comodidad. Me iré a Venecia... pensando que, ya que me veía obligado a arrancarme a la rutina, por lo menos me pondría en evidencia. Guía en mano, me dirigiría al paraíso de los turistas. Pero en agosto, no. De ninguna manera. Esperaría hasta que mis compatriotas y amigos del otro lado del Atlántico estuvieran de regreso. Sólo entonces me animaría a ponerme en camino, cuando ya el calor hubiera disminuido y ese lugar, que imaginaba hermoso, hubiese recuperado cierta tranquilidad.

Llegué durante la primera semana de octubre... Usted sabe como, a veces, unas vacaciones o simplemente una visita a los amigos, un fin de semana, pueden empezar mal. Llueve, o se pierde una combinación de trenes, o se pesca un enfriamiento, y la amenaza de la mala suerte, mezclada a la irritación, sigue mancillando horas tras horas. Pero nada de eso sucedió en Venecia. El hecho mismo de haber postergado mi viaje, de que estuviéramos en octubre, de que la gente conocida ya estuviera de nuevo sentada frente a sus escritorios, todo eso me hizo apreciar más plenamente mi buena estrella.

Llegué a destino poco antes del anochecer. No había tropezado con inconveniente alguno. Durante la noche, conseguí descansar en mi camarote, sin que me molestaran mis compañeros de viaje. Tanto la cena de la noche anterior como el almuerzo de ese mismo día me habían sentado bien. Tampoco me vi obligado a dar excesivas propinas. Venecia, con todas sus glorias, me aguardaba. Recogí mi equipaje y descendí del tren. El Gran Canal, se tendía a mis pies, con su multitud de góndolas, su agua ondulante, sus *palazzo* de oro y su hermoso cielo.

Un robusto *portero* del hotel donde me alojaría que había venido a esperar el tren y se parecía tanto a un miembro de la familia real, ya fallecido que instantáneamente le puse el apodo de "príncipe Hal", se hizo cargo de mi equipaje. Como tantos otros viajeros antes que yo, a lo largo de años y de siglos, me sentí flotar, desde el prosaico traqueteo del tren turista, hacia un romántico mundo de ensueño.

Viajar por agua, recostado sobre almohadones y balanceado de un lado a otro, aunque un príncipe Hal nos grite al oído, en pésimo inglés, el nombre de los lugares por los que se va pasando, contribuye a un cierto relajamiento. Me aflojé el cuello. Me saqué el sombrero y lo arrojé a un lado. Aparté los ojos de mi bastón, mi sombrero y mi impermeable, y encendí un cigarrillo.

Por primera vez en mi vida, tuve conciencia de una sensación de abandono, como si perteneciera no ya al presente, ni al futuro, ni siquiera al pasado, sino a un período de tiempo inmutable: el tiempo veneciano, fuera del resto de Europa y hasta del mundo, y que existía, mágicamente, sólo para mí.

Me di cuenta, claro está, de que también había otras personas. Comprendí que en esa oscura góndola que flotaba a la par, en esa amplia ventana, o sobre ese puente desde el que alguien atisbaba, retirándose de pronto, bruscamente, debía haber otros seres que, como yo, se sentían repentinamente hechizados, no por la Venecia que veían sino por la que palpaba dentro de ellos mismos. La ciudad no celestial de la que nadie regresa...

Pero... ¿qué estoy diciendo? Anticipo acontecimientos y reflexiones que, sin duda, no pudieron ocurrírseme durante esa primera hora en que me dirigía desde la estación al hotel. Sólo ahora, retrospectivamente, puedo comprender que debe haber otros que, como yo, se sienten embrujados y condenados a la primera mirada. ¡Ah, sí! Todos sabemos que existe el resto, lo obvio: esa gente que saca fotografías, la mescolanza de nacionalidades, los estudiantes, las maestras, los pintores. Y los propios venecianos: el portero "príncipe Hal", por ejemplo, y el hombre que conducía la góndola, pensando en su cena de tallarines y en su esposa y en sus hijos y en las liras que yo le daría y todos esos pasajeros que volvían a su casa en los *vaporetto* y que en nada diferían de los de mi país, que viajan en ómnibus o en "subte"... Toda esa gente formaba parte de la Venecia de hoy, tal como sus antepasados formaban parte de la Venecia de ayer: duques y comerciantes, amantes y violadas doncellas. Nosotros tenemos otra clave, otro secreto. Como dije antes, se trata de esa Venecia que llevamos en nuestro interior.

Hacia la derecha gritaba el "príncipe Hal" en su mal inglés se ve un famoso *palazzo* que pertenece ahora a un caballero norteamericano...

Por tonta e inútil que resultara su información, sugería al menos, que algún magnate, cansado de ganar dinero, se había creado una ilusión, y ascendiendo a la lancha a motor amarrada junto a la escalinata, se creyó inmortal.

Así me sentía yo, ¿comprende usted? Instantáneamente, apenas salí de la estación y oí el golpetear del agua, tuve la sensación, la ciencia de la inmortalidad: el tiempo me contenía. No es que me aprisionara: me sostenía, simplemente. Cuando dejamos atrás el Gran Canal y el "príncipe Hal" quedó silencioso, oyéndose sólo el golpear del largo remo en la estrecha corriente de agua, recuerdo que pensé curioso ¿verdad? en las aguas que nos traían a esta vida, en las que nos circundaban en el seno materno. Deben poseer la misma quietud, la misma fuerza.

Cruzamos bajo un puente sólo después supe que se trataba del Puente de los Suspiros y, pasando de la oscuridad a la luz vimos surgir ante nosotros la laguna, con sus centenares de luces trémulas y centelleantes, y un gran movimiento de gente que iba de un lado a otro. De inmediato tuve que empezar a luchar con las liras, a las que no estaba habituado, con el gondolero el "príncipe Hal", para ser engullido de inmediato por el hotel y toda la parafernalia de recepcionistas, llaves y *grooms*. Finalmente fui conducido a mi habitación. Mi hotel era uno de los más pequeños, situado a la sombra de los famosos, pero a primera vista parecía bastante cómodo aunque un poco falto de ventilación: es curiosa la costumbre de mantener las habitaciones herméticamente cerradas hasta el momento en que aparece el huésped. Al abrir yo las persianas, el aire cálido y húmedo de la laguna inundó lentamente la habitación. Mientras abría mis valijas, flotaban hasta mí las risas y pasos de los transeúntes. Me cambié de ropa y bajé, pero apenas lancé una mirada al comedor medio vacío, resolví no comer allí, aun cuando la cena estaba incluida en el precio de la pensión. Salí a la calle y me incorporé a los paseantes.

De pronto sentí una sensación extraña, jamás experimentada hasta ese momento. No se trataba de la expectativa propia de la primera noche de vacaciones, la perspectiva de la cena y el placer que se anticipa en su nuevo ambiente. Después de todo, y a pesar de las bromas de mi hermana, yo no era ningún novato. En un tiempo, había conocido muy bien París. Había estado en Alemania. Antes de la guerra, había recorrido, como turista, los países escandinavos. Hasta tuve ocasión de pasar Pascua en Roma. Sucedió tan sólo que durante los últimos años me dejé llevar por la ociosidad y la falta de iniciativa, pasando mis vacaciones anuales en Devon, lo que me evitaba trazar planes y, de paso, gastar mi dinero.

Pero la sensación que me invadió de pronto, al pasar frente al Palacio Ducal que reconocí por haberlo visto antes en las tarjetas postales camino a la Piazza San Marco era de... apenas si sé decirlo... reencuentro. No me refiero a esa sensación de "aquí estuve antes", ni al sueño romántico de "esto es una reencarnación". No, nada de eso. Era como si, intuitivamente, me hubiera convertido, por fin, en mí mismo. Había llegado. Este momento me había estado esperando, y yo a él. Cosa extraña, se parecía al primer sabor de la embriaguez. Sólo que más exaltado, más agudo, y sumamente secreto. La sensación era casi palpable y parecía invadir todo mi cuerpo: las palmas de mis manos, mi cuero cabelludo. Tenía la garganta reseca. Me sentía invadido de electricidad, como si me hubiera convertido en una usina que irradiara, en la atmósfera húmeda de esta Venecia que veía por primera vez, corrientes de electricidad, que, aumentando en intensidad al sur reforzadas por otras, retornaban nuevamente a mí. La excitación era así intensa, casi insoportable. Al verme, nadie lo hubiera adivinado: yo no parecía más que un turista de tantos, de esos que vienen hacia el final de la temporada y que ahora me hallaba dando un paseo, con el bastón en la mano, durante la primera noche de Venecia.

Aunque ya eran casi las nueve, la multitud que invadía la *plazza* seguía siendo densa. Me pregunté cuántos, entre ellos, experimentaban el mismo fluido, la misma intuición. Pero tenía que cenar, y dejando atrás la gente, doblé hacia la derecha, al llegar a mitad de camino de la *plazza*, y me encontré en uno de los canales laterales, sumamente oscuro y silencioso. Casualmente, había un restaurante en las inmediaciones. Comí bien, con un vino excelente y a un costo muy inferior al que había temido. Encendí un cigarro una de mis pequeñas extravagancias y era un cigarro realmente bueno volví caminando a la *plazza*, sintiéndome todavía posesionado por el eléctrico fluido.

La multitud había disminuido y en lugar de pasear se concentraba en dos grupos bien definidos, alrededor de dos orquestas separadas. Estas orquestas aparentemente rivales, se hallaban instaladas frente a un par de cafés, también rivales. A una distancia de



setenta yardas, aproximadamente, se desafiaban con alegre indiferencia. Alrededor de las orquestas había mesas y sillas, y los clientes de los cafés bebían, conversaban y escuchaban la música, sentados en semicírculo, de espaldas a la orquesta rival, cuyo compás y ritmo resultaban discordantes al oído. Casualmente, me encontraba más próximo a la orquesta que estaba en medio de la plaza. Encontrando una mesa desocupada, tomé asiento. Un estallido de aplausos, procedente del auditorio más próximo a la iglesia, me indicó que la orquesta rival se disponía a hacer un intervalo. Fue una señal para que la nuestra tocara más fuerte aún. Puccini, por supuesto. A medida que avanzaba la noche fueron haciendo su aparición los éxitos musicales del momento, pero mientras yo tomaba asiento y buscaba con los ojos al mozo para que me sirviera un licor, y aceptaba pagando la rosa que me ofrecía una vieja bruja envuelta en un chal negro, la orquesta estaba ejecutando *Madame Butterfly*. Yo me sentía descansado, entretenido. En ese momento lo vi.

Ya les dije que soy un humanista. Por lo tanto, comprenderán tienen que comprender que lo que sucedió en ese momento fue una transformación. La electricidad de que esa noche me hallaba cargado se centralizó en un punto único de mi cerebro, excluyendo todo lo demás. El resto de mi cuerpo era el de un pelele. Me daba cuenta de que el hombre que estaba de pie junto a mi mesa levantaba la mano, haciendo señas al muchacho de saco blanco que llevaba una bandeja, pero yo me encontraba por encima de él, sin compartir su tiempo. Y este *ser* inexistente sabía, con todas las fibras de sus nervios, con todas las células de su cerebro, con cada corpúsculo de su sangre, que él era Zeus, el dador de la vida y de la muerte, el amante inmortal. Y que ese muchacho que se acercaba a él era el bienamado, su esclavo, su Ganimedes. Me sentí en mi lugar fuera del cuerpo, fuera del mundo y lo llamé. Él me conocía y se acercó.

De pronto todo pasó. Sentí deslizarse las lágrimas por mis mejillas. Una voz estaba preguntando:

¿Qué pasa, *signare*?

El muchachito me observaba con cierta preocupación. Nadie más había notado nada: todos seguían concentrados en sus bebidas, o en sus amigos, o en la orquesta. Busqué el pañuelo, me soné la nariz y dije:

Tráigame un *curasao*...



Recuerdo que estaba sentado, con la vista clavada en la mesa que tenía delante, fumando mi cigarro, sin atreverme a levantar la cabeza, cuando oí sus pasos rápidos junto a mí. Dejó la bebida sobre la mesa y se alejó otra vez. La pregunta que más me obsesionaba en ese momento era: "¿Lo sabe él?"

Verán ustedes: el fogonazo de reconocimiento fue tan veloz, tan potente, que fue como si, habiendo pasado la vida en un sueño, fuera bruscamente traído de regreso a la conciencia. La certeza absoluta de quién era yo, dónde estaba y el vínculo que nos unía, me poseyó con la misma violencia con que Pablo fuera poseído en el camino a Damasco. Gracias a Dios, mis visiones no me enceguecieron: nadie tendría que llevarme de vuelta al hotel. No: yo no era más que uno de los tantos turistas llegados a Venecia, que estaba escuchando una pequeña orquesta de cuerda mientras fumaba un cigarro.

Dejé pasar unos cinco minutos, más o menos. Luego levanté la cabeza; y con aire distraído sumamente distraído lancé una mirada por sobre las cabezas, en dirección al café. El estaba de pie, solo, con las manos a la espalda, observando la orquesta. Me pareció que tendría unos quince años, a lo sumo. Era delgado y pequeño para su edad. Su saco blanco y sus pantalones oscuros me recordaron el uniforme de los oficiales de la flota mediterránea de Su Majestad. No parecía italiano. Su frente era alta y llevaba su cabello castaño claro peinado *en brosse*. No tenía ojos castaños sino azules y su cutis era claro, no oliváceo. Entre las mesas iban y venían otros dos mozos: uno de ellos tendría entre dieciocho y diecinueve años y ambos eran obviamente italianos. El de dieciocho era moreno y gordo. Se advertía, desde lejos, que habían nacido para ser mozos: nunca conseguirían llegar más lejos. Pero en cuanto a mi muchachito, a mi Ganimedes, por la posición misma de su orgullosa cabeza, por la expresión de su rostro, por el aire de grave tolerancia con que contemplaba la orquesta, demostraba ser de otra pasta: de la mía, de los inmortales...

Lo observé con disimulo: sus manos, entrelazadas, eran pequeñas, y también pequeño era el pie, calzado de negro, con que llevaba el compás. Si me reconoce, pensé, me mirará: esta huida, este juego de observar la orquesta no es más que un pretexto. Lo que ambos sentimos, en ese momento fuera del tiempo, ha sido demasiado fuerte para los dos. De pronto con exquisita mezcla de deleite y aprensión supe lo que iba a suceder. Tomó una decisión. Apartó los ojos de la orquesta y los fijó directamente en mi mesa. Todavía grave y pensativo, se acercó a mí y me preguntó:

¿Desea algo más, *signore*?

Ya sé que fue tonto de mi parte, pero no pude hablar. Sólo conseguí menear la cabeza. Entonces él retiró el cenicero y puso otro limpio en su lugar. Había algo de cariñoso en su gesto. Sentí que se me oprimía la garganta y acudieron a mi mente unas palabras bíblicas que seguramente pronunciara José, respecto a Benjamín. No recuerdo lo demás, pero en alguna parte del Viejo Testamento, se dice: "Porque ansiaba a su hermano desde las entrañas". Eso era lo que yo sentía, exactamente. Me quedé sentado en el mismo sitio hasta media noche, cuando las grandes campanas comenzaron a sonar, y las dos orquestas a guardar sus instrumentos. Los últimos oyentes comenzaron a dispersarse. Miré el papelito la cuenta que él había traído y depositado junto al cenicero. Al mirar las cifras y pagar, me pareció que la sonrisa, y la pequeña inclinación de cabeza que me dedicó, eran la respuesta que yo esperaba. Sabía. Ganimedes sabía. Crucé la *plazza* ahora desierta, pasando bajo las columnatas del palacio Ducal, bajo las cuales dormía un anciano jorobado. Las luces ya no eran brillantes sino opacas, un viento húmedo removió las aguas balanceando las hileras de góndolas en la negra laguna, pero el espíritu de mi muchachito me acompañaba, y también su sombra.

Cuando desperté me encontré inundado de luz. Un largo día por delante; ¡y qué día! Tanto para experimentar y para ver, desde los obvios interiores de San Marcos, y el palacio

Ducal, hasta una visita a la Academia y una excursión, en ambos sentidos, por el Gran Canal. Hice todo lo que hacen los turistas, excepto alimentar a las palomas. Estaban demasiado gordas, demasiado lustrosas, y me abrí paso entre ellas, con cierto disgusto. Tomé un helado en Florians, compré tarjetas postales para mi sobrina y me apoyé en la balaustrada del puente Rialto. Ese día tan feliz, del que disfruté plenamente, minuto a minuto, no fue más que el preludio de la noche. Deliberadamente, había evitado pasar por el café situado a la derecha de la *plazza*. Mis paseos habían tenido lugar del otro lado, exclusivamente.

A eso de las seis regresé al hotel, me recosté y leí a Chaucer durante una hora los cuentos de Canterbury, en una edición Penguin. Luego me bañé y me cambié de ropa. Fui a cenar al mismo restaurante de la noche anterior. La comida seguía siendo buena y barata. Encendí mi cigarro y me encaminé sin prisa, hacia la *plazza*. Las orquestas ya habían empezado a tocar. Elegí una mesa al borde de la multitud y, al dejar un momento mi cigarro, observé que la mano me temblaba. La excitación y el suspenso eran insoportables. Me parecía imposible que la familia sentada a la mesa de al lado no advirtiera mi emoción. Afortunadamente, había comprado un diario de la noche. Lo abrí y simulé leer. Alguien limpió mi mesa: era el mozo moreno y desgarbado, y me preguntó qué deseaba servirme. Le hice señas de que me dejara en paz; "Después", dije y seguí leyendo, o mejor dicho, simulando que leía. La orquesta empezó a tocar una pequeña y alegre melodía. Levanté los ojos y vi que Ganimedes me estaba observando, de pie junto a la orquesta, con las manos atrás. Permanecí inmóvil, ni siquiera moví la cabeza, pero de inmediato estuvo a mi lado.

¿Un *curasao*, *signare*?

Esa noche, el reconocimiento fue, aún más allá del primer fogonazo instantáneo. Sentí que la silla era de hierro, que las nubes pasaban por sobre mi cabeza y que la copa que el joven arrodillado me ofrecía, también era de hierro. Su humildad no era la del esclavo, sino la reverencia de un ser amado para con su dueño, para con su dios. El fogonazo se apagó y gracias al cielo pude controlar mi emoción. Acepté con una inclinación de cabeza y dije: "Sí, por favor", pidiendo que junto con el *curasao* me trajeran media botella de agua de Evian.

Mientras lo miraba alejarse entre las mesas, en dirección al café, vi que un hombre corpulento, con un impermeable blanco y fieltro de alas anchas, salía de entre las columnas y le daba un golpecito en el hombro. Mi muchachito levantó la cabeza y le sonrió. En ese momento me sentí en contacto con las fuerzas del mal. Tuve la intuición del desastre. El hombre, que parecía una enorme babosa blanca, le devolvió la sonrisa y le formuló un pedido. El muchacho le sonrió de nuevo y desapareció. La orquesta terminó la melodía de danza, y se detuvo, con un floreio. Estalló una salva de aplausos. El violinista se enjugó la frente y miró al pianista, riendo. El mozo moreno les llevó bebidas. La anciana del chal se acercó a mi mesa, como lo hiciera la noche anterior, ofreciéndome una rosa. Esta vez fui más prudente y la rechacé. Me di cuenta de que el hombre del impermeable blanco me estaba observando, desde atrás de una columna.

¿Saben ustedes algo de mitología griega? La menciono porque Poseidón, hermano de Zeus, era también su rival. Se hallaba asociado especialmente al caballo. Un caballo a menos que sea alado simboliza la corrupción. El hombre del impermeable blanco era un corrompido, lo comprendí intuitivamente. La intuición me puso sobre aviso. Cuando Ganimedes volvió con el *curasao* y mi Evian, ni siquiera levanté la vista, sino que seguí leyendo el diario. La orquesta, que ya había descansado, volvió a tocar. Los acordes de "Dulce despertar de mi corazón" luchaban por imponerse a los del "Boogie del Coronel", que estaba tocando su rival, cerca de la iglesia. La mujer del chal, que no había conseguido vender una sola rosa, volvió, desesperada, a mi mesa. Sacudí la cabeza, brutalmente. Al hacerlo vi que el hombre del impermeable blanco y sombrero de fieltro se había alejado de las columnas y se hallaba ahora junto a mí.

El aroma del mal es mortífero. Penetra, sofoca y, al mismo tiempo, lanza un desafío. Sentí miedo, mucho miedo, pero también la decisión de luchar y demostrar que yo era el más fuerte. Me apoyé en el respaldo de mi silla e inhalando la última bocanada de mi

cigarro antes de depositarlo en el cenicero, arrojé todo el humo a la cara del individuo. Entonces se produjo algo extraordinario. No sé si esa última inhalación me mareó, pero por un instante perdí la cabeza, el humo trazó círculos ante mis ojos y vi cómo su rostro repulsivo y sonriente, se hundía en lo que parecía ser un mar de espuma. Hasta me pareció sentir la salpicadura del agua. Cuando conseguí vencer el acceso de tos que me produjera el cigarro, el ambiente se había purificado: el hombre del impermeable blanco ya no estaba y vi que yo mismo había hecho caer al suelo mi media botella de agua de Evian. El propio Gánimedes recogió los pedazos y limpió la mesa. También fue Gánimedes quien sugirió, sin que yo lo hubiera pedido, que me trajeran otra media botella.

¿Se ha cortado *il signore*? preguntó.

No.

En seguida le mando otro *curasao*. Puede haber pedacitos de vidrio en éste. No se lo vamos a cobrar.

Este niño de quince años, dueño de la gracia de un príncipe, hablaba con autoridad y tranquila confianza. Con exquisita altanería se volvió hacia el joven moreno que era su compañero de trabajo y le entregó los restos de mi desastre, hablándole en un fluido italiano. Después me trajo la segunda media botella de Evian y su correspondiente vaso de *curasao*.

Un sedativo... me dijo sonriendo.

No era irrespetuoso, ni se tomaba indebida confianza. Sabía, desde siempre, que a mí me temblaban las manos, que mi corazón latía violentamente y que, deseaba estar tranquilo, en calma.

*Piove* dijo, levantando el rostro y extendiendo la mano.

Así era: repentinamente y sin que nada lo hiciera suponer, comenzaron a caer gotas del cielo estrellado. Una negra nube empezó a cubrir el cielo como una mano gigantesca, ocultando las estrellas, y la lluvia inundó la *plazza*. Brotaron paraguas como si fueran hongos y los que no los tenían, cruzaron la *plazza* en todas direcciones huyendo a sus madrigueras, como escarabajos.

La desolación fue repentina. Las mesas quedaron desnudas, con las sillas encima. Se cubrió el piano con una tela encerada, se replegaron los atriles y se apagaron casi todas las luces. Todo el mundo desapareció. Era como si nunca hubiera existido una orquesta ni un auditorio aplaudiendo. Todo había sido un sueño.

Pero yo no soñaba. Como un tonto, había salido sin paraguas. Me quedé esperando bajo las columnas, junto al café ahora desierto, mientras la lluvia que caía de un desagüe próximo salpicaba frente a mí. Apenas podía creer que menos de cinco minutos antes este mismo lugar había estado colmado por una multitud alegre. Ahora reinaba una penumbra universal.

Levanté el cuello de mi saco, tratando de decidirme a cruzar la *plazza* bajo la lluvia torrencial, cuando oí unos pasos rápidos saliendo del café y alejándose bajo la columna. Era Gánimedes todavía vestido con su saco blanco, sosteniendo su gran paraguas, a modo de estandarte, sobre la cabeza. Yo debía dirigirme hacia la izquierda, hacia la iglesia, y Gánimedes se alejaba hacia la derecha. En cualquier momento podía doblar y desaparecer. Fue un instante de decisión. Ustedes dirán, tal vez, que me equivoqué: doblé hacia la derecha y lo seguí.

Fue una persecución extraña y enloquecida. En mi vida había hecho semejante cosa. Pero no podía evitarlo. El caminaba de prisa, con pasos ruidosos y claros, a lo largo de tortuosos pasajes estrechos y zigzagueantes, bordeando oscuros y silenciosos canales, y no se oía otra cosa que sus pasos y la lluvia. Ni una sola vez volvió la cabeza para mirar quién lo seguía. Una o dos veces resbalé: él debió escucharme. Pero siguió adelante, atravesando

puentes, internándose en las sombras, con su paraguas subiendo y bajando por encima de su cabeza, y su saco blanco brillando como un relámpago de tanto en tanto. La lluvia seguía cayendo desde los techos de las casas silenciosas, sobre los guijarros y adoquines de la calle, perdiéndose en los canales estigianos.

De pronto lo perdí de vista. Había doblado una esquina. Empecé a correr. Desemboqué en un estrecho pasaje donde las casas, muy altas, parecían unirse por sobre mi cabeza. Lo vi detenerse frente a una gran puerta con verja de hierro, y tirar de la campanilla. La puerta se abrió, él cerró su paraguas y entró. Con un gran golpe, la puerta se cerró tras él. Debí haberme oído correr y verme cuando me detuve bruscamente a la entrada del pasaje. Me quedé mirando un momento la verja de hierro. Consulté mi reloj: eran las doce menos cinco. La locura de mi persecución me golpeó con todas sus fuerzas. Sólo había conseguido mojarme, probablemente resfriarme, y, además, me había extraviado.

Me di vuelta para regresar. En ese momento, de una puerta frente a la casa de la verja surgió una figura y se me acercó. Era el hombre del impermeable blanco y ancho sombrero de fieltro.

Con falso acento norteamericano me preguntó:

¿Busca a alguien, *signore*?

---

## IV

Ahora les pregunto: ¿Qué hubieran hecho ustedes en mi lugar? Yo era un extraño en Venecia, un turista. La callejuela estaba desierta. Había leído historias de *vendettas*. Puñaladas por la espalda. Un paso en falso y podía sucederme lo mismo.

Estaba paseando contesté, pero creo que me he extraviado.

El individuo se aproximó demasiado.

¡Ah! ¿Perdió el camino? repitió mezclando el acento norte americanizado con un italiano de *music hall*. En Venecia eso sucede continuamente... Yo lo acompañaré.

La luz de una lámpara encendida sobre su cabeza arrojaba un resplandor amarillento sobre su rostro, sombreado por las alas anchas del sombrero. Al hablar sonreía, mostrando algunos dientes de oro. Su sonrisa era siniestra.

Gracias le dije. Pero puedo arreglarme solo.

Volviéndome, comencé a caminar nuevamente en dirección a la esquina, pero él se me puso al lado.

No es ninguna molestia contestó. En absoluto.

Tenía las manos metidas en el bolsillo de su impermeable blanco, y al caminar rozaba mi hombro con el suyo. Salimos de la callejuela y nos encontramos en la calle estrecha que bordeaba el canal. Estaba muy oscuro. De las canaletas de los techos caían chorros de agua hacia el canal.

¿Le gusta Venecia? me preguntó.

Mucho y luego, estúpidamente tal vez, agregué: Es la primera vez que vengo.

Me sentía como un prisionero bajo escolta. El rumor de nuestros pasos sonaba a hueco. Nadie podía escucharnos. Toda Venecia dormía. El individuo emitió un gruñido de satisfacción.

Venecia es muy cara dijo. En los hoteles a uno lo roban siempre. ¿Dónde está parando?

Vacilé: no quería darle mi dirección, pero si me acompañaba pensé ¿qué otro remedio me quedaba?

En el Hotel Byron dije.

Rió despectivamente.

Recargan el veinte por ciento en la cuenta me informó. Usted pide un pocillo de café y le cobran el veinte por ciento de más. Siempre sucede lo mismo. Al turista lo roban.

Lo que pago es razonable le aclaré. No puedo quejarme.

¿Cuánto le cobran?

La osadía del hombre me dejó atónito. Pero el camino junto al canal era muy estrecho y su hombro seguía pegado al mío. Le dije cuánto pagaba por la habitación y cuánto por la pensión. Lanzó un grito salvaje.

Lo están despellejando vivo dijo. Mándelos al diablo mañana mismo. Yo le encontraré un pequeño departamento. Barátito. ¿O.K?

Yo no quería un departamentito. Todo lo que quería era librarme del hombre y volver a la relativa civilización de la *plazza* San Marcos.

Muchas gracias le contesté. Pero me siento muy cómodo en el Hotel Byron.

Se me acercó aún más y me sentí muy próximo a las negras aguas del canal.

En un departamentito me dijo, usted hace lo que quiere. Recibe a sus amigos. Nadie lo molesta.

En el Hotel Byron no me molesta nadie.

Apresuré el paso. Él hizo lo mismo y cuando, repentinamente, sacó la mano derecha del bolsillo, sentí que mi corazón salteaba un latido: pensé que sacaría un cuchillo. Pero todo lo que hizo fue ofrecerme un abollado paquete de "Lucky Strike".

Agité negativamente la cabeza. Él encendió uno.

Yo le voy a encontrar un lindo departamento...

Cruzamos un puente y nos sumergimos en otra calle silenciosa, mal iluminada. Mientras íbamos caminando, me citó los nombres de todas las personas a las que había encontrado departamento.

¿Usted es inglés? preguntó. Ya me parecía. El año pasado conseguí un departamento para sir Johnson. ¿Lo conoce? Un hombre muy bueno, muy discreto. También encontré departamento para el actor de cine Bertie Poole. ¿Conoce a Bertie Poole? Le hice ahorrar quinientas mil liras.

Nunca había oído hablar ni de sir Johnson ni de Bertie Poole. Me sentía cada vez más irritado, pero no podía hacer nada. Cruzamos otro puente. Aliviado, reconocí la esquina próxima al restaurante donde había cenado. El canal formaba allí una especie de bahía y se veían góndolas ancladas una al lado de la otra.

No se moleste en seguir acompañándome dije. Ya sé por dónde tengo que ir...

Entonces sucedió lo increíble. Habíamos doblado juntos la esquina, caminando a la par. Como el sendero era demasiado estrecho para los dos, él retrocedió un paso. Al hacerlo, resbaló. Lo oí lanzar una exclamación, y un segundo después estaba en el canal, con su impermeable blanco extendido a modo de dosel.

El impacto de su gran cuerpo contra el agua, hizo balancear las góndolas. Me quedé mirando, demasiado sorprendido para tomar una decisión. Luego, hice algo terrible: me alejé corriendo, tomando por el pasaje que sabía había de conducirme finalmente a la *plazza* San Marcos, y cuando llegué allí, la atravesé de prisa, pasé por delante del palacio del Dux y me encontré de nuevo en el hotel. No tropecé con nadie. Como dije antes, toda Venecia dormía. En el Hotel Byron, el "príncipe Hal" bostezaba detrás del escritorio. Restregándose los ojos somnolientos, me hizo subir al ascensor. Apenas estuve en mi habitación me dirigí al lavatorio y saqué la pequeña botella de cognac medicinal que me acompaña en todos mis viajes. La vacié de un solo trago.

## V

Dormí mal y tuve sueños espantosos, cosa que no me sorprendió. Vi a Poseidón. El dios Poseidón surgiendo de un mar turbulento, amenazándome con su tridente. Luego el mar se convirtió en el canal, Poseidón montó un caballo de bronce el caballo de bronce de *Colleone* y se alejó. Atravesado en la grupa, llevaba el cuerpo inerte de Ganimedes.

Tomé un par de aspirinas con el café, y me levanté tarde. No sé qué esperaba ver al salir a la calle. Supongo que grupos de gente leyendo los diarios, o la policía; alguna señal, en fin, de lo que había sucedido. En cambio, me encontré con un claro día de octubre. La vida de Venecia proseguía.

Tomé un vaporcito hasta el Lido y me quedé allí a almorzar. Deliberadamente, pasé todo el día en ese lugar, por si hubiera surgido alguna dificultad. Lo que más me preocupaba era que, si el hombre del impermeable blanco había sobrevivido a la zambullida de la noche anterior y se sentía mal dispuesto hacia mí por no haberle prestado ayuda, podría haber dado parte a la policía e insinuado incluso que yo le había dado un empujón. Cuando regresaba al hotel podría encontrarme con que la policía me estaba esperando.

Me ausenté hasta las seis de la tarde. Un poco antes de la puesta del sol tomé el vaporcito de vuelta. Nada de chaparrones esta noche. El cielo era de un suave dorado y Venecia disfrutaba de la tenue luz, melancólicamente hermosa.

Entré al hotel y pedí la llave. El empleado me la entregó, diciéndome alegremente: *Buona sera, signore*, dándome al mismo tiempo una carta de mi hermana. Nadie había venido a buscarme. Subí y me cambié de ropa. Después, volví a bajar y cené en el hotel. La comida no se parecía a la que me habían servido en el restaurante las dos noches anteriores, pero no me importó. No sentía mucho apetito. Tampoco sentí deseos de fumar mi cigarro habitual. Me limité a encender un cigarrillo. Durante unos diez minutos permanecí delante del hotel, fumando y observando las luces sobre el lago. Era una noche agradable. Me pregunté si la orquesta estaría tocando en la *plazza* y si Ganimedes serviría las bebidas como siempre. Pensando en él, me sentí preocupado. Si se hallaba vinculado de alguna manera al hombre del impermeable blanco, podría resultar afectado por lo sucedido. El sueño habría sido una advertencia, entonces. Yo creía mucho en los sueños. Poseidón llevando a Ganimedes atravesado en la grupa de su caballo... Comencé a caminar hacia la *plazza* San Marcos. Me dije que me quedaría cerca de la iglesia para comprobar si estaban tocando las dos orquestas.

Cuando llegué a la *plazza* vi que todo seguía igual: la misma multitud, las mismas orquestas rivales, los mismos repertorios tocados en contrapunto. Atravesé la *plazza*, lentamente, dirigiéndome a la segunda orquesta. Para protegerme me puse los anteojos oscuros. Sí, allí estaba Ganimedes. Descubrí en seguida su cabello claro y su saco blanco. Tanto él como su compañero moreno estaban muy ocupados. Debido a la temperatura agradable de la noche, la muchedumbre que rodeaba la orquesta era más compacta que de costumbre. Recorrí con la vista el auditorio y las sombras bajo la columnata. Ni señas del hombre de impermeable blanco. Lo más prudente, ya lo sabía, era volver al hotel, y leer a Chaucer. Sin embargo, no lo hice. La anciana vendedora de rosas ofrecía su mercadería. Me acerqué. La orquesta estaba tocando el motivo musical de una película de Chaplin ¿sería de "Candilejas"? No recordaba. Pero la canción era sentimental y el violinista la aprovechaba al máximo. Resolví esperar hasta que terminara esa pieza y regresar luego al hotel.

Alguien hizo castañear los dedos, llamando al mozo. Ganimedes se volvió. Al hacerlo miró por sobre las cabezas de los clientes sentados, directamente hacia mí. Yo tenía puestos los anteojos oscuros y el sombrero. No obstante eso, me reconoció. Me lanzó una radiante sonrisa de bienvenida, y, pasando por alto el pedido del cliente, se precipitó hacia



mí, tomó una silla y la colocó junto a una mesa desocupada.

Esta noche no llueve. Todo el mundo está contento. ¿Un *curasao*, *signore*?

¿Cómo podía rechazarlo viendo su sonrisa, su gesto casi suplicante? Seguramente, pensé, si hubiera sucedido algo... Si se encontrara preocupado respecto al hombre del impermeable blanco, me lo hubiera dado a entender de alguna manera, aunque más no sea con una mirada. Me senté. Un momento después él estaba de regreso con un *curasao*. Tal vez era más fuerte que el de la noche anterior, o debido quizá a mi estado de nerviosidad, me produjo un efecto mayor. Fuera lo que fuese, el *curasao* se me subió a la cabeza.

Mi nerviosidad desapareció. El hombre del impermeable blanco y su influencia maligna dejaron de preocuparme. Tal vez había muerto. ¿Qué me importaba? A Ganimedes no le había sucedido nada. Para demostrarme su preferente atención, se había quedado a unos pasos de mi mesa, con las manos atrás, atento a satisfacer mi menor deseo.

¿No se cansa nunca? le pregunté osadamente.

Retiró mi cenicero y limpió ligeramente la mesa.

No, *signore* contestó. Mi trabajo es muy agradable...

Y me hizo una ligera inclinación de cabeza.

¿No va a la escuela? seguí preguntando.

¿Escuela? Hizo un ademán, indicando que eso había terminado. *Finita*, la escuela. Yo soy un hombre. Ahora me gano la vida. Mantengo a mi madre, a mi hermana...

Me sentí conmovido. El muchacho se creía todo un hombre.

Tuve la visión repentina de su madre una mujer triste y quejosa y su hermanita. Vivían detrás de la puerta con verja de hierro.

¿Le pagan bien en el café?

Se encogió de hombros.

Durante la temporada no está mal dijo. Pero ya termina. Dos semanas más y se acabó. Todo el mundo se va.

¿Qué hará entonces?

Volvió a encogerse de hombros.

Tendré que buscar trabajo en otra parte. Tal vez vaya a Roma. Allí tengo amigos... No me gustó imaginarlo en Roma. Una criatura, en una ciudad tan grande... Además, ¿quiénes serían sus amigos?

¿Qué le gustaría hacer? le pregunté.

Se mordió los labios. Por un momento su expresión fue triste:

Me gustaría ir a Londres. A uno de esos grandes hoteles. Pero eso es imposible. En Londres no tengo amigos.

Pensé en mi superior inmediato que, entre otras actividades, era miembro del directorio del Hotel Majestic, en Parke Lañe.

Eso puede arreglarse le dije con algunas maniobras...

Sonrió e hizo un divertido gesto de manipuleo con ambas manos.

Es fácil, si uno sabe dijo, pero si no se sabe... e hizo un gesto como dándose por vencido es mejor olvidarse del asunto...

Veremos agregué. Tengo amigos influyentes...

No hizo intento alguno para aprovechar la oportunidad.

Usted es muy bueno, *signore* murmuró. Muy bueno...

En ese momento la orquesta cesó de tocar. Mientras la multitud aplaudía, él los acompañó con perfecta condescendencia.

*¡Bravo...bravo!* dijo. Me sentí próximo a las lágrimas.

Cuando, más tarde, pagué mi cuenta, vacilé en darle una propina excesiva, por temor a ofenderlo. Además, no quería que me considerara simplemente como un turista de tantos. Nuestra relación era más honda.

Para su mamá y su hermanita le dije, poniéndole en la mano un billete de quinientas liras. Imaginé luego que veía a los tres entrar a la iglesia de San Marcos en puntas de pie: la madre voluminosa, Gánimedes con su traje negro, y la hermanita con el velo de la primera comunión.

Gracias... Gracias, *signore* agregó. *A domani...*

*A domani* contesté, como un eco, conmovido de que ya diera por sentado que volveríamos a vernos. En cuanto al pobre infeliz del impermeable blanco, ya debía estar sirviendo de pasto a los peces del Adriático.

A la mañana siguiente recibí una ruda sorpresa. El empleado recepcionista me llamó por teléfono a mi habitación, preguntándome si tendría inconveniente en dejar la habitación al mediodía. No le entendí. La habitación estaba tomada por quince días. El hombre abundó en excusas: había habido un malentendido: la habitación estaba comprometida desde muchas semanas antes. Creía que el agente de viajes ya me lo había explicado...

Muy bien contesté, irritado. Entonces búsqieme alojamiento en otro lugar.

Me pidió perdón de mil maneras distintas. El hotel estaba lleno. Pero podía recomendarme un pequeño departamento que la administración usaba como anexo, de vez en cuando. No me costaría ni un centavo más, me servirían el desayuno como siempre y hasta tendría un cuarto de baño privado.

Pero es una molestia me quejé, tengo todas mis cosas fuera de la valija...

De nuevo los pedidos de disculpas. El portero se ocuparía de trasladar mi equipaje. Hasta se encargaría de hacerlo. Yo no necesitaba mover una mano, ni dar un solo paso. Finalmente, acabé por prestar mi conformidad, pero no pensaba permitir que nadie tocara mis cosas.

Cuando bajé, encontré al "príncipe Hal" esperándome con una carretilla para mis valijas. Yo estaba de mal humor por el cambio de mis planes, y decidido desde ya a no aceptar la habitación del anexo, y a pedir otra.

Bordeamos el lago. El "príncipe Hal" empujaba el equipaje y yo me sentía como un tonto caminando detrás de él, tropezando con los paseantes, y maldiciendo al agente de viajes, a quien debía, probablemente, toda la confusión relativa a mi hospedaje.

Pero cuando llegamos a nuestro destino, me vi obligado a cambiar. El "príncipe Hal" entró en una casa de hermosa fachada con una amplia escalera inmaculadamente

limpia. No había ascensor y acarreo el equipaje sobre el hombro. Deteniéndose en el primer piso, sacó una llave, la introdujo en la cerradura de la puerta de la izquierda, y abrió.

Sírvase entrar me dijo.

Era un departamento encantador, que en otra época debió ser el salón de un *palazzo* particular. En vez de estar cerradas como en el Hotel Byron, ventanas y persianas se hallaban abiertas, sobre un balcón. Para mi deleite, vi que el balcón daba al Gran Canal. La ubicación no podía ser mejor.

¿Está seguro pregunté que esta habitación cuesta lo mismo que la del hotel?

El "príncipe Hal" me miró. Evidentemente, no comprendía mi pregunta.

¿Cómo dice? preguntó.

Desistí. Después de todo, el empleado recepcionista me habla dicho que sí. Miré a mi alrededor. Se veía la entrada al cuarto de baño. Hasta habían puesto flores junto a mi cama.

¿Cómo hago para que sirvan el desayuno?

El "príncipe Hal" señaló el teléfono:

Usted llama. Ellos contestan y se lo traen. Y me entregó la llave.

Cuando me encontré solo, me acerqué nuevamente al balcón y miré hacia afuera. El canal rebozaba vida y movimiento. Toda Venecia se hallaba a mis pies. Las lanchas a motor y los *vaporetto* no me preocupaban: estaba seguro de que nunca me cansaría de contemplar el animado escenario. Podía quedarme y holgazanear todo el día en mi habitación, si así lo deseaba. Mi suerte era increíble. En vez de maldecir al agente de viajes, lo bendije. Por segunda vez en tres días deshice mi equipaje, pero esta vez, en lugar de ser uno de los tantos huéspedes del tercer piso del Hotel Byron, era amo y señor de mi propio *palazzo* diminuto. Me sentía como un rey. La gran campana del Campanile señaló el medio día. Como había tomado el desayuno muy temprano, sentí deseos de tomar café otra vez. Levanté el auricular, oí un zumbido, y luego el ruido característico al ser levantado el receptor. Una voz dijo:

Hola.

Un completo pedí.

En seguida contestó la voz. Me había parecido, o ¿era realmente el acento demasiado americano que yo conocía?

Pasé al baño a lavarme las manos. Cuando volví, llamaban a la puerta.

*Avanti* grité.

El hombre que traía la bandeja no tenía puesto un impermeable blanco ni un sombrero de fieltro. El traje gris claro estaba bien planchado y los feísimos zapatos de cabritilla lucían bien amarillos. En la frente tenía pegado un trozo de tira emplástica.

¿Vio? me dijo. Yo me ocupo de todo. Muy lindo. Muy O.K.

## VI

Depositó la bandeja sobre la mesita próxima a la ventana y agitó la mano señalando el balcón y el bullicio del Gran Canal.

Sir Johnson se pasaba todo el día allí dijo recostado frente al balcón con sus... ¿Cómo se llama...?

Levantó las manos imitando el gesto de quien usa anteojos largavistas y las movió de derecha a izquierda. Al sonreír mostraba sus dientes de oro.

El señor Bertie Poole era distinto agregó. En lancha al Lido, y de regreso a la noche. Cenitas y fiestitas con sus amigos...Se divertía mucho...

Su guiño de complicidad me llenó de repugnancia. Oficiosamente, empezó a servirme el café. Ya era demasiado.

Mire... le dije. No sé cómo se llama usted ni tampoco sé cómo sucedió todo esto. Si usted tiene alguna combinación con el empleado del Hotel Byron, yo no tengo nada que ver con el asunto.

Abrió mucho los ojos, atónito:

¿No le gusta el departamento?

Claro que me gusta. Pero no se trata de eso. El asunto es que yo hice un trato y ahora...

Pero me interrumpió:

No se preocupe... No se preocupe... y agitó la mano.

Pagaré menos que en el Hotel Byron. Yo me ocuparé de eso.

Y nadie vendrá a molestarlo. Nadie... Volvió a guiñar un ojo y caminando pausadamente, se dirigió hacia la puerta.

Si necesita algo, no tiene más que tocar el timbre. ¿O.K?

Salió de la habitación. Vacié el pocillo de café en el Gran Canal: podía estar envenenado. Y luego me senté a reflexionar.

Hacía tres días que estaba en Venecia. Tal como lo tenía proyectado, había reservado mi habitación en el Hotel Byron por una quincena. Por lo tanto, me quedaban todavía diez días de vacaciones. ¿Estaba dispuesto a pasar esos diez días en este departamento encantador, por el que se me aseguraba no me cobrarían un centavo más, bajo la égida de este tunante? Aparentemente no me guardaba rencor por su caída al canal. El hecho de que usara un trozo de tira emplástica constituía una prueba del accidente, pero no lo había mencionado. Con su traje gris claro, tenía un aspecto menos siniestro que con el impermeable blanco. Tal vez me había dejado arrastrar por mi imaginación. Sin embargo... metí la punta del dedo en la cafetera y me la llevé a los labios. Tenía buen gusto. Miré el teléfono. Si lo usaba me contestaría su odiosa voz norte americanizada. Sería mejor que llamara al Hotel Byron desde afuera o, mejor aún, que hiciera mis averiguaciones personalmente.

Cerré los armarios y la cómoda y también mis valijas, y me guardé las llaves. Al

salir de la habitación, cerré con llave la puerta del departamento. Sin duda, él tendría una llave general, pero nada podía hacer yo al respecto. Bajé las escaleras, con el bastón en la mano para el caso de ataque, y salí a la calle. No se veían rastros del enemigo. El edificio parecía deshabitado. Volví al Hotel Byron y traté de obtener algún informe del personal, pero no tuve suerte. El empleado recepcionista no era el mismo que me llamara por teléfono esa mañana para hablarme respecto al cambio de habitación. Unos clientes nuevos estaban esperando para ubicarse, y el empleado parecía impaciente. Como yo ya no vivía bajo el mismo techo, no le interesaba.

Sí. Sí... me dijo. Está bien. Cuando el hotel está completo, acostumbramos ubicar a nuestros clientes en otra parte. No hemos recibido quejas.

La pareja que esperaba turno, suspiró ruidosamente. Yo los estaba demorando.

Sintiéndome frustrado, me retiré del escritorio, alejándome. Aparentemente, nada podía hacerse. Brillaba el sol, y una brisa suave rizaba el agua de la laguna. Los paseantes, sin abrigos ni sombreros, caminaban pacíficamente, tomando aire. Pensé que podía hacer lo mismo. Después de todo, no había sucedido nada demasiado grave. Momentáneamente, era dueño de un departamento con vista al Gran Canal, lo que sin duda hubiera hecho nacer la envidia en el pecho de todos esos turistas. ¿De qué tenía que preocuparme? Subí a un *vaporetto* y me dirigí a la iglesia, junto a la Academia, donde me quedé sentado contemplando la Madona y el Niño, de Bellini. Me tranquilizaba los nervios.

Pasé la tarde durmiendo y leyendo en mi balcón, sin recurrir a largavistas, a diferencia de sir Johnson quienquiera que éste fuese y nadie se acercó. Dentro de lo que podía apreciar, ninguna de mis cosas había sido tocada. La pequeña trampa que preparara un billete de cien liras entre dos corbatas, seguía en su lugar. Suspiré aliviado. Tal vez, después de todo, las cosas marcharían bien.

Antes de salir a cenar, escribí una carta a mi jefe. Siempre se había sentido inclinado a mostrarse superior a mí, y me resultaba bastante grato poder decirle que disponía de un departamento encantador, frente al panorama más hermoso de Venecia. "Entre paréntesis", escribí, además, "¿qué posibilidades hay en el Majestic para un mozo novel? Aquí hay un muchacho de excelente aspecto y modales, que vendría muy bien en el hotel. ¿Puedo darle alguna esperanza? Es el único sostén de su madre viuda y hermana huérfana".

Cené en mi restaurante favorito seguía siendo persona grata a pesar de mi ausencia de la noche anterior y me encaminé a la *plazza* San Marco sin preocupación alguna. El espía podía aparecer con impermeable blanco y todo, pero yo había cenado demasiado bien para preocuparme. La orquesta estaba rodeada de mirones, provenientes de un *destróyer* que acababa de andar en el lago. Todo el mundo reía y pedía tonadas populares. El auditorio compartía la diversión, aplaudiendo a un marinero que simulaba querer apoderarse del violín. Reí a todo trapo junto con los demás. Ganimedes estaba a mi lado. Que oportuna había estado mi hermana al sugerirme venir a Venecia en vez de ir a Devon. ¡Cómo bendije los caprichos de su cocinera!...

Fue mientras reía que me sentí fuera de mí mismo. Había nubes sobre mi cabeza y bajo mis pies, y mi brazo derecho, apoyado en la silla vacía que tenía junto a mí, era un ala. Los dos brazos eran alas. Yo volaba sobre la tierra. Pero también tenía garras, y mis garras aferraban el cuerpo sin vida del muchacho. Sus ojos estaban cerrados. Las corrientes de viento me hacían ascender entre las nubes y tan grande era mi triunfo, que el cuerpo inmóvil del muchacho sólo me lo hacía sentir más precioso y más mío. Entonces volví a oír el sonido de la orquesta, las risas y los aplausos, y vi que había tomado de la mano a Ganimedes, sin que éste hiciera gesto alguno para rechazarme.

Me sentí lleno de confusión. Retiré la mano y participé en los aplausos. Luego tomé mi copa de *curasao*.

¡Salud! dije, levantándola en un gesto que incluía a la multitud, a la orquesta, a todo

el mundo. No convenía dirigirme al muchacho en particular.

Ganímedes sonrió:

*Il signore* ¿se divierte?

Nada más que eso. Pero 3<sup>o</sup> sentí que compartía mi estado de ánimo. Impulsivamente, me incliné hacia él.

He escrito a un amigo mío, en Londres. Es uno de los directores de un gran hotel. Espero contestación dentro de unos días.

No mostró sorpresa alguna. Hizo una inclinación de cabeza, luego llevó las manos a la espalda y miró por sobre las cabezas de la multitud.

*Il signore* es muy amable contestó.

Me pregunté si realmente me tendría fe, y, en caso afirmativo, si esa fe era mayor que la que había depositado en sus amigos de Roma.

Tendrá que darme su nombre y sus datos personales le dije. Y también, supongo, una recomendación del dueño de este café.

Una breve inclinación de cabeza demostró que había comprendido.

Tengo mis documentos dijo con orgullo. Y no pude dejar de sonreír pensando que probablemente consistirían en un informe de la escuela y una recomendación dirigida a quien lo tomara a su servicio. Mi tío también puede informarle agregó *Il signore* no tiene más que preguntarle.

Y... ¿quién es su tío? interrogué.

Volvió la cabeza hacia mí, y por primera vez su expresión fue un poco modesta, casi tímida.

Creo que *il signore* se ha mudado a su departamento de Vía Goldoni dijo. Mi tío es un gran hombre de negocios.

Su tío... Ese individuo repelente era su tío... Ahora todo resultaba claro. Se trataba de un simple vínculo familiar. No tendría por qué haberme preocupado, en primer lugar. Inmediatamente coloqué al hombre en la categoría de hermano de la quejosa madre, y colaborando con ella, sin duda, para ejercer presión sobre los sentimientos de mi Ganímedes, que deseaba demostrar su independencia y huir de ellos. Pero en realidad me había escapado por un pelo. Podía haber infligido una mortal ofensa al sujeto, cuando se dio el chapuzón en el canal.

Claro... claro... dije, simulando estar ya enterado, puesto que él así parecía suponerlo y yo no deseaba parecer un tonto. Luego, seguí diciendo: Un departamento muy cómodo... ¿Lo conoce?

Naturalmente, *signore* dijo, sonrojándose. Seré yo quien le sirva el desayuno todas las mañanas.

Casi me desmayé. ¡Ganímedes sirviéndome el desayuno!... Me resultaba excesivo para asimilarlo en un momento. Para ocultar mi emoción, pedí otro *curasao*, y él se dirigió de prisa al interior del café para traérmelo. Como dicen los franceses: yo me sentía *bouleversé*. Ser inquilino del encantador departamento y sin recargo alguno, era una cosa, pero que, además, y por así decirlo, me dieran a Ganímedes trayéndome el desayuno, era más de lo que un ser humano podía soportar. Hice un esfuerzo por recuperar mi tranquilidad antes de que él volviera, pero su informe me había puesto tan nervioso que apenas podía quedarme quieto en mi asiento. Apareció a mi lado con la copa de *curasao*.

Que tenga sueños felices, *signore* dijo.

Sueños felices... No me animé a mirarlo siquiera. Cuando hube tomado mi *curasao* aproveché que otro cliente lo llamaba, para escurrirme, aunque faltaba mucho para medianoche. Me encontré de regreso en el departamento, guiado más por el instinto que por el pensamiento consciente no sabía por dónde caminaba, cuando observé sobre la mesa la carta para Londres, que aún no había despachado. Habría jurado que cuando salí a cenar la llevaba conmigo. Pero, tanto daba, sería igual remitirla mañana. Esta noche me sentía demasiado agitado para volver a salir.

Salí al balcón y fumé otro cigarro exceso sin precedentes, y luego revisé mi pequeña provisión de libros con la idea de obsequiar uno a Ganímedes, cuando me trajera el desayuno. Hablaba el inglés tan bien que merecía un estímulo, y la idea de una propina me resultaba desagradable. Trollope no era adecuado para él, ni tampoco Chaucer. El tomo de *Memorias de la Época Eduardiana* resultaría superior a sus conocimientos. ¿Me animaría a separarme de mi gastado volumen de Sonetos de Shakespeare? Me resulta imposible deshacerme de él. Lo consultaría con la almohada. Si es que podía dormir, lo que me parecía muy dudoso. Tomé dos pastillas sedantes, y quedé como de piedra.

Cuando desperté, eran más de las nueve de la mañana. El tránsito del Canal parecía indicar el mediodía. El cielo estaba brillante. Salté de la cama y pasé al cuarto de baño, donde me afeité, cosa que generalmente hago después de tomar el desayuno. Luego, poniéndome mi *robe de chambre* y mis chinelas, saqué la mesa y la silla al balcón. Después, trémulo, me dirigí al teléfono y levanté al receptor. Oí el zumbido característico, y mientras un torrente de sangre inundaba mi corazón, su voz:

*Buon giorno, signore. ¿Durmió bien?*

Muy bien contesté. ¿Querría traerme un completo?

Un completo repitió.

Colgué el tubo y salí a sentarme en el balcón. Entonces recordé que no había abierto la puerta. Lo hice y regresé al balcón. Mi excitación era intensa e irracional. Hasta me sentía un poco indispuerto. Luego de unos cinco minutos que parecieron una eternidad, llamaron a la puerta. Entró él, con la bandeja levantada a la altura del hombro. Su porte era tan real, tan orgullosa su actitud, que, en vez de café con leche, pan y manteca, parecía estar trayéndome ambrosía, o un cisne. Vestía una chaqueta de finas rayas negras y blancas, como las que usan los valets de un club.

Buen apetito, *signore* me dijo.

Gracias le contesté.

Tenía ya listo sobre mi rodilla el pequeño regalo. Los Sonetos de Shakespeare serían sacrificados. Esa edición especial era irremplazable, pero no importaba: ninguna otra cosa serviría. Pero antes de entregárselos, quise sondearlo. Quiero hacerle un pequeño regalo.

Hizo una cortés inclinación de cabeza:

*Il signore* es demasiado amable.

Habla inglés tan bien seguía diciendo que debe practicar solamente con lo mejor. Ahora bien, dígame ¿a quién considera usted el más grande de todos los ingleses?

Se puso a pensar con toda gravedad. Y, tal como lo hacía en la *plazza* San Marco, se llevó las manos a la espalda.

Winston Churchill contestó.

Debí haberlo supuesto. Naturalmente, el muchacho vivía en el presente; o, más

correctamente en este caso, en el pasado inmediato.

Muy bien contestado dije sonriendo. Pero piense otra vez. No. Le haré la pregunta de otra manera. Si usted dispusiera de algún dinero y quisiera invertirlo en algo relacionado con el idioma inglés, ¿cuál sería la primera cosa que compraría?

Esta vez no hubo vacilación alguna:

Me compraría un disco "*long play*" de Elvis Presley o Johnny Ray.

Me sentí desilusionado. No era la respuesta que esperaba. ¿Quiénes eran esos individuos? ¿Cantantes? Ganimedes debía ser educado en cosas mejores. Pensándolo bien, no me separaría de los Sonetos.

Muy bien le dije, esperando no parecer demasiado brusco. Y metiendo la mano en el bolsillo saqué mil liras. Pero le sugiero que compre antes a Mózart...

El billete desapareció en su mano hecho un bollo. Su gesto fue tan discreto que me pregunté si había podido darse cuenta de su valor. Después de todo, mil liras son mil liras. Le pregunté cómo se las arreglaba para eludir su trabajo en el café y traerme el desayuno. Me explicó que no empezaba a trabajar allí hasta poco antes del mediodía. De todos modos, entre el dueño del café y su tío había una especie de convenio.

Me parece que su tío tiene convenios con mucha gente comenté, pensando en el empleado recepcionista del Hotel Byron. Ganimedes sonrió.

En Venecia, todo el mundo se conoce...

Observé que miraba con admiración mi *robe de chambre*, que yo comprara especialmente para el viaje. A mí me parecía algo chillona. Recordando los discos, me dije que, después de todo, Ganimedes era una criatura y no había que esperar demasiado de él.

¿Tiene algún día libre? le pregunté.

Los domingos. Me turno con Beppo.

Beppo debía ser el poco adecuado nombre del joven moreno que trabajaba también en el café.

¿Y qué hace cuando tiene el día libre? indagué.

Salgo con los amigos.

Me serví más café y me pregunté si me atrevería. Una negativa resultaría dolorosa.

Si es que no tiene otra cosa mejor que hacer dije, y tiene libre el domingo próximo, lo llevaré hasta el Lido. Me sentí sonrojar y para disimular me incliné sobre la cafetera.

¿En una lancha a motor? me preguntó en seguida.

Me sentí algo perplejo. Había pensado en el *vaporetto*, nada más. En lancha a motor sería muy caro.

Depende dije, para ganar tiempo. Seguramente será difícil conseguirla en día domingo.

Él meneó la cabeza con firmeza:

Mi tío conoce a un hombre que alquila lanchas a motor. Se pueden conseguir por todo el día.



¡Santo cielo! Me costaría una fortuna. No me convenía comprometerme.

Veremos repliqué. Depende del tiempo.

El tiempo será bueno insistió, sonriendo. Seguirá así durante toda la semana.

Su entusiasmo era contagioso. Pobre criatura, bien poco debía divertirse. De pie todo el día y también parte de la noche, sirviendo a los turistas. Un poco de aire en una lancha a motor le parecería el paraíso.

Muy bien, entonces le dije. Si es un lindo día, iremos...

Y me puse de pie sacudiendo las migajas de mi *robe de chambre*. Interpretó mi gesto como una despedida, y tomó la bandeja.

¿Necesita algo más, *signore*?

Puede despachar esta carta indiqué. Es la que escribí a mi amigo, el director del hotel.

Bajó los ojos modestamente y esperó a que le entregara la carta.

¿Lo veré esta noche? le pregunté.

Naturalmente, *signore*. Le reservaré una mesa, a la hora de siempre.

Dejé que se retirara y me dirigí al baño. Sólo cuando ya estaba sumergido en el agua caliente se me ocurrió una idea desagradable: ¿Sería posible que Ganimedes también hubiera traído el desayuno a sir Johnson e ido al Lido, en una lancha a motor, con Bertie Poole? Rehusé considerarlo. Era demasiado humillante.

El tiempo se mantuvo bueno durante el resto de la semana, tal como él predijera, y cada día me sentía más contento por el lugar donde me encontraba. Nadie venía a mi departamento. Mi cama, aparecía tendida como por arte de magia. El tío seguía *perdu*. Por la mañana, apenas tocaba el teléfono, Ganimedes contestaba y me subía el desayuno. Todas las noches me reservaba la misma mesa en el café, arrimando una silla, con la copa de *curasao*, y la media botella de Evian. No tuve más visiones extrañas, ni sueños, y, finalmente, me encontraba gozando de unas verdaderas vacaciones, sin una sola preocupación en el mundo y sintiendo que entre Ganimedes y yo existía lo que solamente puede llamarse un entendimiento telepático, una especie de simpatía extraordinaria. Para él no había otro cliente más que yo. Atendía a los demás, pero seguía siempre a mis órdenes. Los desayunos en el balcón constituían el momento culminante del día.

El domingo amaneció hermoso. No soplaba el viento que hubiera hecho falta para el *vaporetto*. Cuando me trajo el café y el pan, su sonrisa trasuntaba su excitación.

¿*Il signore* irá al Lido? preguntó.

Agité la mano:

Por supuesto le dije. Nunca me vuelvo atrás cuando prometo algo

Me ocuparé de todo prometió. *Il signore* puede bajar a las once y media.

Y por primera vez desde que me trajera el desayuno, desapareció sin decirme una palabra más, tan grande era su prisa. Era algo alarmante; yo ni siquiera le había preguntado por el precio.

Asistí a misa en San Marco. Fue una experiencia conmovedora y me dejó lleno de nobles sentimientos. El espectáculo era magnífico e insuperable la parte cantada. Miré a mi alrededor buscando a mi Ganimedes, casi esperando verlo aparecer de la mano de su hermanita, pero no se lo veía por ninguna parte. Oh, bueno, la perspectiva del paseo en lancha a motor le había resultado demasiado excitante...

Cuando salí de la iglesia el resplandor del sol me encandiló. Tuve que ponerme los anteojos oscuros. Las aguas del lago apenas si se movían.

Lamenté no haber elegido una góndola. En una góndola podría haberme acostado, completamente cómodo. Y podríamos haber ido hasta Torcello. Hasta podría haber llevado los Sonetos de Shakespeare y leído uno o dos en voz alta. En cambio, debía complacer su capricho juvenil y entrar en la era de la velocidad. ¡Al diablo con el gasto! No volvería a suceder.

Lo vi de pie junto al agua, vestido con *shorts* y camisa azul. Parecía mucho más joven, una verdadera criatura. Agité el bastón y le sonreí.

¿Todos a bordo? pregunté alegremente.

Todos a bordo, *signore*.

Me acerqué al embarcadero y vi amarrada, una magnífica lancha a motor, recién barnizada, con su cabina, un banderín a proa y una gran insignia a popa. De pie, junto al comando, vestido con una camisa sport anaranjada, que dejaba ver su pecho velludo, vi una gran silueta desmañada que reconocí con desaliento. Al verme, tocó el claxon y aceleró el motor, que empezó a rugir.

¡Ahora sí que nos vamos a divertir! dijo, con una sonrisa nauseabunda. ¡Saldremos en los diarios! ¡Esta vez sí que la vamos a pasar bien!

---

## VII

Me subí a cubierta, sintiendo que la cabeza me pesaba como si fuera de plomo, y de inmediato perdí el equilibrio ante una maniobra de nuestro horrible mecánico. Me aferré a su brazo de gorila para no caer. Entonces él me hizo sentar a su lado, apretando el acelerador al mismo tiempo, de tal modo que creí que se me iban a romper los tímpanos. Surcamos el lago a una velocidad fantástica, golpeando a cada momento la superficie, y la violencia del impacto parecía partir en dos la embarcación. De la gracia y colorido de Venecia, nada se veía, debido al muro de agua que se levantaba a cada lado de nosotros.

¿Por qué vamos tan rápido? grité, tratando de hacerme oír por sobre el ruido ensordecedor del motor. El tunante me sonrió, mostrando sus dientes de oro, y gritó a su vez:

¡Batimos todos los récords! ¡Esta embarcación es la más poderosa de Venecia!

Me resigné a lo inevitable. No sólo no me hallaba preparado para semejante prueba, sino que ni siquiera tenía la ropa adecuada. Mi saco azul oscuro ya estaba salpicado de agua salada y una pierna de mi pantalón, sucia de grasa. El sombrero que trajera para protegerme contra el sol era inadecuado. Hubiera necesitado un casco, y un par de anteojeras. Abandonar el asiento y arrastrarme hasta la cabina habría significado, seguramente, correr el riesgo de lastimarme las piernas. Además, corría el peligro de que me diera un ataque de claustrofobia, y, por ende, en un espacio cerrado, el ruido sería todavía peor. Seguimos avanzando a toda velocidad, haciendo trastabillar a cuanta embarcación encontrábamos, en dirección *al Adriático*. Para poner en evidencia su habilidad de piloto, el monstruo que tenía a mi lado empezó a hacer pruebas acrobáticas, trazando grandes círculos que nos hacían salir al encuentro de nuestra propia estela.

¡Mire cómo sube! me gritó al oído.

Y sí que subía, de tal manera, que en el brusco e inevitable descenso el estómago pareció caérseme a los pies. La espuma que no habíamos dejado atrás se me metió por el cuello, empezando a chorrear por la espalda. Sentado a proa, disfrutando de cada instante, con su claro cabello agitado por la brisa que nosotros mismos levantábamos, se hallaba Gánimedes gozoso y libre como un duende marino. Era mi único consuelo. Sólo el verlo allí, volviendo cada tanto la cabeza para sonreírme, me impidió ordenar de inmediato el regreso a Venecia.

Cuando llegamos al Lido, después de un viaje que en el *vaporetto* hubiera sido bastante agradable, yo me encontraba no solamente empapado sino también sordo, ya que el golpe del agua y el rugido del motor habían afectado mi oído derecho. Trémulo y silencioso, descendí a tierra resultándome repugnante que mi repulsivo guía me tomara del brazo con familiaridad conduciéndome hasta el *taxi*, mientras Gánimedes subía de un salto al asiento delantero, junto al conductor. ¿Adonde iremos ahora?, me pregunté. Qué contraproducente resulta imaginarse un día por adelantado... En la iglesia, mientras se cantaba la misa, me había visto descendiendo, junto a Gánimedes, de una embarcación tranquila, piloteada por una discreta persona anónima, y luego los dos nos dirigíamos a un pequeño restaurante que yo ya había elegido en una visita anterior. ¡Qué delicioso! había pensado yo sentarnos en una mesita del rincón, elegir el menú, observar su rostro feliz, ver cómo, quizá, se sonrojaba con el vino, y hacerlo hablar de sí mismo, de su vida, de su madre descontenta y de su pequeña hermana... Luego, cuando llegaran los licores, trazaríamos los planes para el futuro, si es que la carta que yo enviara a mi jefe de Londres daba buenos resultados.

Nada de eso sucedió: con un brusco viraje, el taxi se detuvo frente a un hotel moderno, en la playa del Lido. Pese a que la temporada se hallaba en sus postrimerías, se encontraba atestado de gente. Mi hombre parecía conocer al *maitre* del hotel y se abrió camino entre la parlanchina multitud, hacia el caluroso comedor. Ya era bastante penoso

tener que seguirlo, teniendo en cuenta que su camisa anaranjada llamaba tanto la atención, pero lo peor no había sucedido aún. La mesa del centro ya se hallaba ocupada por bulliciosos italianos, que hablaban en voz alta. Al vernos, se levantaron al unísono echando hacia atrás las sillas para dejarnos sitio. Una rubia oxigenada, con enormes aros y expresivamente perfumada, se avalanzó sobre mí, descargándome una andanada de palabras en italiano.

Mi hermana, *signore*... me explicó mi guía, le da la bienvenida. No sabe hablar inglés.

¿Sería ésta la madre de Ganimedes? ¿Y esa jovencita de abultado seno, uñas escarlatas y enormes pendientes... sería su hermanita? La cabeza empezó a darme vueltas.

Es un gran honor, *signore* murmuró que haya invitado a toda la familia a almorzar.

Tomé asiento, vencido. Yo no había invitado a nadie, pero nada podía hacer. El tío si realmente lo era ese aborrecible tunante distribuía ya entre los presentes las tarjetas del menú, grandes como carteles. El *maitre* de hotel se doblaba en dos para complacer a todo el mundo. En cuanto a Ganimedes... Ganimedes sonreía, mirando en los ojos a un repugnante primo, de bigotito y cabello cortado a la americana, que con una mano regordeta y aceitunada, remedaba los movimientos de una lancha a motor.

Desesperado, me dirigí al aborrecido individuo:

No esperaba una fiesta así le dije. Mucho me temo no haber traído suficiente dinero...

Interrumpió su discusión con el *maitre* de hotel para contestarme, agitando una mano:

No se preocupe... No se preocupe... Yo me encargo de todo. Después arreglamos...

Después arreglamos... Muy bien, pero cuando terminara el día yo no me encontraría en condiciones de arreglar nada. Me pusieron delante un enorme plato de tallarines con abundante tuco, y vi que me llenaban el vaso de un cierto vino Barolo, que, tomado a mediodía, significa la muerte segura.

¿Se divierte? me preguntó la hermana de Ganimedes, apretándome el pie con el suyo.

Horas después me encontré en la playa, sentado entre ella y su madre ambas con bikinis que se hallaban recostadas como otras tantas marsopas, mientras los primos, los tíos, las tías, entraban y salían del agua chillando y riendo, y Ganimedes, hermoso como un ángel del cielo, se ocupaba del gramófono que, de pronto, había surgido de la nada, tocando una y otra vez el disco *long play* que comprara con mis mil liras.

Mi madre quiere agradecerle por haber escrito a Londres. Si voy yo, también irá ella, y mi hermanita...

Iremos todos dijo el tío. Haremos una gran fiesta. Iremos a Londres y pondremos fuego al Támesis...

Por fin todo terminó: la última zambullida, el último pisotón del pie desnudo de la hermana, la última botella de vino... Me dolía terriblemente la cabeza y me sentía muy mal. Uno por uno, todos los parientes fueron desfilando y estrujándome la mano. La madre me abrazó rebotante de agradecimiento. Al final de un día tan desastroso mi única satisfacción fue que ninguno de ellos nos acompañara en nuestro viaje de regreso a Venecia.

Subimos a bordo. El motor se puso en marcha. Partimos. Este viaje de regreso debía haber sido el que yo imaginara: un lento deslizarse sobre las aguas límpidas, con Ganimedes a mi lado, unidos por una nueva intimidad nacida de las horas pasadas en mutua

compañía, mientras el sol, ya próximo a hundirse en el horizonte, convertía la isla de Venecia en un rosado frontispicio.

A mitad de camino vi que Ganimedes luchaba con una sogá enroscada en la popa de la embarcación. La marcha disminuyó, y abandonando el control, su tío se dirigió a ayudarlo. Empezamos a balancearnos terriblemente.

Y ahora, ¿qué sucede? pregunté.

Ganimedes se sacó el cabello de sobre los ojos, y sonrió:

Practicaré esquí acuático dijo. Los voy a seguir a Venecia con mis esquíes.

Se metió en la cabina, y cuando salió de nuevo, traía consigo los esquíes. Juntos, tío y sobrino ataron la sogá, y luego Ganimedes se despojó de la camisa y de los *shorts*, quedando en malla. El tío me hizo una seña:

Siéntese aquí me dijo. Y vaya largando la sogá... así...

Aseguró la sogá en la popa y me dio el extremo libre. Luego se precipitó a los controles y puso en marcha el motor.

¿Qué dice? le grité. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Ganimedes ya había saltado al agua, con los desnudos pies metidos en las agarraderas de los esquíes, y luego, increíblemente, fue irguiéndose hasta quedar parado, mientras la embarcación se deslizaba velozmente. El tío hacía sonar el claxon desafortadamente. Parecíamos volar sobre el agua. La sogá de la popa se mantenía tensa, mientras yo seguía sosteniendo el otro extremo. En pos nuestro, rígida como una roca sobre sus esquíes saltarines, la pequeña figura de Ganimedes se recortaba contra el Lido, que desaparecía a la distancia.

Me senté a popa y me puse a observarlo. Podría haber sido un auriga y los esquíes sus fieles corceles. Tenía las manos tendidas hacia adelante, sosteniéndose de la sogá tal como un auriga habría aferrado las riendas, y al hacer nosotros un doble círculo trazaba el correspondiente arco, levantando la mano y saludándome, con una sonrisa de triunfo. El mar era el cielo; las aguas, agitadas, jirones de nubes, y Dios sabe qué meteoros arrojábamos el muchacho y yo mientras ascendíamos hacia el sol. Sé que de a ratos lo llevaba cargado sobre mis hombros y de a ratos él se alejaba y una vez pareció como que ambos nos precipitáramos de cabeza en una densa bruma que no era ni el mar, ni el cielo, sino los luminosos destellos de una estrella.

Luego la embarcación volvió a avanzar en línea recta y Ganimedes me hizo señas con la mano, indicando el extremo de la sogá amarrada a la embarcación. No me di cuenta si quería decirme que la aflojara o que la sujetara más, y me equivoqué: tiré de la sogá e instantáneamente el muchacho perdió el equilibrio y cayó al agua. Debí lastimarse, porque no vi que hiciera movimiento alguno para nadar. Asustado, grité al tío:

¡Detenga el motor!

Asustado y sin ver otra cosa que mis facciones alteradas, el tío dio marcha atrás. Su maniobra me hizo caer sobre cubierta, y cuando volví a ponerme en pie, ya estábamos casi encima del muchacho. Se produjo un remolino de agua, de sogá, de madera astillándose. Asomándome vi el cuerpo inerte de Ganimedes arrastrado por la succión de la hélice, con las piernas trabadas. Inclinandome sobre la borda, intenté tomarlo por los hombros.

¡Cuidado con la sogá! me gritó el tío. Sáquela...

Pero no sabía que el muchacho estaba allí, bajo la embarcación, que ya se escapaba de mis manos, que en vano luchaban por retenerlo, por sacarlo... que ya... ¡oh Dios!, ya el

---

agua comenzaba a teñirse de rojo con su sangre...

---

## VIII

Sí dije al tío. Sí. Yo pagaría indemnización. Pagaría todo lo que me pidieran. Había sido culpa mía, un error de apreciación. No había comprendido. Sí, pagaría todo lo que él quisiera cargarme en cuenta. Enviaría un telegrama a mi banco de Londres y tal vez el Cónsul británico querría aconsejarme. Si no lograba reunir el dinero de inmediato, pagaría en cuotas semanales, o mensuales, o anuales. Pagaría durante toda mi vida, me haría cargo del sustento de los deudos, ya que comprendía que la culpa había sido mía, completamente mía.

Un error de interpretación, de parte mía, había sido la causa del accidente. El Cónsul británico estaba junto a mí, escuchando las explicaciones del tío, que sacó su libreta y un montón de facturas:

Este señor me alquiló el departamento durante dos semanas y mi sobrino le traía el desayuno todos los días. Le traía flores. Le traía café y panecillos. Insistió en que mi sobrino, y nadie más que él, se ocupara de atenderlo. El caballero se encariñó enormemente con el muchacho.

¿Es verdad?

Sí, es verdad.

Parece que la electricidad del departamento se cobraba aparte, y también la calefacción del baño, que debía ser encendida abajo, de una manera especial. También había que pagar el jornal de un obrero que vino a arreglar las persianas. Y las horas que el muchacho perdiera en su trabajo para venir a traer el desayuno. Y el domingo libre que no le correspondía. No sabía si el caballero estaba dispuesto a pagar todo eso...

Ya dije que pagaré todo...

Volvió a consultar su libreta de anotaciones y apareció el daño ocasionado a los motores de la lancha, el costo de los esquís acuáticos destruidos irremediamente, y también el alquiler de la embarcación que se ocupó de remolcarlos de regreso a Venecia, mientras yo sostenía en mis brazos el cuerpo inerte de Ganimedes, y el llamado telefónico desde el muelle para pedir la ambulancia. Siguió leyendo: gastos de hospital, honorarios del médico, honorarios del cirujano...

El señor dice que pagará todo

¿Es verdad eso?

Sí, es verdad.

Destacándose contra el traje oscuro, su rostro amarillento, parecía más gordo que nunca, y los ojos, inflamados de llanto, miraban de soslayo al Cónsul.

Este señor escribió a su amigo de Londres, respecto a mi sobrino. Tal vez ya hay un empleo esperándolo, y ahora él no puede aceptarlo. Yo tengo un hijo, Beppo, que también es muy bueno... El señor lo conoce. Beppo y mi sobrino trabajaban juntos en el café todas las noches y servían al señor. El señor quería mucho a los muchachos. Los seguía a casa. Sí, yo lo vi con mis propios ojos; los siguió... A Beppo le gustaría ir a Londres en lugar de su pobre primo. ¿Tal vez el señor podría arreglarlo? ¿Volverá a escribir a su amigo de Londres?

El Cónsul tosió discretamente.

¿Es verdad, los siguió usted hasta su casa?

Sí, es verdad.

El tío sacó un pañuelo enorme y se sonó la nariz.

Mi sobrino era un muchacho muy bien educado. También mi hijo. Nunca dan trabajo. Todo el dinero que ganan se lo dan a la familia. Mi sobrino tenía gran confianza en este señor y contó a todo el mundo: a la familia, a la madre, a la hermana, que el señor lo va a llevar a Londres. Entonces la madre se compró un vestido nuevo y también la hermana y también compraron ropa al muchacho para que fuera a Londres. Ahora ella pregunta ¿qué hace con la ropa? No la pueden usar; no sirve...

Dije al Cónsul que yo pagaría todo.

Su pobre madre... tiene el corazón destrozado siguió diciendo la voz. Y también su hermana. Perdió todo interés por su trabajo, está nerviosa, enferma... ¿Quién va a pagar el entierro de mi sobrino? Este señor tan bueno dice que no le evitemos gastos...

No había que evitar gastos y entonces se agregó el luto, los crespones, las coronas, la música, el llanto y la procesión, la procesión interminablemente larga. También pagaría por los turistas que sacaban instantáneas y daban de comer a las palomas, sin saber nada de lo que pasaba, y por los innumerables abrazos en las góndolas, y por el eco del *Angelus* sonando desde el Campanito, y por el agua del lago, y por el ruido del motor del *vaporetto* que se alejaba del amarradero, y se convertía en el ruido de una chata cargada de carbón, avanzando por el canal de Paddington.

Naturalmente, todo eso pasó. No me refiero a esa chata de carbón, sino al horror: al horror del accidente, de la muerte repentina. Claro como yo mismo me dije después, también podría haber muerto en la guerra. O haber venido a Londres, convirtiéndose, con el correr de los años en un tunante gordo, viejo y feo como su tío. No es que quiera disculparme. No tengo intención de pedir disculpas por nada. Pero debido a lo que sucedió, mi vida ha cambiado algo. Me he mudado a este barrio. He renunciado a mi empleo. He dejado a mis amigos... en una palabra, no soy el mismo. Todavía veo a mi hermana y a mis sobrinas de tanto en tanto. No, no tengo otra familia. Tuve un hermano más joven que murió cuando yo tenía cinco años, pero no lo recuerdo en absoluto. Nunca he pensado en él. Desde hace años mi hermana es la única pariente que tengo.

Con su permiso... veo, por mi reloj, que son casi las siete... El restaurante que está sobre el camino ya habrá abierto sus puertas. Me gusta llegar con puntualidad. La verdad es que esta noche, el muchacho que trabaja allí como aprendiz de mozo, cumple quince años, y le llevaré un pequeño regalo. Nada de valor, ¿me comprende?... No creo que sea conveniente echar a perder a estos muchachos... Pero parece que hay un cantor llamado Perry. Como que goza de gran simpatía entre los jóvenes. Le he comprado su última grabación. También le gustan los colores vivos... y pienso que esta corbata azul y dorada podría resultar de su gusto... ¿no le parece?



## EL ESTANQUE

Los niños corrieron hacia el parque. Todo a su alrededor estaba el espacio, y la luz, y el aire, y a lo lejos, la silueta borrosa de los árboles. El jardinero había cortado el césped. Después de un día lleno de sol, el parque estaba bien seco y duro pero en las proximidades del invernáculo, donde crecían los yuyos, se veían gotas de rocío adhiriéndose como escarcha a los estrechos tallos.

Los niños callaban. En el primer momento, siempre se sentían sorprendidos. El hecho de que estuviera esperándolos, pensaba Deborah, durante todo el tiempo que ellos estaban lejos; que día tras día, mientras asistían a las clases, o durante las vacaciones de Pascua, en que volvían locos a las tías, en Hunstanton, o durante Navidad, que paseaban con su padre en Londres, viajando en ómnibus y yendo a los teatros... El hecho de que el jardín estuviera esperándolos era un milagro que sólo ella conocía. ¡Un año era tan largo! ¿Cómo hacía el jardín para soportar toda la nieve que lo cubría, o la helada lluvia que caía en noviembre? Seguramente, a veces debía burlarse de los lentos pasos del abuelo recorriendo la terraza, frente a las ventanas, o de la abuela, que llamaba a Patch. El jardín debía soportar meses y meses de silencio, mientras los niños estaban lejos. Ni siquiera aprovechaban la primavera, los días de mayo y de junio, todas esas mañanas llenas de mariposas y pájaros volando de un lado a otro, sin que nadie los mirara, excepto el pobre Patch, jadeando sobre una fría loza. ¡Pobre jardín! ¡Tan solitario... tan perdido!

No debes pensar que te olvidamos dijo Deborah, con la voz silenciosa que usaba con las cosas que le pertenecían. Yo te recuerdo, aún en medio de la clase de francés...

Pero entonces el dolor era insoportable, al sentir bajo la mano la dura madera del pupitre, en vez del césped hacia el que ahora se inclinaba para tocarlo. Una vez, los niños habían discutido respecto a si en el mundo había más pasto o arena. Roger dijo que, naturalmente, habría más arena, ya que cubría el fondo del mar: bajo todos los mares del mundo, si uno pudiera mirar, encontraría arena. Pero también podría haber pasto retrucó Deborah un pasto undulante, que nadie hubiera visto nunca, y entonces el color de ese océano de pasto sería más oscuro que el de cualquier otro pasto en la superficie del mundo, ya sea en los campos o en las praderas, o en los jardines de Norte América. Sería más alto que los árboles y se movería como las sementeras al viento. Acalorados y discutiendo apasionadamente, habían corrido hacia la casa para preguntar a alguno de los adultos: ¿qué es lo que hay más en el mundo: pasto o arena? Pero el abuelo, con su viejo sombrero panamá en la cabeza, estaba revolviendo dentro del cajón lleno de tornillos, en busca de las tijeras de podar, y se limitó a preguntarles con impaciencia:

¿Cómo? ¿Qué?

El niño se sonrojó. Tal vez era una pregunta estúpida. Pero la niña pensó: "No sabe, ellos nunca saben" e hizo una mueca a su hermano para demostrarle que ella se ponía de su parte. Después preguntaron a la abuela, y como era una mujer práctica, les contestó en seguida:

Creo que arena, si uno piensa en todos los granitos...

Roger se volvió, triunfante: ¿Viste? Los granitos...

Deborah no había pensado en los granitos. La magia de esos millones de millones de granitos, uno al lado de otro, en todo el mundo, y bajo los océanos, la hizo sentirse mal. Que ganara Roger... No importaba. Era preferible pertenecer a la minoría del pasto undulante.

En este primer atardecer de las vacaciones de verano, Deborah se arrodilló sobre el pasto y luego se tendió sobre él. Abrió los brazos como Jesús sobre la cruz, pero con el rostro hacia abajo, y murmuró muchas veces las palabras que aprendiera de memoria en la preparación para la confirmación:

"Un sacrificio completo, perfecto y suficiente... Un sacrificio completo, perfecto y suficiente...Satisfacción, y oblación, por todos los pecados del mundo." Ofrecerse a la tierra, al jardín... al jardín que había esperado pacientemente todos esos meses desde el verano pasado... Seguramente éste debía ser su primer gesto.

Vamos dijo Roger, cesando en su admiración de cómo Willis, el jardinero, había sido capaz de cortar el césped justamente a la altura adecuada para jugar al críquet. Y, sin esperar la contestación de su hermana, corrió hacia el invernáculo, dirigiéndose directamente al largo cajón del rincón, donde se guardaban los palos. Le gustaba sentir el olor familiar. Barnices viejos y pinturas descascaradas... y esa araña con su tela... ¿sería la misma de siempre? Sacó los palos, uno por uno, y las divisiones, y ahí estaba la pelota... Después de todo no se había perdido como él temiera, pero estaba gastada, de un rojizo grisáceo. La olió y la mordisqueó para sentir el gusto del cuero viejo. Después recogió todo en los brazos y salió para clavar los palos.

Ven, ayúdame a medir la distancia gritó a su hermana. Pero al verla en cuclillas sobre el pasto, con el rostro escondido, el corazón le dio un vuelco: eso quería decir que estaba en uno de sus "trances" y que no se concentraría en el juego...

¡Deborah! la llamó ansiosamente. ¿Vas a jugar?

Deborah oyó su voz a través de la multitud de sonidos de la tierra y de su propio corazón, y de su pulso. Si apoyaba el oído sobre el suelo, oía un zumbido mucho más potente que el de las abejas, o el del mar, como en Hunstanton. Lo más parecido era el viento, pero el viento era inquieto. En cambio, el zumbido de la tierra era paciente. Deborah se sentó, y también su corazón dio un vuelco, por la misma razón que su hermano, pero a la inversa. La monotonía del juego sería como un gran trozo arrancado a su intimidad.

¿Cuánto tiempo tendremos que jugar? gritó.

Su falta de entusiasmo desanimó al niño. No iba a ser nada divertido si lo hacía como un favor. Pero tenía que ser firme. Cualquier concesión que hiciera, sería aferrada de inmediato por su hermana, y usada en su propia ventaja.

Media hora le contestó. Y luego, tanto como para alentarla: puedes tirar la primera...

Deborah se olió las rodillas: todavía no tenían olor a campo, pero si las frotaba en el pasto, y en la tierra, desaparecería la palidez de Londres.

Muy bien... dijo, pero no más de media hora...

Él asintió rápidamente y, para no perder tiempo, tomó distancia y comenzó a hundir los palos en la tierra. Deborah se dirigió al invernáculo en busca de las otras cosas. La sensación de familiaridad que experimentaba al entrar en la pequeña casucha de madera le resultaba tan grata, como antes a su hermano. Ya hacía muchos años que no jugaban en el invernáculo, haciendo otra casita adentro, con las reposeras rotas. Tal como el jardín los esperara durante todo el año, lo mismo sucedía con el invernáculo, con sus ventanas manchadas y cubiertas de telarañas, mirando como ojos. Deborah cumplió con su rito de dos reverencias. Si se llegaba a olvidar al entrar por primera vez, le traería mala suerte.

Recogió las dos bateas que estaban en el rincón, junto con los arcos viejos del críquet, y de inmediato supo que Roger elegiría la de mango de goma, aunque los dos no pudieran tirar al mismo tiempo, y que durante todas las vacaciones ella tendría que conformarse con la más pequeña, que ya estaba medio deshecha. Sobre el suelo se veía un broche de críquet. Lo levantó y se lo puso sobre la nariz, tratando de imaginarse cómo sería vivir siempre así, con la nariz apretada, hablando como Punch. ¿Le tendría lástima la

gente?

¡Apúrate! le gritó Roger.

Deborah arrojó el broche al rincón, pero apenas había cubierto la mitad de su camino que ya volvía sobre sus pasos, recordando que el broche estaba lejos de sus compañeros, y que si ella se despertaba de noche, pensaría en eso: el broche se convertiría en un enemigo y la perseguiría. Lo colocó junto a los otros dos, sintiendo que había sido absuelta y el invernáculo estaba en paz.

No salgas demasiado pronto le advirtió Roger, mientras ella estaba parada en el sitio que él le había marcado.

Con un tremendo esfuerzo de concentración, Deborah obligó a sus ojos a seguir la figura de su hermano que retrocedía y vio cómo se levantaba las mangas y daba los pasos necesarios para poder empezar el juego. La pelota vino hacia ella, a través del aire y Deborah le salió al encuentro con el *bate*, en fácil jugada. El impacto de la pelota sobre el *bate* le hizo arder las manos. Roger perdió el tiro a propósito. Ninguno de los dos dijo nada.

¿Qué voy a ser? gritó Deborah. Sólo era posible soportar el juego y mantener la concentración si Roger le asignaba un papel: no de un individuo, sino de un país.

Eres la India le dijo su hermano. Deborah sintió que se volvía oscura y delgada. Parte de sí misma se convertía en tigre y parte en vaca sagrada; el pasto que bordeaba el parque era la selva y el techo del invernáculo un minarete.

Aún así, la media hora no se terminaba nunca y cada vez que le llegaba el turno para arrojar la pelota, ésta iba a parar más lejos, de modo que Roger, con la cara enrojecida y molesto porque su abuelo había aparecido en la terraza y los estaba observando, gritó enojado: ¡Por favor!

Nuevamente, el esfuerzo por concentrarse esta vez, la figura del abuelo fuente de aprehensión para el niño, ya que podía criticarlo sirvió de acicate a su hermana. El abuelo era un dios de la India y debía rendirle tributo: una manzana de oro. La manzana debía ser arrojada para matar a los enemigos. Deborah murmuró una plegaria, y esta vez la pelota cayó bien al alcance de Roger, quien, sin embargo, la dejó escapar. En ese preciso momento, el abuelo se dio vuelta encaminándose de nuevo hacia la sala.

Roger lanzó una rápida ojeada a su alrededor. Nadie había observado su desgracia. Lindo tiro... dijo. Te toca a ti otra vez...

Pero ya no quedaba más tiempo. El reloj de la caballeriza estaba dando las seis. Solemnemente, empezó a recoger los palos.

¿Qué haremos ahora?

Deborah quería quedarse sola, pero si lo decía, en esta primera tarde de vacaciones, su hermano se ofendería.

Vete a la huerta, a ver como están las manzanas dijo y luego a la quintita: a lo mejor todavía no han recogido todas las frambuesas, pero tienes que hacerlo sin encontrar a nadie. Si ves a Willy, o a cualquier otro, aunque sea al gato, pierdes un punto...

Fue una de esas invenciones repentinas que solían salvarla. Sabía que su hermano se sentiría estimulado ante la idea de ser más listo que el jardinero. La caminata alrededor de la huerta se convertiría en un ejercicio de caza.

¿Vendrás tú también? preguntó él.

No. Tienes que poner a prueba tu habilidad...

Roger pareció conformarse y salió corriendo en dirección a la huerta, haciendo un alto en el camino para cortar una varilla de bambú.

Apenas su hermano hubo desaparecido, Deborah se encaminó hacia los árboles que rodeaban el parque. Una vez dentro de la espesa arboleda, se sintió segura. Caminando despacio, tomó por el sendero que llevaba al estanque. El sol poniente arrojaba flechas de luz entre los árboles y sobre el sendero. Una miríada de insectos entretejía sus vuelos sobre los rayos luminosos, subiendo y bajando como ángeles en la escala de Jacob. ¿Eran insectos? se preguntó Deborah ¿o partículas de polvo, o fragmentos de la luz misma, pulverizados y esparcidos por el sol?

Reinaba una gran calma. El bosque ha sido hecho para el secreto. A diferencia del jardín, no la reconocía. No le importaba que durante todo un año ella estuviera en la escuela, o en Hunstanton, o en Londres. El bosque nunca la echaría de menos: tenía su propia vida oscura y apasionante.

Deborah llegó al claro donde se encontraba el estanque, desde el cual partían cinco senderos. Antes de aproximarse al borde, se detuvo un instante: este terreno era sagrado y había que hacer expiación. Cruzó las manos sobre el pecho y cerró los ojos. Después se quitó los zapatos: "Madre de todas las cosas salvajes, haz de mí lo que quieras", dijo en voz alta. El sonido de su propia voz la sobresaltó ligeramente. Después se arrodilló y tocó el suelo tres veces, con la frente.

La primera parte de su expiación estaba cumplida, pero el estanque exigía sacrificios y Deborah había venido preparada. Tenía en el bolsillo un cabo de lápiz, que la había acompañado durante todo el año de clase y al que consideraba un talismán. Estaba lleno de mordeduras y, en uno de sus extremos, tenía un trocito de goma mordisqueada. Debía entregar este tesoro al estanque, tal como hiciera ya con los otros tesoros: una jarra en miniatura, un botón con un escudo, un chanchito de porcelana. Deborah buscó el trocito de lápiz y lo besó. Después de acariciarlo durante tantos meses solitarios, había llegado el momento de separarse de él. No debía negarse cosa alguna al estanque. Lo arrojó con la mano derecha, sin abrir los ojos, y oyó el leve chasquido del lapicito contra el agua. Después, abrió los ojos y vio los círculos concéntricos abriéndose en el centro del estanque. El lápiz había desaparecido, pero el agua se estremecía aún, sacudiendo suavemente los lirios acuáticos: ese movimiento significaba la aceptación.

Todavía de rodillas y cruzando las manos de nuevo Deborah se arrastró hasta el borde del estanque. Al llegar, siempre agachada, se miró en el agua. Su reflejo temblaba ante ella. No era el rostro que conocía, ni siquiera el del espejo el que, de todas maneras, ya se sabía, era falso, sino una imagen confusa, de piel oscura y aspecto fantasmal. Las manos cruzadas se parecían a los pétalos de los lirios y el color no era realmente blanco sino de un verde sobrenatural. Tampoco el cabello era la mata viva que todos los días cepillaba y ataba con una cintita, sino un dosel, una mortaja. Al sonreír, la imagen se contorsionó aún más. Separando las manos, Deborah se inclinó más adelante aún, y, tomando una ramita, trazó un círculo por tres veces sobre la lisa superficie. El agua se estremeció en ríos cada vez más amplios y su imagen reflejada se quebró en fragmentos, agitándose y bailando, como si fuera una especie de monstruo, sin que se advirtieran ya ni los ojos ni la boca.

Poco a poco, el agua volvió a quedar inmóvil. Los insectos moscas de largas patas y escarabajos con las alas extendidas ambulaban sobre ella. Una libélula había reunido en sus alas toda la magnificencia de un pétalo de lirio. Pareció aminorar el vuelo, complacida, pero apenas Deborah dejó de mirarla un instante, desapareció. En un extremo del estanque, detrás de las matas de lirios, se había formado una espuma verdosa, donde se enterraban las raíces de los yuyos enmarañados. La maleza era tan espesa, y hacía tanto tiempo que crecía en ese lugar, que si un hombre llegaba a poner el pie sobre ella, desde la orilla, lo absorbería y ahogaría. Pero una mosca o un escarabajo podría detenerse sobre la superficie, y con ellos, la espuma verde pálida no sería traicionera, sino un lugar de descanso, un refugio. Y si alguien arrojaba una piedra de manera que se formaran ríos, éstos llegaban hasta la espuma y la hamacaban. Entonces toda la superficie musgosa se agitaba rítmicamente, como un piso que bailara al compás de los que ejecutan sobre él.

En el extremo más lejano del estanque había un árbol muerto. Tal vez habría sido un abeto, o un pino, o hasta un alerce: el tiempo lo había despojado de su identidad. No quedaba ningún rasgo distintivo sobre su persona, pero sus miembros grotescos montaban a horcajadas el cielo. Una guirnalda de hiedra coronaba su cabeza desnuda. El invierno pasado, una de las ramas colgantes se había desprendido, y ahora yacía semisumergida en el estanque, con la espuma verdosa enredada en los muertos vástagos. La esponjosa rama constituía un buen punto de observación para los pájaros. Al acercarse Deborah, un pichoncito salió volando repentinamente de entre la maleza que envolvía al árbol muerto, deteniéndose un instante sobre la musgosa filigrana, desorientado de espanto. Desde algún lejano y oscuro rincón el pájaro padre llamó con tono de advertencia y el pichón, azuzado por el grito, abandonó la rama que le ofreciera momentánea salvación. Voló en semicírculo a través del estanque, desmañadamente, pero consiguió llegar al refugio. El piar que se oyó entre la maleza evidenció la reprimenda. Luego el silencio volvió a envolver el estanque.

Y bien... pensó Deborah, ha llegado el momento de la oración. Los lirios acuáticos comenzaban a replegarse sobre sí mismos. Los ríos se borraban. El oscuro hueco del centro cuya tenebrosa calma señalaba la mayor profundidad del agua, debía ser sin duda el túnel que conducía al reino sumergido. Por ese túnel habían bajado los tesoros abandonados. El muñoncito de lápiz había sido el último en sumergirse en la profundidad. Ya habría sido recibido como a un igual por sus compañeros. Esta era la única ley del estanque. No había otros mandamientos. Cumplido éste sobrepasado el primer impacto helado de la zambullida Deborah sabía que la suave acogida del agua haría desaparecer toda huella de miedo, acariciando el rostro y limpiando los ojos. La zambullida no se realizaba hacia las tinieblas sino hacia la luz. A medida que uno se hundía en el estanque, no aumentaba la oscuridad, sino que el agua se hacía más pálida, más verde y dorada, y el fango de que hablaba la gente, sólo era una defensa contra los extraños.

Los que sabían, los iniciados, se dirigían de inmediato hacia la fuente, donde había cavernas y manantiales y mares del color del arco iris, y riberas de blanquísima arena. Y música sin acordes...

Deborah cerró los ojos de nuevo y se inclinó más profundamente hacia el estanque, llegando casi hasta rozar el agua con los labios. Este era el momento del gran silencio, en que ella ni siquiera pensaba y era aceptada por el estanque. A su alrededor fueron formándose círculos de silencio, y, poco a poco, perdió toda sensación, olvidando sus piernas y su cuerpo arrodillado, y sus manos frías y entrelazadas. Sólo existía la intensidad de la paz. Se trataba de una aceptación más honda que escuchar a la tierra, porque la tierra era de este mundo, su verdadero pulso; en cambio la aceptación del estanque significaba otra clase de atención, un sellarse de las aguas: tal como los lirios se replegaban sobre sí mismos, así se sumergía el alma.

¡Deborah! ¡Deborah!

¡Oh no! ¡Qué no me llamen ahora! Fue como si alguien la hubiera golpeado por la espalda y saltado sobre ella, inesperadamente, desde un rincón. El repentino y violento clamor de otra vida destruyó el silencio, el secreto. Se oyó el tintineo del cencerro. Era la señal de la abuela para indicar que debían regresar. Nada imperioso ni desagradable, ni siquiera autoritario, como la estrepitosa campana del colegio que interrumpía a los que jugaban para hacerlos ir a clase o a la capilla, pero de todos modos un recordatorio, de preponderante importancia del tiempo: la vida debía someterse al orden. Aún aquí, en la casa de vacaciones que tanto amaban los niños, los adultos seguían reinando, supremos.

Muy bien... masculló Deborah, levantándose y calzando sus pies entumecidos. Volvió a oírse el llamado: "¡Deborah!", esta vez en tono algo más alto. El tintineo más urgente del cencerro que trajera desde Suiza años atrás, sugería una abuela más imperiosa que la habitualmente tolerante y tan poco dada a formular preguntas. La cena ya debía estar servida, la sopa quizá enfriándose y antes había que cumplir con la farsa de lavarse las manos, arreglarse la ropa y peinarse.

Vamos, Deb...

El llamado sonó muy próximo, a un palmo de distancia. La soledad se quebró para siempre: su hermano se acercaba corriendo por el sendero, haciendo restallar su varilla de bambú.

¿Qué estuviste haciendo? la pregunta fue una intromisión y una amenaza. Ella nunca habría preguntado tal cosa, si a su hermano se le hubiera ocurrido alejarse para estar solo, pero Roger, ¡ay! no buscaba nunca la soledad... Le gustaba la compañía, y la pregunta que ahora le formulaba, entre irritado y resentido, provenía realmente del miedo de perderla.

Nada... le contestó Deborah.

Roger la miró, receloso. Estaba de humor taciturno. Quería decir que cuando se acostaran no hablarían. Una de las mejores cosas de las vacaciones, era la contigüidad de los cuartos, y el poder hablar con Deborah, y obligarla a que también ella hablara.

¡Vamos! le dijo. Ya llamaron...

Al oír que también él incluía a su abuela entre los "ellos", convirtiendo a la persona amada en algo vago, demostró a Deborah que aunque él no comprendiera, estaba de su lado. Tal como le sucediera a ella, la llamada había interrumpido los juegos de su hermano.

Salieron corriendo hacia el prado, en dirección a la terraza. La abuela ya había entrado, pero el cencerro, colgado junto a la ventana, aún vibraba.

Se acostumbraba dar de comer antes a los niños, a las siete. La comida los esperaba en la mesa del comedor, sobre una fuente previamente calentada. Ellos mismos se servían. A las ocho menos cuarto cenaban los abuelos. En realidad llamaban "cena" a esa comida, sólo en atención a su carácter de personas mayores, ya que se servían lo mismo que los niños, excepto la salsa del abuelo, que aquéllos no probaban. Si los niños llegaban tarde a cenar, eso molestaba al Tiempo, y también a Agnes, que preparaba la comida de ambas generaciones: podía significar cinco minutos de demora en la sopa del abuelo. Esto alteraba la rutina.

Los niños subieron corriendo al cuarto de baño para lavarse, y luego bajaron también corriendo, al comedor. El abuelo estaba parado en el vestíbulo. A veces, Deborah pensaba que al anciano le habría gustado sentarse con ellos mientras comían, pero nunca se lo había sugerido. La abuela les había advertido que nunca debían molestar ni gritar cuando el abuelo andaba cerca. Y esto no porque fuera nervioso, sino porque a él también le gustaba gritar.

Va a haber una ola de calor dijo. Había estado escuchando el noticioso.

Entonces, mañana almorzaremos afuera contestó Roger, en seguida.

El almuerzo era la única comida que compartían con los abuelos. A Roger le disgustaba muchísimo. Se sentía nervioso, pensando que tal vez al abuelo se le ocurriera preguntarle cómo le iba en la escuela...

Para mí, no, gracias. Hay demasiadas avispas. El niño se sintió instantáneamente aliviado. Esto significaba que Deborah y él tendrían a su disposición la mesita redonda del jardín. Pero al ver alejarse a su abuelo, que entraba de nuevo en la sala, Deborah tuvo lástima de él. El almuerzo en la terraza podía ser divertido, y lo animaría un poco. Son tan pocas las cosas de que puede disfrutar la gente, cuando envejece...

"¿Cuál es el momento del día que más te gusta?", había preguntado un día a su abuela.

"Cuando me voy a dormir, y lleno mis dos botellas de agua caliente" fue la contestación. Deborah pensó: ¿Para qué trabajar en ser jóvenes, entonces?

De nuevo en el comedor, los niños discutieron sobre lo que harían durante la ola de calor. Haría demasiado calor para jugar al críquet, dijo Deborah. Pero podrían hacer una casita en los árboles que estaban junto a la caballeriza, repuso Roger. Si conseguía que Willy le diera unas tablas viejas, y las clavaba una al lado de otra como una plataforma, y le prestaban la escalera de la huerta, entonces podrían llevarse fruta y botellas de naranjada y quedarse allí arriba y después les serviría de escondite, desde donde espiar a Willy. El primer instinto de Deborah fue decir que no quería jugar, pero se dominó a tiempo. Buscar las tablas y clavetearlas tendría ocupado a Roger toda una mañana. "Sí, buena idea", dijo. Y para fomentar su espíritu de aventura, estudió también ella el anotador de su hermano, mientras tomaban la sopa, dando su aprobación a la lista de cosas para el campamento, a medida que Roger las iba anotando. Manifestar comprensión respecto a la forma de vida de Roger, formaba parte del sistema de engaños que usaba durante todo el día.

Cuando terminaron de cenar, llevaron sus bandejas a la cocina y se quedaron observando a Agnes un momento, mientras preparaba la comida de los abuelos. La sopa era la misma pero tenía adornitos: pequeños "*croutons*" de pan tostado. La manteca no la servían en un trozo sino en espirales. Y esta noche había también palillos de queso. Los niños comieron los quemados. Luego volvieron a la sala a dar las buenas noches. Los dos ancianos se habían cambiado de ropa. El abuelo tenía un saco *fumoir* y chinelas. La abuela se había puesto un vestido que usara en Londres, años atrás, y, a manera de capa sobre los hombros, un saco tejido.

No malgasten el agua del baño. Si no llueve, andaremos escasos... les dijo.

Besaron su piel suave. Olía a pétalos de rosa. El mentón del abuelo era puntiagudo y huesoso. No besó a Roger.

No hagan ruido arriba susurró la abuela.

Los niños asintieron con la cabeza. Sus habitaciones quedaban directamente sobre el comedor y si saltaban o corrían, podrían molestar a los ancianos.

Deborah se sintió invadida por una oleada de afecto hacia los abuelos. Sus vidas debían ser tan vacías y tan tristes. "Nos gusta estar aquí", dijo. La abuela sonrió. Así vivía ella pensó Deborah de migajas de ternura...

Una vez fuera de la habitación, volvieron a sentirse animados. Para demostrarlo, Roger corrió a Deborah escaleras arriba. Los dos reían sin motivo. Mientras se desvestían olvidaron las instrucciones respecto al baño, y al entrar Deborah se bañaría primero, el agua ya estaba por desbordarse. Asustados, arrancaron la solapa, escuchando cómo el agua desperdiciada bajaba corriendo por el caño. Si Agnes no tenía encendida la radio, escucharía el ruido.

Los niños ya eran demasiado grandes para jugar a los botecitos, pero el cuarto de baño era el lugar de las confidencias, y donde compartían los escasos gustos comunes o bien después de pelear, donde permanecían en taciturno silencio. El que hablara primero perdía.

Willy tiene una bicicleta nueva dijo Roger. La vi apoyada contra el cobertizo. No pude probarla porque él andaba cerca. Pero lo haré mañana. Es una Raleigh.

Le gustaban todas las cosas prácticas, y probar la bicicleta del jardinero contribuiría al interés de la mañana siguiente. Willy guardaba una bolsa de herramientas en un saco de cuero, detrás de la montura. Podían tocarlas, y hasta manejar las llaves inglesas que olían a grasa.

Si Willy muriera... dijo Deborah. ¿Qué edad tendría?

Era la clase de comentario que a Roger siempre le disgustaba. ¿Qué tenía que ver la muerte con las bicicletas?

Tiene sesenta y cinco dijo. Entonces seguiría teniendo sesenta y cinco...

No lo contradijo Deborah. ¿Qué edad tendría cuando llegara *allá*?

Roger no quería hablar de eso:

Apuesto a que si le bajo el asiento soy capaz de dar una vuelta alrededor de la caballeriza. Apuesto a que no me caigo...

Pero si Roger no quería hablar de la muerte, Deborah tampoco haría caso de la apuesta.

¿Qué me importa? dijo.

El repentino latigazo de crueldad hirió al hermano. ¿A quién le importaba nada, realmente? ... El horror de un mundo vacío lo envolvió, y, para darse confianza, se apoderó de la esponja húmeda y la arrojó por la ventana. La oyeron estrellarse sobre la terraza.

El abuelo la pisará y resbalará dijo Deborah, asustada.

La imagen se apoderó de ellos y tragando su risa se taparon la cara con las manos. La histeria los hizo contorsionarse. Roger rodó por el piso. Deborah, que fue la primera en recuperar la calma se preguntó por qué la alegría era tan parecida al dolor: el rostro de Roger, convulso de risa, tenía la misma expresión que cuando se hallaba próximo a las lágrimas.

Apúrate le dijo. Sequemos el piso...

Al secar el linóleo con las toallas, la acción los tranquilizó.

Ya en sus dormitorios, con la puerta de comunicación abierta, vieron como la luz desaparecía poco a poco. Pero el aire era tan cálido como durante el día. Tanto su abuelo como las otras personas que decían cómo iba a ser el tiempo, estaban en lo cierto. La ola de calor se acercaba. Apoyándose en el alféizar de la ventana abierta, Deborah se imaginó que la veía en el cielo, como una mancha oscura, allí donde el sol se había puesto. Los árboles del otro lado del parque, coloreados por la luz del día mientras ellos cenaban en el comedor, se habían convertido en pájaros nocturnos, de alas extendidas. El jardín estaba enterado de la ola de calor prometida y se alegraba. La falta de lluvias todavía no tenía importancia: el aire cálido era como una trampa, que lo adormecía en somnolienta satisfacción.

El murmullo apagado de las voces de los abuelos llegó hasta ellos, desde el comedor. ¿De qué hablaban? se preguntó Deborah. ¿Hacían esos ruidos para tranquilizar a los niños? ¿O formaban parte, esas voces, de su mundo irreal? Al cabo de un rato las voces cesaron; se oyó el ruido del sillón al correrse y las voces volvieron a surgir, ahora desde la sala, mientras llegaba hasta ellos, muy débil, el aroma del cigarrillo de su abuelo.

Deborah llamó a su hermano en voz baja, pero éste no le contestó. Pasó a su habitación y vio que se había quedado dormido. Debió sucederle de repente, mientras estaba hablando. Se sintió aliviada. Ahora podría estar sola otra vez, sin tener que simular que compartía una conversación. La oscuridad lo invadía todo y el cielo era cada vez más negro.

Cuando se hayan acostado pensó Deborah, entonces sí que estaré sola. Sabía lo que iba a hacer. Esperó junto a la ventana abierta. El cielo perdió el velo que lo cubría. Se desintegró la niebla e irrumpieron las estrellas. Donde antes no había nada, surgió la vida, polvorienta y sin embargo clara, y la tierra en acecho, exhaló un aroma de comprensión. El rocío brotó de todos los poros. El parque estaba blanco.

Patch, el viejo perro que dormía en una alfombrita a los pies de la cama del abuelo, apareció en la terraza y comenzó a ladrar roncamente. Deborah sacó medio cuerpo afuera y le tiró unas hojitas de la enredadera. El animal se sacudió el lomo, luego se alejó lentamente



hacia la tina que había en la escalinata, y levantó la pata. Era la rutina de todas las noches. Ladró otra vez, mirando, sin ver, los árboles hostiles y volvió a la sala. Poco después alguien cerró las ventanas la abuela, pensó Deborah, porque el movimiento era leve. "Dejan afuera todo lo mejor", se dijo, "todo lo que tiene sentido, lo que realmente importa". Patch era un animal; tendría que saber hacer mejor las cosas. Debería estar en una casilla, afuera, desde donde pudiera mirarlo todo, pero como era gordo y blancuzco, prefería la cama del abuelo, llena de bultos. Había olvidado los secretos, igual que ellos, los viejos.

Deborah oyó a sus abuelos subir las escaleras. Primero a la abuela, que era la que caminaba más rápido, y después al abuelo, que lo hacía más trabajosamente, diciendo cada tanto una palabra a Patch, que lo seguía jadeando. Se oyeron girar varias llaves de luz y golpear las puertas. Después, silencio. Qué lejano el mundo de los abuelos, desvestiéndose, con las cortinas corridas. Una forma de vida que durante tantos años no había sufrido cambio. Nunca sabría de qué se privaban. "El que tenga oídos para oír, que oiga", dijo Deborah, y pensó en la dureza de Cristo, que ningún sacerdote podía explicar. Que los muertos entierren a sus muertos. Toda la gente del mundo que en este momento se desvestía o dormía, no sólo en el pueblo sino en las ciudades y capitales, dejaban fuera la verdad, enterraban a sus muertos. El reloj de la caballeriza dio las once. Deborah se vistió de nuevo, no con el vestido de algodón que había usado durante el día, sino con los viejos pantalones que a la abuela tanto le desagradaban, levantados hasta más arriba de las rodillas. Y un *pulóver*. Zapatos de playa con un agujero que no tenía importancia.

Tuvo suficiente astucia para bajar por la escalera del fondo. Si lo hacía por la del frente, que estaba próxima a la habitación de sus abuelos, Patch ladraría. La escalera del fondo pasaba por delante de la habitación de Agnes, que olía a manzanas, aunque ella nunca comía fruta. Deborah la oyó roncar. No despertaría ni siquiera el Día del Juicio Final. Y también eso la hizo titubear sobre la veracidad de esa fábula, ya que para ese entonces habría tantos que estarían habituados a sus sepulturas tal como el abuelo, por ejemplo, tan amigo de su rutina, y que se sentirían irritados ante el repentino sonar de las trompetas.

Deborah se deslizó por delante de la despensa y de las habitaciones de servicio en realidad no había más que una pequeña salita para Agnes, pero la costumbre le había conferido la dignidad de tal nombre, y corrió los cerrojos, abriendo la pesada puerta del fondo. Salió al patio, tomando luego por el camino más largo, pasando por delante de la casa, para no atravesar la terraza que daba directamente al parque.

La noche cálida la envolvió y en un instante se sintió formando parte de ella. Comenzó a caminar sobre el pasto, y de inmediato sintió los pies mojados. Levantó los brazos al cielo, sintiendo que la energía le llegaba a la yema de los dedos. Todo lo que la rodeaba la excitaba: los árboles a la expectativa, y la huerta y la caballeriza. La intensidad de su vida secreta la envolvió, haciéndola correr. No se trataba de nada parecido a la excitación de esperar algo común y corriente, por ejemplo los regalos de cumpleaños, las medias de Navidad, sino la atracción de un imán su abuela le había mostrado una vez la forma en que actuaba: las agujitas parecían adherirse a las mandíbulas, y ahora la noche y el cielo eran como un inmenso imán y todas las cosas que esperaban abajo, otras tantas agujas atraídas por la misma fuerza.

Deborah se dirigió al invernáculo, que no dormía como la casa, sino que se hallaba abierto a la comprensión, compartiendo la complicidad. Hasta las polvorientas ventanas atrapaban la luz y las telas de araña relucían. Revolvió hasta encontrar la vieja colchoneta y la alfombrita apolillada que la abuela tirara dos veranos atrás, y cargándolos al hombro se dirigió al estanque. El sendero parecía fantasmal y, a pesar de la tensión creciente, Deborah sintió que la prueba iba a ser muy dura. Parte de sí misma se encontraba todavía atada al cuerpo y temía a las sombras. Si algo se movía, daría un salto y sentiría verdadero miedo. Pero debía mostrarse desafiante. Como viejos sabios Lamas, el bosque esperaba que tuviera valor. Al avanzar corriendo le pareció que los altos árboles la estaban observando. Al menor signo de cobardía o de pánico, se precipitarían sobre ella en asfixiante masa, ahogando toda protesta. Las ramas se convertirían en brazos recios y en nudos listos para estrangular, y las hojas de los árboles más altos se cerrarían con el movimiento brusco de gigantescos paraguas. La maleza más pequeña, obedeciendo a la misma voluntad, se convertiría en un

zarzal de un millón de espinas, donde animales desconocidos se agazaparían gruñendo, con los ojos en llamas. Demostrar temor era evidenciar incompreensión. Los bosques no tenían misericordia.

Deborah siguió avanzando por el sendero que conducía al estanque, con la colchoneta en la mano izquierda y la alfombra a la espalda, mientras levantaba la mano derecha, en un saludo. Era un gesto de respeto. Al llegar al estanque se detuvo y depositó su carga en el suelo. La colchoneta sería su lecho y la alfombra su manta. Se sacó los zapatos, también como señal de respeto y se acostó sobre la colchoneta. Luego, levantando la alfombra hasta la barbilla, se quedó inmóvil, con los ojos fijos en el cielo. Habiendo terminado el recorrido del sendero, ya no tenía miedo. Los bosques la habían aceptado y el estanque era el lugar de definitivo reposo, la puerta, la llave.

No dormiré pensó Deborah. Me quedaré despierta toda la noche y esperaré la mañana, pero será una especie de introducción a la vida, como si me confirmaran...

Había más estrellas que antes. No quedaba un sólo lugar en el cielo sin una chispa de luz, y cada estrella era un sol. Algunas, pensó, eran recién nacidas, incandescentes, y otras más sabias y frías, casi terminadas de hacer. La misma ley las incluía a todas y determinaba sus senderos, pero la forma en que caían y tropezaban dependía de ellas mismas. ¡Qué paz! ¡Qué calma! ¡Qué repentina tranquilidad, ahora que ya había desaparecido la excitación! Los árboles ya no la amenazaban sino que la protegían, y el agua del estanque era prístina: la primera y la última.

Luego Deborah se encontró en el portón que marcaba el límite y allí la esperaba una mujer con la mano extendida, pidiéndole el boleto de entrada.

Adelante le dijo. Te vimos llegar...

El portón se convirtió en un molinete. Deborah lo empujó y no ofreció resistencia alguna. Se encontró del otro lado.

¿Dónde estoy? preguntó. ¿Llegué aquí, por fin? ¿Existe el fondo del estanque?

Puede ser sonrió la mujer. Hay tantos caminos. Tú elegiste éste...

Había más gente empujando para pasar. No tenían rostros: sólo eran sombras. Deborah se hizo a un lado para darles paso. Desaparecieron en seguida, como otros tantos fantasmas.

¿Por qué solamente esta noche? preguntó Deborah. ¿Por qué no durante la tarde, cuando vine al estanque?

Hay que descubrir el secreto dijo la mujer. Aferrar el momento que corresponde. Esta tarde estábamos aquí. Siempre estamos. Nuestra vida se desliza alrededor de ustedes pero nadie sabe. De noche es más fácil acertar. Eso es todo.

Entonces, ¿estoy soñando? preguntó Deborah.

No dijo la mujer, no es un sueño. Tampoco es la muerte. Es el mundo secreto.

El mundo secreto... Deborah lo había sabido desde siempre y ahora el círculo era completo. El recuerdo y el alivio resultaron tan gratos que algo pareció explotar dentro de su corazón.

Claro que sí... dijo. Claro que sí...

Y todo lo que siempre había sido, ocupó el lugar que le correspondía. No más desarmonía. La alegría era indescriptible y la oleada de sensaciones, como alas que brotaran a su alrededor, la levantaron, llevándola lejos del molinete y de la mujer, y de pronto tuvo el don del conocimiento. Eso era: un alud de conocimientos.

Entonces... yo no soy yo, después de todo pensó. Ya lo sabía. Era tan sólo un deber que cumplía. Mirando hacia abajo, vio una niña que trataba de encontrar su camino, a ciegas. Sintió lástima. Inclinandose, colocó las manos sobre los ojos de la niña, y se abrieron, y la niña era ella misma a la edad de dos años. El incidente revivió. Sucedió cuando su madre falleció, al nacer Roger.

No tiene importancia, después de todo dijo a la niña. No estás perdida. No tienes por qué seguir llorando...

Entonces la niña, que había sido ella misma, comenzó a desvanecerse y a ser absorbida por el agua y por el cielo, y el gozo que la invadía se intensificó hasta tal punto que ya no quedó cuerpo, sino sólo ser. Ni palabras, ni movimientos. "i batir de alas. Eso, sobre todo: batir de alas.

¡No me suelte!

Un latido en su oído, un grito. Vio como la mujer del molinete levantaba las manos para sostenerla. Y de nuevo la oscuridad, la terrible oscuridad, y otra vez el sufrimiento, el corazón de plomo, las lágrimas, la falta de comprensión. La voz que decía: "¡No!", era su propia voz, áspera, de este mundo, y era ella misma quien estaba mirando los árboles inquietos, negros y amenazantes, recortados contra el cielo. Una de sus manos estaba sumergida en el agua del estanque.

Deborah se sentó, sollozando. La mano que estuviera sumergida en el agua estaba húmeda y fría. La secó en la alfombra. Y de pronto se sintió invadida por tal miedo, que el cuerpo la dominó, y, haciendo a un lado la alfombra, echó a correr por el sendero, mientras los oscuros árboles se burlaban y la bienvenida de la mujer junto al molinete se convertía en traición. La seguridad la esperaba en la casa, detrás de las cortinas corridas. Estaba con los abuelos que dormían en sus camas. Como una hoja arrastrada por un remolino de viento, Deborah salió del bosque y atravesó el prado empapado de plata, subiendo, a la carrera, la escalinata de la terraza y atravesando el portón del jardín, entró por la puerta del fondo.

La adormilada y sólida casa la recibió. Era como una anciana persona respetable, que habiendo sobrevivido muchas pruebas, ha acumulado experiencia.

"No les hagas caso", parecía decir levantando la cabeza ¿tiene cabeza una casa? en dirección al bosque. "Ellos no constituyen un aporte a la civilización. Yo soy obra del hombre, soy distinta. Este es tu lugar, hijita. Tranquilízate".

Deborah subió las escaleras y entró en su dormitorio. Nada había cambiado. Todo seguía igual. Dirigiéndose a la ventana abierta vio que la arboleda y el parque parecían los mismos de ese momento, no sabía ella cuánto tiempo atrás, en que, de pie en ese mismo lugar, resolviera visitar el estanque. La única diferencia residía en sí misma. La excitación había desaparecido, y también la tensión. Hasta el terror de los últimos momentos, en que sus pies la trajeran de vuelta, volando, a la casa, parecía desprovisto de realidad.

Corrió las cortinas, tal como su abuela lo hubiera hecho, y subió a la cama. Ahora su mente estaba preocupada con dificultades prácticas, tal como explicar la aparición de la colchoneta y de la alfombra junto al estanque. Willy podría encontrarlas y decírselo al abuelo. El roce de su propia almohada y de sus propias frazadas la tranquilizó. Ambas cosas eran familiares. Y también le resultaba familiar la sensación de cansancio y dolor físico concreto, como el cansancio que sentía después de saltar o jugar al críquet excesivamente. Pero... el último atisbo de pensamiento consciente resolvió postergar la respuesta hasta la mañana. ¿Qué era verdadero, la seguridad de la casa o el mundo secreto?



Deborah despertó por la mañana, se dio cuenta de inmediato que estaba de mal humor. Le duraría todo el día. Le dolían los ojos, sentía el cuello rígido y un gusto como de magnesita en la boca. Roger entró corriendo, con el rostro fresco y sonriente después de una noche sin sueños, y saltó sobre la cama.

Ya viene la ola de calor dijo. Ya llegó. Va a hacer 40 grados a la sombra.

Deborah reflexionó acerca de la mejor manera de arruinarle el día.

Por mí, que haga 40 contestó. Voy a leer toda la mañana.

La expresión del rostro de su hermano decayó. Una expresión de asombro le asomó a los ojos.

¿Y la casita? preguntó. Habíamos resuelto hacer una casita en los árboles. ¿No te acuerdas? Yo iba a pedirle unas tablas a Willy...

Deborah se dio vuelta, haciéndose un ovillo en la cama.

Puedes hacerla, si quieres murmuró, a mí me parece un juego estúpido...

Cerró los ojos, simulando dormir. Al ratito oyó los pasos de su hermano dirigiéndose lentamente a su habitación, y luego, el repiqueteo de la pelota contra la pared. Si sigue haciéndolo pensó malignamente, el abuelo tocará la campanilla y Agnes subirá las escaleras jadeando. Ansiaba la destrucción, los rezongos, las reprensiones: que todo el mundo se enojara y dejara de hablarse. Así sucedía siempre.

La cocina, donde los niños tomaban el desayuno, daba al oeste, de manera que no recibía el sol de la mañana. Agnes había colgado un cazamoscas para atrapar avispas. La sopa de cereales estaba gomosa. Deborah se quejó, revolviéndola con la cuchara.

Es un paquete nuevo de cereales dijo Agnes. ¿Qué te pasa hoy, que estás tan exigente?

Se levantó de la cama con el pie izquierdo masculó Roger.

Ambos comentarios se unieron en un solo desafío. Deborah se apoderó del arma más próxima, un cuchillo, y lo arrojó contra su hermano. Le pasó rozando el ojo, y le cortó la mejilla. Sorprendido, se llevó la mano a la cara y sintió que le salía sangre. Ofendido, no tanto por la lastimadura como por la acción de su hermana, Roger enrojeció y comenzó a temblarle el labio inferior. Deborah salió corriendo de la cocina, golpeando con fuerza la puerta. Su propia violencia la asustaba, pero la fuerza de su mal humor era demasiado grande. Al salir a la terraza vio que lo que temiera había sucedido: Willy había encontrado la colchoneta y la alfombra, colocándolos a secar al sol. Ahora estaba hablando con la abuela. Deborah trató de volver a entrar sin que la vieran, pero no lo consiguió.

-¡Qué descuidados son! -dijo la abuela-. Todos los veranos les repito que no me importa que saquen las cosas del galpón y las lleven al jardín, con tal que después las vuelvan a guardar.

Deborah sabía que debía pedir disculpas, pero su mal humor se lo impidió.

Esa alfombra vieja está llena de polilla dijo despectivamente, y la colchoneta tiene un forro impermeable: no les hace nada la humedad...

Ambos se quedaron mirándola y el rostro de su abuela se sonrojó, tal como el de

Roger un momento antes cuando le arrojara el cuchillo. Luego, la abuela dio la espalda a Deborah y siguió dando instrucciones al jardinero.

Deborah siguió caminando lentamente por la terraza, como si nada hubiera ocurrido. Bordeando el prado, se acercó a la huerta y luego salió al campo. Recogió un fruto caído, pero apenas lo mordió, sintió que estaba verde. Lo tiró. Siguió caminando y se sentó en una tranquera con la vista perdida, sin mirar nada. ¡Qué engaño por todas partes! ¡Qué tristeza tan amarga! Como Adán y Eva, cuando los echaron del Paraíso. El Jardín del Edén ya no existía. En alguna parte, muy cerca de ella, la mujer del molinete estaba esperando para hacerla entrar. El mundo secreto la rodeaba por todas partes, pero ya no tenía la llave. ¿Por qué había vuelto? ¿Qué la trajo de regreso?

Todo el mundo se hallaba atareado. El anciano que venía a ayudar a Willy tres días por semana, estaba afilando su hoz detrás del cobertizo. Más allá del campo, donde el sendero se dirigía hacia el camino principal, aparecía la cabeza del cartero, que se dirigía en bicicleta hacia el pueblo. Oyó que Roger la llamaba: "¡Deb... Deb...!". Quería decir que la había perdonado, pero el mal humor duraba aún y no contestó. Su propio aburrimiento era el castigo. Al rato, un ruido le hizo saber que ya había conseguido que Willy le diera las tablas y estaba construyendo la casita. Era igual que el abuelo: se atenia a la rutina que él mismo se estableciera.

Deborah se sintió invadida de compasión. No sólo por su propia y aburrida persona acurrucada sobre la tranquera, sino por todas las personas que andaban dando vueltas por el mundo, sin tener la llave. Ella la tuvo en su poder, pero la perdió.

Tal vez, si trabajaba todo el día, a la noche volvería la magia y encontraría nuevamente su llave. O tal vez ahora mismo. Sí, ahora mismo, junto al estanque... tal vez podría encontrar una huella, una visión.

Se dejó caer de la tranquera y tomó otra vez por el camino más largo. Bordeando el campo, bajo el sol ardiente, llegaría al otro extremo del bosque sin encontrar a nadie. El robusto trigo estaba rígido. Para no rozarlo, tenía que caminar próxima al cerco muy enmarañado. Las dedaleras habían crecido demasiado y, ya sin flores, inclinaban sus cuencas vacías. Se veían ortigas por todos lados. No había ninguna puerta de acceso al bosque y tuvo que trepar sobre el espinoso cerco.

El alambre de púa le rompió los bombachones. Una vez dentro del bosque recuperó cierto grado de paz, pero los senderos de este lado no habían sido limpiados y el pasto estaba muy alto. Tuvo que vadearlo como si fuera agua, apartándolo con las manos.

Llegó al estanque, por detrás del árbol monstruo, el híbrido cuyos brazos desnudos parecían muñones de muerto proyectándose hacia todos lados; más allá, sobre los labios del estanque, el musgo era grueso como una alfombra y todos los lirios, alentados por el sol naciente, se habían abierto como si fueran lagartos asoleándose sobre las piedras calientes, disfrutando del calor. Pero de este lado, con los tallos hundidos en el agua, se balanceaban graciosamente, en apretados racimos blancos y rosados.

Están dormidos pensó Deborah. También los árboles duermen. La mañana no es el momento propicio para ellos, y le pareció completamente imposible que el molinete estuviera al alcance de la mano, como tampoco la mujer que la esperara sonriente. "Me dijo que siempre estaban allí, aún durante el día, pero como soy criatura, estoy ciega a la luz del sol. No sé cómo mirar".

Sumergió las manos en el estanque. El agua era parduzca y tibia. Se llevó un dedo a la boca y el gusto era desagradable. Agua nauseabunda, estancada durante largo tiempo. Y sin embargo, en la profundidad la mujer esperaba, durante la noche, y no sólo la mujer, sino todo el mundo secreto. Deborah comenzó a rezar: "Que vuelva a suceder", susurró. "Que vuelva a suceder... Esta noche... No tendré miedo..."

El estanque perezoso no hizo señal alguna de comprensión, pero el mismo silencio

parecía un testimonio de fe, de aceptación. En la orilla, allí donde la colchoneta había dejado su huella sobre el musgo, Deborah encontró un *clip* que se le cayera del cabello durante la noche: una prueba de visitación. Lo arrojó al estanque como parte del tesoro. Luego regresó caminando al día ordinario y a la ola de calor. Su mal humor había disminuido en algo. Fue en busca de Roger, que estaba en la huerta, atareado en hacer la plataforma. Ya había clavado tres tablas y tendría que soportar el ruidoso martilleo. La vio aproximarse y, como siempre después que sucedía algo entre ellos, comprendió que su humor había cambiado y que el asunto no debía volver a ser mencionado. Si llegaba a preguntarle: "¿Te sientes mejor?", el antagonismo reviviría y era capaz de no querer jugar con él en todo el día. En cambio, no prestó atención. Ella debía ser la primera en dirigirle la palabra.

Deborah esperó al pie del árbol, después se inclinó y le dio una manzana. Estaba verde, pero la oferta significaba la paz. La comió varonilmente:

Gracias le dijo.

Ella trepó al árbol y sentándose a su lado tendió la mano hacia la caja de clavos. El contacto había sido reanudado: ya estaban en paz otra vez.



El caluroso día iba tejiéndose como una telaraña. La reverberación del calor se extendía sobre todo el cielo, opaco e incoloro. De cuclillas sobre las ardientes tablas del manzano, los niños bebían cerveza de jengibre y se abanicaban con una pantalla de hojas. Eso les daba más calor aún. Cuando el cencerro los llamó para almorzar, se encontraron con que la abuela había corrido las cortinas de todas las habitaciones de la planta baja. La sala parecía una bóveda, extrañamente fresca. Se dejaron caer en las sillas. Nadie tenía apetito. Patch estaba acostado bajo el piano, la blanda boca destilando saliva. La abuela tenía puesto un vestido de hilo sin mangas, que no le conocían, y el abuelo, con un abollado panamá en la cabeza tenía en la mano un matamoscas que usara años ha en Egipto.

41 dijo sombrío. En el techo del Ministerio de Aviación. Lo anunciaron en el noticioso de la una.

Deborah pensó en los hombres que debían medir el calor subiendo y bajando del techo del Ministerio, armados de varillas y cintitas e instrumentos raros. ¿Es que a alguien le importaba, fuera del abuelo?

¿Podemos comer afuera? preguntó Roger.

La abuela asintió. Hablar era un esfuerzo excesivo y se dejó caer lánguidamente en su asiento, junto a la mesa del comedor. Las rosas que recogiera la noche anterior se habían marchitado.

Los niños llevaron patas de pollo al invernáculo. Adentro hacía demasiado calor, pero se sentaron en el suelo, a la sombra que proyectaba, apoyando la cabeza en descoloridos almohadones que dejaban escapar su relleno. En el cielo, muy alto, un aeroplano trepaba como un pecesito de plata y se perdía a la distancia.

Un Meteoro dijo Roger. El abuelo asegura que ya son anticuados.

Deborah pensó en Icaro ascendiendo hacia el sol. ¿Se había dado cuenta cuándo las alas empezaron a derretirse? ¿Qué sintió en ese momento? Tendió los brazos pensando que eran alas; las puntas de los dedos serían las primeras en enroscarse y ponerse blanduchas e inútiles. ¡Qué horror sentir que de pronto se perdía eso, se empezaba a caer!...

Roger, que la estaba observando, esperó que se tratara de algún juego. Arrojó en un cantero su huesito pelado y se puso de pie de un salto.

Mira le dijo. Soy un Javelín y estirando él también los brazos comenzó a correr en círculo, balanceándose. De entre sus dientes apretados salió un ruido como el de un avión a chorro.

Deborah bajó los brazos y miró el hueso de la pata de pollo. Lo que hubiera quedado limpio y blanco por obra de los dientes de Roger, ahora estaba sucio de tierra. ¿Se había ofendido de que lo tiraran? Dentro de unos años, cuando todo el mundo estuviera muerto, lo encontrarían convertido en fósil. A nadie le importaría.

Vamos a buscar las frambuesas... dijo Roger.

Ve tú le contestó.

A Roger no le gustaba entrar solo en el comedor. Se sentía demasiado en evidencia. Deborah era como un escudo que lo protegía de los ojos adultos. Finalmente, consintió en ir a buscar solo las frambuesas, a condición de que ella jugara al críquet, después del té. Faltaba mucho para la hora del té.

Lo vio retornar, caminando muy despacio, con los platitos de frambuesas con crema batida. Se sintió embargada por repentina compasión, la misma compasión que experimentara antes por todo el mundo, menos por ella misma. ¡Qué absorto parecía, qué

concentrado en el momento que lo retenía! Pero mañana sería un anciano, lejos, el jardín estaría olvidado y el día de hoy habría quedado muy atrás.

Abuela dice que no puede seguir. Tendrá que haber una tormenta.

¿Por qué no?... ¿Por qué no para siempre?... ¿Por qué no hacer un conjuro de manera que todos quedaran encerrados y dormidos como los cortesanos de la "Bella Durmiente", sin saber, sin despertar, con telarañas en los cabellos y en las manos y hasta envolviendo a la casa misma?...

¿A que te gano? dijo Roger.

Para complacerlo, hundió la cuchara en el revoltijo de frambuesas, pero terminó la última, con gran alegría de su hermano.

Durante la larga tarde, nadie se movió. La abuela subió a su habitación. Los niños la vieron acercarse a la ventana en enaguas para correr las cortinas. El abuelo se sentó en la sala con los pies en alto y un pañuelo sobre la cara. Patch no se movió de su sitio bajo el piano. Roger, sin darse por vencido, encontró algo que hacer. Primero ayudó a Agnes a pelar arvejas para la cena, de cuclillas sobre la escalinata de la puerta del fondo, mientras ella se acomodaba en el viejo sillón que trajera arrastrando desde la habitación de servicio. Terminado este trabajo descubrió una bañera de latón guardada en el sótano, que sirviera para bañar a Patch en tiempos idos. La llevó al parque y la llenó de agua, después se quedó en malla y se sentó dentro, muy solemnemente, con un paraguas abierto sobre la cabeza para protegerse del sol.

Deborah se recostó detrás del invernáculo preguntándose qué sucedería si Jesús y Buda llegaran a encontrarse. ¿Discutirían, o cambiarían frases corteses? ¿O harían un intercambio de ideas, tal como hacen los políticos durante las grandes reuniones?, ¿o sería tal vez la misma persona nacida en diferentes épocas? Lo extraño era que este tema, tan interesante ahora, no tenía ningún significado en el mundo secreto. Anoche, al hacer girar el molinete, todos los problemas desaparecieron. Ya no existían. Sólo quedaba el conocimiento y la alegría.

Debió quedarse dormida porque cuando abrió los ojos, notó desolada que Roger ya no estaba dentro de la bañera sino martillando los palos de críquet en el césped. Eran las cinco menos cuarto.

Apúrate le gritó, al ver que se movía. Ya tomé el té.

Se levantó, y todavía dormida y un poco mareada, se arrastró hacia la casa.

Los abuelos estaban en la sala y tenían mejor aspecto después del largo descanso de la tarde. El abuelo olía a agua de colonia. Hasta Patch había reaccionado y estaba lamiendo su platito de té frío.

Tienes cara de cansada le dijo la abuela, en tono de crítica. ¿Te sientes bien?

Deborah no estaba segura. Sentía la cabeza muy pesada. Debía ser por haber dormido durante la tarde, cosa que nunca hacía.

Creo que sí contestó, pero si alguien me diera cerdo asado, sé que me descompondría.

Nadie pensó dártelo murmuró la abuela, sorprendida. Sírrete un sandwich de pepino: son bastante frescos.

El abuelo estaba al acecho de una avispa. La observó mientras revoloteaba sobre su té, con siniestra expectativa. De pronto dio un golpe en el aire con su matamoscas: ¡La agarré! exclamó triunfante. Y apretó algo en la alfombra, con el taco de su zapato. Deborah pensó en Jehová.



No anden corriendo por afuera dijo la abuela. No conviene. ¿Por qué no juegan a algo lindo y tranquilo?

¿Por ejemplo? preguntó Deborah.

Pero la abuela carecía de inventiva. Todos los mazos de críquet estaban rotos.

Podríamos simular que somos enanos... dijo Deborah, y durante un momento acarició la idea de jugar al críquet de cuclillas. Pero las rodillas se le endurecerían y sería demasiado difícil.

Si quieren, puedo leerles algo en voz alta sugirió la abuela.

Deborah aceptó gustosa la sugerencia. Así demorarían la partida de críquet. Salió corriendo al prado y buscó cómo hacer que la idea resultara más aceptable para Roger.

Jugaré después dijo y puedes comerte todo el helado que tiene Agnes en el refrigerador y esta noche te voy a hablar cuando estés acostado.

Roger vaciló. Había que pensarlo bien. Tres cosas buenas y una mala.

¿Te acuerdas de esa barrita de lacre que te dio papá?

Sí.

¿Me la das también?

Deborah tuvo que hacer un balance de la situación. La paz de un momento frente a la pérdida de la larga y gruesa barrita de tan hermoso color rojo.

Bueno asintió de mala gana.

Roger abandonó los palos de críquet y todos entraron a la sala. Apenas mencionaron la lectura en voz alta, el abuelo desapareció, llevándose a Patch. La abuela había retirado las cosas del té. Encontró los anteojos y el libro. Era "Azabache". La abuela no tenía libros modernos para niños y los tres leían lo mismo. Leyó ese capítulo terrible en que el mozo del establo hacía acalorar excesivamente a "Azabache" y después le daba a tomar agua fría y no lo cubría con la manta. La historia era adecuada para el día. Hasta Roger escuchaba ensimismado.

Observando el tranquilo rostro de su abuela y oyendo su voz que leía cuidadosamente las frases, Deborah pensó que resultaba extraño que la abuela pudiera ponerse tan fácilmente en el lugar de "Azabache". Porque realmente ella era el caballo, atacado de pulmonía en la caballeriza y salvado luego, gracias al prudente cochero.

Después de la lectura, el críquet era lo menos indicado, pero Deborah debía cumplir su palabra. No podía dejar de pensar en "Azabache" escribiendo el libro. Eso demostraba lo bueno que era el relato decía la abuela, ya que ningún niño había puesto en duda el lado práctico del mismo ni tratado de imaginar cómo un caballo podía sostener la pluma con el casco.

Un caballo moderno tendría una máquina de escribir, pensó Deborah, y empezó a arrojar la pelota a Roger, sonriendo sola mientras lo hacía, imaginando a un "Azabache" del siglo XX golpeteando una máquina con los cascos delanteros.

Esa noche, debido a la ola de calor, la rutina fue modificada. Primero se bañaron y después cenaron. El críquet los había dejado acalorados y agotados. Después, de pijama y saco de lana, cenaron en la terraza. Por una vez, la abuela fue indulgente. Hacía tanto calor todavía que era imposible que tomaran un enfriamiento, y aún no caía el rocío. Resultaba una pequeña diversión estar en pijamas en la terraza.

Como los extranjeros dijo Roger.

O los nativos de los Mares del Sur, comentó Deborah.

O los vagabundos que han perdido distinción...

El abuelo, que se había puesto un saco tropical color blanco, no había perdido distinción.

Es un comerciante blanco susurró Deborah. Ha hecho una fortuna con las perlas...

Roger se atragantó. Cualquier broma que se hiciera respecto al abuelo, a quién temía, tenía el atractivo adicional del peligro.

¿Qué dice el barómetro? preguntó Deborah.

El abuelo, halagado por su interés, se dirigió a inspeccionarlo.

Arriba de 38, todavía dijo, encantado.

Al lavarse los dientes, después, Deborah pensó en lo pálido que parecía su rostro, reflejado en el espejo del lavatorio. Después de haber pasado todo el día al sol no estaba tostado como el de Roger, sino demacrado y amarillento. Se recogió el cabello, atándolo con una cinta, y la nariz y la barbilla parecieron sumamente puntiagudas. Bostezó ampliamente, como hacía Agnes en la cocina, los domingos a la tarde.

No te olvides que prometiste hablar le dijo Roger en seguida.

Hablar... Ahí estaba el problema. Se sentía tan cansada que ansiaba la blanca suavidad de su almohada, con todas las frazadas arrojadas a un lado y ella cubierta sólo por la sábana. Pero Roger, despierto en su cama y con la puerta de comunicación abierta, no pensaba. La solución estaba en hacerlo reír, y ponerlo histérico, para que se cansara más pronto. Inventó un día en la vida de Willy, desde el primer bocado del desayuno hasta el último vaso de cerveza en la posada del pueblo.

Las aventuras que le sucedían mientras tanto, habrían llamado la atención de Gúlliver. El deleite de Roger arrancó protestas al mundo de los adultos de la planta baja. Se oyó el sonido de la campanilla y Agnes subió las escaleras, asomando la cabeza por la puerta de Deborah.

Dice la abuelita que no tienen que hacer tanto ruido.

Deborah, agotada de tanto inventar, cerró los ojos. No podía seguir más allá. Los dos niños se dieron las buenas noches, hablando los dos al mismo tiempo y empezando, de acuerdo a una tradición antigua, con sus nombres y direcciones y terminando con el mundo, el universo, el espacio. Luego el último y definitivo buenas noches, después del cual ninguno de ellos debía hablar so pena de inauditas calamidades.

"Debo tratar de permanecer despierta", pensó Deborah, pero ya no pudo hacerlo. El sueño era demasiado imperioso. Habían pasado horas cuando abrió los ojos y vio volar sus cortinas, mientras el techo se iluminaba con los destellos de los relámpagos. Los árboles se retorcián y sollozaban contra el cielo. Saltó de la cama. ¡El caos! No había estrellas, la noche era sulfurosa. Un gran estallido partió los cielos en dos. El jardín gemía. Si cayera la lluvia habría misericordia, tal vez. Implorantes, los árboles se inclinaban hacia uno y otro lado, mientras el prado, vivamente iluminado y en expectativa, se tendía como una lámina de metal bajo la llama. ¡Que rompieran las aguas! ¡Que cayera la lluvia! De pronto los relámpagos zigzaguearon de nuevo y apareció, viva pero inmóvil, la mujer del molinete. Levantó la vista hacia la ventana de la casa y Deborah la reconoció. El molinete estaba allí, invitándola a entrar, y ya las figuras fantasmales iban pasando, apiñándose en dirección a los árboles, del otro lado del parque. El mundo secreto esperaba. Otro estallido imperioso. El molinete giró, y la mujer que tenía apoyada sobre él una mano, sonrió a Deborah y le

hizo señas.

Deborah salió de la habitación y bajó corriendo las escaleras. Alguien estaba llamándola tal vez Roger. Patch ladraba. Sin preocuparse por esconderse atravesó la oscura sala y abrió la puerta vidriera que daba a la terraza. Los relámpagos escudriñaban la terraza e iluminaban el suelo. Deborah bajó corriendo la escalinata hacia el parque, donde relucía el molinete.

Había que apurarse. Si no corría, podrían clausurar el molinete, desaparecería la mujer y, con ella, toda la maravilla del mundo secreto. Llegó a tiempo. La mujer seguía esperando. Tendió la mano para que le entregaran las entradas, pero Deborah meneó la cabeza: "No tengo ninguna". Riendo, la mujer la hizo entrar en el mundo secreto donde no había leyes, ni reglas, y todos los fantasmas sin rostro corrieron ante ella, hacia la arboleda agitada por el viento que cada vez ganaba más ímpetu. Empezó a llover. El cielo, de un color marrón oscuro al ser rasgado por los relámpagos, se abrió y el agua cayó a torrentes sobre el suelo, reventando en burbujas. Del sendero había desaparecido el orden. Los helechos se hallaban convertidos en árboles, los árboles en titanes. Todos se movían como en éxtasis, con amplios gestos, pero el ritmo era quebrado, tumultuoso, de modo que algunos eran doblados hacia atrás, destrozados por el cielo, y otros se arrojaban de cabeza a la maleza, donde quedaban aprisionados y eran castigados.

"En el otro mundo que dejo atrás" pensó Deborah riendo mientras corría "ésto sería un castigo." Pero en el mundo secreto era un tributo. Los fantasmas que corrían junto a ella eran como olas. Se hallaban unidos unos a otros. Y todos y cada uno de ellos, y también Deborah, formaban parte de las fuerzas de la noche, que sollozaban y reían. Los relámpagos se encendían cuando ellos querían y el trueno restallaba cuando miraban hacia el cielo.

El estanque estaba despierto. Los lirios acuáticos se habían convertido en manos con las palmas hacia arriba y, en el rincón más apartado, generalmente en calma bajo el verde musgo, las burbujas eructaban en la superficie, multiplicándose con el torrente. Todo el mundo se precipitaba hacia el estanque. Los fantasmas hacían reverencias y se agachaban junto al borde. La mujer había instalado su molinete en el centro del estanque y volvía a hacerle señas. Un resabio del sentido de orden social surgió en Deborah y la hizo protestar:

¡Pero hemos pagado! De inmediato recordó que a ella no le habían cobrado entrada. ¿Debía haber siempre una repetición? ¿Sería el mundo secreto como un arco iris, repitiéndose siempre, asentándose en otra colina cuando uno creía pasarle por debajo? No había tiempo para pensar. Los fantasmas ya habían pasado. Los relámpagos iluminaban el viejo árbol que parecía un monstruo muerto, coronado de hiedra, y que, no teniendo ya elasticidad en las articulaciones, no podía doblarse en homenaje como los árboles y los helechos, sino que debía permanecer rígido como un crucificado. "Y ahora... Y ahora... Y ahora..." gritó Deborah.

El triunfo residía en que no sentía miedo sino que se hallaba invadida por una salvaje excitación... Corrió hacia el estanque. Sus pies vivos sintieron el barro y las ramas rotas y la maraña de yuyos viejos y el agua le llegaba hasta las axilas y la barbilla. Los lirios la apresaban. La lluvia la enceguecía. La mujer y el molinete habían desaparecido.

¡Llévame a mí también! gritó. ¡No me dejen atrás! Su corazón estaba lleno de salvaje desencanto. Habían quebrantado su promesa. La habían dejado en el mundo. El estanque, que ahora la reclamaba, no era el de su secreto, sino agua maloliente, oscura y nauseabunda, cubierta de verdín.

---

## IV

El abuelo dice que le van a poner un cerco alrededor dijo Roger. Tendrían que haberlo hecho hace años. Un cerco de veras, entonces nunca podrá volver a suceder nada. Pero primero vaciarán carretillas llenas de cascotes. Entonces ya no será un estanque sino un charco y los charcos no son peligrosos.

Estaba de pie al lado de la cama, mirándola. Había aumentado de categoría, ya que ahora era el único de los dos que podía bajar, el portador de buenas o malas noticias, el intermediario. A Deborah le habían ordenado que permaneciera en cama dos días.

Creo que el miércoles siguió diciendo él podrás jugar al críquet. Después de todo, no te lastimaste. La gente que camina dormida, está un poquito chiflada, nada más.

Yo no caminé dormida...protestó Deborah.

El abuelo dice que sí. Menos mal que Patch despertó y te vio... luego, para demostrar su alivio, se paró cabeza abajo.

Desde la cama, Deborah vio el cielo. Chato y gris. Un día de verano abriéndose camino a través de la tormenta. Agnes entró con una bandeja donde traía un postre de leche. Tenía un aspecto importante.

Vete ahora dijo a Roger. Deborah no quiere hablar contigo. Tiene que descansar.

Cosa sorprendente, Roger obedeció. Agnes colocó el platito sobre la mesita de luz.

Supongo que no tienes apetito dijo. No importa, puedes comerlo después, cuando tengas ganas. ¿Te duele? Casi siempre duele, la primera vez...

No dijo Deborah.

Lo que le sucedía era cosa suya. La habían preparado en la escuela, pero, de todos modos, le produjo un *shock* y no deseaba discutir el asunto con Agnes. La mujer se quedó todavía un momento, por si la niña le hacía preguntas, pero viendo que nada de eso sucedía, volvió sobre sus pasos y salió de la habitación.

Deborah, con la cara apoyada sobre una mano, clavó los ojos en el cielo vacío. La pesadez de saber la oprimía, con una congoja extraña y profunda.

"No volveré" pensó. "He perdido la llave".

El mundo escondido, como los frisos del estanque que pronto habría de ser rellenado y rodeado por un cerco, ya estaba fuera de su alcance, para siempre.

## LA ARCHIDUQUESA

El principado de Ronda, al sur de Europa, es una república desde hace años. Fue el último en romper las cadenas del sistema monárquico, y la revolución, cuando se produjo, resultó especialmente sangrienta. El *volte face*, desde depender de un líder, del "archiduque" cuya familia retenía el poder desde hacía setecientos años hasta el preclaro gobierno del Frente Popular, o F. P. Ltda., como se lo llamó después era una mezcla de negociados y comunismo estremeció al resto del hemisferio occidental que ya desde hacía mucho tiempo había reconocido la luz roja y aceptado lo inevitable, embarcando a los monarcas restantes en un interminable crucero trasatlántico a bordo de una nave gigantesca. Allí vivían muy felices, todos juntos, disfrutando de perpetuas intrigas, casándose entre ellos mismos y sin volver a desembarcar en tierra, para no despertar nuevamente las luchas en los liberados pueblos de Europa.

La revolución produjo un verdadero *shock*, ya que Ronda había sido, durante tanto tiempo, no sólo la cabeza de negro de los estados democráticos, sino también un lugar de esparcimiento favorito para los turistas. Su atractivo era comprensible. La misma pequeñez de Ronda la distinguía de cualquier otro país. Y sin embargo, a pesar de ser tan pequeño, el país tenía todo cuanto podía desearse. Su única montaña, el Ronderhof, tenía doce mil pies de altura y su cima era accesible desde las cuatro laderas. Los campos de esquí de las laderas más bajas, eran los mejores de Europa. Su único río, el Rondaquiver, era navegable hasta la Capital, hallándose esparcidas en su último tramo, numerosas islas pequeñas, cada una de las cuales tenía su propio casino y su propia playa, atrayendo millares de turistas durante la temporada cálida. Y también, por supuesto, estaban las aguas.

Los famosos manantiales se encontraban en las colinas, detrás de la Capital, y habían sido en realidad, la mayor fuente de ingresos de la familia reinante durante siglos y siglos, ya que las aguas poseían propiedades extraordinarias y casi únicas. Entre otras cosas, cuando se las usaba conjuntamente con cierta fórmula, concedían juventud perpetua. Esta fórmula era un secreto en poder del archiduque reinante, que al morir la pasaba a su hijo. Aun cuando no lograba alejar para siempre al último enemigo ya que hasta los príncipes deben morir, las aguas de Ronda garantizaban por lo menos que los archiduques fueran hasta la sepultura sin arrugas y sin canas.

Esta fórmula, como he dicho, sólo era conocida por el príncipe reinante, quien era el único en beneficiarse con ella, pero las aguas, naturalmente, podían ser bebidas por cualquier turista y visitante del principado y poseían un maravilloso poder revitalizador. Por cierto que, antes de la revolución, acudían a Ronda millares de hombres y mujeres de todas partes del mundo que deseaban llevar consigo, de regreso a sus vidas monótonas, algo del elixir que contenían las aguas.

Es difícil definir con claridad el efecto que Ronda producía en los turistas. Resultaba fácil distinguirlos cuando volvían, por el tinte especial de su tez bronceada, por la expresión sonadera, casi lejana, de sus ojos, y por su actitud curiosa respecto a la vida, en el sentido de que nada tenía importancia. El que ha estado en Ronda ha visto a Dios, se decía generalmente, y en realidad, el encogimiento de hombros, el bostezo negligente y la media sonrisa de aquellos que habían pasado sus vacaciones de invierno o de verano "del otro lado de la frontera", sugerían cierta intimidad como del otro mundo, un conocimiento de lugares secretos que era negado a los que se quedaban en su casa.

Naturalmente, el efecto iba disminuyendo poco a poco. El obrero debía volver a la fábrica, el administrador a la oficina, el químico al laboratorio; pero a veces, durante los breves instantes en que podían reflexionar, estos turistas que habían estado en Ronda, pensaban en el agua helada que habían extraído de las fuentes, en las altas montañas, en las islitas del Rondaquiver, en los cafés de la gran plaza de la Capital, dominada por el palacio

del archiduque ahora convertido en museo, adornado con los trofeos de la revolución y tan aburrido como un pantano.

En los viejos tiempos, en que el palacio se hallaba custodiado por miembros de la guardia imperial vestidos con su espléndido uniforme azul y dorado, y el pabellón real un emblema del agua de la vida contra un campo blanco...ondeaba en su mástil, y la banda imperial ejecutaba las sentimentales canciones populares rondesas que participaban de la modalidad gitana y de los cánticos, los turistas solían sentarse en la plaza, después de cenar, esperando que el archiduque apareciera en el balcón. Era la gran culminación del día. Para los que habían trepado al Ronderhof o nadado en el Rondaquiver, o bebido el elixir de la fuente, la aparición del monarca reinante, compendiaba en cierta manera todo lo que el visitante sentía respecto al ducado, hubiera venido en tren de burla o de admiración. Un poco embriagado porque el vino hecho con las uvas de Ronda es fuerte y muy seco, un poco saciado porque la carne de los peces del Rondaquiver es muy alimenticia, un poco triste porque la música gitana y solemne despertaba recuerdos olvidados, el visitante se encontraba preparado, a pesar de su parte más racional, para cierto espectáculo pintoresco. A pesar de todo, siempre resultaba primero sorprendido y luego conmovido.

Se producía un silencio. Las luces de la plaza eran disminuidas; luego, muy suavemente, la banda imperial comenzaba a ejecutar el himno nacional, cuyo primer verso quiere decir, aproximadamente, "Soy lo que tú buscas. Soy el agua de la fuente", luego se abrían las ventanas del palacio y aparecía en el balcón una figura vestida de uniforme blanco. Desde el campanario real largaban bandadas de murciélagos simbolizando los sueños. El efecto era extrañamente hermoso: las criaturas nocturnas volaban a ciegas, en círculos cada vez más amplios, alrededor de la resplandeciente cabeza del Archiduque los archiduques de Ronda siempre fueron rubios y no se escuchaba otro sonido que el batir de innumerables alitas. El Archiduque permanecía inmóvil en el balcón iluminado por luces de arco, ocultas entre las molduras de las balaustradas, siendo la cinta roja de la Orden del Justo, la única nota de color en su uniforme blanco. Aún desde lejos, el espectáculo era emocionante y producía, aun en el turista más republicano, un reaccionario apretón de garganta. Como lo dijera un corresponsal extranjero muy conocido, la primera ojeada lanzada al Archiduque de Ronda, despertaba el instinto protector que yace latente en el hombre y que, seguía diciendo, es mejor que sea extinguido en bien de la raza humana.

De acuerdo a lo que decían los que tuvieron la suerte de conseguir asientos cerca del palacio y se hallaban iluminados ellos mismos por el resplandor de la luz de arco, lo más extraordinario de estas apariciones nocturnas era que nunca variaban. La precisión y sincronización eran perfectas y el Archiduque poseía realmente la belleza milagrosa de la eterna juventud. Había algo que quitaba el aliento en esa figura radiante, de pie, sólo en el balcón, con las manos a la espada, y era inútil que los irrespetuosos recordaran a sus vecinos que el Archiduque ya tenía noventa años y venía haciendo esto mismo desde mucho antes que naciera la mayoría de los presentes. A nadie le importaba, ni siquiera prestaban atención. Cada aparición constituía, en cierta forma, la encarnación de ese príncipe que, después de la gran inundación del Rondaquiver en tiempos medievales, cuando las tres cuartas partes de la población perdió la vida, apareciera de pronto, como dice la historia de Ronda: "Y un príncipe se acercó a ellos levantando el cáliz de la inmortalidad y reinó sobre su pueblo".

Naturalmente, los historiadores modernos dicen que todas estas cosas son tonterías y aducen que el archiduque original no tenía nada de milagroso, sino que se trataba simplemente de un pastor de cabras, que después del desastre, surgió para conducir y animar a los pocos agotados y desesperados sobrevivientes. Sea como fuere, es difícil destruir una leyenda, y aún ahora, cuando Ronda es república desde hace años, la gente más anciana valoriza como tesoros ciertos pequeños iconos que susurran, fueron bendecidos por la mano del último Archiduque, antes de que los revolucionarios lo colgaran por los pies en la plaza del palacio. Pero me anticipo a los acontecimientos.

Tal como dijéramos, Ronda era un país dedicado al placer, a la salud, a la paz. Allí el hombre encontraba todo lo que satisfacía su corazón. Se han escrito volúmenes respecto a las mujeres rondesas. Son, o eran, tímidas como ardillas, hermosas como gacelas y

dotadas de la gracia de las figurillas etruscas. Ningún hombre tuvo nunca la suerte de tomar esposa de Ronda, el matrimonio con extranjeros estaba prohibido, pero las aventuras amorosas no eran desconocidas y los afortunados turistas que desafiaron los rechazos, o no fueron asesinados por los airados padres, maridos y hermanos, sabían decir, al regresar a su propio y culto país, que nunca, mientras vivieran, olvidarían lo que significara yacer en los brazos de la mujer rondesa y experimentar la extraordinaria embriaguez de sus caricias.

Ronda no tenía una religión propiamente dicha; quiere decir que no había dogma ni iglesia estatal. Los rondeses creían en las aguas curativas de la fuente y en la fórmula secreta de la juventud eterna que poseía el Archiduque, pero fuera de esto, no tenían lugar de culto ni dignatarios eclesiásticos; cosa curiosa, el idioma rondés que parecía una mezcla de francés y de griego no incluía la palabra Dios.

Todo eso ha cambiado mucho, desgraciadamente. Ahora que Ronda es una república, toda clase de palabras occidentales se han agregado al lenguaje común, tales como *weekend* y *cocacola*. La barrera matrimonial ha sido destruida y hoy día pueden verse jóvenes rondesas en Broadway y Piccadilly, resultando muy difícil distinguirlas de las demás. Las costumbres tan excepcionalmente rondesas de los tiempos del Archiduque, tales como la pesca con arpón, el salto a la fuente y el baile de la nieve, ya han desaparecido. Lo único de Ronda que no puede deshacerse es el contorno de la tierra: la chata montaña, el río serpenteante, y por supuesto, la luz, esa clara luminosidad que nunca se nubla, nunca disminuye, y sólo puede ser comparada a los reflejos de la más pura aguamarina. La luz de Ronda puede verse al alejarse en avión porque ahora hay un aeropuerto, construido inmediatamente después de la revolución, mucho después de haber despegado, cuando la máquina ya se encuentra a muchas millas de la frontera. Aún ahora, cuando tanto ha cambiado, el turista siente pena y nostalgia al salir de Ronda. Bebe su último Ritzy, el dulce e insidioso licor del país, huele su última flor Rovevula de intoxicante aroma, cuyos pétalos dorados cubren las calles a fines del verano, saluda con la mano, por última vez, a una figura bronceada que baña en el Rondaquiver y se encuentra en la sala impersonal del aeropuerto, listo para encaminarse hacia el este o el oeste, de vuelta al trabajo, a la causa, al mejoramiento de las vidas de sus congéneres, y lejos de la tierra de los deseos no satisfechos; lejos de Ronda.

Actualmente, una de las cosas tal vez más conmovedoras fuera del palacio que, como he dicho, se halla convertido en museo, es el único miembro de la familia reinante que aún queda con vida. La llaman todavía la Archiduquesa. Por un motivo que más adelante se expone, no la asesinaron junto con su hermano. La Archiduquesa posee el secreto de la juventud eterna y es la única persona de la familia archiducal fuera del Archiduque reinante, que posee tal secreto. Su hermano se lo reveló antes de que vinieran a matarlo. Ella nunca lo reveló y se lo llevará a la tumba. Lo intentaron todo, por supuesto: prisión, tortura, exilio, drogas de la verdad, y lavados del cerebro, pero nada consiguió arrancarle el secreto del elixir de la juventud.

La Archiduquesa ya debe tener más de ochenta años y hace meses que no está bien. Los médicos opinan que difícilmente durará otro invierno. Pero tiene una ascendencia extraordinaria y puede ser muy bien que defraude a los pesimistas. Sigue siendo la joven más hermosa de toda la república, y uso intencionadamente la palabra *joven*, porque, a pesar de sus años, la Archiduquesa sigue siéndolo, tanto en aspecto como en modales. Los cabellos de oro, los ojos luminosos, la gracia de sus ademanes, que fascinaran a tantos de sus contemporáneos, muertos ya la mayor parte, asesinados durante la Noche de los Grandes Cuchillos, no se han modificado. Si usted le arroja un "rondip" (moneda de un valor aproximado al dólar), ella seguirá bailando al son de los viejos cantos populares. Pero aquéllos que aún la recuerdan tal como era en su apogeo, que recuerdan su popularidad entre el pueblo, yo llegaría a decir la adulación que se le dispensaba, su protección a las artes, su gran romance con el conde Antón, su primo, negado por el pujante movimiento revolucionario..., para todos los que recordamos estas cosas, el espectáculo de la Archiduquesa Paula de Ronda, bailando para comer y para divertir a los turistas, nos produce una oleada de náusea, y un apretón de angustia en el corazón. No era así entonces. Recordamos los días del balcón y de los murciélagos. Siempre que no les aburra demasiado y recuerden que los detalles no se han de encontrar en los modernos textos de historia de

ese país, que los estudiantes están redactando de nuevo para instrucción de las generaciones futuras, les contaré tan brevemente como pueda las circunstancias en que cayó el último principado de Europa, y Ronda se convirtió en república, y también cómo el primer movimiento de disconformidad que agitó al pueblo se debió en parte a la incomprensión de esta misma Archiduquesa que ahora, no gozando ya del favor de sus súbditos, vemos haciendo piruetas en la plaza del palacio.

Tengo el propósito de pasar por alto la historia de Ronda. Los primeros habitantes vinieron por el mar desde Creta y por tierra desde Galia, y más tarde se produjo una mezcla de sangre rumana. Después, como tal vez ustedes sepan, durante la primera parte del siglo XIV, la inundación del Rondaquiver ocasionó la muerte de por lo menos las tres cuartas partes de los habitantes. El primer Archiduque restauró el orden, volvió a construir la Capital, se ocupó de las plantaciones y de las viñas... en resumen, devolvió al pueblo azotado, el deseo de vivir.

En esta misión que él mismo se impusiera, fue ayudado en gran parte por las aguas de la fuente, que si bien el Archiduque era el único que poseía el secreto de arrancarles la juventud eterna, poseían, de por sí, ciertas propiedades valiosas. Quien quiera las bebiera, sentía de inmediato esa sensación de bienestar al abrir los ojos por la mañana, que conocen los niños antes de la pubertad, o, tal vez sería más correcto decir, el renacimiento de la maravilla. Una criatura que no teme ni a sus padres ni a sus maestros, sólo siente un deseo al abrir los ojos: saltar de la cama y salir corriendo con los pies desnudos bajo el sol. Sólo así puede reconquistarse el sueño, porque el día que empieza ha nacido para él. Las aguas del Rondaquiver proporcionaban esta renovación.

No se trataba de una ilusión, como los escépticos han asegurado algunas veces. Los hombres de ciencia modernos saben que ciertas propiedades químicas ponen en libertad determinadas sustancias de las glándulas endocrinas y éste es el motivo por el cual el embotellamiento de aguas constituye actualmente la industria principal de Ronda. Los Estados Unidos adquieren más del ochenta por ciento de la producción anual. Pero cuando la industria estaba en manos del Archiduque, las aguas eran embotelladas por particulares y vendidas sólo a aquellos visitantes que atravesaban la frontera. El desaprovechamiento debe haber sido enorme, si se tiene en cuenta el origen: cae desde una gruta a nueve mil pies de altura en el Ronderhof y va formando cascadas todo a lo largo de la ladera. Toda esa energía que podría haber sido canalizada y bombeada en las venas de los cansados norteamericanos, era dejada en libertad para correr sobre las desnudas rocas, al aire puro, y bajar hasta los valles, donde nutrían la tierra ya rica, produciendo la dorada flor Rovevula.

Naturalmente, el pueblo de Ronda bebía el agua con la leche materna, de ahí su belleza, su *joie de vivre* y la alegría que lo hacía incapaz de rencor o de ambición. Tal como dicen los historiadores, en eso residía la esencia del carácter rondés: satisfacción y carencia de ambición. ¿Por qué? preguntaba Oído el poeta de Ronda, ¿por qué matar si nos amamos? ¿Por qué llorar, si estamos contentos? y ¿por qué, realmente, tendría el rondés que atravesar su Ronderhof para visitar países donde los habitantes se amontonaban en arrabales e inquilinatos y cada uno de ellos se hallaba invadido por el deseo de superar a su vecino?

Todo eso carecía de sentido para los rondeses. Ya habían tenido su inundación. Sus antecesores habían muerto. Tal vez algún día el Rondaquiver volvería a levantarse y destruirlos, pero hasta que llegara ese día había que vivir y bailar y soñar. Entonces, a cazar con arpón los peces que saltaran sobre las aguas del Ronderhof, a recoger las doradas flores Rovevula y recorrer los senderos cubiertos de pétalos y viñedos, a cosechar los cereales, a cuidar del ganado y de las ovejas, amados y vigilados por el príncipe de la juventud eterna que moría y volvía a nacer de nuevo. Esto es, poco más o poco menos, lo que Oído decía, pero el idioma rondés es difícil de traducir.

Por consiguiente, la vida en Ronda sufrió pocos cambios durante los siglos que siguieron a la inundación. Los archiduqueses se sucedían unos a otros, nadie sabía nunca la edad del gobernante ni de su heredero aparente. Circulaba un rumor: el monarca estaba enfermo o había sufrido un accidente, nunca se mantenía el secreto, las cosas sucedían y eran aceptadas, luego se fijaban las proclamas a las puertas del palacio, el pueblo se



enteraba de que el Archiduque había muerto y vuelto a nacer. Podía llamarse la religión. Los teósofos aducen que era una religión y que el Archiduque simbolizaba la primavera. Sea como fuere: religión o tradición práctica, los rondeses estaban de acuerdo con ella. Les gustaba pensar que su monarca entregaba el secreto de la juventud eterna a su sucesor, y les resultaban grata su rubia belleza, su uniforme blanco, las relucientes vainas de los guardias del palacio.

El monarca no interfería con sus placeres, ni tampoco con su sistema de vida. Mientras se cultivara la tierra, se recogieran las cosechas y hubiera alimentos suficientes para todos, en realidad sus necesidades eran escasas, ya que tenían peces y aves y verduras y frutos en abundancia y sus viñedos les daban vinos y licores, no se necesitaban leyes. La ley del matrimonio era tan evidente que nadie soñaba siquiera en quebrantarla. ¿Quién iba a pensar en casarse con una mujer que no fuera de Ronda, y qué mujer consentiría en tener en sus brazos una criatura que pudiera nacer con los miembros regordetes y la piel floja de algún forastero del otro lado de la frontera?

Puede argumentarse que los rondeses se casaban entre sí, que un país tan pequeño como Cornwale estaba habitado por personas unidas todas por lazos de sangre. Esto no puede negarse. En realidad, resultaba obvio a todos los que conocieron bien a la Ronda de otros tiempos que, aunque no se comentara, muchos hermanos se habían unido a sus hermanas. Físicamente, el resultado parecía beneficioso, mentalmente no causaba perjuicio. En Ronda nacían muy pocos idiotas. Pero de acuerdo con los historiadores, estos ínter matrimonios eran la causa de la falta de ambición de los rondeses, de su contento más bien perezoso y de su falta de inclinación hacia la guerra.

¿Por qué pelear como decía Oído, cuando no nos falta nada? ¿Por qué robar, si mi bolsa está llena? ¿Por qué violar a una extraña si mi hermana es mi novia? Sin duda estos sentimientos podían parecer chocantes, y muchos turistas se sentían escandalizados al llegar a un país tan pleno de encanto sensual y tan vacío de principios morales, pero por mucho que criticara y por mucho que se disgustara, el turista terminaba por ser conquistado: no podía resistir la belleza. Los argumentos rodaban por tierra, y, cuando llegaba el momento de terminar sus vacaciones, el extranjero que participara de las aguas de la fuente se había convertido en otro prosélito. Se había descubierto en Ronda una actitud respecto a la vida que era tan generosa como hedonista, y de acuerdo con la cual alma y cuerpo vivían en perfecta armonía.

Y ahí residía la tragedia: el hombre occidental está constituido de tal manera que no puede tolerar la satisfacción. Es el pecado imperdonable. Siempre debe luchar por una meta invisible, ya se trate de confort material, de un Dios más grande y más puro, o de algún arma que lo haga dueño del universo. A medida que avanza su conciencia, aumenta su inquietud, su deseo de aferrar, encontrando cada vez más defectos en la cálida tierra de donde salió y a la que debe regresar, siempre deseoso de mejorar y por lo tanto de esclavizar a sus congéneres. Fue este veneno del descontento que acabó por infiltrarse en Ronda, nacido del contacto con el mundo exterior y alimentado hasta su madurez por los dos líderes revolucionarios: Markoi y Grandos.

¿Preguntan ustedes por qué se hicieron revolucionarios? Otros rondeses cruzaron las fronteras y volvieron sin sufrir cambio alguno. ¿Qué había de especial en Markoi y Grandos que engendrara en ellos el deseo de destruir a Ronda, que había permanecido virtualmente inmutable durante siete siglos?

La explicación es sencilla. Al igual que Edipo, Markoi había nacido rengo, con un pie torcido; por lo tanto sentía rencor hacia sus padres. Ellos lo habían traído al mundo como un ser mutilado y no podía perdonarles que no lo hubieran hecho hermoso. El niño que no puede perdonar a sus padres no puede perdonar al país que fuera su cuna, y Markoi creció con el deseo de lisiar a su país, tal como le había sucedido a él. En cuanto a Grandos, había nacido ambicioso. Se decía que no era de sangre pura y que su madre, en un momento que más valía olvidar, se había unido a un forastero del otro lado de los mares, que después se jactó de su conquista. Fuese o no verdad, Grandos heredó una naturaleza adquisitiva y una inteligencia rápida. En la escuela donde nunca se hacían distinciones,

impartiéndose la misma educación a todos, excepción hecha de la familia reinante, Grandos era siempre el primero de la clase. A menudo acertaba con las respuestas antes que el maestro. Esto lo volvió engreído. El niño que sabe más que su maestro, sabe más que el príncipe, y eventualmente llega a sentirse superior a la sociedad en que ha nacido. Los dos niños se hicieron amigos. Juntos cruzaron la frontera y viajaron por Europa. Cuando regresaron, seis meses después, ya la semilla del descontento que hasta entonces fuera subconsciente, había madurado y estaba lista para salir a la superficie. Grandos se orientó hacia la industria pesquera, y como era inteligente, descubrió que los peces del Rondaquiver, sana dieta de los rondeses y tan deliciosa para el conocedor, podían ser utilizados de otra manera. La espina dorsal, una vez abierta, tenía la misma curva que un portasenos de mujer, y el aceite, convertido en crema y perfumado con la flor Rovevula, se convertía en un producto de belleza capaz de nutrir el cutis más áspero y envejecido.

Grandos se inició en el comercio de exportación, enviando sus productos por todo el mundo occidental y llegó a ser muy pronto el hombre más rico de Ronda. Sus propias compatriotas, que hasta entonces nunca habían usado un portasenos ni una crema de belleza, fueron encandiladas por los avisos que insertaba en los diarios y comenzaron a preguntarse si su felicidad no sería mayor, si hicieran uso de tales productos. Markoi no se dedicó a la industria. Desdeñando el viñedo de sus padres, se convirtió en periodista y pronto fue nombrado editor del *"Ronda News"*. Este, en un principio, había sido una hoja donde se citaban los acontecimientos del día y se daban detalles de la agricultura y comercio de Ronda, agregándose un suplemento artístico tres veces por semana. Se acostumbraba a leerlo durante la siesta, ya sea en el campo o en los cafés. Markoi cambió todo esto. Seguían dándose noticias, pero con una intención sutil, una mofa de las costumbres tradicionales tales como pisar la uva (naturalmente, éste era un golpe destinado a sus padres) y en cazar peces con arpón, (esto para ayudar a Grandos, ya que el arpón dañaba la espina dorsal de los peces, y por lo tanto el comercio de exportación) y recoger la flor Rovevula (otra ayuda indirecta para Grandos cuya crema de belleza requería como ingrediente el corazón triturado de la flor, lo que significaba destruirla). Markoi fomentaba el destrozo de las flores porque le gustaba que se destruyeran las cosas hermosas y porque hería los sentimientos de los habitantes más ancianos de Ronda, cuyo pasatiempo favorito durante la primavera, había sido la recolección de flores y la decoración de sus casas, de la ciudad y del palacio, con los fragantes capullos. Este ingenuo entretenimiento era algo que Markoi no podía soportar y estaba decidido a darle fin, como así también a las otras costumbres por las que sentía desagrado. Grandos era su aliado, no porque sintiera odio alguno hacia las costumbres o tradiciones de Ronda, sino porque al hacerlo así, fomentaba su comercio de exportación, y, por lo tanto, se convertía en el más rico y poderoso de sus vecinos. Poco a poco los jóvenes rondeses fueron imbuidos de los nuevos valores de que el diario les hablaba, día tras día. La aparición del periódico también había sido muy bien calculada: ya no era vendido durante el medio día para ser hojeado y olvidado durante la siesta, sino a la caída del sol, en la plaza del palacio y en las aldeas, o sea a la hora en que el rondés bebe su Ritzo y, por lo tanto, es más susceptible y fácil de seducir. El efecto fue notable. Los jóvenes rondeses que hasta ese momento habían pensado en muy pocas cosas fuera de disfrutar de las dos estaciones más breves del año: las nieves del invierno y el verdor de la primavera, y hacer el amor en todo momento, comenzaron a poner en tela de juicio la educación que se les había dado.

"¿Habremos soportado preguntaba Markoi siete siglos de negligencia? ¿Se ha convertido Ronda en un paraíso de tontos? Cualquiera que cruce la frontera sabe que el verdadero mundo está más allá de nuestros límites: el mundo de las realizaciones, del adelanto. Los rondeses han sido nutridos con engaños durante demasiado tiempo. Somos únicos solamente como idiotas, despreciados por los hombres y mujeres inteligentes."

A nadie le gusta que lo llamen tonto. Las mofas producen vergüenza y duda. Los jóvenes más adelantados comenzaron a sentirse inseguros, y cualquiera fuera su ocupación, empezaron a dudar del valor de la misma.

"El que pisa la uva con los pies desnudos" decía Markoi, "se entierra a sí mismo. El que trabaja la tierra se cava su propia sepultura."

Como ustedes observarán, era un poco poeta y poseía la habilidad de convertir la filosofía de Oído en frases derogatorias.

¿Por qué es que a nosotros, los jóvenes y los fuertes, se nos mantiene deliberadamente bajo un sistema de gobierno que nos impide apropiarnos de los que nos pertenece? Todos podríamos ser líderes, y en cambio nos dejamos conducir. La inmortalidad que podría permitirnos regir el mundo se halla monopolizada por el falso personaje de un hombre que mediante ardid, es dueño de un secreto químico.

Cuando Markoi escribió esto el día del festival de primavera y se ocupó de que todos los hogares de Ronda recibieran un ejemplar de su diario, los habitantes ya no dudaron de que su pequeño mundo estaba por cambiar.

Es cierto... dijo un hombre a su vecino. Hemos sido demasiado indolentes. Durante siglos y siglos nos hemos contentado con lo que nos quisieron dar...

Mira lo que dice aquí, comentó una mujer a su amiga. Las aguas de la fuente podrían ser compartidas por todos y nadie tendría que envejecer. Hay más que suficiente para todas las mujeres de Ronda.

Nadie cometió la descortesía de atacar al Archiduque mismo, pero de todos modos, se hacía sentir una corriente subterránea de crítica e iba tomando cuerpo la convicción de que el pueblo de Ronda había sido engañado, mantenido en el sometimiento y, debido a esto, convertido, realmente, en el hazmerreír del mundo. Por primera vez en muchos siglos, el festival de primavera careció de su alegría esencial.

"Estas flores frívolas" escribía Markoi "reunidas por las masas trabajadoras de los hombres y mujeres de Ronda, con el sólo objeto de adormecer los sentidos de la generación más vieja y adular la vanidad de un solo hombre, podrían haber sido trituradas y destiladas para *nuestro* uso, para *nuestro* enriquecimiento".

"Los recursos naturales de Ronda deben ser explotados y vendidos en beneficio nuestro y de toda la humanidad".

Su argumento no carecía de lógica.

¡Qué desperdicio! susurraba la gente. Tantos pétalos de oro... el agua... todos los peces que pasaban del Rondaquiver al mar abierto, y cuyo espinazo podría haber servido para levantar los senos y apretar las caderas de las sueltas mujeres rondesas, que seguramente, y tal como decía el diario, debían ser objeto de mofa por parte del resto del hemisferio occidental.

Esa noche, por primera vez en la historia, la aparición del Archiduque en el balcón fue recibida en silencio.

¿Qué derecho tiene, cuchicheó un muchacho, para gobernarnos? ¿Acaso no está hecho de carne y hueso como nosotros? Es sólo gracias al elixir que se mantiene joven...

¿Sabes? musitó la joven que estaba a su lado, dicen que también tiene otros secretos. El palacio está lleno de ellos. No sólo se refieren a la prolongación de la juventud, sino al amor mismo...

Así nació la envidia, fomentada por Markoi y Grandos, y los turistas que cruzaban la frontera advertían el nuevo espíritu que reinaba ahora entre los rondeses, una irritabilidad y un mal humor que no se avenían a su hermoso físico. En vez de exhibir las costumbres nacionales con natural regocijo, comenzaron, por primera vez en la historia, a pedir disculpas por sus imperfecciones. Palabras importadas tales como "esclavizado", "atrasado", "retrógrado", eran usadas con un frecuente encogerse de hombros, y muchos turistas, con absoluta falta de intuición, agregaban combustible a las llamas del descontento, diciendo que los rondeses eran "pintorescos y raros".

"Denme un año", se decía que afirmaba Markoi. "Un año, nada más..., y haré caer el gobierno por la fuerza del ridículo".

Esto convenía a Grandos. En un año habría hecho contratos con todos los pescadores del Rondaquiver para que le vendieran los espinazos y el aceite de los peces atrapados en sus redes, y al término de ese mismo año, todos los recolectores de flores menores de diecisiete años habrían firmado contrato para entregar los corazones triturados de las flores Rovevula, cuyo aroma, Grandos convertiría en perfume y exportaría a los Estados Unidos. Junto con Markoi, combinados los esfuerzos del industrial y del periodista, controlarían el destino del pueblo rondés.

Recuerda, decía Grandos, que unidos somos invencibles, pero separados nos destruirán. Si me atacas en tu diario, yo venderé a los mejores postores del otro lado de la frontera.

Apenas entren al país, Ronda se mezclará con el resto de los europeos. Perderás tu poder.

Y no olvides tú, le contestaba Markoi que, a menos que apoyes mi política y compartas tu aceite de pescado y tu pasta de belleza, yo predispondré en tu contra a todos los jóvenes de la República.

¿República? preguntó Grandos levantando las cejas.

República, asintió Markoi.

El príncipe ha durado siete siglos, se atrevió a decir Grandos.

Puedo destruirlo en siete días, contestó Markoi.

Esta conversación no figura en los documentos relativos a la revolución, pero fue transmitida palabra por palabra, por vía oral.

¿Y el Archiduque? caviló Grandos. ¿Cómo haremos para deshacernos del inmortal?

Del mismo modo que de la flor Rovevula. Rompiéndolo.

Puede huir, dijo Grandos. Abandonar el país y reunirse con los otros exiliados en ese ridículo trasatlántico.

No, el Archiduque no, dijo Markoi. Te olvidas de la historia. Todos los príncipes que creen en la juventud eterna se ofrecen como víctimas.

No es más que un mito, comentó Grandos.

Así es, convino Markoi. Pero la mayor parte de los mitos tienen una base sólida...

En ese caso, siguió diciendo Grandos, no debe quedar vivo ni un solo miembro de la familia reinante. Uno solo bastaría para fomentar la reacción...

No, repuso Markoi. Debe quedar uno. No con fines de adoración, como tú pareces temer, sino a modo de espantapájaros humano. El pueblo de Ronda debe familiarizarse con la humillación.

Al día siguiente comenzó su campaña destinada a extenderse todo a lo largo de ese año, hasta que volviera el festival de primavera. Su finalidad era desacreditar al Archiduque a través de las columnas del "Ronda News", de manera tan sutil, que la gente del país absorbiera inconscientemente el veneno. El ídolo debía convertirse en el blanco de los ataques, la figura majestuosa era un objeto ridículo.

El camino a seguir era por medio de su hermana, la Archiduquesa. Mujer

---

hermosísima, sin un enemigo en el mundo, la llamaban la "flor de Ronda". La intención de Markoi era producir su degradación moral y física. Si consiguió o no su objeto, lo dirán ustedes mismos, si es que el tema les interesa.

¿Dicen ustedes que este hombre era un demonio? Tonterías, se trataba de un idealista...



El archiduque era mayor, en varios años que su hermana. Nadie sabía cuántos. De cualquier forma, todos los registros fueron quemados durante la Noche de los Grandes Cuchillos. Pero bien podían haber sido unos treinta años. Las fechas de los nacimientos de los archiduques eran guardadas en los archivos del palacio y la gente no sentía curiosidad alguna. Lo único que sabía era que el Archiduque de Ronda era inmortal en su esencia y que su espíritu pasaba a su sucesor. A través de los siete siglos había habido virtualmente un solo príncipe y el factor tiempo carecía de importancia. Tal vez la Archiduquesa Paula no era la hermana del Archiduque, sino su tataranieta. Ustedes deben comprender que la relación carecía realmente de importancia, pero era de sangre real y desde un principio había sido considerada como su hermana.

Los turistas del otro lado de la frontera siempre se sentían intrigados por la familia reinante de Ronda. ¿Cómo podían existir, se preguntaban, siglo tras siglo detrás de esos muros del palacio, y en esos jardines, por cierto muy hermosos, de acuerdo a lo que se veía desde afuera, y allí arriba, en el chalet del Ronderhof, durante la temporada de esquí y en pleno verano, y sobre la isleta del Rondaquiver cuando los peces se estaban reproduciendo? ¿Qué hacían todo el día? ¿No se aburrían nunca? Además de escandalosos, ¿no serían aburridos los matrimonios entre parientes? y, ¿cómo sería el protocolo?, ¿muy rígido? ¿Se hallaban enquistados en ceremoniales?

Cuando se hacían esas preguntas a los rondeses, éstos son- reían y contestaban:

Verdaderamente no lo sabemos. Creemos que son felices, tal como lo somos nosotros. ¿Por qué no? ¿Por qué no realmente? Otras naciones entre las que incluyo a todas las europeas y a los ciudadanos de los Estados Unidos, o sea las razas llamadas civilizadas, no podían entender la felicidad. Les resultaba imposible comprender que un hombre o una mujer rondeses, ya se ocuparan de dirigir un café en la Capital o de cuidar de una viña en las laderas del Ronderhof, o de manejar una caña de pescar en el Rondaquiver, o viviera como príncipe o princesa menor detrás de los muros del palacio, se sentía satisfecho con su suerte y amaba la vida. Esa era la verdad fundamental: amaban la vida. "No es natural" he oído decir a los turistas, "vivir como viven los rondeses. Si comprendieran lo que el mundo tiene que soportar día a día..." Si bien se mira, se trata de un punto de vista bastante mezquino. Los rondeses no lo sabían ni les importaba. Se sentían felices. Si el resto del mundo prefería hacinarse en casillas o en casas prefabricadas y luego hacerse pedacitos, era asunto de ellos. *Tandos pisos*, lo que puede traducirse como: "¿Qué me dicen?"

Volviendo a la familia real, es verdad que se casaban entre ellos, tal como el resto de los rondeses: primas con primos y parientes aún más cercanos, pero habían llevado la vida emocional a tal fineza de interpretación que los métodos más groseros del llamado hacerse el amor, eran difícilmente usados, y sólo cuando era menester asegurar el nacimiento de un príncipe. Detrás de los muros palaciegos no había ninguna clase de congestión, por cuanto no existía la necesidad de engendrar. Con respecto al aburrimiento, curiosa suposición de los turistas, es imposible aburrirse cuando se es feliz.

En la familia real de Ronda todos eran poetas, pintores, músicos, esquiadores, conductores de automóviles, zambullidores, jardineros... Cualquiera fuese el placer que los atraía, se lo procuraban y disfrutaban en consecuencia. No existía la competencia y, por lo tanto, los celos eran desconocidos. Con respecto al protocolo, he oído decir que no existía. El Archiduque efectuaba sus apariciones nocturnas en el balcón y eso era todo. Naturalmente, era dueño del elixir y no sólo en lo que se refería a la fórmula en sí, sino también a las aguas de la fuente. La gruta de donde provenía el agua era propiedad real y administrada enteramente por el Archiduque y su equipo de expertos, gente de la montaña que ya habían sido entrenados en el oficio por sus propios padres. Por este motivo, tomar posesión de la gruta era la finalidad primordial de Grandos. La familia real no era en

manera alguna de mentalidad estrecha ni rústica. La biblioteca del palacio y qué crimen fue quemar los libros muchos de ellos ejemplares únicos, había sido enriquecida por cada uno de los príncipes, a través de los siglos. El *standard* de educación entre los jóvenes príncipes y princesas hubiera asombrado hasta a un profesor francés.

La Archiduquesa Paula se encontraba excepcionalmente dotada, aún tratándose de una princesa redonda: hablaba cinco idiomas, tocaba el piano y cantaba muy bien. Un famoso coleccionista inglés que adquirió una de las cabezas de bronce que escaparon a la destrucción durante la Noche de los Grandes Cuchillos, opinó que el escultor había sido un genio. Se tiene entendido que era obra de la princesa. Esquiaba, naturalmente como todos los rondeses, nadaba y andaba a caballo, pero desde su nacimiento había en esta princesa de sangre real algo que encendía la imaginación del pueblo y la hacía especialmente querida. Por de pronto, se decía que su madre había muerto al darla a luz, seguida poco después por el padre. En segundo lugar, el Archiduque, su hermano si es que lo era, no se había casado y por lo tanto dedicaba preferente cariño a la niña cuyo nacimiento coincidía con su ascensión al trono local. En ese tiempo no había criaturas de corta edad en el palacio, ya que las generaciones anteriores habían crecido y estaban casadas, y Paula, nacida del antiguo Archiduque y una de sus sobrinas, fue la primera criatura que naciera en el palacio después de casi quince años. La gente comenzó a darse cuenta de su existencia poco a poco: una niñera que tenía en sus brazos a un bebé se asomaba a las altas ventanas del palacio; un chiquillo, al recoger flores de Rovevula vio un cochecito en los jardines reales. Las historias siguieron hilvanándose y poco después se vio a una niña de cabellos de oro patinando y esquiando en las laderas del Ronderhof, zambulléndose en el Rondaquiver y, lo que es más íntimo y encantador aún, dando la mano al Archiduque antes de que éste efectuara su aparición nocturna en el balcón del palacio. Llegó a saberse que se trataba realmente de la última criatura nacida en el palacio de Ronda, hermana del actual Archiduque, o sea la pequeña Archiduquesa Paula.

A medida que pasaban los años y la niña se convertía en mujer, se multiplicaron las leyendas y las historias. Siempre bien intencionados y divertidos, los cuentos iban pasando de rondés en rondés: cómo la Archiduquesa Paula había saltado las cataratas del Ronderhof en su punto más alto y peligroso, el salto del Ronda que hasta ahora sólo fuera intentado por los mejores atletas; cómo la Archiduquesa Paula había recogido las ovejas que pastaban en las colinas de la ciudad, y las había dejado sueltas en los viñedos; cómo había colocado redes en la parte más alta del Rondaquiver a fin de que los peces no pudieran huir y al día siguiente los chacareros se encontraron con que sus campos rebosaban de peces; cómo la Archiduquesa había colocado coronas de flores de Rovevula en las cabezas de las estatuas sagradas de la galería de retratos del palacio; como se había deslizado en el dormitorio del Archiduque y escondido su uniforme blanco, rehusando decir dónde lo había guardado, hasta tanto él no le dio a beber un sorbo del elixir.

Tal vez no habría una palabra de verdad en ninguno de estos cuentos, pero encantaban a los rondeses. En todas las casas se veía un medallón con su imagen. Cuando los turistas preguntaban, los rondeses contestaban con orgullo: "Es nuestra Archiduquesa". Nunca decían la Archiduquesa, sino *nuestra* Archiduquesa.

Se convirtió en benefactora equivalente a la madrina cristiana de casi todas las criaturas nacidas en Ronda. Todos sus ahijados recibían, el día de su cumpleaños, una botellita de agua de la fuente y un mensaje de buenos deseos, y cuando se casaban, les obsequiaba cristales de rocío. Esta costumbre era considerada repulsiva por los turistas anglosajones, pero los europeos la encontraban divertida.

Como el Archiduque y su hermana simpatizaban tanto, los rondeses consideraban muy natural que algún día se casaran. Esto era conceptuado tan escandaloso por los turistas del hemisferio occidental, que se inició un movimiento entre las iglesias europeas y norteamericanas, para prohibir que se visitara Ronda, pero no dio resultado. De todas maneras, si no se hubiera producido la revolución, es seguro que la Archiduquesa se hubiera casado con su primo hermano Antón, campeón de esquí y poeta. Un criado que consiguió escapar con vida durante la Noche de los Grandes Cuchillos, dijo que estaban enamorados desde hacía años.

Markoi lo sabía. Un periodista tiene espías en todas partes, aún dentro de un palacio. Sabía muy bien que bastaría la boda entre la Archiduquesa y su primo Antón o entre la Archiduquesa y el Archiduque para mantener a la casa reinante en el poder, por lo menos durante otra generación. Los rondeses creían en el amor romántico. Nada podía haber de más romántico que un ser inmortal que pasaba su juventud eterna cortejando a su amada, pero si así no lo deseaba, no era cosa de ellos. Entonces podría bendecir las nupcias de su hermana con el elegido de su corazón, y sus súbditos lo celebrarían. Por lo tanto, Markoi tenía que actuar con toda sutileza y propagar su evangelio entre los jóvenes, antes que semejante matrimonio se produjera.

Durante las primeras semanas de su campaña, publicaba en el "Ronda News" una columna diaria con respecto a las actividades de la Archiduquesa. La columna era bastante inocua y nunca se criticaba directamente al Archiduque, limitándose a implicar que no todo marchaba bien en torno al ídolo del pueblo rondés. Se decía que la Archiduquesa parecía pálida, meditabunda; que, asomada a las ventanas del palacio, miraba con aire melancólico a la gente que paseaba libremente por las calles. ¿Podría ser que se hubiera producido un alejamiento entre la Archiduquesa y su hermano y que ella estuviera tratando de eludir la íntima alianza impuesta por el protocolo del palacio?

"La Flor de Ronda" se atrevió a decir Markoi "pertenece al pueblo rondés. Si tuviera libertad se casaría con un plebeyo, pero las antiguas tradiciones se lo impiden. La niña más hermosa del país no será nunca libre".

A decir verdad, la noche en que apareció semejante manifestación en el "Ronda News", la Archiduquesa se encontraba en el chalet del Ronderhof en compañía de su primo Antón. Se hallaban solos, pasando unas breves vacaciones de amor para descubrir la profundidad de sus sentimientos. Pero nadie lo sabía fuera del palacio. Por lo tanto, la ausencia de la Archiduquesa, generalmente saludaba desde la ventana, resultó tanto más evidente. ¿Había caído en desgracia? O, peor aún, ¿estaba prisionera? Markoi hizo circular el rumor de que la Archiduquesa se hallaba en las montañas, vigilada, y que así seguiría hasta que se sometiera a la voluntad del Archiduque y se convirtiera en su consorte. La niña mimada de los rondeses debía ser castigada y dominada. Durante varios días se discutió vivamente el pro y el contra del caso, y los partidarios de Markoi y Grandos se ocupaban de avivar los argumentos.

Siempre ha sido así y seguirá siéndolo, decía la gente mayor y más conservadora, gente de las colinas o de la aldea. La Archiduquesa se calmará y engendrará un hermoso inmortal. Los matrimonios de distinta sangre no sirven para nada. Miren, si no, lo que sucede con los europeos y los norteamericanos...

Pero, ¿por qué negarles el derecho de ser felices? argüía la *intelligentzia* de la Capital. ¿Por qué no ha de tener libertad de escoger? ¿Acaso no somos, en la mayoría, tan cultos y capaces como sus consanguíneos? Si la Archiduquesa desea a uno de nosotros, ¿por qué no puede hacerlo suyo?

¿Quién dice que desea a uno de ustedes? interponía la gente de las colinas.

Todo el mundo, contestaban los exaltados.

El Ritzo de la noche, al enardecer la sangre, convertía lo probable en un hecho constatado. Los jóvenes de la Capital, mirándose en el crepúsculo, se preguntaban cuál de ellos podía haber atraído a la "Flor de Ronda". Los rumores indicaban tan pronto uno como otro. En las nieves más altas del Ronderhof se había encontrado un pañuelo con un mensaje: "¡Sálvenme!" Dentro de una flor de Rovevula, arrojada por sobre los muros del palacio, se había encontrado un pendiente. Una medalla de la Archiduquesa con las palabras "Te amo", había caído en medio de un grupo de jóvenes cazadores que volvían, al amanecer, de una partida de caza, y ninguno de ellos supo a quién iba destinada la medalla, ni desde qué sitio había sido arrojada. ¿Cómo podemos salvarla? ¿A quién de nosotros ama? Es fácil adivinar como se inflamaban las pasiones, y era sembrada la semilla revolucionaria. Cuando el Archiduque aparecía en el balcón, era recibido en silencio. Hasta



los viejos se mantenían alejados, o se retiraban.

Entonces Markoi cambió de táctica. Durante una semana, el tema de la Archiduesca fue dejado de lado. En cambio, se discutieron las propiedades de las aguas de la fuente. "Hombres de ciencia del norte de Italia" decía un artículo de fondo "que han analizado recientemente las aguas de la fuente Rondesa, manifiestan que contienen minerales de un valor hasta ahora desconocido por el pueblo rondés. No estamos en condiciones de afirmar si el Archiduque los conoce o no. Pero, de acuerdo a la evidencia, parecería que sí. Según dicen estos hombres de ciencia, tales minerales prolongan no solamente la vida sino también el amor y confieren inmunidad a las enfermedades. Tales hombres de ciencia se manifestaron asombrados de que estas aguas tan valiosas fueran propiedad de un solo hombre". El artículo seguía dando detalles técnicos de los minerales y terminaba declarando el beneficio que podrían proporcionar a todo el mundo.

Una vez más, y mientras leían las noticias bebiendo el Ritz de la noche, viejos y jóvenes disintieron en sus opiniones.

Con respecto a las aguas de la fuente decían los cautelosos y maduros chacareros y viñateros por lo menos tenemos la certeza de que en manos del Archiduque están seguras. Quién sabe lo que sucedería si pasaran a manos de otra persona. No se puede jugar con los minerales, sean sólidos o líquidos. Vaya, si hasta podría ser que hubiera algo en esas aguas, capaz de hacernos volar por el aire...

Precisamente, replicaban los exaltados de la Capital, ¿cómo es posible que todo ese poder esté en manos de un solo hombre? El Archiduque puede mantenerse joven, ¿no es cierto? En cambio, nosotros vivimos como todo el mundo, envejecemos y morimos. Nada de inmortalidad para el pueblo...

El Archiduque morirá como todos nosotros decían los ancianos. Cuando la enfermedad lo alcance, desaparecerá.

Algún día... decían los jóvenes, después que se haya apoderado de todo lo que quiere en la vida, incluso de su propia hermana, si no es su nieta. ¿Por qué no podemos nosotros llegar a los cien años sin cambiar de aspecto?

Porque no sería bueno, contestaban los viejos, tranquilamente. No sabríamos qué hacer con el don de la juventud eterna.

¿Por qué no? gritaban los jóvenes y las muchachas ¿Por qué no? ¿Acaso sabe hacerlo él?

Y se embarcaban en interminables discusiones. Una vez que todo había sido dicho y hecho, ¿qué tenía de notable el Archiduque? Aparecía todas las noches en el balcón y eso era todo. Lo que hacía dentro del palacio nadie lo sabía. Tal vez era un tirano, que sometía a su férula a sus parientes más jóvenes o un monstruo, que asesinaba a sus parientes más ancianos para que nunca pudieran revelar el secreto de su edad. ¿Quién había visto nunca el cementerio del palacio? ¿Qué hechos secretos se cometían en los altillos, en los sótanos, en esas fortalezas de la montaña, en ese islote rodeado de rocas del Rondaquiver? ¿Qué complots se tramaban? ¿Qué veneno se destilaba?

Los rumores pueden convertir en cobardes a los más valientes y sembrar el pánico entre los más serenos. Markoi observaba el resultado de su propaganda, manteniéndose apartado y limitándose a contestar, al ser interrogado, que él estaba obligado a imprimir la opinión pública. En cuanto a sí mismo, no tenía nada que decir.

"Es alarmante" decía otro editorial, "pensar que estas propiedades minerales del agua del Rondaquiver podrían y utilizamos el término *podrían* intencionadamente, ya que no sugerimos que semejante cosa se haya hecho, ser vendidas a una potencia extranjera a ocultas del pueblo, y, eventualmente, utilizadas contra este mismo pueblo. ¿Quién puede impedir al Archiduque, si lo deseara, salir de Ronda, llevarse la fórmula, o bien entregar toda la instalación de las fuentes a alguna otra potencia, a cuya merced quedaríamos? El

pueblo de Ronda no tiene intervención en su propio destino. Vivimos al borde de un abismo que en cualquier momento puede devorarnos. ¡Es hora que el pueblo de Ronda sea dueño de las fuentes! ¡Mañana será demasiado tarde!"

Fue en ese momento que Grandos empezó a participar de la campaña. Escribió una carta al "Ronda News" expresando su alarma por el hecho de que uno de sus mejores capataces, a cuyo cargo estaba la fábrica junto al Rondaquiver, donde se preparaban los espinazos de pescado antes de ser enviados para su manufacturación, había aparecido ahogado: su cuerpo, con una piedra atada al cuello, había sido arrastrado por las aguas hasta la boca del río. Era un hombre feliz, padre de familia, y no tenía motivos para haberse quitado la vida. ¿Podría tratarse de un delito? En ese caso, ¿quién era el responsable? El día anterior se lo había visto hablando con un criado del palacio; ese criado había desaparecido. ¿Sería posible que ciertos personajes (la palabra Archiduque no era mencionada) desearan obtener los secretos de la nueva y próspera industria pesquera, que beneficiaba a tantos habitantes, y someterla a su control? ¿Qué debía hacer Grandos? ¿Se esperaba que entregara su industria al monarca, sin decir una palabra?, o bien, en caso contrario, ¿debía permitir que sus obreros fueran asesinados? Que las fuerzas gubernamentales controlaran las aguas de la fuente, era una cosa. Podría ser injusto y hasta peligroso, pero no era asunto de la incumbencia de Grandos, pero sí lo era su propia industria pesquera, obra de sus manos, que nada debía a tradición alguna, y deseaba que el pueblo de Ronda le aconsejara sobre cómo debía actuar si uno de sus capataces era nuevamente amenazado.

La carta no pudo haber sido publicada en momento más oportuno. Las aguas de la fuente... Bueno, era un tema muy importante y seguiría siendo discutido. Pero que apareciera un hombre ahogado y presumiblemente asesinado, y se amenazara la industria de las espigas de pescado, esa era otra cosa. Desde todas partes del país llovieron cartas al "Ronda News". Si la industria pesquera se hallaba amenazada, ¿qué cabía esperar para las viñas? ¿Para la industria vitivinícola? ¿Y los cafés? ¿Es que ya no habría más seguridad para hombre alguno?

Grandos contestó las cartas agradeciendo a todos los corresponsales su cálido apoyo en pro de la libertad de acción, y agregó que había colocado guardias en su fábrica del Rondaquiver.

¡Guardias frente a la fábrica!... ¡Jamás se había hecho tal cosa, excepto en el palacio! La gente de edad se sintió tremendamente agitada, pero los jóvenes estaban jubilosos.

Ahora verán decían. No pueden privarnos de nuestros derechos. ¡Viva Grandos y el derecho de cada hombre a trabajar por su cuenta!

Cuando decían *ellos*, se referían, por supuesto, al Archiduque. El hecho de que éste nunca hubiera amenazado a nadie, ni ayudado a individuo alguno, ni demostrado el menor interés por la industria de la espina de pescado, excepto para hacer bromas con la Archiducesa respecto a las mujeres que necesitaban sostén pectoral, no era comprendido por el pueblo, que ya estaba completamente convencido por lo que leyera en el "Ronda News".

Había llegado el momento de enviar una delegación al palacio, y mediante ciertas maniobras de Grandos y Markoi, que no participaron directamente en la misma, un grupo de jóvenes se constituyó ante las puertas del palacio y entregó una protesta, firmada por los hijos e hijas de los principales ciudadanos de Ronda, solicitando una declaración de política por parte del Archiduque.

Parte de este documento decía lo siguiente: "¿Estaría dispuesto el Archiduque a dar su palabra de honor en el sentido de que los derechos y libertades del pueblo rondés no serán atacados, y que no se realizará tentativa alguna para controlar las nuevas industrias que están convirtiendo a la progresista Ronda en el país más emprendedor de toda Europa?"

Al día siguiente apareció este comunicado en las puertas del palacio: "Cualquier intento dirigido a controlar las industrias de Ronda, o a atacar los derechos y libertades del pueblo rondés, en vigencia desde hace siglos, no provendrá del Archiduque".

Los jóvenes rondeses no se dejaron impresionar. La contestación era tan tersa, tan fría, que casi equivalía a un insulto. Además, ¿qué quería decir? ¿Quién, fuera del Archiduque, intentaría controlar las industrias y los derechos del pueblo? A una protesta de una media docena de páginas se contestaba con una docena de palabras. El "Ronda News" insinuó que se había asestado una cachetada a la juventud rondesa.

"Para protegerse, las clases privilegiadas se aferran a símbolos caducos" decía un artículo de la primera página. "De ahí la mística del uniforme, de la solitaria aparición en público, el rito de los matrimonios consanguíneos. Pero la juventud de Ronda ya no puede llamarse a engaño. El poder de acción reside en sus manos. Los que desean mantener su propia juventud y pasar el secreto a las generaciones futuras, saben que la respuesta está en la gruta del Ronderhof, y la llave en los laboratorios del palacio de Ronda".

Este fue el ataque más directo dirigido al Archiduque, que se hiciera hasta entonces. Al día siguiente no se habló más del asunto, dándose preferencia a un artículo de botánica relativo a la flor Rovevula que, como decía el autor, se hallaba en peligro de perder su brillo y aroma, debido a la contaminación de ciertas partículas radioactivas producidas como consecuencia de las avalanchas de nieve procedente de las alturas del Ronderhof. Todas estas avalanchas tenían lugar siempre en la ladera Oeste de la montaña, nunca sobre la del Este. El motivo era que la ladera este se mantenía en condiciones especiales, para que la familia real pudiera practicar el esquí y los saltos acuáticos.

"La caída natural de la nieve" decía el botánico "es hacia el Este. Pero como semejante cosa interferiría con los placeres de los privilegiados, se sabe que los guardas montañeses han recibido órdenes en el sentido de desviar hacia el Oeste toda avalancha que amenace los campos de esquiar. El hecho de que tales avalanchas puedan resultar perjudiciales para la industria de las flores, en las laderas del este, parece no importar a nadie, como tampoco que la contaminación debida a la nieve radioactiva perjudique a los jardineros y quinteros de Ronda".

Este artículo dio lugar a una rápida contestación por parte de uno de los principales floristas del país, quien manifestó que siempre había tenido entendido que la nieve era precisamente la causa de la especial textura de los pimpollos de Rovevula y, por tal motivo, las avalanchas habían sido muy apreciadas por sus antepasados. ¿Acaso habían estado equivocados?

"Muchos tememos", dijo el "Ronda News" "que nuestro corresponsal esté mal informado y sus antepasados imbuidos de una falsa tradición. Pruebas recientemente realizadas demuestran que la nieve es perjudicial para el pimpollo, y una cantidad de obreros de la fábrica Grandos que se ocupan de triturar la Rovevula para convertirla en pasta y exportarla, han resultado con una afección en las palmas de las manos, producida por una sustancia irritante que se teme contenga partículas de polvo radioactivo".

El diario reproducía una alarmante fotografía de la piel de la mano de un hombre afectado de eczema. Este eczema había hecho su aparición después que el hombre triturara un pimpollo de las laderas del Ronderhof. El individuo había perdido el uso de esa mano y se afirmaba que se hallaba gravemente enfermo.

De inmediato, Grandos comunicó que facilitaría guantes a sus obreros, a fin de que no corrieran el riesgo de contaminarse, si es que la flor Rovevula era realmente radioactiva.

"El pueblo de Ronda puede enorgullecerse, dijo entonces el diario, de que por lo menos un ciudadano de este país, haya tomado a pecho el bienestar del hombre de la calle. Aprovechamos esta oportunidad para saludar al señor Grandos".

Y ¿qué pasaba con la Archiduquesa durante todo este tiempo? ¿Había sido

olvidada? Uno de los sirvientes del chalet, que huyó durante la Noche de los Grandes Cuchillos, yendo a refugiarse en Europa Oriental, contó a los que lo protegieron, que había tenido la buena fortuna de estar al servicio de la Archiduquesa y de su primo Antón durante el breve noviazgo.

"Nunca hubo dos personas tan felices" se supone que dijo, "ni más ingenuas en su amor. Esquiaban en las altas laderas y nadaban en los estanques, y por la noche, yo y mi compañero, después asesinado, les servíamos los jóvenes peces de las altas aguas del Rondaquiver preparados en hojas de Rovevula y el jugo fermentado de las uvas blancas que se cultivan en el Ronderhof. El Archiduque había puesto a disposición de los novios sus propias habitaciones cuyas ventanas y balcones miraban hacia el Este y hacia el Oeste. Podían ver la salida y la puesta del Sol, pero en rigor de verdad, la Archiduquesa misma me contó que no habían visto ninguna de las dos cosas".

Este relato fue publicado en la prensa norteamericana después de la revolución, y aunque se dijo que era una patraña, muchos ancianos lo creyeron.

A principios de marzo, la Archiduquesa y su primo Antón volvieron del chalet de las montañas y ocuparon nuevamente sus habitaciones del palacio, para prepararse para la boda. Naturalmente, éste fue un error por parte de la Archiduquesa: ambos debieron haberse quedado en la montaña. Pero la Archiduquesa, tan llena de felicidad, deseaba compartir su buena suerte con el pueblo de Ronda. No sabía con qué rapidez podía este pueblo cambiar de actitud. Después se dijo que el Archiduque la había puesto sobre aviso, pero que ella no prestó atención: "Siempre he amado al pueblo y el pueblo me ha amado a mí". Se sabe que, efectivamente, dijo esto. Siguiendo un impulso porque era feliz y estaba enamorada, tomó de la mano a su príncipe Antón y salió a la ventana superior del palacio, sonriendo y saludando con la mano, la noche misma de su regreso. El pueblo y los turistas se hallaban reunidos como de costumbre, y de repente, al levantar la cabeza, vieron a la Archiduquesa Paula de quien les habían dicho que estaba en desgracia, hasta prisionera, con Antón a su lado. Ella se retiró de inmediato, llamada desde las sombras, tal vez por el mismo Archiduque. De inmediato todo el mundo empezó a hablar y a hacer preguntas.

¿Entonces no está prisionera? preguntó alguien. Sonreía cuando la vimos, y el que estaba al lado, era Antón, el campeón de esquí y poeta. ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Están enamorados, entonces?

Tales momentos podrían haber sido desastrosos para Markoi, que esa noche misma estaba sentado en la plaza, con unos amigos. Tomó unos sorbos de Riivi nunca probaba el Ritzo, ni alcohol alguno: el Riivi era un preparado de hierbas, bueno para la bilis. Pero fue lo suficientemente inteligente como para sonreír y decir lo menos posible: es parte de un plan dijo. Mañana habrá algún anuncio del palacio. Esperen y verán.

A la mañana siguiente la pizarra que había a la entrada del palacio, decía brevemente que se había convenido el matrimonio de la Archiduquesa Paula, amada hermana del Archiduque, con su primo Antón, el que se realizaría a la brevedad.

Markoi sacó una edición del mediodía: "Lo que este diario anunciara, se ha realizado", se leyó en la primera plana, con letras de gran tamaño. "La Flor de Ronda, contra su voluntad, ha sido sometida a un matrimonio de conveniencia, con un miembro de su misma familia. Semanas de confinamiento solitario han terminado por quebrar el espíritu de esta joven, hermosa y valiente. Su manifiesto deseo de contraer enlace con un plebeyo y darse al pueblo de Ronda, ha sido cruel y brutalmente ignorado. ¿Quién puede saber los métodos utilizados, dentro del palacio, para someter a la Archiduquesa Paula? Estos mismos medios han sido usados, tal vez durante años, o durante siglos, por fanáticos aferrados al poder, con el objeto de dominar a sus jóvenes parientes. Antón, futuro esposo y favorito del Archiduque desde la infancia, debe haber concertado, indudablemente, un arreglo privado con el monarca, meses atrás, para compartir su esposa y, por lo tanto, garantizar la sucesión. El pueblo de Ronda ha perdido a su Archiduquesa. La Archiduquesa ha sido robada al pueblo".

Esa noche se produjeron en la Capital los primeros disturbios: se incendiaron edificios; se rompieron las vidrieras de los cafés; y los ancianos que suplicaban calma y orden, fueron castigados. No se produjo ningún ataque al palacio. La guardia imperial permaneció en su sitio, pero la banda no tocó el himno nacional y por primera vez, el Archiduque no apareció en el balcón.

Por la mañana, la multitud, que con aire sombrío se hallaba reunida a las puertas del palacio, leyó la comunicación fijada allí por el guardián. Estaba escrita por la propia mano de la Archiduquesa y decía: "Quiero que el pueblo de Ronda sepa que amo a mi primo Antón, que nuestra luna de miel, previa al matrimonio fue sumamente feliz, y que este matrimonio a celebrarse muy pronto es de mi propia elección".

La gente se quedó mirando el anuncio. No sabían qué pensar. Pero los agitadores, distribuidos aquí y allá por Markoi y Grandos, empezaron a propagar rumores: "La obligaron. Tuvo que escribirlo porque la amenazaron. ¡Qué luna de miel prenupcial ni qué niño muerto! Prisionera forzada del campeón de esquí: Antón. Ese chalet en la montaña debía ser quemado hasta los cimientos".

Ese mediodía no hubo ninguna edición del "Ronda News". La edición de la noche no hacía referencia alguna al comunicado de la Archiduquesa. Un párrafo breve, insertado en letra menuda, decía: "La Archiduquesa Paula ha notificado su aceptación de la mano de Antón, amigo íntimo del Archiduque. El matrimonio se efectuará de inmediato, si es que no se ha realizado ya. El pueblo de Ronda sacará sus propias conclusiones".

La página central se dedicó casi exclusivamente al relato de los nuevos casos de eczemas aparecidos en las palmas de las manos de los obreros de Ronda. De acuerdo al "Ronda News", también habían aparecido casos de eczema entre los obreros de la industria de las espinas. La administración se encontraba muy preocupada y había ordenado la paralización inmediata de ambas industrias, hasta tanto se hiciera una investigación. Se publicaba una fotografía de Grandos, acariciando la cabeza de una criatura, hija de un obrero de las flores, a la que obsequiaba con un par de diminutos guantes.

Al día siguiente los turistas empezaron a abandonar el país, y los hoteles de las islas del Rondaquiver quedaron vacíos.

No queremos contagiarnos del eczema, se quejaron muchos turistas. Nos dijeron que podemos enfermarnos. Uno de los pescadores ha sido informado por persona autorizada que los peces del río están contaminados. Tiene algo que ver con la nieve de la montaña...

¡Qué lástima que vuestra pequeña Archiduquesa, dijo uno de los visitantes más románticos, sea obligada a casarse con un hombre que detesta! ¿Es verdad que está terriblemente enamorada del dueño de un café? En los Estados Unidos podría casarse con él...

Amigos de Markoi y de Grandos se mezclaron con la multitud, en el aeropuerto y puestos de la frontera.

Es mejor que se vayan de Ronda insinuaban. Tenemos entendido que va a haber disturbios. El Archiduque está de mal humor. Si el pueblo demuestra su disgusto por este matrimonio forzado, vaya a saber qué es lo que es capaz de hacer.

Pero, ¿qué puede hacer? objetó el más complaciente de los turistas. No tiene un ejército que merezca tal nombre; nada más que esa guardia imperial vestida como para un desfile...

Los agitadores asumieron una expresión grave: ustedes olvidan contestaron, que es el dueño de las aguas de la fuente. Si se le ocurre abrir los diques, puede inundar todo el país. Mañana mismo Ronda puede amanecer bajo las aguas.

Tan grande fue la demanda de pasajes, que las diferentes compañías de

aeronavegación tuvieron que hacer cambios en sus rutinas habituales de vuelo y enviar aviones especiales a Ronda. Un barco de los Estados Unidos ancló frente a la boca del Rondaquiver para transportar a todos los norteamericanos que no pudieron conseguir pasaje en los aviones. En cuanto a los habitantes de Ronda, permanecían en calma, pero se sentían confusos y ansiosos, y los rumores de inundación circulaban por todo el pequeño principado.

¿Será capaz de hacerlo? se preguntaban. ¿Podría llegar a abrir las compuertas?

Los habitantes de la planicie levantaban la mirada hacia el Ronderhof, silencioso y remoto. Los habitantes de las colinas salían de sus chalets y escuchaban las caídas del agua que bajaba en cascadas desde las grandes grutas.

"¿Y si sucediera? ¿A dónde iríamos?"... ¿Quién podría salvarse?

Ronda, el paraíso de los tontos, conoció el miedo por primera vez.

---

## IV

Lo que hay que comprender es que la revolución no fue producida por facción alguna. Indudablemente los líderes entre bastidores, eran Markoi y Grandos, pero en cuanto a la gente misma se hallaba dividida en grupos, de acuerdo a su forma de vida y a sus intereses.

Los jóvenes románticos que formaban la mayor parte de la población de la capital, creían que la Archiduquesa Paula, la "Flor de Ronda", había sido obligada a contraer un enlace que le era odioso, para cumplir con la tradición pero que en realidad había dado su corazón a uno de ellos. Tengan presente que nadie conocía al amante secreto, pero se decía que era el hijo de un ciudadano prominente. Ninguno de los jóvenes de la capital estaba dispuesto a poner en evidencia el hecho de no ser el elegido. Se hizo moda andar con expresión misteriosa o melancólica, llevar una flor Rovevula en el ojal, o quedarse sentado por la noche, bebiendo un Ritzo y contemplando tristemente las ventanas del palacio.

Los más prácticos, que por lo general formaban parte de la industria se sentían preocupados por el capataz que apareciera ahogado en la pescadería y por el eczema descubierto en las manos de los otros obreros. Era perfectamente cierto que habían aparecido brotes de eczema entre los obreros del pescado y de las flores, y el motivo era muy sencillo: las espinas eran afiladas y contenían una sustancia capaz de irritar las epidermis sensitivas, mientras que el corazón de la flor de Rovevula, al ser triturado, producía un jugo venenoso. Grandos había elegido industrializar precisamente los dos recursos naturales que, por su misma índole, resultaban inadecuados a los fines de fabricación. Si los rondeses hubieran comprendido esto, se hubieran encogido de hombros, y diciendo: *tandos pisos*, habrían abandonado las fábricas. Grandos sospechaba la verdad, aunque no tuviera la certeza. Pero los industriales tienen el don de pasar por alto todo mal en potencia que pueda afectar sus finanzas.

Los rondeses progresistas se sentían muy disgustados porque habían leído en el "Ronda News" que las nuevas industrias podrían fracasar debido al egoísmo del Archiduque, que deseaba poseer el control de las mismas. Los de espíritu independiente eran informados por el mismo diario de que sus libertades estaban en peligro. Y en cuanto a los de mentalidad más sencilla, bastaba la sola idea de las inundaciones, la destrucción de cosechas y viñedos, el peligro para el ganado y hasta para la vida humana, para inducirlos a plegarse a cualquier facción que les ofreciera alguna promesa de seguridad.

El temor a la inundación y el hecho de que la misma fuera producida por el Archiduque en un acceso de ira, fue el gran factor que convirtió a los rondeses más viejos en revolucionarios. La certeza de que las aguas de la fuente contenían propiedades que podían darles juventud eterna y que eran retenidas por un solo príncipe para su uso particular, fue el principal motivo para convertir a los jóvenes en revoltosos. La Archiduquesa era una figura nominal: representaba la belleza sometida por la bestia. Era el grito, la voz de alarma. No resultaba difícil observar como todos los hilos convergían en una sola finalidad: el derrocamiento y la destitución del Archiduque. Se acercaba el festival de primavera. En lo íntimo de su corazón, todos sabían que algo estaba por suceder. Las nieves de invierno del Ronderhof se derretirían, como sucedía siempre a principios de marzo, pero tal vez este año sucedería algo más. Acaso el Archiduque que, encerrado en su palacio, no daba señales de que nada hubiera cambiado, tomaría de pronto por sorpresa al pueblo, desatando una catástrofe.

En todo Ronda se celebraban reuniones. En las colinas, en la llanura, en las orillas del Rondaquiver, en las laderas del Ronderhof, hasta en la misma ciudad, grupos de hombres y mujeres cuchicheaban entre sí. Los viejos, temerosos y angustiados, se encerraban puertas adentro. "Si ha de hacerse" se decía, "que sea rápido. Cerremos los ojos y los oídos".

El día de la primavera era una fiesta nacional, y por lo general, el tiempo era cálido y hermoso. Los campesinos podían recoger las primeras flores de Rovevula que traían a la capital para decorar la ciudad y el palacio, y por la tarde tenían lugar las fiestas deportivas en el estadio que se encontraba a unos kilómetros de la ciudad.

Es curioso como los elementos suelen combinarse con la tranquilidad de la tierra para producir una crisis. Los días inmediatamente anteriores al festival, fueron más fríos que de costumbre, y durante la noche precedente, comenzó a nevar; al amanecer la nieve seguía cayendo aún. Cuando los rondeses despertaron, se encontraron con que todo su mundo estaba blanco. El sol no había salido, y el cielo parecía una gigantesca frazada húmeda. Enormes copos de nieve del tamaño de la mano de un hombre, caían sobre los rostros levantados de la gente. Parecía como si la nieve hubiera tenido una intención aviesa, cayendo sobre Ronda para ocultar malas intenciones.

Los viejos decían: "No recordamos que haya hecho jamás un tiempo como éste para el festival de primavera".

"¿Sería posible, se preguntaban, que lo que insinuaban los jóvenes fuera cierto y el Archiduque fuera capaz de controlar el tiempo, del mismo modo que controlaba las aguas de la fuente? ¿Acaso esta nevada tan poco natural presagiaba una desgracia?"

Nada de juntar flores... ni de juegos deportivos... ni de bailes en las laderas, ni en la plaza frente al palacio. De pronto el primer pastor, que había subido hasta las cumbres del Ronderhof buscando una oveja perdida, se acercó corriendo y tambaleándose entre la nieve, hasta la aldea más cercana. "¡Ya llega! dijo. ¡La avalancha! La oí mientras, enceguecido por la nieve andaba a tientas por la floresta de la montaña. No hay tiempo que perder".

Ahora bien, en el Ronderhof se habían producido innumerables avalanchas, invierno tras invierno, a lo largo de los siglos. Pero ésta era distinta: arrastraba todo el peso de la propaganda. Los aldeanos huyeron a través de la nieve para refugiarse en la capital y los rumores huyeron con ellos, rodeándolos, envolviendo a todos los rondeses que miraban el cielo húmedo, contemplando el fracaso de la fiesta nacional.

"¡El Archiduque ha soltado las aguas!"

"¡El Archiduque ha hecho mover la montaña!"

El miedo primitivo de los aldeanos contagió a los habitantes de la ciudad. "El Archiduque ha huido. Ha hecho caer la nieve para cegarnos a todos, a fin de poder huir con toda la familia real a través de la frontera. Y una vez que estén a salvo, las aguas destruirán a Ronda".

Los que tenían más miedo eran los obreros de las fábricas de Grandos. "¡No toquen la nieve! Está contaminada, envenenada... ¡No toquen la nieve!" Todos, hombres, mujeres y niños, salían corriendo desde las aldeas, en dirección a la capital de Ronda: "¡Sálvennos! ¡Sálvennos! ¡La nieve está envenenada!"

En las oficinas de Markoi, que eran las del "Ronda News", Markoi estaba entregando a sus secuaces los grandes cuchillos utilizados para podar las viñas. Los había manejado él mismo de niño, y sabía lo filosos que eran. Durante semanas, los había ido recogiendo en todos los viñedos del país.

¡Hoy no saldrá el "Ronda News" dijo. Vayan a la calle!

Luego, con gran autodisciplina, se encerró en su pequeña habitación en los fondos del edificio y no tomó parte en los acontecimientos que siguieron. Ese día, él no comió. Desconectó el teléfono. Se quedó mirando la nieve que caía: Markoi era un purista.

También Grandos se mantuvo alejado. Pero abrió sus puertas a los rondeses que venían huyendo desde las colinas. Les sirvió caldo y vino y les dio ropas abrigadas, los



rondesees dirían luego: "¡Qué extraordinario resultaba encontrarlo para tal adversidad!" Prodigaba a manos llenas sus consejos, su ayuda, provisto de medicinas y vendajes, dirigiéndose de un lado a otro entre los asustados invitados: "Quédense tranquilos. Han sido terriblemente maltratados, se los ha engañado. Pero les prometo que todo se arreglará muy pronto". No mencionaba el palacio ni el Archiduque. Antes de que Markoi desconectara el teléfono, le hizo llegar un solo mensaje: "Dígasele al pueblo que una cañería que conecta el palacio con las fuentes del Ronderhof ha sido llenada de agua radioactiva y que, a una señal del Archiduque, esa agua será dirigida contra los rondesees que están en la plaza, frente al palacio. La primera descarga quemará y enneguecerá y mutilará a todos". En seguida colgó el receptor y distribuyó más alimentos y ropas entre los llorosos refugiados.

Así sucedieron las cosas. Nadie puede decir que la revolución fue culpa de un hombre determinado, aun cuando Markoi y Grandos desempeñaron un papel tan importante para ponerla en práctica. Se trató más bien del germinar de una semilla, semilla que debía haber estado adormecida durante siglos en los corazones de los rondesees: miedo a la nieve, miedo a la inundación, miedo a ser aniquilados... y, (a causa del miedo), resentimiento contra el Archiduque que se decía controlaba estas fuerzas. Y también envidia, envidia por su juventud eterna.

¿Malvados? No. Claro que no. Lo que los rondesees experimentaban era muy natural. ¿Por qué debía residir el control de los elementos en manos de una sola persona? ¿Por qué un solo espíritu debía poseer el don de la juventud eterna? Y, si sólo se tiene confianza en un ser único ¿acaso no significa esto que se deposita en ese ser una fe tremenda, que tal vez no resulta justificada? Después de todo, era verdad que el Archiduque controlaba las aguas de la fuente. No digo que las avalanchas tuvieran nada que ver con él. Era cierto que los campos de esquí reales se encontraban en la ladera Este del Rondaquiver y que las avalanchas siempre caían sobre el Oeste, pero eso sólo servía para demostrar la sabiduría del Archiduque al haber elegido el mejor lugar. Nunca pudo comprobarse que las nieves hubieran sido desviadas deliberadamente, pero no era del todo inconcebible.

El asunto es que cuando un pueblo empieza a dudar, ya no hay más límites. La duda fructifica en centenares de estados de ánimo distintos y nada resulta seguro ya, ni hombre alguno digno de confianza. El que pierde la fe, pierde su propia alma. Sí... Sí... Sí. Ya sé lo que usted me va a decir. Tantos turistas lo han dicho, después de la revolución: los rondesees no tenían normas morales para regirse, ni dogma, ni sistema de ética. Por lo tanto, apenas una duda o un temor los asaltaba, se encontraban completamente indefensos. Sin ánimo de ofender a nadie, aseguro que tanto los turistas como ustedes están diciendo tonterías. El motivo por el cual los rondesees habían vivido en tan perfecta armonía durante siglos, había residido sin duda en su libertad respecto a las normas, al dogma, a su ignorancia de la ética... ¿No es así? Todo lo que pedían era vivir y la vida les era dada, y también la felicidad que surge de dentro de uno mismo. La desgracia fue que uno de ellos, Markoi, naciera rengo, y otro, Grandos, ambicioso. Pero sucedió, eso es todo. Estas desventajas, porque desventajas eran, ya que la ambición es un exceso de apetito y la renga el desequilibrio de una estructura humana, infectaron a dos personas, y esas dos personas infectaron a otras. Ahora bien, hay que recordar que el exceso de hambre y el desequilibrio, son una misma cosa, capaz de crear una fuerza que arrolla con todo lo que se le presenta, como la inundación del Rondaquiver. Por lo tanto...

Mientras tanto, al mismo tiempo que caía la nieve, el breve día se iba convirtiendo en noche y la población de Ronda convergía a la capital. ¿Qué sucedía dentro del palacio?

Las opiniones serán siempre contradictorias. Nadie podrá saberlo nunca con certeza. Los exaltados declaran hasta el día de hoy que el Archiduque se hallaba en el laboratorio dando los últimos toques a la maquinaria que haría caer las aguas desde las fuentes del Ronderhof y ajustando el poderoso chorro de agua radioactiva que contaminaría y mutilaría al pueblo de Ronda. Declaran asimismo, que tanto él como Antón, se hallaban ocupados en torturar a la Archiduquesa que, prisionera en los sótanos, suplicaba por la vida del pueblo. Y también había quienes afirmaban que nada de esto sucedía: el Archiduque estaba tocando el violín, era muy buen músico y la Archiduquesa y su prometido se hacían el amor. Otros insisten en que el pánico había invadido el palacio y se realizaban apresurados preparativos

de huida.

Todo esto podría ser verdad. Cuando se saqueó el palacio, se descubrió, efectivamente, una cañería que conectaba al laboratorio con las grutas del Ronderhof, por la que pasaba el agua de la fuente. En la sala de música se advertían señales de que había sido usada, como asimismo en los dormitorios reales. Evidentemente se habían estado haciendo valijas, aunque podía haberse tratado simplemente, de los preparativos usuales antes de partir para el chalet. Por cierto que no había señales de tortura, aunque al ser descubierta la Archiduquesa se notó que tenía la vista desvaída, como si estuviera muy fatigada o hubiera llorado. Pero para esto cabían también otras interpretaciones.

Todo lo que puedo afirmarles es de acuerdo con la declaración jurada del criado espía que a medianoche hizo entrar a los revolucionarios dentro del palacio (¿cómo estaba él mismo en el palacio? No lo sé. Pero en todas las revoluciones hay criados que hacen de espías). Su declaración es como sigue:

"Durante esa mañana del festival de primavera no parecía suceder nada de raro. La abundante nevada de la noche anterior hacía prever que los planes de festejos serían cancelados. Y así fue. Poco después de las diez se nos informó a los que estábamos de servicio en la puerta que la recolección de flores Rovevula y la realización de los juegos había sido cancelada. No tengo idea de si hubo preparativos de partida para el chalet, ya que no soy mucamo de las habitaciones reales.

"A las once, el Archiduque celebró una reunión con los miembros de la familia real. No sé cuántos estuvieron presentes. Nunca descubrí, en los tres meses que estuve sirviendo en el palacio, cuántos príncipes y princesas de sangre real había. Conocía a Antón de vista. Estaba allí, y también la Archiduquesa Paula. También había tres o cuatro personas a las que conocía de vista pero no de nombre. Las vi descender las escaleras desde las habitaciones reales y pasar al Salón Blanco. Los criados llamábamos así a la sala del balcón, frente a la plaza. En ese momento yo estaba apostado al pie de la escalinata. Antón bromeaba y reía. No oí lo que decía y de todos modos hablaban un *patoi*, una especie de rondés antiguo. La Archiduquesa parecía pálida. Luego la puerta se cerró y permanecieron allí durante una hora. A las doce, las puertas se abrieron de nuevo y todos salieron, excepto el Archiduque y la Archiduquesa. Yo ya me había retirado, de modo que no los vi salir. Pero me lo dijo otro de los criados y no tengo motivo para dudar de su palabra. Poco después de la una sucedió algo de curioso significado. Se nos pidió a los criados que subiéramos al Salón Blanco, de uno en uno, porque el Archiduque deseaba vernos. Pensé que se trataba de una trampa y me alarmé, pero no podía huir del palacio porque en ese momento todavía no estaba de servicio y no podía acercarme a las puertas. Además, los líderes revolucionarios me habían ordenado permanecer dentro del palacio hasta que llegara el momento de hacer entrar a los elegidos. Traté de no mostrar mi intranquilidad y esperé a que me llegara el turno para hacerme presente en el Salón Blanco.

"Lo primero que vi fue al Archiduque, vestido con su uniforme blanco y la cinta roja de la Orden del Justo. Nunca usaba este uniforme, excepto durante sus apariciones nocturnas y en fechas como ésta, es decir, el festival de la primavera. Por lo tanto deduje de inmediato que iba a aparecer en el balcón a pesar de la cancelación de los festejos, de la nevada y del antagonismo de la multitud. Pensé para mis adentros, que seguramente ya debía tener preparados los caños de salida y las conexiones estarían listas, en algún lugar de la habitación. No tuve tiempo de mirar a mi alrededor. Alcancé a ver a la Archiduquesa sentada lejos de la ventana. Estaba leyendo algo y no me prestó atención. Dentro de lo que pude observar, no parecía haber sido maltratada, pero sí estaba muy pálida. No había nadie más en la habitación.

El Archiduque se adelantó y me tendió la mano. "Adiós, dijo. Muchas felicidades". ¡Ah! pensé, esto significa una de dos cosas: o ha planeado huir y va a abandonar el palacio antes de la medianoche, o se trata de una crueldad suprema, por cuanto sabe que va a inundar la ciudad y destruirnos a todos. En otras palabras y cualquiera fuera la interpretación que le diera, sus palabras eran un *bluff*.

"¿Sucedo algo, señor? pregunté, dando a mi rostro la adecuada expresión de sorpresa".

"Eso depende de ustedes" contestó, y tuvo el coraje de sonreír. "Después de todo el futuro les pertenece. Les digo adiós, porque es muy difícil que volvamos a encontrarnos de nuevo".

Pensé intensamente. No vendría mal hacer una pregunta.

"¿Parte usted de viaje, señor? indagué, sin poder dejar de sentir cierto temor, ya que en ese mismo momento podía hacerme víctima del chorro de agua mortífera.

"No. No me iré dijo. Pero es difícil que volvamos a encontrarnos".

Entonces, tenía planeada nuestra muerte. No cabía otra interpretación al tono de su voz.

Sentí algo raro en la columna vertebral. La verdad, no sabía cómo haría para salir de la habitación.

"También la Archiduquesa "siguió diciendo el Archiduque" desea despedirse". Luego se volvió, usted no podría imaginarse a alguien más dueño de sí mismo y dijo: "Paula, te presento a tu criado". Me quedé donde estaba, sin saber qué hacer. La Archiduquesa abandonó su asiento y lo que estaba leyendo, y, acercándose, me tendió la mano.

"Le deseo felicidad, dijo. No habló el *patoi* real sino el rondés que usamos en la capital.

"Gracias, señora" le contesté. Creo que estaba hipnotizada, bajo el efecto de drogas o dominada de alguna manera por ese Archidemonio de su hermano. Porque sus ojos expresaban toda la pena del mundo. Antes no era así. Recuerdo a la "Flor de Ronda" cabalgando por las florestas del Ronderhof. También era benefactora de mi propia hermana. En ese entonces era una joven alegre, eso sucedía mucho antes de los planes para casarla por la fuerza con Antón. Pero cuando le tendí la mano, pude mirarla en los ojos. Murmuré algo, queriendo decir: "Está bien, no se preocupe, a usted la vamos a salvar". Pero, por supuesto, no me atreví.

"Nada más" dijo el Archiduque. Al levantar los ojos vi que me miraba con una expresión muy extraña. Francamente, no me gustó nada. Era como si leyera mis pensamientos y adivinara mi intranquilidad. Eso me demostró una cosa: era el diablo en persona, sin lugar a dudas... Luego volví sobre mis pasos y salí del Salón Blanco.

Naturalmente, tenía toda la razón del mundo. Nunca volví a verlo vivo. Como verdadero revolucionario, pagué mi tributo, cuando estaba colgado por los pies, en la plaza del palacio.

El resto del día pasó sin incidentes. Cumplí mi guardia en las puertas junto con los otros criados. Ninguno de nosotros mencionó la nieve ni la multitud reunida frente al palacio. En un momento dado oímos música en las habitaciones reales, pero no habría podido decir quién estaba tocando. El almuerzo y la cena se sirvieron a la hora de costumbre. Me mantuve aislado, temiendo que nuestros planes marcharan mal. En cualquier momento me arrestarían: no podía creer que el Archiduque no sospechara mis intenciones. Pero nada sucedió ni se dijo.

Diez minutos antes de medianoche me coloqué en mi puesto habitual junto a la puerta que da al patio principal. Mis líderes me habían dicho que debía abrirla apenas oyera asestar tres golpes sobre ella. Quienes lo hicieran y cómo se las arreglarían para pasar a través de la guardia imperial, no era asunto mío. A medida que pasaban los minutos mi intranquilidad aumentaba, temiendo que algo de malo hubiera sucedido a nuestro plan. La música de las habitaciones reales había cesado y un repentino silencio inundó el palacio.

Por lo que suponía, el Archiduque seguía en el Salón Blanco, pero podía encontrarse en cualquier lado: en el laboratorio, en los sótanos, o huido a las cumbres del Ronderhof. Mi obligación no consistía en hacer preguntas ni imaginar soluciones. Mi obligación consistía en abrir esa puerta lateral.

A las doce menos tres minutos, sin ningún aviso previo, oí los tres golpes sobre la puerta. Al mismo tiempo el criado estacionado en la parte alta de las escaleras abrió la puerta del Salón Blanco y me dijo: "El Archiduque va a salir al balcón".

Ahora es cuando va a dirigir el chorro de agua contra la gente pensé. Abrí la puerta lateral y ellos entraron rozándome. Los de los Grandes Cuchillos. Mi cometido había terminado. Hice lo que debía hacer".

Aquí terminaba el informe. Puede vérselo todavía en el museo, bajo un cristal en la sala de documentos. También se puede ver algunos de los grandes cuchillos suspendidos de la pared. Esta sala de los documentos es el mismo Salón Blanco mencionado en el informe, pero ahora tiene un aspecto muy distinto.

¿Me preguntan ustedes cómo hicieron los revolucionarios para pasar por delante de la guardia imperial? La guardia imperial no había recibido órdenes del Archiduque para detener a nadie. Nunca se habían dado semejantes órdenes a lo largo de siete siglos. Tampoco se trató de que los tomaran por sorpresa. Se dejaron cortar en pedazos, ser destrozados, sin oponer ninguna resistencia. La masacre fue completa. Todos los criados, todas las personas, todos los animales que se encontraban dentro de los muros del palacio fueron sacrificados. Todos, menos la Archiduquesa. En seguida les hablaré de eso.

Los revolucionarios pasaron por esa puerta lateral. Deben haber sido centenares, siempre se dijo que eran setecientos, ya que Markoi había pensado que el número debía coincidir con los siete siglos y resultó lo más fácil del mundo, como ellos mismos manifestaron después, asesinar a los habitantes del palacio, ya que no hubo defensa alguna. Fue más fácil que podar las viñas. En cierto sentido, puede decirse que ellos mismos se ofrecieron como víctimas. Y es desagradable, pero cierto, ya que los jóvenes hablaron después del asunto entre ellos, el primer golpe de cuchillo produjo la misma especie de embriaguez que produce el Ritzo, el contacto con la carne y la vista de la sangre. Los jóvenes decían que no podían detenerse ni pensar en otra cosa sino en seguir masacrando víctimas dondequiera las encontraran: criados, guardias, príncipes, perritos, canarios, lagartijas, todo lo que había de vivo dentro del palacio debía morir.

En cuanto al Archiduque... sí, salió al balcón. No arrojó agua alguna. Nada se vio de las fuentes que lo hicieran inmortal. Se quedó allí, esperando, con su uniforme blanco y la roja Orden del Justo. Esperaba que la gente se abalanzara por sobre las cabezas de sus secuaces y trepara al balcón, y esperaba a que se reuniera con los miembros de los Grandes Cuchillos que ya estaban dentro del palacio. Los rondeses viejos que se encerraron lejos de todo, dentro de su casa, dijeron después que el grito de rabia, de odio, y de envidia sí, sobre todo de envidia que brotó de las gargantas de los revolucionarios rondeses al arrojar sobre el Archiduque, pudo ser oído en las altas laderas del Ronderhof y en las orillas del Rondaquiver. Y que nevaba todo el tiempo. Sí, caía la nieve...

Cuando ya no hubo más vida en ninguna parte y las escaleras y los corredores desbordaban sangre, los jóvenes de la revolución enviaron una comunicación a Markoi, que aún seguía sentado en su oficina. El informe decía: "Se ha hecho justicia".

Markoi salió de la oficina y del edificio del "Ronda News" y, atravesando la nieve, se dirigió al palacio. Encaminándose hacia la habitación de la Archiduquesa, seguido de sus secuaces, golpeó la puerta y ella contestó que entraran. Estaba de pie junto a la ventana abierta, sola. Markoi se dirigió directamente hacia ella y le dijo: "Ya no debe temer nada, señora. La hemos liberado. Está en libertad".

Ahora... no sé decirle qué es lo que Markoi esperaba, o lo que esperaban los revolucionarios: lágrimas de gratitud o de dolor, alguna expresión de horror o de miedo o

de buena voluntad. Nadie lo sabía, nadie tenía idea de los sentimientos o emociones de la Archiduquesa. Lo que sucedió fue nada más que esto:

Dejando de lado la pollera escocesa que generalmente usaba y que había tenido puesta en horas más tempranas del día (lo que fue corroborado después por el criado espía), se había puesto el uniforme blanco con la Orden del Justo. También empuñaba una espada, y enfrentándose a Markoi y a los revolucionarios, les dijo: "Les deseo felicidad. Soy vuestra Archiduquesa. Las aguas de la fuente son mi herencia y poseo el secreto de la juventud eterna. Hagan de mí lo que quieran".

Entonces ellos la hicieron salir al balcón y la mostraron al pueblo. Y el cuerpo del Archiduque le fue exhibido. Algunos dicen que esto fue una crueldad. Depende del punto de vista. Los rondeses siguen discutiendo el asunto y también los turistas. La cuestión es: ¿A quién se asesinó durante la Noche de los Grandes Cuchillos? ¿A la inocencia o a la culpa?

Bueno, ahí está el asunto. Algunos dicen que Ronda ya no es la misma y que, fuera de sus ventajas panorámicas naturales, las cumbres del Ronderhof, las isletas del Rondaquiver, el encanto de la Capital, y, por supuesto, el clima, podría tratarse de cualquier pequeño estado europeo adornado para atraer la atención de los turistas y cuyos habitantes compiten duramente en la obtención del dinero. Otros no están de acuerdo: Ronda progresa. Las nuevas industrias avanzan. Las ciudades que surgen en las márgenes del Rondaquiver rebosan de enérgicos jóvenes, dispuestos a que sus voces sean escuchadas en los concilios mundiales. Hasta tienen un *slogan* en tal sentido: "Ronda habla, el Mundo hace eco". En cierto modo es la verdad, ya que hoy en día se ve a la juventud rondesa por todas partes, en las capitales europeas y en los Estados Unidos. En compensación por lo que llaman siglos de apatía se hallan empeñados en una campaña de iniciativa.

Psicológicamente constituyen un interesante tema de estudio: a pesar de todo el espíritu nacionalista, del movimiento progresista, del *slogan* "Ronda para los rondeses" y de su actitud: "Nosotros decimos la palabra, ustedes nos imitan", aún no han logrado conquistar el secreto de la juventud eterna. Y ese había sido el verdadero motivo de la revolución. Envasan las aguas, por supuesto: Grandos se ocupa de eso. Pagándolas se las puede conseguir en cualquier parte del mundo. Pero no son las aguas de la fórmula. La fórmula sigue siendo el secreto de la Archiduquesa. Como ya les dije antes, lo intentaron todo, empezando por la adulación y pasando a la violación, a la tortura, la cárcel, el hambre y la enfermedad. No pudieron vencerla. Ya debe andar por los ochenta, como les dije y después de todo lo que ha soportado parecería que debería tener algún rastro en alguna parte, pero su rostro sigue siendo el de una niña, el rostro de la "Flor de Ronda" y ninguna degradación logró macular la belleza perfecta. Lo único que sucede, cuando uno se acerca mucho por ejemplo, mientras baila en la plaza del palacio, o más bien del museo, si se tiene la suerte o tal vez la desgracia, de mirarla en los ojos, es que puede leerse allí, dicen, toda la agonía y también la compasión, del mundo.

Nadie sabe lo que sucederá cuando muera. No puede faltar mucho. No queda nadie de la sangre real a quien pasar la fórmula. Y uno no puede dejar de preguntarse si en realidad vale la pena poseerla, ya que para ella sólo fue un legado de dolor. Los hombres que tanto desearon arrancarle el secreto, ya están muertos, lo que resulta bastante irónico. Grandos falleció a consecuencia de cierta enfermedad al estómago durante una visita a los Estados Unidos, durante años se había tratado demasiado bien, y Markoi fue atacado por una enfermedad consuntiva: se empequeñecía visiblemente y hacia el final era apenas algo más que una sombra. Los rondeses más viejos, que nunca lo habían querido, decían que había sido devorado por la envidia hacia la Archiduquesa, ya que su plan de mofa y ridículo no había tenido éxito. Pero, probablemente, sean cosas de viejos.

Ahora, cuando muera la Archiduquesa, el secreto de la juventud eterna morirá con ella. Ya no quedará un ser inmortal, ni en Ronda ni en el mundo entero. Por lo tanto, vale la pena visitar el país, puede sacar boleto en cualquier agencia de turismo porque, como dicen los rudos jóvenes rondeses, nunca se sabe. La Archiduquesa puede morir mañana o la semana que viene, o la próxima temporada, y entonces valdrá la pena ver lo que sucede. Si no se da por vencida, y su muerte se produce mientras baila noche tras noche en la plaza, algo habrá desaparecido de este mundo, que nadie, mañana ni nunca, volverá a ver. Aún hoy puede ser ya demasiado tarde.

## LA AMENAZA

Barry Jeans, cuando sus admiradores no lo llamaban Barry y querían hacerlo más importante, era conocido como "La Amenaza". "La Amenaza", en idioma cinematográfico, especialmente entre las mujeres, significa un galán, alguien de amplios hombros y nada de cadera. Una "Amenaza" no tiene pestañas largas ni buen perfil. Siempre es feo, generalmente tiene la nariz torcida y, de ser posible, una cicatriz. Su voz es profunda, y no dice gran cosa. Cuando habla, los libretistas le asignan un diálogo breve y concreto, frases como: "Señora, tenga cuidado", "Basta", o "Tal vez". La expresión del feo rostro debe ser impasible, sin dejar trasuntar cosa alguna, de modo que tanto una muerte repentina como la pasión de una mujer lo deje inmutable. Sólo el músculo de la tensa barbilla se pone rígido, y entonces los admiradores saben que Barry va a dar un buen golpe a alguien, o atravesará una jungla, harapiendo y tambaleando, llevando a babuchas al hombre que detesta, o bien aparecerá en un bote, después de un naufragio, junto a la mujer que ama pero que es demasiado honesta para ser tocada.

Barry Jeans, "la Amenaza", debe haber hecho ganar más dinero al mundo cinematográfico que cualquier otro ser viviente. Inglés de nacimiento, su padre era clérigo y había sido vicario de Herne Bay durante muchos años. Los viejos dicen que recuerdan a Barry, cuando cantaba de niño en el coro, pero no es cierto. Su madre era medio irlandesa y por eso le pusieron el nombre de Barry. Fue a la escuela primaria y cuando se produjo la primera guerra mundial, era demasiado joven para alistarse, lo que lo coloca en el grupo de los que andan por los cincuenta años. Todo el mundo lo sabe y a nadie le importa. Es una buena edad para "La Amenaza". A los admiradores no les gusta ver a un jovencito tambaleándose a través de la selva o acostado en un bote. No quedaría bien.

El padre de Barry era muy amplio de criterio y dejó que su hijo siguiera su vocación escénica. Durante un tiempo formó parte de un cuerpo teatral y luego consiguió empleo como sustituto en una producción en Londres. De sustituto progresó a pequeños papeles en comedias de salón, muy de moda en esos años inmediatamente posteriores a la guerra, pero nunca hizo gran cosa. Los productores lo encontraban demasiado rígido y pronto se vio clasificado, en la jerga teatral, como "un bastón". Actualmente los productores que ya se han retirado y otros que aún siguen activos pero están chocheando, dicen que siempre opinaron que Barry tenía un gran futuro por delante. Pero en realidad la única persona que creyó en él fue su esposa May, y tal vez debido a esta fe es que nunca se separaron, y aún después de treinta años siguen juntos. Todo el mundo conoce a May. No es de esas esposas que permanecen ocultas, para aparecer luego, tímida y dulcemente, en cada función de gala. May está siempre allí en el camarín y muy a menudo en el escenario. Barry dice que sin ella se siente perdido.

Fue May quien insistió para que Barry fuera probado para la obra de Lonsdale, que iba a ser presentada en Nueva York a fines del año veinte. Era una parte pequeña y el tipo elegido por el productor y por Lonsdale, sufrió un ataque de apendicitis a último momento y se vieron obligados a aceptar a Barry. Ya nunca miró hacia atrás. Es curioso como actores que no consiguen triunfar en Londres, tienen gran éxito en Nueva York. Como los fracasados en Australia: unas cuantas millas de distancia y cuando uno se entera tienen un millón de abejas y un rancho del tamaño de Cornwall.

Eran las mujeres las que perseguían a Barry. Adoraban la manera que tenía de pararse en el escenario, con su ropa a la inglesa, y las manos apretadas. Extraño que a las mujeres de Inglaterra les hubiera llamado tan poco la atención...

Cuando la comedia de Lonsdale quedó en la nada, a Barry le ofrecieron un papel en una norteamericana y, aunque no tuvo mucho éxito, consiguió llegar hasta los diarios. No tenía que hacer gran cosa, pero en el segundo acto e inmediatamente antes de bajar el telón,

gritaba: "¡Vete, nena! ¡Vete!". La forma en que lo decía produjo un efecto especial a las mujeres norteamericanas. El futuro de Barry quedó asegurado, y la noche misma del estreno recibió una oferta de Hollywood. May le dijo que aceptara, y tres semanas más tarde estaban en la Costa.

En cosa de unos pocos meses su rostro resultó más familiar a las mujeres de todo el mundo que el de sus propios maridos. Y a los maridos no les importaba. En cierta forma, el hecho de que una joven se casara, resultaba un cumplido. Quería decir que el novio elegido era un súper Barry. Su sombrero, un fieltro con el ala gacha, su cigarrillo que nunca colgaba de sus labios sino que aparecía siempre entre sus dedos, la pequeña cicatriz de la sien que sugería un encontronazo con un rinoceronte o un puñal arrojado en un antro de Shangai (en realidad se había dado un resbalón en la escollera de Herne Bay, por no mirar donde caminaba) todo se unía, resultando en una magia sutil e indefinible que dejaba en la sombra a todos los otros artistas. Pero sobre todo se trataba de su boca, firme y decidida sobre su cuadrado mentón, con la hendidura en la barbilla, que enloquecía a millones. Nunca se aflojaba, nunca sonreía. En realidad, nunca hacía nada. Eso era lo que las volvía locas. Las mujeres estaban hastiadas de primeros planos de sus extras favoritos, abrazados, boca sobre boca. Barry no les daba eso. Al contrario, se iba. O miraba por sobre el hombro de la muchacha. O murmuraba nada más que una palabra: "Tú". Luego la escena se diluía en la siguiente y los admiradores quedaban estremeciéndose.

Barry Jeans, "la Amenaza", fue realmente el iniciador de esa moda que tanto se difundió en ambas orillas del Atlántico, entre las dos guerras: la moda de no hacerse el amor para nada. Lo que vulgarmente se llama "tirarse un lance", ya no se usaba. Si un individuo acompañaba a una joven de vuelta a su casa con el coche, ya no trataba de quedarse ahí dentro una media hora. Barry Jeans nunca lo hacía. Se bajaba todavía más el sombrero de fieltro sobre los ojos, la boca se volvía más severa, y decía algo parecido a: "Basta de...". En la escena siguiente se veía a la joven introduciendo la llave en la cerradura y llorando, y a Barry Jeans doblando la esquina en su Cadillac. Sucedió lo mismo en la montaña o en el desierto. Si Barry Jeans se encontraba al borde de un abismo en los Andes o en los Alpes, o junto a un oasis de barro con tres palmeras, a quinientas millas del puesto de la Legión más próximo, naturalmente con una mujer al lado, nunca la tocaba. Ni siquiera tenía una soga para hacerla salir del abismo o un jarrito de latón para sacar agua sucia del charco. Decía simplemente: "Ahora" y se alejaba caminando o se moría.

Era su manera de ser lo que lo hacía tan popular entre los hombres como entre las mujeres. Ya no había porque molestarse. No hacía falta decir algo, ni hacer el amor. Y todo ese tedioso trabajo de reservar una mesa en un restaurante y consultar al mozo, y pedir vino, se volvió completamente *vieux jeu*. Barry Jeans nunca lo hacía. Entraba en cualquier sitio con una mujer al lado, levantaba un dedo y todo el mundo parecía adivinar lo que quería. Los mozos se atropellaban, los huéspedes que ya estaban sentados se enteraban de que no quedaba lugar disponible y "la Amenaza" tomaba asiento con su mujer, que no dejaba de observarlo, hacía a un lado el menú y decía una sola palabra: "Almejas".

Barry Jeans fue el que inició la moda de comer los bifes tan crudos que resultaba difícil darse cuenta si habían pasado por el fuego, no llevar sobretodo en una tormenta, dormir desnudo (esto último era suposición de los admiradores porque en película alguna lo vieron ponerse pijama), o dispensar ternura a objetos que no fueran seres humanos. Así en sus películas más famosas las de gran éxito, la última toma mostraba a "la Amenaza" acariciando su viejo Ford, o asiendo el timón de un velero o levantando los ojos hacia el gigantesco roble, mientras esgrimía un hacha en la mano, y decía: "Ahora te toca a ti". La gente salía con un nudo en la garganta. El romance habitual resultaba tan trivial, en comparación... La única película mala que hiciera Barry Jeans fue aquella en que desempeñaba el papel de Adán en la gran versión bíblica del Génesis. Lo hicieron palmoear a un dinosaurio en el lomo, diciendo: "He perdido una costilla". Sonaba a falso. Pero era culpa del libretista.

Cuando llegó la segunda guerra mundial, "la Amenaza" quiso enrolarse, pero el Pentágono tenía en tan alto concepto su valor como entretenimiento, al contribuir al mantenimiento del buen ánimo de las tropas, que no se lo permitieron, y siguió haciendo



películas. Pero compensó su falta de servicio activo enviando a Europa más paquetes de alimentos que el resto del contingente británico en los Estados Unidos. La generosidad de Barry mantuvo muchos hogares, y millares de amas de casa hubieran sucumbido ante la propaganda de Goebbels, que afirmaba que Gran Bretaña estaba muriéndose de hambre, si no hubieran podido usar la grasa de freír que les mandaba Barry.

Cuando la guerra hubo terminado y "la Amenaza" realizó su primera visita a Europa en diez años, con la idea de ver a su padre que ya se había jubilado pero seguía viviendo en Herne Bay, la multitud era tan densa, en Waterloo, que llegaba hasta el río. Hubo que llamar a la policía montada, y la gente que no estaba al tanto, pensó que por fin había llegado la revolución comunista.

Barry se sintió avergonzado por la demostración, pero a May le gustó muchísimo. Durante los años pasados en Estados Unidos, había adquirido acento norteamericano, cosa que no sucediera con Barry, y usaba una cantidad de giros típicos de ese país. Cuando llegaron, fue ella la que se ocupó de hablar por el micrófono, diciendo a Barry que se quedara en el auto, con el sombrero sobre los ojos. Eso lo hizo parecer más inaccesible que nunca y entusiasmó a la multitud. La publicidad fue tan enorme que desistieron de ir hasta Herne Bay y mandaron buscar al padre de Barry para que se les reuniera en su albergue de Cape Wrath, donde se tomaron fotografías de Barry y de su padre, mirando al mar, mientras el primero decía: "Es bueno regresar a casa". Corrieron rumores de que había sido invitado a Balmoral, pero nunca fue confirmado.

Los nombres nuevos, los cantores de moda, y los ídolos de la adolescencia no significaron nada para "la Amenaza". Su fama se hallaba demasiado hondamente grabada en los corazones de todos los hombres y mujeres de más de treinta y cinco años. Habían nacido y se habían criado en la fe de Barry Jeans, y en esa misma fe morirían. Además, también los niños lo querían. El cabello gris nada más que en las sienes y la levísima sospecha de bolsas bajos los ojos, y esa arruga en el mentón, producía en las hijas el mismo efecto que en las madres veinte años atrás: las hacía soñar. ¿A quién le interesaba ser besada por el chico de al lado o por el muchacho de la vuelta, cuando se podía estar sola en la oscuridad, con Barry Jeans diciendo: "Alguna vez" en la amplia pantalla, y desapareciendo luego? La inflexión de su voz, el significado que lograba darle sin que los ojos cambiaran de expresión y sin sonreír siquiera. Nada más que dos palabras: "Alguna vez".

"La Amenaza" nunca tocó a Shakespeare. May decía que habría sido un error. Cualquiera se puede poner una barba y pronunciar un montón de palabras. "Dios te dio una personalidad y tienes que serle fiel". Barry se sintió desalentado. Habría querido hacer la prueba con Lear. Hamlet y Ricardo III ya habían sido usados. "May tiene razón", dijo su séquito. "No tienes por qué meterte en eso". "En Tokio no sirve para nada". "No, es mejor que sigas con los papeles que te hicieron grande, y seguirás siendo grande".

El séquito, o, en otras palabras, "los Muchachos" consistían en el *manager* personal de Barry, su agente, su agente de prensa, su secretario, su maquillador, y su doble. May no quería que tuviera secretaria porque, si era de cierta edad, trataría de dominar a Barry, y, si era joven, trataría de ser otra cosa. Los Muchachos no le causaban inquietud. Habían sido seleccionados y tenían esposas insignificantes.

Barry no se movía sin los Muchachos y May, aún cuando estuvieran en su casa de Beverly Hills, la vieja y hermosa reproducción de una mansión de Kent que fuera especialmente construida para él, quería que se quedaran cerca los fines de semana, por si acaso. Podía aparecer un libreto nuevo, o un millonario con dinero para tirar el techo, o un contador con una nueva evasión de impuestos, y si esto llegaba a suceder, May quería que los Muchachos se ocuparan de todo. Barry no debía preocuparse por nada.

"La Amenaza" no tenía hijos. Sólo tenía a May. Al principio, había sido una desilusión. Su agente publicitario habría podido usar fotografías de Barry con una criatura sobre los hombros, o enseñándole a nadar en la pileta, o a remontar un barrilete. Pero a medida que pasaban los años, May y los Muchachos convinieron en que era mejor, después

de todo. Un hijo o una hija desgarrados habrían perjudicado la leyenda de la Amenaza. Barry Jeans podría seguir siendo siempre el desconocido, el intocable, el hombre que era el amante de todas las mujeres y el padre de ninguna niña. Cuando un actor empieza a hacer papel de padre, está llegando a las postrimerías; y como abuelo, naturalmente, ya es el fin.

Queridito, le decía May, el mundo te quiere tal como eres. Las manos en los bolsillos, el sombrero sobre los ojos. No modifiques nada. Y sigue siendo así cuando sales del escenario.

Barry lo hacía. Difícilmente decía palabra alguna, ni siquiera en su casa. Los que lo conocían, en Herne Bay o en cualquier parte del mundo cinematográfico, contemplaban la figura alta y delgada, sorbiendo jugo de naranja con una pajita, nunca tocaba las bebidas alcohólicas, y se preguntaban cómo diablos se las arreglaba. La mayor parte de sus contemporáneos tenían ya gordos cuellos y voluminosos abdómenes. Pero Barry Jeans, no. A "la Amenaza" nunca le sucedería eso. May lo hacía levantar todas las mañanas a las seis, cuando ya no estaba en el estudio haciendo gimnasia sueca. Y si no había una fiesta, se acostaba a las nueve.

En todos los años en que "la Amenaza" había estado ante los ojos del mundo, su nombre no fue nunca relacionado con escándalo alguno. No había deshecho ningún hogar. Las hermosas mujeres que habían trabajado con él, no conseguían llevarse ni siquiera una fotografía donde aparecieran juntos. May no lo consentía. La fotografía podía ser publicada en los diarios y todos comenzarían a hablar. Las apasionadas italianas, lánguidas *vedettes* francesas, bellas del sur, morenas, portorriqueñas, cualquiera fuera la estrella contratada para trabajar con él, nunca conseguían hablarle a solas, fuera del *set*. May y los Muchachos siempre estaban allí. Y si algún repórter, más arriesgado que los otros, sorprendía a Barry durante la hora del almuerzo, mientras los Muchachos estaban en el lavatorio y May empolvándose la nariz, y le preguntaban: "¿Qué piensa de Mitsi Sulva?" o ¿cómo se llamaba la hermosa joven que trabajaba con él?, sólo respondía una palabra: "Magnífica". Era neutra y absolutamente segura. No ofendería a la dama ni a May. Ni siquiera el más traicionero de los reporteros podía transformar la palabra en otra cosa. Un título de primera página que dijera: "Barry Jeans cree que Mitsi Sulva es magnífica", no quería decir nada. Y cuando el repórter ya estaba haciendo otra pregunta, los Muchachos habían salido del cuarto de baño.

Fue durante la preparación de la primera "energética", que los Muchachos empezaron a preguntarse si los métodos que usaron hasta entonces seguirían siendo eficaces. Como todo el mundo sabe, las "energéticas" surgieron a fines del otoño de 1959 y revolucionaron el mundo cinematográfico. El resultado fue caótico, hasta que los técnicos pudieron controlar las cosas y las grandes empresas estuvieron equipadas para ese tipo especial de filmación. Pero el verdadero pánico se produjo en los estudios. ¿Cómo se defenderían los grandes nombres, y el más grande de todos Barry Jeans, "la Amenaza" en el nuevo medio? El asunto era que no se trataba solamente de equipar debidamente los estudios que producían las "energéticas", sino que la propia estrella debía ser conectada durante la filmación, el mecanismo estaba escondido en su ropa, y la fuerza era retransmitida al vociferador que, a su vez, alimentaba la máquina generadora conectada a la fumadora. A menos que la corriente fuera de fuerza "A", la vociferadora no podía entrar en acción. Y lo terrible era que la fuerza propulsora de un actor, constituía un factor desconocido hasta que era puesta a prueba.

No fue hasta que Barry Jeans empezara a ensayar con Vanda Gray que los técnicos hicieron notar al director que la fuerza de Barry no subía más allá de "G". Era el número más bajo del dial y no bastaba para alimentar al vociferador. El director ordenó un alto y se dirigió a consultar su equipo. La situación era delicada. Ni siquiera el director, que conocía bien a Barry, tenía valor para decirle que sólo irradiaba fuerza "G". Pero el experto a cargo del mecanismo se mantuvo firme. Sabía que su posición era fuerte, ya que ninguna otra persona estaba en condiciones de manejar la máquina.

Seamos francos dijo, este tipo no sirve para nada. Ya sé que es una estrella, y que es mundialmente famoso. ¿Y qué? Hemos empezado una nueva era. Las "energéticas" van a

terminar con Jeans.

El gerente de producción engulló dos comprimidos sedantes.

Esto es muy serio, comentó. Ni una sola palabra ha de trascender. Si se susurrara que Barry Jeans no va más allá de la fuerza "G", se produciría semejante escándalo que Gigantic Enterprises Ltd. nunca se recuperaría. Personalmente, nunca podría volver a levantar cabeza y no bromeo cuando les advierto que tal cosa asestaría un serio golpe a toda la industria cinematográfica.

El experto en "energéticas" mascó su chicle y se encogió de hombros.

Como le parezca, dijo. Yo ya he hecho lo que pude. He acelerado hasta que el alimentador estuvo a punto de explotar, pero no pasó nada. Si sigo jugando con el mecanismo, puede quedar inutilizado y eso costará un millón de dólares a Gigantic Enterprises.

El director estaba hablando de llamar a un psiquiatra para que conversara con Barry, y el gerente de producción asintió con la cabeza, pensativamente:

Hay un sueco en la International, dijo, creo que hizo milagros con Leila Montane cuando su voz se convirtió en bajo.

Es verdad, contestó el director. Leila recuperó su confianza, pero tuvieron que doblarle la voz en *La Niña de Oro*. Empero se volvió al experto y le preguntó si no había algún método similar para ser usado con el mecanismo de la "energética". ¿No podemos hacer una trampa? ¿Probar la fuerza de otro y alimentar con eso al vociferador?

El experto meneó la cabeza:

No hay caso repuso. La transmisión tiene que ser directa. Y se embarcó en detalles técnicos muy por encima de la comprensión de sus oyentes.

El director escuchó atentamente. Resultaba vital, para él y el equipo, comprender esa jerigonza. A menos que un director supiera exactamente lo que sucedía en el *set*, no servía para nada. Era anticuado. Y las "energéticas" no eran una moda pasajera.

Tendríamos que haber hecho pruebas, dijo. Fuimos locos al no intentarlo. Ya me parecía que nos olvidamos de algo.

¿Y qué hubiera pasado si hubiéramos hecho pruebas? preguntó el gerente de producción. ¿Quiere decir que yo hubiera tenido que enfrentarme con Barry Jeans y decirle el resultado? Se habría pegado un tiro.

No. Barry no, dijo el director. Es un gran tipo. Barry está bien. Es que... miró a su alrededor desesperadamente. ¿Quiere decir que no hay manera de combinar las fuerzas? preguntó al experto, por última vez. ¿No hay manera de usar parte de la fuerza de Vanda cuando trabajan juntos? Quiero decir que ella es fuerza "A", ¿no es cierto?

Claro que sí, contestó el experto, mascando.

¿Entonces? preguntó ansiosamente el director de producción.

El índice es distinto para la mujer, dijo el experto, y no se pueden mezclar. Por ahora al menos; tal vez dentro de unos diez años...

El director extendió ambas manos en gesto de derrota.

Estoy listo dijo. Terminado. No puedo hacer esta película.

El gerente de producción, pálido hasta las encías, recorrió todos los equipos

haciéndoles jurar que mantendrían el secreto.

Nadie debe decir una palabra, dijo. Nadie. Si me entero que esto ha trascendido, despido a todo el mundo. Luego, mandó llamar a los Muchachos de Barry y les pidió reunirse, también en el máximo secreto. Ni siquiera quería que estuviera presente May. May no debía enterarse de nada, por el momento.

Los Muchachos aparecieron y todos se encerraron en la oficina del gerente de producción, apostando un guardia en la parte de afuera.

¿Qué pasa? preguntó Alf Burnell, el *manager* de Barry.

El gerente de producción de Gigantic Enterprises se colocó los anteojos de carey, deseaba que comprendieran perfectamente la importancia de lo que iba a decir.

Se ha producido una situación sumamente seria, aclaró. Esta mañana, se descubrió que la fuerza de Barry pertenece al grupo "G".

Los Muchachos se quedaron helados. Luego, Bob Eider se enjugó la frente, "Jesús", dijo. Era el agente de prensa de Barry.

No necesito decirles, continuó el gerente de producción, que he hecho prestar juramento a todo el mundo para que lo mantengan en secreto. Por supuesto, ni Barry lo sabe. Dijimos que se produjo un inconveniente técnico.

Ken Dory, agente dramático de Barry, formuló las dos preguntas que antes hiciera el mismo director respecto a falsificar la fuerza o combinarla con la de alguna otra persona del *set*. El gerente de producción lo informó en tal sentido.

No puede hacerse nada técnico dijo. Tenemos que trabajar en otro nivel. Sugiero la psiquiatría. Llamen al sueco de la International.

Los Muchachos lanzaron un silbido al unísono.

May no lo soportaría, dijo Alf Burnell. No permitiría que se acercara un psiquiatra ni a cien millas de distancia de Barry.

¿Qué vamos a hacer, entonces? preguntó el gerente de producción. Ustedes deben comprender que yo soy responsable ante Gigantic Enterprises por toda suspensión en el trabajo y esta misma noche tendré que enviar un informe.

Sleep Jewett, el maquillador de Barry, se inclinó hacia adelante.

Podemos decir que Barry está enfermo, sugirió. Puedo arreglarle la cara. Si usted lo desea, le hago una ictericia de primer orden.

Pero, ¿de qué nos serviría a la larga? preguntó Ken, que era un realista. La ictericia mantendría alejado a Barry unos cuantos días, o tal vez semanas, pero, ¿y después?

Eso... Eso... ¿Y después? dijo Bob Eider, que era director de prensa. ¿Qué voy a decir a los diarios? ¿Que "la Amenaza" tiene fuerza "G"? Iremos a parar todos al asilo.

El gerente de producción se sacó los anteojos y los limpió cuidadosamente.

Mucho me temo dijo, que por mucha simpatía que sienta respecto a la política de largo alcance de ustedes y de Barry Jeans, no me interesa. Gigantic Enterprises contrataron sus servicios para esta película, en el entendimiento de que su fuerza se clasificaba en el grupo "A" o "B", o a lo sumo: "C". Dudo que Gigantic Enterprises emplee a nadie de menor categoría. Lo dudo mucho...

El doble, Bin Spooner, dio una tosecita.

El otro día yo andaba dando vueltas por el piso y me puse a hablar con el experto del aparato nuevo. Me hizo una prueba. Tengo fuerza "A".

Nadie le prestó atención. Era un buen sujeto, pero inocentón. El secretario, Pat Price, aplastó su cigarrillo.

No iremos a ningún lado sin May, dijo. Tiene que enterarse del asunto. Será penoso, pero no hay más remedio.

También Bob Eider aplastó su cigarrillo.

Estoy de acuerdo con Pat, dijo. May está más próxima a Barry que cualquier otra persona. Veamos lo que dice.

La conferencia terminó. El gerente de producción tomó dos píldoras sedantes más y se fue a almorzar. Los Muchachos se dirigieron al camarín. May estaba comiendo sandwiches y Barry dormía.

¿Qué pasa? preguntó May. Barry me dijo que el aparato no andaba. No sé como se atreven a hacer maquillar a Barry y llevarlo al *set*, y luego resulta que los cables no están bien conectados.

No es asunto de cables, dijo Alf, y, haciendo una señal con la cabeza en dirección a Barry que dormía, agregó: vayamos afuera.

Él, Bob y Ken habían convenido en que se encargarían de explicar la situación a May, mientras los otros permanecían en el camarín, junto a Barry. La hicieron salir del edificio y comenzaron a pasear por el jardín. No anduvieron con medias palabras. Se lo dijeron directamente. Lo recibió bien, y, como era una mujer, encaró de inmediato el asunto.

Es culpa de Vanda, dijo en seguida. A Barry nunca le gustó mucho. Naturalmente que cuando está con ella en el *set* su fuerza baja a "G". Ella lo hace sentirse tímido.

O. K., O. K., dijo Ken. Pero tiene que trabajar con ella, ¿no es así? Eso quedó resuelto cuando decidimos hacer esta película. A Gigantic Enterprises no le importa un pepino si Barry no puede ver a Vanda. Lo que quiere son resultados, Barry tiene que alcanzar la fuerza "A" o quedará en la calle.

¡No se atreverán! gritó May. ¿Despedir a Barry? ¿Echar a "la Amenaza?"

Despedirían al Todopoderoso, dijo Ken, si no cumpliera su cometido. Las energéticas son nuevas, May. Van a barrer con todo lo de antes. Si Barry es dejado de lado ahora, ya no se recuperará.

Ya no se recuperará ninguno de nosotros, dijo Bob.

Miraron a May, que había envejecido diez años desde que empezaron a hablar. También ella era realista y sabía que lo que decían era verdad.

Tenemos que hacerlo subir dijo, como si hablara solo. Tenemos que conseguirlo.

¿Te parece que puedes hacerlo, May? preguntó Ken. Quiero decir... se interrumpió, después de todo, la situación era muy delicada.

Lo intentaré, dijo May. Si fracaso... y también ella dejó la frase por la mitad.

Muy bien, dijo Alf, palmeándole el hombro. No te apresures. Una cosa por vez.

¿Cuánto tiempo tenemos? le recordó Ken mientras volvían al camarín. May no conseguirá hacer subir la fuerza para las primeras horas de mañana.

Pediré una prórroga de veinticuatro horas, añadió Alf. G. E. puede echarle la culpa al vociferador. Yo me encargaré de los muchachos.

Cuando llegaron al camarín, Barry ya estaba despierto y comiendo sopa de avena. Los bifes crudos eran pura propaganda ideada por Bob Eider en un pasado remoto. Barry vivía prácticamente de avena. May hizo señas a los Muchachos para que se fueran.

Dime querido, le dijo. ¿Te gustaría tomar unas pequeñas vacaciones?

Barry no contestó en seguida. Siempre necesitaba un poco de tiempo para entender las cosas.

Hum... hum... dijo. Después frunció el ceño y se limpió la boca. Creí que ya había salido de vacaciones, contestó. Creí que empezábamos a trabajar hoy.

Así es, tesoro. Pero ha habido un aplazamiento de veinticuatro horas. Un inconveniente técnico con el aparato nuevo. Pienso que podríamos salir y cenar afuera esta noche.

Barry se quedó mirando: "¿Salir?", preguntó.

Sí querido, contestó May sonriendo. Los Muchachos y yo creemos que no descansas lo suficiente. Estás preocupado por la película.

Yo nunca me preocupo. Nunca. Se sirvió más sopa de avena. May frunció el entrecejo.

Podría ser que con estas nuevas "energéticas", la dieta y la rutina tuvieran que sufrir un cambio drástico.

Basta dijo, retirando el plato. No te conviene comer demasiada avena. Te diré lo que vamos a hacer: iremos a ese sitio que se ha hecho tan popular, la "Chinela de Plata", en la ciudad. Nos haremos servir una gran cena y empinaremos el codo, tú y yo solos. ¿Qué te parece, querido?

Barry se quedó mirando el plato de avena que desaparecía por el montaplatos.

No sé, querida, contestó, prefiero quedarme en casa.

Como quieras, contestó May, sonriendo y besándole la cabeza. Como quieras.

A la mañana siguiente, a las seis y media, Alf Burnell fue despertado por el teléfono: hola, dijo.

Soy yo, May. Malas noticias.

¿Nada?

Nada. Jugamos a las cartas y a las diez se quedó dormido. Todavía sigue durmiendo.

Voy a llamar a los Muchachos. No te preocupes. En seguida estaremos allí.

Los citó para las ocho. Una vez que se pusieron de acuerdo respecto al próximo paso a dar, saltaron al coche y se trasladaron a la casa de Barry. May los esperaba en la terraza.

Hice todo lo que pude, dijo. Parecía cansada.

Los hizo entrar al *living* y todos tomaron asiento. Alf se aclaró la garganta. Era el mayor de todos y, por lo tanto, tenía la palabra.

Escucha May, dijo, eres una gran muchacha y todos te respetamos. Comprendemos lo penoso que esto debe ser para ti. Pero no debemos permitir que el sentimiento arruine la vida de Barry. Creo que todos estamos de acuerdo en eso.

Sí, claro, contestó May.

Bueno... entonces... Los Muchachos y yo creemos que es mejor que te vayas al Country Club por un par de noches y nos dejes a Barry por nuestra cuenta.

Los Muchachos se quedaron mirando el piso. No estaban seguros de cómo reaccionaría May. Pero era una chica valiente.

Alf repuso, yo también pensé en eso a las tres y media de la mañana. Pero no creo que consigan nada.

Podemos intentarlo, dijo Ken.

Después de todo, terció Bob, hay algunas cosas que no se pueden contar a la mujer. Tal vez Barry se desahogue con nosotros.

Alf hizo circular los cigarrillos y sirvió café.

No hay nada que Barry pueda decirles que yo no sepa. Lo he cuidado día y noche durante treinta años.

Tal vez ahí está el asunto, contestó Bob.

Se produjo un silencio. La situación era sumamente difícil. La cuestión era: ¿cuál sería el próximo paso? En cualquier momento la Gigantic Enterprises llamaría pidiendo noticias.

O.K., exclamó May bruscamente. Desapareceré un par de noches. Se los dejo en sus manos. Pero no le hagan daño.

¡Bravo!, dijo Alf. Los Muchachos suspiraron aliviados.

Cuando Barry se despertó a eso de las diez de la mañana y pidió su jugo de naranjas, Pat, su secretario, y Slip, su maquillador, estaban sentados frente a la ventana. El resto de Los Muchachos estaba abajo hablando por teléfono y arreglando las cosas para que G. E. se quedara quieta veinticuatro horas.

¿Dónde está May? preguntó Barry.

Está cansada, contestó Pat. Despertó con jaqueca. Llamamos al médico y le dijo que se fuera al club por una noche o dos y se hiciera dar masajes.

Barry sorbió su jugo de naranjas: nunca me enteré de que May padeciera de jaquecas. Se recostó nuevamente sobre su almohada para pensarlo.

Es la edad, le interinó Slip. Las pone así.

Se acercó a la cama, arregló las almohadas de Barry y comenzó a recortarle el cabello con las tijeras.

Barry miró el reloj.

Son más de las diez, dijo.

Está bien, le contestó Pat, te dejamos dormir. Hoy no se trabaja. No pudieron arreglar el vociferador.

Aja, contestó Barry.

Le llenaron la bañera y le sirvieron el desayuno. Después lo vistieron y lo llevaron hasta el coche. Dentro del coche, estacionado frente a la casa, estaban los otros Muchachos.

¡Hola, Barry! le dijeron. Ken estaba frente al volante. Métete adentro, le pidió. Vamos a la playa de Poncho.

Todos quedaron mirando para ver cómo reaccionaba Barry. La playa de Poncho estaba a diez kilómetros sobre la costa y no había nada semejante en todo el continente americano, entre Los Angeles y Perú. Así era de brava. Si una estrella o empleado de Gigantic Enterprises, o de cualquier otra de las grandes compañías, era vista allí, lo despedían. Alf Burnell había arreglado el viaje de acuerdo con el propio director de G. E.

¿La playa de Poncho? preguntó Barry. ¡Qué bien! ¿Puedo nadar?

Claro que sí, le contestó Alf. Hoy es tu día.

Llegaron a la playa a eso de las once y treinta. El momento era oportuno: era la hora en que los muchachos y chicas de color hacían el desfile del mediodía, al desnudo, antes de meterse en el agua. Ken estacionó el coche sobre la playa misma, cerca de las casillas, y Pat, Slip y Bim sacaron la canasta del almuerzo y bebidas, colocándola en el suelo junto a los almohadones y colchonetas.

¿Quieres tomar algo, Barry? le preguntó Ken. Había estado agitando algo en la coctelera, y lo sirvió en un vaso. Pruébalo viejo, le dijo. Es bueno. Barry olfateó el vaso con desconfianza:

¿Qué es? Tiene olor raro.

Los Muchachos miraron hacia otra parte. Era un poco penoso tener que engañar a "la Amenaza" de este modo. Pero era por su bien.

Son vitaminas, dijo Don. Acaban de aparecer.

Barry tomó un trago y arrugó la cara.

No me gusta. ¿Tengo que tomarlo?

Este y otro más contestó Ken. Trágalo.

Las muchachas y muchachos bajaban ya por la playa, y realmente valía la pena mirarlos. Ninguno de ellos tenía más de diecisiete años y habían sido elegidos uno por uno, por el sindicato que dirigía la playa Poncho desde el Rockefeller Center de Nueva York. Naturalmente, les habían enseñado a caminar de esa manera, el entrenamiento era muy arduo y requería seis meses, pero el sindicato se había hecho asesorar por expertos de Tánger y Port Said y estos chicos dejaban atrás a todo el mundo.

Realizaron el primer número de baile frente mismo a Barry. Era apenas un aperitivo, pero fue bastante para Bim, que se levantó, desapareciendo. Los otros permanecieron en sus puestos y se quedaron mirando la cara de Barry. La expresión de éste era de azoramiento:

¿Tenemos que mirar a estos negros? preguntó. Quiero ir a nadar.

Alf le hizo señas para que se quedara quieto y Don le sirvió más jugo de vitaminas de la coctelera.

Espera la Danza de las Plumas, murmuró Alf.

La Danza de las Plumas era realmente extraordinaria. Realizada con gran delicadeza



y habilidad bajo el sol de las once y treinta de la mañana, por estos capacitados jovencitos, resultaba una prueba de resistencia para los espectadores. A mitad del espectáculo, Bob Eider y Pat Price, y hasta Slip, tuvieron que levantarse e irse, tal como Bim lo hiciera antes.

¿Adonde van? preguntó Barry. ¿Se sienten mal?

No. No, repuso Ken, con impaciencia. Mira los chicos.

La Danza de las Plumas terminó y los espectadores que habían sobrevivido aplaudían encantados, y se encaminaron al agua. Los que no pudieron resistirla iban acercándose con sus compañeros elegidos, hacia las casillas de baño. Alf y Ken miraron a Barry. Estaba levantando la tapa de la canasta de picnic y miraba adentro.

Estos tontos se olvidaron de poner mi sopa de avena, dijo.

Alf y Ken comprendieron que no había nada que hacer. Si los muchachos de la playa Poncho no despertaban a Barry, nadie lo conseguiría. Tal vez, después de todo, tendrían que recurrir al psiquiatra sueco. Se quedaron en la playa esperando que Barry fuera a nadar, no quiso entrar al agua hasta que no hubieron salido todos los chicos y después empezó a hacer círculos, nadando pecho. Destrozaba el corazón verlo.

¿Te diviertes, Barry? preguntó Alf.

¡Muchísimo! ¡Muchísimo!

Ken se dirigió al restaurante para pedir costillas y champagne. El resto de los muchachos se agrupó a su alrededor con aire avergonzado.

Lo que sucede dijo Bob es que Barry es muy duro.

Tonterías, repuso Ken. Hemos equivocado el camino...

Por la tarde, después que Barry durmió la siesta, fueron a ver el "Floorshow", al que sólo podían entrar los que habían sacado su ticket en el Rockefeller Centre. Alf se había ocupado de eso y se sentaron todos juntos en un palco. Después estuvieron de acuerdo en que el espectáculo, a pesar de toda su sofisticación, no era superior al de la playa, pero Alf afirmó que todo era cuestión de gustos.

Depende de lo que uno prefiera, dijo. Este me convenció.

Después del espectáculo, Barry fue a nadar otra vez y empezó a girar y girar en el agua, tendiendo los brazos rígidamente, mientras los Muchachos arrojaban guijarros y discutían la situación.

Alf prometió a G. E. llamarlos esta noche, dijo Bob. Si no lo hacemos va a haber lío. Barry tiene que presentarse al *set* mañana a las ocho.

Nos quedan todavía dieciséis horas, dijo Ken.

Barry salió del mar. Tenía un aspecto magnífico. Nadie hubiera adivinado que era un producto conocido desde hacía ya treinta años.

¿Qué es lo que te gusta tanto del mar, Barry? le preguntó Ken ásperamente.

Barry se sentó y empezó a sacarse la arena de entre los dedos del pie.

Me hace recordar, dijo. Se parece a Herne Bay.

Los Muchachos guardaron la canasta del almuerzo, los almohadones y las colchonetas. ¿Para qué diablos habían venido a la playa Poncho cuando lo único que a Barry le importaba era Herne Bay? May tenía razón; ellos no sabían nada.

Hemos malgastado cerca de mil dólares, dijo Ken al tomar nuevamente el volante.

No son nuestros, contestó Alf. Gigantic Enterprises se hace cargo de este paseíto.

Condujeron a Barry de vuelta a casa; le hicieron poner el traje de etiqueta y se lo llevaron a la "Chinela de Plata", a cenar. Alf había arreglado las cosas para que tres de las jóvenes más bonitas de que disponía G. E. los acompañaran a la mesa. Bim se divirtió muchísimo, lo mismo Ken y Bob, con la pequeña japonesita que recién esa mañana había llegado a Hollywood, pero todo fue inútil. Barry seguía quejándose de que no le habían dado sopa de avena y estaba por llamar a May para que le preparara algo.

O.K., vete a llamarla dijo Alf.

Estaba hartó. Ya era casi medianoche. Las muchachas no habían servido de nada. Los luchadores de Jamaica, tampoco. Los acróbatas de Corea que lograron despertar un chispazo en los ojos mortecinos del pobre Harry Fitch, después, cuando ya había intentado todas las cosas posibles arrastrándose por el mundo durante años, no sirvieron de nada. Era la hora 0. Los Muchachos habían llegado al límite.

Mañana... dijo Alf, cuando Barry fue a llamar por teléfono a May, todos los que estamos aquí sentados, nos habremos quedado cesantes...

Mientras tanto, Barry había pedido a uno de los mozos que le indicara dónde estaba el teléfono y le prestara un dólar, y se quedó esperando hasta conseguir el llamado. El teléfono estaba frente al *toilette* para señoras, y la encargada se encontraba de pie, en la puerta, tejiendo. Todas las clientas se encontraban en el restaurante y no tenía nada que hacer. Al ver a Barry, le hizo una sonrisita y siguió tejiendo. Era regordeta y entrada en años y su cabello tenía un anticuado color gris, excepto una raya purpúrea en mitad de la cabeza. Barry no le prestó atención. Consiguió la comunicación y habló con May.

¿Cómo te va, querida? dijo, no te puedo oír muy bien.

Tengo la barbilla vendada, le contestó. Me estoy haciendo el tratamiento. ¿Cómo te va, querido?

¡Muy bien! ¡Muy bien!

¿De dónde hablas? ¿Están los muchachos contigo?

Estamos en un club nocturno, le dijo. Somos muchos.

¿Qué quieres decir con que son muchos? ¿Quiénes están?

No sé como se llaman, querida. Una chica japonesa que acaba de bajar del aeroplano y un acróbata y su hermana, y dos negros de Jamaica.

Pasó algo en la línea, y, aunque oía bien a May, se dio cuenta de que ella no lo escuchaba a él, ya que seguía preguntando: "¿Qué estás haciendo?" en una forma agitada y extraña. Pensó que la venda le impedía hablar claramente. Luego la comunicación mejoró.

Nos divertimos mucho, dijo. Sólo hay una cosa que anda mal: se dan de comer bifes y quiero sopa de avena.

Silencio.

Tal vez May estaba pensando cómo ayudarlo.

¿Vas a trabajar mañana? le preguntó ella, por fin.

No sé, querida. Creo que sí.

¿Qué hicieron todo el día?

Estuvimos en la playa de Poncho.

¿En la playa de Poncho? por la voz, pareció que estuvieran estrangulándola.

Sácate esas vendas, querida, le dijo. No te puedo oír bien.

Por algún motivo May pareció enojarse, porque le dijo algo que sonaba a "que se fuera al diablo y comiera su maldito bife", lo que resultaba bastante poco amable de su parte. Y ahora le estaba diciendo otra cosa con respecto a "los mejores años de su vida, y cómo lo quería y ahora todo tendría que irse al diablo a causa de su carrera y qué es lo que había sucedido en Poncho's Beach".

No te preocupes, querida, le dijo. No fui a lo hondo; los Muchachos se descompusieron del estómago, pero yo me sentía bien, muy bien...

La comunicación se interrumpió y la operadora le dijo que habían cortado. Se sintió ofendido, sin duda, el tratamiento que le estaban haciendo a May no debía ser el adecuado. Barry salió de la casilla telefónica.

Vio que la encargada del *toilette* le sonreía y abrió la boca como para hablar. Metió la mano en el bolsillo en busca de la lapicera. Los Muchachos siempre le hacían llevar una lapicera para los autógrafos. Cuando alguien le sonreía, siempre significaba que quería un autógrafo. La destapó. Pero la mujer no sacó la libreta ni le presentó una tarjeta del menú. Barry esperó.

¿Dónde quiere que escriba? dijo por fin.

¿Que escriba qué? preguntó la mujer.

Mi autógrafo.

No se lo he pedido, contestó la mujer.

¡Oh! exclamó Barry. Disculpe, volvió a cerrar la lapicera y se la metió en el bolsillo.

No ha cambiado mucho, dijo la mujer.

Barry se rascó la cabeza. Era un gesto reflejo que los Muchachos le habían enseñado mucho tiempo atrás, como la mejor respuesta a los cumplidos de un admirador. Un cumplido nunca necesitaba de una contestación.

¿Te acuerdas de Windy Gap? le preguntó.

Barry se quedó mirando. Windy Gap... Qué curioso, esa misma tarde había estado pensando en Windy Gap. Era cuando volvía del agua y chapoteaba, y entonces pisó una pequeña caracola, y la sensación lo hizo retroceder a la playa de Herne Bay y a ese lugar cerca de la escollera donde dejaba la ropa. Había un hueco en las rocas por donde se filtraba el viento y él acostumbraba a ponerse de prisa su malla para no enfriarse. Nadie en el mundo podía recordar ese nombre *Windy Gap*, excepto él... Barry miró a la mujer con un poco más de atención y entonces todo pareció borrarse y él tuvo de nuevo diecisiete años y estaba temblando, alto y delgado, dentro de un par de pantalones de baño azules, y Pinkie Brown reía al lado suyo, vestida con un trajecito de algodón y golpeando sus dedos desnudos con una red de pesca.

Vamos, decía Pinkie. Vamos zambúllate...

No quiero meter la cabeza bajo el agua, decía Barry.

Entonces, ella lo empujó. Nunca olvidó la horrorosa sensación del agua en

remolino, y el zumbido en los oídos y la impresión angustiosa de asfixia. Manoteando salvajemente consiguió por fin llegar hasta la costa, y allí estaba Pinkie, alejándose a la carrera. Empezó a perseguirla, tropezó y cayó, golpeando con la cabeza en un viejo tronco y comenzó a manarle sangre de la frente. Gritó: "¡Pinkie, eh, Pinkie, ven aquí!"

Ella volvió la cabeza y, al verlo pálido, temblando, tratando de detener la sangre con sus torpes dedos, volvió corriendo, sacando su propio pañuelo de su bombachón.

Toma, le dijo desdeñosamente, y como la sangre no dejaba de correr, le ató el pañuelo alrededor de la cabeza y se quedó sosteniéndolo. Cuando pudo sacárselo, bajaron a la playa y se sentaron sobre las ropas de Barry, junto al Windy Gap, y Barry se puso el pulóver sobre los hombros para defenderse de la corriente de aire, y después besó a Pinkie hasta que ella se cansó y le dio un empujón. Después, los dos se quedaron sentados, masticando conchillas. Todavía le parecía sentir la arenilla entre los dientes.

La encargada del *toilette* lo miraba sonriendo. Por primera vez en más de treinta años, Barry Jeans sintió que algo le temblaba en la mejilla y la línea musculosa de su mandíbula pareció aflojarse.

Sí, dijo la mujer, yo soy Pinkie Brown.

Si la prensa hubiera estado en ese momento allí, habría visto en el rostro de "la Amenaza" una expresión completamente desconocida. Habría podido describirse como emoción. O, en la jergonza moderna, una doble toma.

¡Dios! exclamó Barry. ¡Dios! ¡Me alegro tanto de verte, Pinkie!

Tendió la mano. La mujer se metió el tejido bajo el brazo y la estrechó.

También yo estoy contenta de verte, Barry, le dijo.

Él miró a su alrededor tratando de comprender, y luego dijo:

Tienes que venir con nosotros. Tenemos una mesa...

La mujer agitó la cabeza.

No puedo hacer eso, contestó. No puedo irme hasta la hora de cerrar, y no será hasta las tres.

Barry miró el cartelito de la puerta: "Toilette para Damas" y vio las mesitas y los largos espejos que había dentro de la habitación.

¿Trabajas aquí, Pinkie?

Sí, le contestó. Estoy aquí desde que inauguraron. Me viene muy bien. Ahora que los chicos ya se han casado, me aburro en casa.

Y se puso a tejer de nuevo. Era algo blanco y flojo. Barry tendió la mano y lo tocó.

Una vez me tejiste un echarpe, dijo. Cuando me enfermé de gripe. También era blanco y tenía una guarda de perritos rojos, bailando.

Cierto, recordó ella. ¡Qué memoria tienes! Esto es para mi próximo nieto. Ya tengo dos.

Barry pensó un momento, luego consultó el reloj.

Ojalá no tuvieras que trabajar, comentó, me gustaría tanto poder sentarme contigo y conversar un rato.

La encargada del *toilette* lo miró con expresión de duda.

¿Pero, no estás con tus amigos, allá? preguntó, señalando hacia el restaurante.

Sí dijo Barry, pero no tiene importancia. Se trata sólo de los Muchachos y unos amigos. No tenemos por qué preocuparnos de ellos.

La mujer lanzó una rápida mirada a derecha e izquierda. Luego hizo señas a Barry de que entrara al *toilette*.

Hay un lugarcito detrás de los abrigo dijo, y lo condujo rápidamente hasta un recoveco. No es más que un huequito, siguió diciendo, pero hay un banco y nadie nos verá y corriendo la cortina, lo ocultó. Hacía un poco de calor, pero a Barry no le importó. Vio que habían enchufado una pava eléctrica; se veía una taza con su platillo.

¿Te gustaría tomar un poco de té? le preguntó.

Prefiero leche caliente.

Muy bien. Tengo una botella en el armario. Te la calentaré en la pava.

Sacando la cabeza, espió para ver si la costa seguía libre.

Todavía no vienen. Generalmente empiezan a hacerlo a eso de la una. Entonces, tendré que ir y venir, pero podemos conversar en los intervalos. Siéntate y ponte cómodo.

Barry se sentó en el banquito y apoyó la cabeza contra la pared. Sus largas piernas estaban un poco acalambradas, pero nos las podía estirar del todo porque entonces sobresaldrían de la cortina y las verían desde afuera.

¿Hace mucho que estás aquí, Pinkie? preguntó.

Veinte años, contestó ella. Gané un premio en un concurso de belleza en Herne Bay y el premio era una prueba para el cine, en Hollywood. Me la hicieron, pero salió mal, y entonces me casé. Desde aquel momento estoy aquí. Mi pobre marido se murió de úlcera hace dos años, pero tengo tres hermosas hijas y un muchacho en el Canadá.

Tienes suerte Pinkie, dijo Barry. May y yo no tenemos hijos.

Lo siento. Siempre pensé que tener hijos ayuda a mantenerse joven.

Ya había calentado la leche y la estaba sirviendo en la taza.

¿Te acuerdas de los camarones, Pinkie?

¡Claro que sí! ¡Cómo se retorcían en la red! Yo era más hábil que tú para pescarlos. No te animabas a meterte en los charcos más profundos, por miedo a los cangrejos.

Es que una vez me agarraron un dedo. El bruto casi me lo saca. ¿Tienes azúcar, Pinkie? Me gusta la leche dulce.

Aquí tienes, le dijo, echándole tres terrones. La verdad siguió diciendo ella, que aquí se come bien. Pero el costo de la vida es muy alto.

Ya lo sé. Es por los impuestos. Los impuestos me matan. ¿Tienes que pagar mucho, tú también?

No demasiado. Me arreglo. Tengo un bonito departamento. Toda clase de artefactos para ahorrar trabajo.

También nosotros, en nuestra casa. Además la vista desde la terraza es muy linda.

La casa que ustedes tenían en Herne Bay era muy linda, Leonard Terrace... ¿verdad?

Así es. ¡Pobre papá!... Hace mucho que se murió. Por poco te mata esa vez que viniste a cenar y volcaste la sopa: ¿es que los hijos de clérigos no saben comportarse? Se sorprendió mucho cuando se enteró de que te iba bien. Aunque no creo que nunca haya visto una de tus películas. ¡Es una lástima, en realidad!

Y tú, ¿las viste?

Antes, contestó ella. Pero no últimamente. Parecen haber empeorado. La última era tan tonta. Pero la joven me gustó.

Asomó la cabeza por las cortinas y le hizo señas de que se callara.

Viene alguien. Tendré que irme un momento. Termina de tomar la leche. No está ácida ¿verdad? Aquí no hay heladera.

No. No. ¡Está muy bien! ¡Muy bien!

Ella se dirigió al *toilette* y la joven que acababa de entrar le pidió alfileres de gancho para arreglarse la enagua. Barry confió en que la muchacha no se quedara mucho tiempo. Quería seguir charlando con Pinkie. Recordaba la vez en que habían estado caminando a lo largo de la escollera y empezó a tronar y discutieron respecto a si convenía más buscar refugio bajo los arbustos o salir corriendo. Él advirtió a Pinkie que era peligroso acercarse a los árboles en una tormenta eléctrica, ya que podían ser alcanzados por un rayo. Ella le contestó que si no buscaban refugio, él tendría que darle su saco para ponérselo sobre la cabeza. "Pero no tengo más que una camiseta finita", le hizo notar Barry. "Me empaparé". Acabaron por compartir el saco y mientras bajaban por la escollera, Pinkie no hacía más que decirle que estaba tironeando para el lado de él.

Barry espió por una abertura de la cortina para ver si la joven ya se había ido, pero ahora había otra más, arreglándose frente al espejo; se le había caído la polvera en el lavabo y Pinkie estaba limpiándolo con un trapo.

Al cabo de un momento ambas jóvenes se fueron, dejando veinticinco centavos, en un platillo, sobre el tocador. Pinkie los dejó allí y Barry le preguntó por qué no se los guardaba. Pero ella le contestó que era mejor así: de ese modo las clientes recordaban que debían dejar propina. Cuando el platillo estaba vacío, nadie se preocupaba de poner algo.

¿Cuánto sacas por noche, Pinkie? le preguntó.

Depende... Los sábados son un buen día. A veces hago hasta veinticinco dólares.

¡Ojalá tuviera veinticinco dólares! dijo Barry. Los Muchachos no me dan nada.

Bueno, pero estás vestido y te dan de comer, ¿no es cierto? Después de todo, es lo principal.

Le alcanzó la taza y el platillo, que ella volvió a colocar en el estante, al lado de la pava. Luego tomó su tejido otra vez.

Me gustaría que conocieras a mis nietos, siguió diciendo. ¡Son tan lindos! En casa tengo fotografías de toda la familia. Las chicas están casadas muy bien, gracias a Dios, y mi hijo David tiene una gran estación deservicio en Winnipeg.

Entonces, ¿ninguno de ellos se dedicó al cine?

¡Oh, no! ¡Les va bien, realmente!

En el restaurante, los Muchachos empezaban a sentirse incómodos. La japonesita miraba continuamente el reloj y bostezaba, y los acróbatas coreanos habían terminado todo

el champagne.

Barry tarda demasiado, hablando con May, dijo Alf. Ve a buscarlo, Pat.

Pat apartó de sí a la rubia que se le había quedado dormida en el hombro, y se dirigió a la casilla telefónica. Regresó casi en seguida, muy serio.

¡Barry no está allí! El tipo del conmutador dice que terminó de hablar hace unos quince minutos. Tampoco está en el *toilette* de hombres.

Tal vez se fue a la playa de estacionamiento, sugirió Ken. ¡Te apuesto cualquier cosa a que está dormido en el asiento posterior del coche!

Pat salió a ver y Slip lo acompañó. No era bueno que Barry se despeinara o anduviera con la ropa arrugada: Slip debía estar siempre al lado para arreglarle las cosas. En menos de cinco minutos estuvieron de vuelta, muy preocupados.

Barry no está allí, informó Pat. Ni en el coche nuestro, ni en ningún otro. El cuidador no lo ha visto. El portero tampoco.

La japonesita lo miró finalmente con interés. Aceptó un cigarrillo de uno de los luchadores de Jamaica.

¿Sabe una cosa, señor Burnell? dijo a Alf, Barry Jeans se les ha escabullido.

¡Es cierto! exclamó el luchador. Lo de la llamada telefónica fue un pretexto. ¿Qué les parece si salimos a buscarlo por la ciudad?

Alf se levantó y los Muchachos lo siguieron. El *maitre* del hotel se acercó de prisa. Alf lo hizo a un lado: "No, no queremos más champagne. Nos vamos. Póngalo en la cuenta de Gigantic Enterprises. Sí, muchas gracias, el señor Jeans se divirtió mucho. Vamos, muchachos".

Subieron al coche, dejando a las muchachas acompañadas de los luchadores y acróbatas en la escalinata de la "Chinela de Plata". Gigantic Enterprises también se haría cargo de su velada, o de lo que quedara de ella. Los Muchachos iban a recorrer el camino de regreso, que era donde Ken afirmaba encontrarían a "la Amenaza".

-Oigan -dijo Bob-. May nos traicionó. Seguramente le dijo por teléfono que se fuera a dormir a casa.

-¿Pero cómo iba a ir? -preguntó Alf-. No tenía dinero para el taxi.

Tal vez se fue caminando, dijo Bob. Sí, seguro que sí...

Barry nunca caminó cinco metros en toda su vida, comentó Slip. Le da la puntada.

¿Y si lo hubieran raptado? preguntó Ken. ¡Dios mío! ¿Si hubieran raptado a "la Amenaza"?

Bueno, comentó Bim, por lo menos no tendría que presentarse en el *set*, mañana por la mañana. Yo podría reemplazarlo.

Ken le dijo que se callara la boca. El asunto era demasiado serio. Si Barry Jean había sido raptado, todo Hollywood estaría en ascuas. Tendrían que llamar al Departamento del Estado, a Washington. Los tipos del F.B.I. detendrían a todos los aviones que estuvieran por partir, rumbo al este o al oeste.

Esperen... Esperen... dijo Alf. A lo mejor Barry está acostado en la cama.

A toda velocidad se dirigieron a la casa y despertaron al asustado mayordomo.

Revisaron las habitaciones, pero no se veían señas de "la Amenaza". Entonces Pat llamó a May, al Country Club, teniendo cuidado de no alarmarla. Dijo simplemente que ya estaban de vuelta y que Barry parecía muy callado. Tanto él como el resto de los Muchachos se preguntaron si May le había dicho algo que lo disgustara.

La voz de May parecía ronca y extraña, como si hubiera estado llorando.

Yo confié en ustedes, les dijo. Confié en que me lo cuidarían y me lo llevaron a la playa de Poncho.

Escucha, May, intentó explicar Pat, pero May había cortado y no consiguió comunicarse de nuevo.

¿Qué decía? preguntaron los Muchachos cuando él colgó el receptor.

Está enojada, dijo Pat. Nada más.

¿Y por qué está enojada? preguntó Ken.

Porque llevamos a Barry a la playa de Poncho.

Volvieron a subir al coche, cada uno con una idea distinta. Bob pensaba que debían llamar al F.B.I. inmediatamente, pero Alf opinaba que apenas estuviera enterado el F.B.I., toda la costa sabría lo sucedido, incluso que la Fuerza de Barry era del tipo "G".

Esos tipos no saben guardar un secreto. Iremos al F.B.I. solamente si no conseguimos presentarnos con Barry en el estudio a las ocho de la mañana.

¿A las ocho? preguntó Slip. Ya es la una y media. Sólo nos quedan siete horas.

Subieron nuevamente al coche y se encaminaron de vuelta a la ciudad.

Tengo una idea, dijo Bob. Consiguió que alguien lo llevara otra vez a la playa de Poncho. Lo de hoy fue pura pose. Les apuesto a que ha vuelto a ver a las chicas, otra vez.

Bob tiene razón, contestó Pat. A las dos de la mañana encienden los reflectores de la playa. Las chicas bailan nuevamente la Danza de las Plumas. Sería peligroso dejarlo a Barry solo.

Ken tomó por el camino que, saliendo de la ciudad, se dirigía a la playa de Poncho.

No sé... comentó Alf. Pero me parece que las chicas no le llamaron la atención a Barry. Pero cuando estábamos observando el "Floor Show", me pareció algo intranquilo. Lo sentí moverse: estaba sentado junto a mí. Estoy seguro de que Barry está en el casino de Poncho mirando el "Floor Show".

Entonces es mejor que hagamos las dos cosas, sugirió Ken. Primero a la playa, y después al "Floor Show". ¿Cuánto tiempo hará falta?

Creo que cierran a las cinco repuso Slip. No pueden terminar antes.

Ken apretó el acelerador y el coche se dirigió a toda velocidad hacia la playa de Poncho.

La desaparición de Barry Jeans arruinó la noche a todos los concurrentes de la "Chinela de Plata". Ya no era divertido bailar o sentarse por ahí cuando no había nadie importante. Los que aún se sentían con suficiente energía, se fueron a su casa a dormir y los que siempre andaban cansados, resolvieron dirigirse a la playa de Poncho. A las dos y media la banda dio por terminada la función, se limpiaron las mesas y se apagaron las luces. El empleado del conmutador se había quedado dormido. Nadie observó que en el *toilette* de damas todavía había luz. Ahora que todos se habían ido, Barry salió del cubículo



y se sentó junto a uno de los tocadores con los pies sobre la mesa. Estaba tomando leche caliente. Pinkie andaba de un lado a otro, con el trapo de limpieza, ocupándose de que todo quedara en orden para la noche siguiente.

No me acuerdo de ese asunto de los bollitos, le dijo; sé que siempre les sacabas las pasas, pero ya no me acordaba que te hubiera apostado a que no eras capaz de comerte diez a la vez.

Comí doce, dijo él, y después me descompuse.

¡Qué lástima que no engordaste un poco! Pero siempre fuiste muy delgado. Todavía lo eres, retorció su trapo, ordenó los cepillos y peines, y, dirigiéndose a la percha que había junto a la cortina, tomó su abrigo y su pañuelo de la cabeza.

¿Qué hora es? preguntó Barry.

Son casi las cuatro, dijo ella. Esta mañana voy a sentirme en la miseria, después de estar charlando tanto tiempo...

¡Caramba! exclamó Barry. Es culpa mía. Lo siento Pinkie, y retirando los pies de encima de la mesita, se puso de pie. Te acompañaré a casa. Será como antes.

Pinkie se estaba arreglando el pañuelo, frente al espejo. Lo ató bajo la barbilla y se metió la cartera bajo el brazo.

No sé qué decirte. No estaría bien que me vieran salir del *toilette* acompañada. Pueden despedirme.

Es mejor que tú salgas primero. Yo espero un ratito y después te sigo.

Pero ella dudaba, murmurando algo respecto a su reputación.

No quiero meterme en líos, dijo. Tienen muy buen concepto de mí...

Asomando la cabeza observó el pasillo desierto; en un extremo, el empleado del conmutador dormía profundamente.

Muy bien dijo, por fin. Correré el riesgo. Saldré por esa puerta de la derecha y te esperaré en la calle. Espera tres minutos y después me sigues.

Barry le concedió los tres minutos y, cuando lo consideró seguro, se deslizó también él a la calle, reuniéndosele como habían convenido. Tal vez fue la corriente de aire que entraba por la puerta abierta lo que despertó al empleado del conmutador, pero sintió fresco en la cara, justamente después que Pinkie pasara a su lado, y al abrir los ojos y restregándose los ojos, bostezando, alcanzó a ver a un hombre deslizándose furtivamente del *toilette* de damas, dirigiéndose luego de puntillas hasta la puerta de calle. En un primer momento se sintió tan asombrado, que no atinó a apretar el botón de alarma que hubiera hecho acudir de inmediato al sereno, y cuando el hombre ya había atravesado el umbral, decidió no hacerlo después de todo. Era un hombre casado y hacía años que trabajaba en el conmutador de la "Chinela de Plata", pero nunca, en todo ese tiempo, ni en otros restaurantes o clubs nocturnos, había visto salir a un hombre del *toilette* de damas. El espectáculo era ya de por sí bastante alarmante, pero lo que empeoraba aún más las cosas, era que había reconocido a Barry Jeans.

Pinkie ya estaba caminando por la vereda. Al llegar a la esquina se detuvo y esperó a su compañero.

No tienes coche, supongo, dijo éste. El mío parece haber desaparecido. Los Muchachos deben haberse aburrido y se volvieron a casa.

Generalmente tomo un tranvía, contestó ella. Pero nunca me he quedado hasta tan

tarde. Tal vez, si tenemos suerte, encontraremos un taxi.

Tuvieron suerte cinco minutos más tarde. Pinkie hizo señas al taxi y subió, acompañada de Barry.

No tengo dinero dijo éste, lo siento mucho.

No importa contestó Pinkie. Pagaré yo, como siempre.

Cuando llegaron a la cuadra donde vivía Pinkie, ella bajó primero y pagó al conductor. Después dijo a Barry:

Es mejor que le diga que te lleve directamente a tu casa, ¿verdad?

Mientras venían en el auto, Barry había estado pensando en la reprimenda que le darían los Muchachos, por volver a semejante hora. Seguramente, apenas pusiera el pie en casa, le llamaría al masajista. Lo pondrían bajo la ducha, a toda presión. Slip usaría los rayos eléctricos para estimular su cabello y hasta podrían insistir en pellizcarlo y amasarle los brazos y las piernas para excitar los músculos; pero lo curioso era que no se sentía cansado. No, en absoluto. Y no quería volver a su casa.

Pinkie... dijo. Pinkie... ¿no podría subir a tu departamento?

Pinkie reflexionó:

Es un poquito tarde, le dijo.

No, Pinkie, la apremió. Es temprano. No es anoche: es hoy a la mañana. Tengo que estar en el estudio a las siete y algo. Subiré para que me sirvas el desayuno.

Muy bien, contestó ella. Con tal que nadie te vea... No quiero que los vecinos piensen que sirvo desayuno a los hombres.

Entraron al edificio y subieron al quinto piso. Era un edificio de departamentos, nuevo, y el de Pinkie era muy lindo, de tres habitaciones. Mostró la casa a Barry y lo presentó al canario. Después le indicó que se recostara en el sofá del *livingroom* y se pusiera cómodo. Colocó un diario bajo sus pies, a fin de que no le ensuciara el tapizado flamante, y después se dirigió a la cocina a prepararle el desayuno.

-¿No podrías prepararme una sopa de avena, Pinkie? le preguntó.

No tengo Quaker Oats, pero sí arroz. Podría hacerte un budín.

Me gustaría mucho, le contestó él. Más que cualquier otra cosa. Tendría que acordarse de decirle a May que de vez en cuando le cambiara el desayuno y le sirviera budín de arroz, en lugar de sopa de avena. Recostado en el sofá, se puso a mirar al canario que saltaba en su jaula, mientras oía el ir y venir de Pinkie en la cocina, el ruido de las tazas, y de la jarra donde ponía a hervir la leche. Se preguntó qué habrían hecho los Muchachos al ver que él no volvía a la mesa. Debían haberse preocupado. Lo mejor que podía hacer era pedirle a Pinkie que le consiguiera un taxi, un poquito antes de las siete, y dirigirse directamente al estudio, sin volver a casa. Entonces Slip sólo podría maquillarlo y tenerlo listo justamente para la hora que empezaran a rodar. No tendrían tiempo para retarlo ni para insistir en masajes. Se instaló más cómodamente sobre los almohadones y miró el reloj. Le quedaban dos horas y media, más o menos.

¡Pinkie! llamó.

¿Qué deseas? contestó ella, saliendo de la cocina. Se había sacado el tapado y el vestido y tenía puesto un batín floreado. El fondo era color beige y tenía estampadas unas rosas enormes. Estaba abotonado de arriba abajo.

Me gustaría hacer algo, le dijo.

¿Qué cosa?

Mirar todas esas fotografías de que me hablaste. Las tuyas, las de tu familia, de tus hijos y de tus nietos. ¡Me gustaría tanto mirarlas mientras preparas el budín de arroz!

En la playa Poncho, la hilera de coches aguardaba su turno para recorrer las diez millas que los separaban de la ciudad. Eran las cinco y media cuando Ken reunió a todos. Bob, Pat y Slip los habían hecho demorar, quedándose en la playa después de la Danza de las Plumas, mientras los otros iban a ver el "Floor Show". Después del "Floor Show", Alf pasó a los camarines para hablar con las chicas, diciendo que quería preguntarles si habían visto a Barry. Cuando Bob, Pat y Slip volvieron de la playa, informaron que los chicos ni siquiera habían oído hablar de Barry. Era realmente asombroso. Ni siquiera conocían de nombre a "la Amenaza". Había necesitado casi una hora para convencerlos de que "la Amenaza" existía y que ese mismo día había estado en la playa de Poncho viéndolos bailar. La tarea de buscar a Barry por todas partes en la playa de Poncho había sido agotadora y los Muchachos apenas si conseguían tenerse en pie. Tuvieron que dirigirse al bar a tomar unas cuantas copas bien cargadas para fortalecerse. También Alf tuvo que hacer lo mismo. Ken y Bim parecían ser los únicos que estaban en condiciones.

Debe haber alguien entre nosotros que sea capaz de tomar el volante y llevarnos de vuelta a la ciudad dijo Ken, y luego, cuando estemos allí, para dirigirse al estudio y afrontar a Gigantic Enterprises.

Así es, agregó Bim. Por eso no quise tomar nada. Si Barry no aparece, podré reemplazarlo.

Ken recorrió muy lentamente las diez millas de regreso a la ciudad, dando tiempo a los Muchachos para reaccionar. En primer término tendrían que dirigirse a la casa de Barry para ver si éste había regresado, y después todos deberían darse una ducha, afeitarse y vestirse para estar a las siete en el estudio. También tenían que ponerse de acuerdo respecto a lo que iban a decir. Alf era de opinión de que, si no había noticias, llamarían al F.B.I. Significaba que Barry había sido raptado y el asunto ya escapaba a su control.

Naturalmente, la noticia correría, pero no podía hacerse nada para evitarlo. Ken estuvo de acuerdo con Alf, y uno a uno, mientras el coche se deslizaba lentamente por el camino, los otros acabaron por convencerse. Tendrían que acudir al F. B. I. Hicieron un alto delante de la casa. Tal como lo temieran, no se tenía noticias de Barry. Entonces se encaminaron a su propio alojamiento, se bañaron y cambiaron de ropas y volvieron a reunirse de nuevo en el *livingroom* de Barry. Pat llamó por teléfono a May y le dijo que viniera en seguida.

No puedo explicarte por teléfono, le dijo. Es grave.

Ninguno de ellos sentía deseos de tomar desayuno. El mayordomo les sirvió café, y eso fue todo. Se quedaron mirando el reloj: las manecillas se acercaban a las siete menos cuarto.

¿Y? preguntó Alf. ¿Llamo al F. B. I.?

Los Muchachos se miraron. Era una decisión tremenda la que debían tomar. Una vez hecho eso, "la Amenaza" ya no les pertenecería: sería propiedad del gobierno de los Estados Unidos.

Espera dijo Pat. ¿Qué te parece si volvemos a llamar a la "Chinela de Plata", en caso que el portero o algún otro haya visto salir a Barry?

Ya lo hicimos contestó Ken, impaciente. Es una pérdida de tiempo.

No sé... dijo Bob. Vale la pena intentarlo otra vez.

Aunque siempre era Pat el encargado de las llamadas telefónicas, esta vez lo hizo Alf, ya que se había convenido en que él se encargaría de hablar al F. B. I. Pidió la comunicación con la "Chinela de Plata". Los Muchachos estaban sentados, esperando y observando la cara de Alf, para ver si cambiaba de expresión. Apenas le contestaron a su pregunta respecto a si habían visto al señor Barry Jeans, el efecto fue instantáneo. Alf gritó: "¡¿Qué?!" Todo excitado hizo señas a los Muchachos y luego se puso a escuchar lo que el operador le decía. Los Muchachos vieron como abría la boca y luego su rostro era invadido, primero por una expresión de incredulidad, luego de consternación, y después de escandalizada resignación, y, por último, de desesperación.

O.K., dijo sombríamente. Espere un momento; lo volveremos a llamar, colgó el receptor y se dejó caer en su asiento.

¿Se murió? preguntó Ken.

¡Peor!

Alf sacó el pañuelo y se sonó la nariz; después tomó un sorbo de café y echó la silla hacia atrás:

Barry está enfermo, informó brevemente. Después de todo, tendremos que llamar al psiquiatra. Consigue a ese sueco, Pat, pero no lo llames a la International. Si la International se entera, será el fin.

Pero... ¡Jesús!, exclamó Bob. ¿Qué sucede, Alf?

Alf se quedó mirando al piso. Luego enderezó los hombros y miró a los Muchachos.

Barry no salió para nada de la "Chinela de Plata". En toda la noche. El operador del conmutador lo vio deslizarse fuera del "Toilette de Damas" un poco después de las cuatro.

En el livingroom de Pinkie, "la Amenaza" había terminado su segundo plato de budín de arroz y estaba chupando la cuchara. Con la mano izquierda volvía las páginas del álbum fotográfico de Pinkie:

¡Esta es magnífica! dijo. Y señalaba una instantánea del segundo nieto de Pinkie, en bombachas, agachado sobre la arena, haciendo un castillo de arena con una palita de madera.

¿Cuántos años tenía acá? preguntó.

Pinkie se inclinó sobre su hombro, poniéndose los anteojos:

Ese es Ronnie, dijo. Ahí tenía dos años. Pero no se parece a nosotros, es un verdadero McCaw. Vuelve las hojas hacia atrás y verás al señor y a la señora McCaw, o sea los suegros de mi Vivian, sentados en la baranda de su casa. Ahí están. ¿Ves las grandes orejas del señor McCaw? Ronnie las tiene igual. Ese niño sentado en las rodillas del señor McCaw es otro nieto, Sue, la hija de Tom McCaw, que sufrió ese terrible accidente de automóvil que te conté.

¡Ah sí! dijo Barry. Ya me acuerdo. ¿Y éste, quién es?

Unos amigos que teníamos, los Harrison. Un matrimonio muy simpático. Se les murió un hijo en Corea. Esa chica es la hija casada. Escucha... no es que quiera echarte... pero se hace tarde. Si quieres estar en el estudio a las siete, tienes que ir pensando en buscar un taxi.

¡Maldición! dijo Barry. Cerró el álbum y miró el reloj. Pinkie tenía razón, apenas si tendría tiempo para arreglarse un poco y conseguir un taxímetro. Bajó sus largas piernas del sofá y se paró sobre el piso.

¡Nunca sabré decirte, Pinkie, lo que esto ha significado para mí!

Se lavó las manos, se peinó y se tocó la mandíbula, allí donde la barba empezaba a ser visible. Sí, tendría que ocuparse de eso apenas llegara al estudio. Después se agachó y besó a Pinkie.

¡Ha sido magnífico!, le dijo, ¡magnífico!

Ella abrió la puerta del departamento y miró a todos lados.

Escucha una cosa, le pidió. No vayas a contar a nadie donde estuviste, o con quién. Una mujer que vive sola tiene que tener cuidado, y yo no podría mirar a nadie a la cara si pensara que hablan mal de mí.

No diré una palabra Pinkie, le aseguró. Me pareció que no valía la pena contarle a los Muchachos que nos conocimos en Herne Bay, siguió diciendo, una o dos veces pensé decírselo, pero me pareció tonto. Pensarían que lo estaba inventando. Entonces no dije nada.

Pero si quieres volver algún día, me alegraré mucho de verte otra vez.

Gracias, Pinkie.

Nadie nos vio en la "Chinela de Plata".El operador del conmutador estaba profundamente dormido. Es un buen empleo y no me gustaría perderlo.

¡Claro que no! ¡Vaya una idea! ¿Me puedes prestar dinero para el taxi?

Te daré cinco dólares, no debe ser más. Si te sobra algo, puedes guardarlo.

Pinkie había pedido un taxi a la parada de la esquina de su casa, y cuando Barry bajó, ya estaba esperando. El conductor sonrió al reconocer a "la Amenaza", y abrió la puerta para hacerlo entrar.

Nunca tuve la buena fortuna de llevarlo, señor Jeans.

No, contestó Barry. Viajo muy pocas veces en taxi.

El conductor le alcanzó una libreta de autógrafos:

Para la señora, dijo.

Barry sacó la lapicera y firmó.

No diga dónde me recogió, le dijo. He estado toda la noche.

El conductor guiñó un ojo y se guardó la libreta.

Es una suerte que haya sido yo, le aclaró. Algunos de los muchachos venden todos los chismes al "Confidential".

Barry pagó al conductor antes de llegar al estudio. Cuando atravesó el portón y se dirigía a su camarín, el gran reloj daba las siete. Los Muchachos le habían ganado de mano y ya lo estaban esperando. Antes de abrir la puerta, los oyó hablar. Parecía que Pat estuviera al teléfono. De todos modos no tendrían tiempo para masajes.

Buen día, saludó. ¿Cómo dicen que les va?

No era una expresión que hubiera usado antes, pero recordaba vagamente habérsela oído a uno de los técnicos dirigiéndose a un empleado. Los Muchachos quedaron mirándolo como si se tratara de un fantasma. Pat dejó el teléfono. Alf lo observó

significativamente y se puso de pie, despacio.

Buen día, Barry contestó.

Los demás estaban sentados, muy tiesos y tensos. Ninguno sonreía. Barry recordó cuando su padre, el clérigo, lo hacía ir al estudio, en la vieja casa de Herne Bay y le preguntaba por qué había perdido el ómnibus de Rams Gate. Era demasiado tarde para que le hicieran masajes en el cuero cabelludo ni en ninguna otra parte del cuerpo, y demasiado tarde también para la ducha a presión. Sólo había tiempo para una afeitada y que Slip lo preparara para presentarse en el *set*.

¿Se divertieron anoche? preguntó Barry, y, acercándose al espejo, se estudió la barba crecida.

Los Muchachos no contestaron. Barry se encontraba muy enfermo y entonces tendrían que estar alertas por si daba señales de violencia, o bien los había estado engañando durante todos estos años.

¿Cómo estás, Barry? preguntó Ken, con voz suave.

Barry empezó a quitarse el saco y a desabotonarse el cuello de la camisa.

¡Muy bien!... ¡Pero muy bien! Y era cierto. No se sentía cansado. Ese budín de arroz que Pinkie le preparara como desayuno, era mucho mejor que la sopa de avena. Más alimenticio. Más concentrado.

¿Dormiste? preguntó Bob.

Barry se sacó la corbata y terminó de desabotonarse la camisa. El pequeño temblor que apareciera en su rostro al reconocer a Pinkie volvió a surgir en el ángulo de su boca. Los Muchachos lo vieron y se quedaron con la boca abierta. "La Amenaza" sonreía. Sonreía de veras.

No, señor, dijo Barry. Tuve que hacer otras cosas más interesantes que dormir...

¡Era terrible! Los muchachos se sintieron mal. Pensar que conocían a Barry desde hacía casi veinticinco años, y lo respetaban y lo servían, y ahora todo debía terminar así.

Y lo peor era que tenía muy buen aspecto. Si hubiera entrado arrastrando los pies y con aspecto cadavérico, habrían llamado a la ambulancia, avisando al hospital para que estuvieran listos para recibirlo, e inmediatamente habrían llamado al sueco y a otros expertos, para consulta. Pero Barry no había entrado arrastrando los pies. Hasta lo habían oído silbar. ¡Era espantoso!

¿Qué hay de May? preguntó Barry. ¿Qué pasó con su jaqueca?

¡Qué sangre fría! Bim no pudo soportarlo. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y tuvo que acercarse a la ventana y hacer como que miraba hacia afuera. Pero los demás no eran tan impresionables. Estaban escandalizados y asqueados, pero no conmovidos. Evidentemente, Barry no estaba enfermo. El hombre cuya fama ellos crearan, era un vicioso, duro como el acero. Durante treinta años los había engañado a todos.

Mira, Barry, dijo Alf. Había un dejo de amenaza en su voz, y la expresión de su cara era desagradable. No puedes llevártela de arriba, sucede que sabemos dónde pasaste la noche.

¿Y qué? contestó Barry. Se dirigió a la silla y tomó asiento, esperando que Slip se acercara a afeitarlo. Slip miró a Alf esperando órdenes, y Alf le hizo señas de que procediera. Sonó el teléfono. Pat descolgó el tubo. Era el gerente de producción que deseaba tener noticias. Dijo que había estado levantado toda la noche tratando de mantener en calma a Gigantic Enterprises durante la tregua de veinticuatro horas, pero ahora el límite

había expirado y tenía que decirles algo. El equipo esperaba. Los técnicos estaban listos. ¿Llevarían a Barry Jeans al *set* a las ocho, para someterlo a una prueba? Pat explicó la situación a Alf, en voz baja.

Tenemos que ganar tiempo, contestó éste. Pediré una prórroga.

La mano de Slip temblaba de tal manera, que metió jabón de afeitar en los ojos de Barry. Al tender la mano buscando la toalla, Barry escuchó la palabra "prórroga".

¿Qué sucede? preguntó. ¿Todavía no han arreglado el aparatito ése?

Pat levantó los ojos al cielo, y miró a Bob. Desde el receptor seguía llegando la voz del gerente de producción. En ese momento se abrió la puerta y May entró en la habitación, miró a su alrededor como enloquecida, buscando a Barry, y cuando lo vio sentado en la silla, con los restos de espuma en la cara, rompió a llorar.

¡Mi pobre querido! exclamó. ¿Qué te han hecho?

Barry la miró, después miró a los Muchachos y, poco a poco, se dio cuenta de que estaba sucediendo algo que no comprendía: May que se iba al Club con jaqueca, los Muchachos que no lo dejaban quedarse en casa y jugar a las cartas, sino que lo arrastraban a esa playa, bajo el sol, y después lo llevaban a cenar con un montón de luchadores y japonesitas y acróbatas. Y ahora todo el mundo trataba de hacerle cargos porque había pasado la noche bebiendo leche caliente en el *toilette* de damas, acompañado de Pinkie, luego en su departamento, mirando las fotografías de sus nietos. Si los Muchachos ocasionaban inconvenientes a Pinkie, nunca se los perdonaría.

Barry se puso de pie. Una cabeza y parte del hombro más alto que todos los demás, su aspecto era impresionante. Además, como había pasado el día en la playa de Poncho, estaba quemado por el sol, y después de la conversación que había mantenido con Pinkie y del budín de arroz que comiera para el desayuno, se sentía muy bien y completamente descansado. Si alguno de sus admiradores lo hubiera visto en ese momento, habría dicho que aún le faltaban diez años, por lo menos, antes de que perdiera el primer puesto en la lista de popularidad, y que si seguía teniendo el mismo aspecto que ahora, los jóvenes no podrían nunca alcanzarlo. Hasta los Muchachos estaban sorprendidos: Barry no les había parecido nunca tan buen mozo.

Escuchen todos, estaba diciendo ahora, yo mando aquí, y eso también va para ti, May. Nadie va a hacerme preguntas respecto a la noche pasada. Me divertí. Nada más. Nunca me divertí tanto desde que vine a la Costa. Me siento bien, ¡muy bien! Y si esos tontos del *set* no han arreglado su aparatito para las ocho de la mañana, haré pedazos mi contrato con Gigantic Enterprises y me retiraré. Y al primero que diga una palabra, lodespido.

Luego se quitó los tiradores y le dijo a Slip que le alcanzara los pantalones.

Eran las ocho menos un minuto cuando Barry Jeans apareció en el estudio, seguido de May y los Muchachos. Nadie había hablado en el camarín, y los ojos de May aún estaban rojos de llorar. El director se acercó y miró primero a Alf, luego a Ken, pero ambos evitaron sus ojos. El gerente de producción estaba de pie, en medio del *set*. Tampoco él dijo nada. Buscó y sacó del bolsillo su cajita de sedantes.

¿Todo el mundo O.K.? preguntó el director.

Yo estoy O.K., contestó Barry. Los Muchachos están un poco cansados. Y May tiene jaqueca.

Se dirigió directamente al experto y le tendió las muñecas.

Andando, le dijo. Ya hemos perdido bastantes horas de trabajo con este aparatito suyo.

El experto escupió su goma de mascar y conectó los cables. Su ayudante hizo girar el vociferador. Luego, el experto hizo girar una llave y miró el dial. Vanda Grey observaba desde su asiento. No lo creía, por supuesto, pero alguien le había llamado desde la International para decirle que el día anterior habían visto a Barry Jeans en la playa de Poncho. Nunca se habían oído rumores de esta clase. Tenía muy buen aspecto, sin embargo. Tal vez fuera verdad. Entonces... quizás se divertirían, después de todo, cuando, dentro de tres semanas, fueran a Arizona.

El experto desconectó y murmuró algo a su ayudante. El ayudante garrapeó unos números en un block de papel. El técnico recibió el block y se lo entregó al director. El director lo miró, y luego se dirigió hacia donde estaban el gerente de producción, May, y los Muchachos.

Seguiremos adelante, dijo.

"La Amenaza" había marcado Fuerza "A".



## EL ANTE

Nos dijeron que en el Pindus había antes. El informe nos llegó de manera indirecta. Un miembro de la Escuela Británica de Arqueología, al dar a Stephen las novedades de la temporada, le contó que había cenado con un amigo, John Evans, que había pasado unos días en uno de los monasterios de Meteora. Durante los tres días que pasó allí, un hombre de Kalabaka, que traía provisiones para el monasterio, contó a uno de los monjes que un conductor de ómnibus que llevaba pasajeros para el paso de Malakasi había hecho su acostumbrado alto de cinco minutos en el almacén y recogido el rumor de que los leñadores habían visto una hembra de ante y su cría huir entre la maleza, a unos doscientos metros de distancia. Los datos eran así de vagos. Sin embargo, bastó para que Stephen cancelara nuestros planes para Austria y sacara boletos para el avión de Atenas, de la próxima semana.

Esto es lo que significa ser fanático, pero fanático en una forma muy especial. Este fanatismo tiene muy poco en común con la obsesión del político o del artista, por ejemplo, ya que éstos comprenden, en mayor o menor grado, el impulso que los mueve. Pero el cazador fanático es otra cosa completamente distinta. Sus pensamientos se fijan únicamente en la visión de ese trofeo colgando de la pared, en los muertos ojos que antes vivieron, las trémulas narices ahora inmóviles, las sensibles orejas erguidas cerradas al sonido en el instante mismo en que el disparo arrancaba un eco a las desnudas rocas; este hombre persigue su presa siguiendo un instinto que ni siquiera él conoce.

Stephen era un cazador de esta clase. Lo que lo impulsaba no era el desafío a su habilidad. Ni el deleite, ni la excitación de la persecución, en sí, sino el deseo, así me lo decía yo, de destruir algo hermoso y raro; de ahí su obsesión con los antes. El ante, como todos los cazadores saben, ha ido desapareciendo con el correr de los años. Apenas si se ven actualmente algunos ejemplares en Suiza y en Austria. En una ocasión, Stephen trató de explicar los motivos. El fraccionamiento de las grandes propiedades, dos guerras mundiales y la caza indiscriminada por parte de los campesinos, que en otra época hubiera sido prohibida, junto con la creciente popularidad de los Alpes y en realidad de todas las regiones montañosas, entre los alpinistas y turistas, todo esto había conducido a la profanación de los lugares en otros tiempos consagrados al ante.

Este animal es la criatura más tímida del mundo. Huye de los seres humanos y no alterna con otros ciervos. Siempre alerta por lo que pudiera amenazar su seguridad, su grito de advertencia consiste en un silbido curiosamente agudo. La primera señal de peligro lo hace correr a los despeñaderos más elevados e inaccesibles. El macho vive solo durante todo el año, excepto a fines de otoño, durante la breve temporada de celo, en que la modificación química experimentada por su sangre lo impelle hacia la hembra. Según Stephen, éste es el momento de apresarla. La vigilancia, la intuición del peligro, ese sexto sentido que normalmente lo mantiene seguro, todo eso cede ante la urgencia de buscar compañera. Abandona los estrechos senderos y empinados riscos, y sigue la pequeña manada de las hembras y sus crías, las secretas y tímidas madres que no lo necesitaban hasta ese momento. Luego la sangre responde a la sangre. Comienza la persecución, en salvaje huida sobre rocas y precipicios, mientras los pequeños cervatillos asisten sorprendidos a la repentina fiebre de sus madres, tan rápidamente excitadas y ahuyentadas por el negro extranjero; porque el ante adulto es negro en invierno: la pelambre amarillo rojiza del verano ha desaparecido y todo su cuerpo se halla cubierto por una espesa capa protectora, de piel, cuyos largos pelos se levantan sobre su lomo, como una cresta.

Cuando Stephen hablaba de cazar antes, toda su expresión se modificaba. Las facciones se volvían más aquilinas, la nariz se afinaba, la barbilla se estrechaba, los ojos de acerado azul irradiaban el frío brillo del cielo norteno. Soy completamente franca respecto a mi marido. En esos momentos me atraía y me repelía al mismo tiempo. Este hombre, me había dicho a mí misma cuando lo vi por primera vez, es un perfeccionador. Y no tiene compasión. Complacida como todas las mujeres que se sienten buscadas y deseadas,

nuestro mutuo amor por Sibelius sirvió de nexo en el primer encuentro, después de unas semanas a su lado, cerré los ojos a toda reflexión, ya que el estar en su compañía me proporcionaba placer y halagaba mi autoestima. El perfeccionador, admirado por otras mujeres, ahora me buscaba a mí. El matrimonio fue, en todos sentidos, un *coup*. Sólo más tarde me di cuenta de mi engaño.

Algunos hombres nacen adultos, careciendo de las faltas adorables y compensatorias de la infancia. Stephen era uno de ellos. Nacido y criado en el estricto hogar de un padre escocés y una madre italiana, ninguna hermosa cantante de ópera, sino la hija de un industrial de Milán, a los quince años cortó los lazos familiares y comenzó a ganarse la vida en una oficina naviera de Glasgow. Esos días darían material para un libro, y tal vez lo escriba algún día, pero no ahora. Ahora quiero contarles cómo perseguimos al ante.

Stephen me alcanzó la carta por sobre la mesa del desayuno, diciéndome brevemente:

Mandaré un telegrama a Bruno, de inmediato, comunicándole que hemos cambiado de plan.

Bruno era el amigo austriaco que con gran molestia de su parte y considerable preocupación, había arreglado la partida de caza en su propio distrito alpino, únicamente para complacer a Stephen. El ante había sido el anzuelo. Los ciervos en abundancia no lo hubieran tentado: debía ser el ante.

¿Qué diferencia hay, pregunté, entre los antes de Austria y los del norte de Grecia?

La caza no significa nada para mí. Yo lo acompañaba por la aventura, por el aire de montaña. Stephen podía irse durante todo el día, solo o con otros amigos armados de escopetas. Mis vacaciones tenían el ritmo de una tregua, o de una toma de inventario, propia de la mujer que no ha tenido hijos.

La diferencia contestó Stephen, sus ojos azules más brillantes que nunca, consiste en la rareza de la presa. Nunca he oído hablar de nadie que cazara en el Pindus ni en ningún otro lugar de Grecia un ejemplar de ante...

Entonces, es probable que no sea cierto, sugerí. Los leñadores vieron una cabra salvaje y creyeron que era un ante.

Es probable, me contestó, pero se levantó de la mesa. Unos minutos después lo escuché dictar telefónicamente el telegrama para su amigo de Austria.

Observé su espalda y sus hombros poderosos. Parecía más alto de lo que era en realidad, debido a su postura, y su voz se volvió impaciente al deletrear la dirección de Austria que el operador telefónico no comprendió de inmediato. Era la misma impaciencia que observara diez años atrás, cuando nos comprometimos, respecto a una mentalidad menos rápida y penetrante que la suya. Me había llevado a ver su austera casa cerca de Portland Place, muy distinta ya de la de Glasgow, ya que ahora era jefe de oficina de Londres y los trofeos sobre la pared. Me pregunté seguidamente cómo podía sentarse en paz por las noches, con esa hilera de cabezas mirándolo. No había cuadros ni flores; sólo las cabezas de los antes. Toda su concesión a la melodía consistía en el aparato de radio y en una pila de discos de música clásica.

Como una tonta, le pregunté:

¿Por qué sólo antes?

Me contestó rápidamente:

Porque temen al hombre.

Esto podría haber llevado a una discusión sobre los animales en general, domésticos, salvajes, y los que se adaptan a los caprichos y fantasías de la raza humana. Pero en cambio varió de tema bruscamente, puso un disco de Sibelius, y al cabo de un rato me hizo el amor, con atención, pero sin emoción. Me sentí sorprendida, pero complacida. Pensé: "Somos tal para cual. No habrá exigencias. Cada uno de nosotros seguirá dentro de su propio molde, sin depender del otro".

Todo sucedió así, pero algo marchaba mal. Había un inconveniente: no sólo la falta de hijos, sino una división del espíritu. La comunicación de la carne que nos unía, era en realidad un abismo y yo despreciaba el puente que tendíamos.

Tal vez a él le sucedía lo mismo. Durante diez años yo había estado tratando de construirme una imagen de seguridad.

¿Así que vamos a Grecia? le dije esa noche, cuando llegó a casa más tarde que de costumbre y arrojó sobre la mesa los boletos, un folleto y un mapa. ¿Te has resuelto definitivamente, aunque no confirmes el rumor del ante aparecido en las proximidades del paso en la montaña?

Lo he confirmado, dijo Stephen. Logré ubicar a ese tal Evans. Trabaja en un banco de Atenas. Lo llamé por teléfono y me dijo que es verdad. El monje de Meteora, habló él mismo con el conductor del ómnibus. El conductor es cuñado del dueño del almacén y vio a los leñadores. No hay cabras salvajes en la zona. Era un ante.

Una sonrisa debe servir de comunicación. Pero no siempre es así, como en el caso de Stephen al hablar de antes. La sonrisa era secreta, contestando a una pregunta que se formulaba, pero sin placer. Después salió del *livingroom*, y se dirigió a la sala de música, la llamábamos así porque allí se encontraban el aparato de radio, el televisor y mi piano; extraña yuxtaposición de objetos relacionados entre sí y me di cuenta que estaba mirando los trofeos de la pared. Había veinte, incluyendo tres hembras y dos cervatillos matados por error. Se hallaban exquisitamente embalsamados y montados, y bajo cada cabeza, una planchuela de plata indicaba la fecha y el lugar de la muerte. Como ya dije, los antes son escasos en la actualidad. Ya no se llevan a cabo las grandes cacerías de Suiza, y para organizar una, hay que conocer muy bien el territorio y también a quien nos invita, porque estas cosas no se arreglan fácilmente.

Cuando Stephen volvió de la sala de música, estaba restregándose las manos con un trapo y me di cuenta, por la misma sonrisa, que había estado limpiando su rifle. No era la sonrisa satisfecha del que se ha entretenido en un hobby favorito, el técnico en fotografías, el pintor de los domingos, el carpintero, ni siquiera en la euforia del cazador antes de una cacería de perdices (en un tiempo tuvo hermanos que también cazaban). Esta era la sonrisa de un obsesionado, que obedecía a un hondo impulso.

¡Despierta! le dije bruscamente.

Me miró sorprendido, como yo misma lo estaba ante la curiosa inflexión urgente de mi voz.

¿Que me despierte? preguntó.

Esta obsesión por los antes le dije, no es equilibrada...

Por un momento pensé que iba a golpearme. La expresión de terror, porque era terror, veloz e indecentemente desenmascarado, apareció y desapareció con la velocidad del pensamiento, siendo reemplazado por la ira, la fría ira de un hombre a quien se toma desprevenido.

No tienes por qué venir conmigo, me contestó. Haz tus propios planes; yo iré. Tú haz lo que quieras.

Pero no contestó a mi ataque. La respuesta era una evasión.

Voy a ir, le dije. Tal vez también yo encuentre algo... ¿Quién sabe...?

Me ocupé en la irritante y doméstica tarea de arreglar la habitación, cortando las hojas muertas de unas flores, acomodando los almohadones, pero sentía los ojos de él fijos en mi espalda. No era una sensación cómoda. Pero la sensación pasó y, a la hora de cenar, habíamos recuperado nuestro fácil trato de mutua tolerancia, que persistió durante los días anteriores a nuestra partida.

Un cierto día, a mediados de octubre, nos encontramos a bordo del aeroplano, hacia Atenas. La carta de nuestro amigo de Austria, expresando su pena y desolación, había sido arrojada casi sin leer, dentro del canasto de los papeles. En cambio, nuevas vinculaciones, establecidas mediante la propia firma naviera de Stephen, habían fijado nuestro itinerario en Grecia. Hay que usar a la gente, siempre que se pueda, como medio hacia un fin. Esta era una de las máximas de Stephen. Y dejarla de lado cuando ya no servía.

No voy a dar el año de este mes de octubre, en caso que resultara posible identificar a los personajes. Basta decir que era a principios del año cincuenta, cuando todavía no se había iniciado la cuestión de Chipre. El verano había sido muy caluroso, y se habían producido dos terremotos.

Cuando descendimos en Roma para dejar y tomar pasajeros, parecía pleno verano. Mientras esperábamos, el sol azotaba despiadado, y los altos y feos edificios que protegen el aeropuerto, separados por algunos lotes baldíos, irradiaban un reflejo amarillento. ¡Qué distinta era Atenas! Una fresca serenidad pareció salirnos al encuentro cuando aún estábamos en el avión, contemplando a Corinto bañada en el fulgor dorado del atardecer; y el aeropuerto en esa época se parecía a una estación de provincias, con sonrientes empleados en mangas de camisas, que se ocupaban de los pasaportes y de los controles de equipajes, como si el tiempo les perteneciera para siempre.

Un ómnibus bullicioso nos llevó a Atenas. Me gustaba la compañía de mi marido en los viajes. Nunca se irritaba, no perdía los boletos, y dejaba por mi cuenta la clasificación de impresiones. Nada de darme codazos ni de lanzar exclamaciones ante cada cosa nueva. Pero después, mientras tomábamos algo o cenábamos, descubríamos que, por lo general, habíamos observado las mismas cosas bellas o interesantes. Este hilo de apreciaciones constituía uno de nuestros escasos vínculos.

Esa noche nos esperaba en el aeropuerto un griego de la firma naviera con la que Stephen se habían puesto en contacto, por supuesto, se llamaba George y nos acompañó al hotel. Una vez que nos hubimos bañado y cambiado de ropa, nos reunimos con el amigo arqueólogo de Stephen, a quien llamaré Burns, y con el John Evans que había estado en Meteora y nos hiciera llegar el rumor relativo al ante. Nos iba a llevar a cenar. Todas estas combinaciones correspondían a la precisa mentalidad de Stephen, y a su talento para hacer hincapié en lo esencial.

Nada de pasear por Atenas ni por el Acrópolis. Después, cuando volviéramos del Pindus, si teníamos tiempo... dijo Stephen. Por ahora sólo una certeza nos esperaba: saber que ya se habían sacado los boletos para el tren que salía de Atenas rumbo al norte, a la mañana siguiente. Recuerdo todavía la expresión de azoramiento del joven John Evans, experto en iglesias bizantinas. Hasta Burns, que estaba algo enterado de los vagabundeos de Stephen, se sintió escandalizado por lo que debió considerar exceso de pasión.

Creo que podrían disponer de un día dijo, o de medio día por lo menos. Vendré a buscarlos con el coche temprano... Pero Stephen lo hizo a un lado.

¿Cómo está el tiempo en el norte? preguntó. ¿Han averiguado si está abierto el camino del paso?

Los dejé con los dedos en los mapas, localizando altas montañas, y buscando senderos y contornos en mapas de mayor escala. Durante la única noche que se me concedía, me recreé en la atmósfera alegre y despreocupada de la taberna donde

cenábamos. Me gustó muchísimo poder meter mano en una olla y elegir mi propio trozo de cordero. Me gustaba la charla y las risas de mis vecinos. La alegre intensidad de las conversaciones que no podía comprender, por supuesto me recordaba el París de la orilla izquierda. De improviso, uno de los concurrentes se levantaba de la mesa y se enfrentaba a otro, comenzaban a discutir, y de pronto, cuando los ánimos estaban más caldeados, estallaba una carcajada. Esto, pensé para mis adentros, ha estado sucediendo durante siglos bajo este mismo cielo, en el aire templado, apenas mordaz, entre las bebidas tan pujantes, como la savia que corría por las viñas de estos griegos, ingenuos y cínicos como el mismo Aristófanes, a la sombra inmutable e inviolada del Partenón de Atenas.

Entonces, ¿la cabaña estará abierta? seguía preguntando Stephen. ¿No cierran cuando cambia el tiempo? ¿El ómnibus desde Kalabaka... corre hasta que el paso esté bloqueado por la nieve?

Creí oportuno intervenir. Nuestros huéspedes estaban agotados. Ya no tenían más datos que darnos.

Escucha, Stephen, le dije, aunque el paso esté clausurado y la cabaña arrasada por un incendio, sigo estando dispuesta a dormir al aire libre hasta que encuentres a tu ante. Dejémoslo en libertad hasta mañana. Quiero ver el Partenón a la luz de la luna.

Salí con la mía. Ahora lo iluminan especialmente, y dicen que resulta embellecido, pero en ese entonces aún no lo hacían, y como la temporada estaba avanzada, los turistas ya eran escasos. Mis acompañantes eran todos hombres inteligentes, incluso mi marido, y tuvieron el sentido común de quedarse callados. Supongo que, por ser mujer, confundí la belleza con el sentimiento, pero al mirar el Partenón, por primera vez en la vida me encontré llorando. Nunca me había sucedido. Desprecio a la gente sensiblera. No era luna llena ni mucho menos, el semicírculo me hizo acordar el labris, la doble hacha cretense y las columnas resultaban por lo mismo, tanto más fantasmagóricas. Qué rudo golpe sería para un esteta moderno, pensé cuando hube terminado de llorar, si fuera capaz de ver el rosado resplandor de los colores, los ojos pintados, los labios chillones, los rojos anaranjados y azules que en una época resplandecieron aquí, cuando Atenas era un gigante sobre su pedestal que doraba el sol naciente. Aun en aquellas épocas lejanas las exigencias de una religión estatal habían producido su propio comercio: la compra y venta de palomas, y de chucherías. Para descubrirse a sí mismo, el hombre tenía que ir al bosque, a las colinas.

Vamos, dijo Stephen. Es hermoso y desolado, estoy de acuerdo, pero lo mismo sucede con la estación de St. Pancras a las cuatro de la mañana. Depende de las asociaciones de ideas...

Nos metimos todos en el pequeño coche de Burns y volvimos al hotel. Salimos de Atenas a la mañana siguiente, muy temprano, y nuestros amigos, todavía sorprendidos, fueron a despedirnos a la estación. Por supuesto, Stephen no lamentaba nada. En cuanto a mí era como si a los diecisiete años me hubieran arrancado de París después de haber alcanzado a ver los Campos Elíseos. Atenas tenía la misma vitalidad, el mismo aire claro, las atestadas calles matutinas, urgentes y perezosas al mismo tiempo.

Seguimos viaje hacia el norte, Stephen observando sus mapas otra vez y yo mirando por la ventanilla. Para mí, la llanura de Tesalia representaba los ejércitos del pasado. Para mi marido, la distancia que aún nos separaba del ante.

Cambiamos de trenes, no recuerdo dónde. Se veían señales de un terremoto reciente: casas por la mitad, edificios en ruinas. A nosotros, que ya lo habíamos sufrido todo en la guerra, el espectáculo no nos impresionó. La luz clara fue apagándose, empezó a llover. La tierra tomó un tono rojizo parduzco. Mujeres apagadas, con el rostro cubierto como musulmanas para protegerse del sol oculto, rasguñaban el magro suelo. Al pasar por las estaciones vacías, rebuznaban los asnos. Se levantó viento, torciendo la vertical caída de las aguas. Vi montañas, a lo lejos. Se lo hice notar a Stephen tocándolo la rodilla. Consultó otra vez el mapa. En alguna parte, entre la bruma, cubierto de nieve invisible, debía estar el

Olimpo, baluarte de los dioses. Pero no incumbía a nosotros descubrirlo. Nuestro rumbo era hacia el este, hacia el ante.

Kalabaka, fangosa y húmeda, se acurrucaba al pie del pedregoso Meteora sin ofrecer tentación alguna como refugio; sin embargo, ahí debíamos descender. Unas cuantas preguntas rápidas, me pareció que las pocas palabras que Stephen sabía de griego se hallaban muy entrelazadas con el italiano, nos demostraron muy pronto que, en todo el sentido de la frase, habíamos llegado tarde. El ómnibus ya había partido. A esta altura del año sólo había uno por día que subiera por el serpenteante camino, hacia el paso, y salía muy de mañana, muy temprano. Stephen no se descorazonó. Debía haber otros medios de transporte. Tomamos asiento en la oficina del boletero nosotros dos, el boletero, un patriarca barbudo, un muchacho y el cuñado del boletero que casualmente pasaba por allí, discutiendo todos con grandes ademanes y muy excitados respecto a la posibilidad de que pudiéramos llegar a lo alto del paso antes de la noche.

El cuñado del boletero encendió una luz en las tinieblas. Su sobrino tenía un coche. Un buen coche. Un coche que, no sólo era capaz de subir por el camino y tomar las curvas, sino que también tenía luces que andaban bien. Nos fuimos los tres al café a celebrarlo, y mientras hacíamos votos recíprocos entre sorbos de café y *ouzo*, el auto del sobrino era conducido a un garaje próximo para ser cargado de nafta. El sobrino era ojituerto y no pude dejar de preguntarme si eso afectaría su habilidad de conductor. Al partir, tomando el camino de Kalabaka como si fuera una pista, se me ocurrió que su defecto visual le daba confianza al permitirle ignorar el peligro. Le afectaba su ojo izquierdo, y mientras subíamos, era ése el lado de su cara que daba al precipicio.

Tregar por un sendero montañoso, en coche, resulta siempre un placer dudoso. Como prueba de habilidad para los expertos, resulta soportable. Pero en Grecia del norte, después de las lluvias de otoño, cuando el camino se halla pesado a causa de las piedras sueltas y los desmoronamientos de tierra, y ya es tarde, y el chasis del coche se estremece protestando, y su motor gime al acercarse a cada curva, y su conductor tuerto aferra repentinamente el crucifijo que pende sobre el tablero, besándolo con fervor, en tales circunstancias, subir por un camino de montaña produce un efecto destructivo en las ideas. Stephen, que estaba sentado a la derecha, sólo tenía que preocuparse por la orilla del camino, pero yo, que al mirar hacia la izquierda veía el escarpado desfiladero, me encontraba en posición menos feliz. Los gruñidos del chofer que armonizaban con cada cambio de velocidad al acercarnos a las curvas, no producían, precisamente, una sensación de seguridad, como tampoco, resultaba reconfortante contemplar a través de la lluvia, el largo puente distante que surcaba la hondonada por donde tendríamos que pasar dentro de unos cinco minutos. El puente parecía roto. Entre las rocas, se veían algunas tablas. No me sorprendió del todo que nuestro conductor besara su crucifijo, pero su acción no aumentó mi confianza. La noche se nos venía encima. Nuestro chofer encendió las luces. Más que su besuqueo del crucifijo, esta medida pareció dar un indicio de su derrota, ya que las luces apenas horadaban la creciente oscuridad. El camino giraba y giraba, subiendo siempre, y en ningún momento existía la posibilidad de retroceder a Kalabaka. Como Roland, en Childe Harold, debíamos seguir adelante: no nos quedaba otro remedio. Cerré los ojos. Y fue sólo entonces, después de unos dos minutos, que oí que Stephen me preguntaba:

¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

Sólo pude deducir que, como de costumbre, mi esposo carecía de percepción.

El último rugido del motor y un furioso rechinar de frenos me advirtió que la muerte era inminente. Para no perder la experiencia, abrí los ojos. Habíamos llegado al final de nuestro viaje.

No sé cuantos edificios habrá actualmente en Malakasi. Tal vez haya un alojamiento. En el año a que me refiero, había una cabaña de troncos en lo alto del paso, un poco apartada del camino, con lugar de estacionamiento suficiente para un ómnibus o un auto. Una selva de hayas la rodeaba. Había dejado de llover. El aire frío y vigorizante tenía toda la fuerza que le daba la altura de unos siete mil pies aproximadamente. En la ventana

de la cabaña brillaba una sola luz. Nuestro conductor hizo sonar la bocina. Se abrió la puerta de la cabaña y apareció un hombre en el umbral.

Vamos, me dijo Stephen, ayúdame a bajar las cosas. Dejemos que ellos se encarguen de las explicaciones.

Mis titubeos habían desaparecido apenas el coche se detuvo. Una bocanada de ese aire de montaña era como el olor del alcohol para un bebedor. Salí y empecé a caminar para estirar las piernas. Si Stephen me hubiera dicho que en ese momento debíamos empezar a trepar entre los árboles y en la oscuridad, en busca del ante, lo hubiera seguido. En cambio, llevamos nuestras cosas hasta la cabaña de leños.

Mientras Stephen interponía su curiosa mezcla de griego e italiano en el torrente de discusión que tenía lugar entre el conductor tuerto y el ocupante de la cabaña, tuve tiempo de mirar a mi alrededor. La sala era a medias un café y a medias un almacén. Tenía forma de una L corta. El piso estaba cubierto de tierra; se veía una escalerita que conducía al altillo y una cocinita en el fondo. Sentí olor a comida: estaban cocinando algo en una sartén. Había hileras e hileras de artículos: cigarrillos, chocolate, zuecos, pasta para los dientes, géneros, todas las cosas que se pueden encontrar en un almacén general de campaña, bien provisto y el propietario, un hombre cordial, apenas entrado en años, nos recibió sin sorpresa, estrechándonos las manos con genuina cortesía griega. Realmente parecería que era cosa corriente que un inglés fanático, en persecución de un ante místico, llegase a su negocio ya caída la noche, pidiéndole cena y albergue.

Hice ademán de fumar y señalé su profusión de cajas detrás del mostrador, pero él hizo a un lado la sugestión, y haciéndome una reverencia, me ofreció un cigarrillo de su propio paquete. A continuación y siempre con la misma reverencia, me condujo por la escalerita que llevaba a las habitaciones superiores, y me di cuenta de que todos nosotros, propietario, conductor, Stephen, y yo debíamos compartir un montón de frazadas que se hallaban caídas en el piso a menos que yo, por pudor, me alojara en una cama empotrada. Sonreí y asentí con la cabeza, confiando expresar gratitud y seguí al dueño de casa de vuelta al negocio.

La persona a quien vi primero fue a Stephen. Había sacado el rifle de la funda y lo estaba mostrando a un hombrecito con cara de rata que había salido de la cocina en mangas de camisa. El hombrecito asentía muy excitado, y luego, en hermosa pantomima, simuló agacharse al modo de un animal, después de lo cual saltó en el aire, ante el aplauso de nuestro tuerto conductor.

Está bien, me dijo Stephen apenas me vio. No hay dudas: estos son los hombres que conocen a los leñadores que vieron al ante.

Su voz era triunfante. Como una tonta me acordé de "La Casa que Jack construyó": "este era el toro que corrió al perro que mató al gato que se comió ..." ¿Habíamos venido desde tan lejos, hasta la cumbre de las montañas Pindus, sólo para destruir?

¡Muy bien! dije, encogiéndome de hombros, y, como concesión a la femineidad, saqué el lápiz de los labios. Detrás del mostrador había un pequeño espejo rajado. Los hombres me miraban llenos de admiración. Mi condición había quedado establecida. Supe que, sin necesidad de decir una palabra, las frazadas de la habitación de arriba serían redistribuidas antes de que fuera mucho más tarde, y, las mejores, reservadas para mí en el armario-cama. Los griegos rindieron homenaje a Gaia antes de que naciera Zeus.

El hombrecito entiende italiano, me dijo Stephen cuando nos sentamos a comer huevos fritos y sardinas en lata. Durante la guerra estuvo prisionero. Dice que los leñadores se han ido por todo el invierno, pero que, a unos doscientos pies más arriba, por sobre la línea de los árboles, hay un tipo que todavía cuida cabras y sabe lo del ante. A veces viene aquí, durante la noche. Tal vez aparezca hoy.

Volví a mirar a nuestros tres compañeros. El cocinero de cara de rata había vuelto

junto a sus ollas y cacerolas, y nuestro conductor tuerto estaba siendo afeitado por el propietario del negocio. Cómodamente recostado hacia atrás, con una toalla sobre los hombros, el rostro cubierto de espuma y mirando con un solo ojo, lleno de confianza, al propietario, que sonriente se inclinaba sobre él navaja en mano. En alguna parte un estridente altoparlante emitía una canción sudamericana. Estábamos en lo alto de un paso del Pindus. En realidad, nada resultaba inadecuado.

Terminé de vaciar mi plato y Stephen comenzó a dibujar una cabeza de ante sobre las tablas de la mesa. El dueño del negocio se acercó para mirar, seguido de nuestro conductor recién afeitado. Me pareció escuchar el ladrido lejano de un perro, pero nadie prestó atención: los hombres estaban demasiado concentrados en la cabeza de ante. Me puse de pie y me dirigí a la puerta. Las observaciones que hiciera antes de la cena, me habían informado que si quería lavarme, había un arroyo que corría junto al camino y se perdía en la hondonada. Salí a la oscuridad y empecé a caminar sobre el ruidoso pedregullo, en dirección al arroyo. Anoche había visto el cuarto de luna sobre el Partenón, ahora veía las hayas del Pindus casi desnudas, siete mil pies más cerca de las estrellas. Ninguna ráfaga de viento agitaba las hojas que aún quedaban. El cielo parecía más amplio que cuando estaba en casa.

Me lavé en una acequia que había junto al camino, y oí de nuevo el ladrido del perro. Levanté la cabeza y miré más allá de la cabaña, hacia una estrecha plataforma que se acercaba al borde mismo del barranco. Algo se movió en la oscuridad. Me sequé las manos en mi pulóver de lana, y crucé el camino pasando por delante de la cabaña, en dirección a la plataforma. Alguien silbó. En un paso de montaña, lejos de pueblo y aldea el sonido resultaba sobrenatural. Era el sibilante silbido emitido entre dientes y labio, que suele escucharse por las calles de una ciudad moderna. Al escucharlo, la mujer aprieta el paso instintivamente. Me detuve. Vi al hato de cabras, apiñadas, preparadas para pasar la noche, utilizando la estrecha plataforma como almohada. Dos perros montaban la guardia: uno en cada extremo. Inmóvil en medio de su rebaño, con la cabeza cubierta por una capucha y apoyado en su cayado, estaba su dueño, mirando, no a mí, sino a lo alto de las colinas. Debí ser él quien silbara.

Los observé un momento: el hombre, las cabras acurrucadas, y los perros guardianes me parecieron muy remotos respecto al pequeño mundo de la cabaña de troncos y los hombres que estaban en su interior. Sólo mirarlos significaba una intrusión. Su lugar estaba en otra parte. Su misma quietud los aislaba, y me sentí desazonada. Sin embargo, ¿a qué venía el lascivo y bajo silbido de advertencia?. Me di vuelta, regresé a la cabaña y abrí la puerta.

El negocio, con su piso de tierra, sus alimentos envasados, sus rollos de sogas, y las voces de los hombres, ahora los tres estaban inclinados sobre Stephen, absortos en su dibujo, me resultaron de alguna manera bienvenidos. Hasta el chirriante altavoz y la confusa algarabía de Radio Atenas me tranquilizaron como si formaran parte de una vida que me fuera familiar. Saludé y me senté junto a Stephen, sirviéndome otro cigarrillo de los del dueño.

Están aquí, me dijo Stephen, sin preocuparse en levantar la cabeza y dibujando un arbusto enano al lado de su cabeza de ante.

¿Quiénes? pregunté.

Los antes, me dijo. Los vieron de nuevo hace dos días.

No sé por qué, quizá estaba cansada: ese día habíamos viajado mucho, partiendo de Atenas por la mañana temprano, y la ascensión hasta el paso me había afectado los nervios y los músculos, pero al escuchar sus palabras me sentí invadida por una oleada de depresión. Deseaba decir: "¡Al diablo con el ante! ¿No podemos olvidarlo hasta mañana?", pero eso hubiera creado tensión entre los dos, que tan en paz vivíamos desde que saliéramos de Londres. De modo que no dije nada y lo observé mientras dibujaba. El humo del cigarrillo me hacía arder los ojos, y al cabo de un rato, bostezando, apoyé mi cabeza en



la pared que estaba detrás mío, y dormité como uno de esos pasajeros que cabecean en los coches de ferrocarril.

El cambio de música me despertó. Radio Atenas se había convertido en un acordeón. Abrí los ojos, y el cocinero cara de rata se había transformado en un animador. Sentado en su silla, con las piernas cruzadas y el instrumento en la mano, era aplaudido por el dueño y el conductor tuerto, y también por Stephen. Su canción era melancólica, salvaje, eslava, engendradora vaya a saber en qué desnudo valle macedonio por algún olvidado antepasado, pero había ritmo en ella, y también ferocidad, y su voz delgada como un junco, era también la flauta de Pan.

Sólo cuando dejó de tocar y abandonó su acordeón observé que ya no éramos cinco, sino seis. El pastor se había reunido a nosotros. Estaba sentado aparte, en un banco, todavía envuelto en su albornoz con capucha y apoyado en su cayado, pero la luz oscilante de la pantalla que colgaba del techo hacía brillar su rostro y sus ojos. Eran los ojos más extraños que yo hubiera visto nunca. De un color castaño dorado, grandes y muy separados, miraban desde su rostro angosto como si de pronto despertaran a la vida. Al principio pensé que la brusca cesación de la música lo había sorprendido, pero cuando la expresión no cambió sino que siguió siendo la misma: alerta como quien está preparado para huir o atacar, me di cuenta de que estaba equivocada, de que tal vez era ciego y su mirada propia de un hombre que careciera de la visión. Luego cambió de postura y dijo algo al dueño. Por la manera en que se movió y recibió el paquete de cigarrillos que le arrojaron, comprendí que no era así, sino que, por el contrario, su vista era más aguda que la de la mayoría de los hombres, los cigarrillos habían sido arrojados de cualquier modo y su movimiento, al aferrarlos, fue sumamente rápido y sus ojos, que después de contemplar a todos los que estábamos alrededor de la mesa, acababan por detenerse en Stephen, eran aún más grandes, de ser posible, que antes, y su expresión escudriñadora, difícil de soportar.

En voz baja pregunté a Stephen:

¿Te parece que está loco?

No, me contestó, es que vive mucho tiempo solo. Es el hombre de que hablábamos antes. Nos acompañará mañana por la mañana.

Sentí que mi ánimo decaía. Mi breve sueño me hacía sentir descansada, pero me asaltó una oleada de aprehensión.

¿Nos acompañará, adonde? pregunté. El hombre estaba mirándonos.

Tiene una choza en la selva, me contestó Stephen con impaciencia. Está todo arreglado. Una hora de camino. El nos va a guiar.

Por la forma en que mi esposo hablaba, parecía que estuviera refiriéndose a un fin de semana con alguno de sus cordiales compañeros de golf. Volví a mirar al pastor de cabras. Sus ojos color de miel no se habían movido del rostro de Stephen y todo su cuerpo parecía tenso, como si esperara que nos lanzáramos sobre él y quisiera ganarnos de mano.

No creo que le gustemos, dije.

¡Tonterías! contestó Stephen, y, levantándose, tomó el rifle.

El pastor se movió. Cosa extraña, apareció junto a la puerta. Tan rápido había sido su movimiento que ni siquiera me di cuenta cuando se levantó de la silla. Y sin embargo, allí estaba con la mano en el picaporte y la puerta abierta. Nadie notó nada de extraordinario en la velocidad de la huida, si se trataba de una huida. Stephen estaba de espaldas. El cocinero de cara de rata tocaba su acordeón. El propietario y el conductor tuerto estaban jugando al dominó.

Ven a acostarte, dijo Stephen. Estás muerta de cansancio.

La puerta se cerró. El pastor había desaparecido. Yo había desviado los ojos por un segundo apenas, pero no alcancé a ver cuando salía. Me dirigí escaleras arriba, detrás de Stephen.

Tú te vas a la cama empotrada, dijo mi esposo. Yo me acostaré con los otros. Y ya estaba eligiendo su montoncito de frazadas.

¿Y el hombre? pregunté.

¿Qué hombre?

El pastor. El que nos va a acompañar por la mañana...

¡Oh! Ya se va a arreglar con su capa, entre sus cabras.

Stephen se quitó el saco y yo avancé a tientas hacia la cama. Abajo, el cocinero de cara de rata había empezado de nuevo a tocar el acordeón y su voz, fina y aguda, flotaba a través de las tablas del piso. Por medio de una hendidura en la pared podía ver un estrecho trozo de la plataforma, más allá de la cabaña. Veía un árbol y una estrella. Bajo el árbol estaba la figura encapotada, apoyada en su cayado. Me acosté sobre mis frazadas. El aire frío que entraba por la hendidura soplaba sobre mi cara. Al cabo de un rato cesó el sonido del acordeón. También las luces se apagaron. Oí a los hombres subiendo al altillo, y dirigiéndose a la habitación donde estaba Stephen. Después, oí sus diferentes ronquidos indicándome que ya estaban dormidos, y también el de Stephen. Escuché con todos los sentidos alertas, esperando el sonido que yo sabía debía producirse. Lo oí por fin, más lejos que antes. No era el grito de un pájaro ni el llamado de un pastor a sus perros, sino algo más penetrante e intenso: el bajo silbido de alguien que ve una mujer por la calle.



Algo que me hace sentir descontento por el sueño de los demás es cuando yo misma no he podido descansar bien. Al bajar la escalera, el espectáculo de Stephen comiendo nuevamente huevos fritos, a las siete de la mañana, y bebiendo el fangoso café, recién afeitado con el agua que el cocinero hirviera para él, me resultó insoportablemente irritante. El saludó alegremente.

Dormí como un tronco me dijo. ¿Qué tal tu "armario"?

Como un potro, respondí, recordando la *Torre de Londres* de Harrison Ainsworth, y su cámara de torturas, al mismo tiempo que lanzaba una intranquila mirada a la yema de huevo de su aceitoso plato.

Es mejor que comas algo indicó. Nos espera una difícil ascensión. Si no quieres hacerla, puedes volverte a Kalabaka con nuestro amigo tuerto.

Sentí que era una carga para él. El pan, que supongo habían traído ayer en el ómnibus, del norte o del oeste, estaba bastante fresco y lo cubrí de miel. Hubiera pagado mucho por un café a la francesa en lugar del brebaje griego turco que nunca llenó un vacío.

¿Qué es lo que quieres hacer, exactamente? le pregunté.

Stephen tenía abierto sobre la mesa el inevitable mapa en gran escala:

Estamos aquí, dijo, señalando una cruz, y debemos caminar hasta aquí, un puntito dentro de un pliegue mostraba nuestro destino. Ahí es donde el pastor, que se llama Jesús, entre paréntesis, pero le dicen Zus, tiene su guarida. Tengo entendido que es primitiva, pero limpia. Llevaremos provisiones desde aquí. Ese bolso extra es realmente providencial.

¡Claro, todo estaba muy bien para Stephen! Había dormido. El olor del huevo me resultó nauseabundo. Apuré de un trago mi arenoso café, y salí. La claridad del día me ayudó a reaccionar. No se veían señas del pastor, ni del perro ni de sus cabras. Nuestro chofer estaba lavando el coche. Me saludó con entusiasmo, y luego empezó a gesticular animadamente señalando los bosques, inclinándose como si acarreará unos bolsos, y meneando la cabeza. Riendo, señaló hacia abajo donde el camino se retorció como una serpiente en dirección a las profundidades, y luego, hacia su coche. El significado era claro: mejor regresar con él. La idea del descenso me resultó peor que la del ascenso a lo desconocido. Por alguna razón, ahora que ya era de mañana y podía respirar el aire vivificante y contemplar el claro cielo, azul y sin nubes sobre las hayas aún doradas, lo desconocido no parecía particularmente peligroso.

Me lavé en el arroyo, el agua de la olla que había en la cocina, llena de aceite, no me tentó, y mientras Stephen y yo preparábamos nuestras mochilas, llegó el primer ómnibus del día, desde el este. Se detuvo cinco minutos mientras el conductor y sus escasos pasajeros estiraban las piernas. Como era inevitable, nuestro chofer tuerto tenía un primo entre los pasajeros, y también inevitablemente se supo el motivo de nuestro viaje, y nos vimos rodeados de entusiastas preguntones que tocaban nuestras mochilas, escudriñaban el rifle de Stephen, y nos abrumaban a ambos con consejos que no podíamos comprender. El primo tenía una hermana en Norteamérica. El supuesto vínculo lo convirtió en vocero del grupo:

No sirve, dijo, señalando hacia los árboles. Demasiado tarde, no sirve..., y tomando la postura de quien aferra un fusil, agregó: bam... bam.. bam... repetidamente. Sus compañeros de viaje lanzaron un coro de aprobación.

Stephen siguió asegurando su mochila. El dueño del negocio se acercó trayéndonos más cosas para llevar. Encima del montón, ridículamente, se veía un gran paquete de jabón

en escamas y un frasco de pastillas de menta. De repente todo el mundo empezó a estrecharse las manos. Cuando el ómnibus partió de nuevo, camino a Kalabaka, seguido por nuestro conductor tuerto que se llevaba a su primo en el coche, fue como si hubiera roto el último eslabón que nos unía a la cordura. Levanté la vista y vi al pastor que aparecía entre los árboles. Me quedé donde estaba, esperando. Era más pequeño de lo que yo pensaba; apenas tan alto como yo, y el albornoz lo hacía aparecer más pequeño aún. Se acercó, y, sin decir una palabra, tomó mi mochila al mismo tiempo que el bolso extra con las provisiones. En un momento los tuvo colgando, a la espalda.

No puede llevar los dos, murmuré a Stephen.

¡Tonterías! Ni siquiera se dará cuenta. Es como si llevara una de sus propias cabras.

El propietario y el cocinero se quedaron agitando la mano, en la puerta del negocio. De pronto, a la clara luz del sol, la cabaña me pareció un hogar, un refugio familiar. Olvidé el armario donde pasara la noche, y los aceitosos huevos. El pequeño negocio era cordial y reconfortante la tierra roja; en cuanto al sonriente propietario y el cocinero con cara de rata y su acordeón eran hombres de buena voluntad. Después les di la espalda y seguí a Stephen y a Jesús, el pastor, entre los árboles. Debimos constituir una extraña procesión: ninguno hablaba, y marchábamos en fila india. Las cabras y los perros habían desaparecido. Tal vez era el segundo viaje del día para el pastor. Primero avanzamos a través de la selva, compuesta en su mayoría de hayas aunque también había algunos pinos, y luego por los claros de empenachado pasto, y boj, y malezas. A medida que íbamos subiendo raleaban los árboles, el aire se hacía más puro y dulce, y la cadena de montañas iba abriéndose a los costados, adelante y atrás nuestro, algunas de ellas ya cubiertas de nieve. De tanto en tanto Stephen hacía un alto, no para descansar, creo que habría sido capaz de escalar ininterrumpidamente durante todo el día, sino para enfocar con sus prismáticos el cerro más próximo, sobre la copa de los árboles, hacia la izquierda. Yo sabía muy bien que no había que hablar. También nuestro guía parecía saberlo. Apenas si nos llevaba unos pasos de ventaja, y cuando Stephen levantaba el largavista, el pastor seguía la dirección de su mirada, con el rostro impasible, pero sus ojos color de miel, bajo la capucha, tenían una expresión salvaje e inquieta. Tal vez fuera una enfermedad, me dije, como el bocio. Pero sin embargo, los ojos no eran saltones, no se le salían de las órbitas. Era la expresión lo que resultaba extraña: tan llena de sugerencias, aunque no en un sentido hipnótico y penetrante: esos ojos parecían, no solamente ver, sino también escuchar. Pero no a nosotros. Ahí estaba lo curioso. Stephen y yo carecíamos de importancia. El pastor, aunque fuera nuestra bestia de carga, no nos prestaba atención.

Ahora todo era sol y cielo y los árboles habían quedado abajo, excepto un pino solitario y agostado, cerniéndose sobre una fresca capa de nieve reciente. Sobre nuestras cabezas, oscura y formidable, nuestra primer águila trazaba círculos. Un perro se acercó dando saltos en dirección a nosotros, y al llegar a una elevación del terreno, vi a las cabras desparramadas y mordisqueando el suelo. Apretada contra la saliente de una roca, había una cabaña, un cuarto de tamaño más pequeño que el almacén del paso. Tal vez fuera un refugio contra los elementos, no estaba en condiciones de poder juzgarlo, pero ningún santo ermitaño ni esteta habrían sido capaces de elegir un lugar más apto para la contemplación y la belleza.

¡Vaya! dijo Stephen. Parece bastante céntrico, si es que aquí hemos de instalarnos.

Céntrico... Ni que hubiera estado hablando del subterráneo de Piccadilly...

¡Eh! ¡Zus! llamó, y tendió la cabeza hacia la cabaña. ¿Es aquí? ¿Descargamos? siguió hablando en italiano, pensando de acuerdo con su peculiar razonamiento, que de esa manera el pastor lo entendería mejor que si hablaba inglés.

El hombre contestó en griego. Era la primera vez que lo oía hablar; de nuevo me resultó desconcertante. La voz no era áspera como yo creía, sino extrañamente suave y un poco aguda, como la de una criatura. Si no fuera porque evidentemente su edad oscilaba alrededor de los cuarenta años, habría dicho que el que nos hablaba era un niño.

No sé qué me dice, comentó Stephen, pero estoy seguro que éste es el lugar. Demos un vistazo.

Los perros habían aparecido, el otro nos observaba con gravedad. Su dueño nos condujo a su refugio. Parpadeando, debido al fuerte resplandor, bajé la cabeza para no tropezar con la viga, y entramos. Era un refugio simple, de troncos, con un tabique en el medio. No había muebles, excepto un banco en uno de los rincones, y, sobre él, un pequeño calentador Primus. El piso de tierra estaba cubierto por mayor cantidad de arena que el de la cabaña donde pasáramos la noche. Debía haber sido construido para servir de amparo sólo en el caso de una tormenta repentina.

No hay nada de malo, dijo Stephen, mirando a su alrededor. Podemos tender nuestras mantas sobre el piso y cubrirnos con nuestros abrigos.

El pastor se quedó a un lado mientras explorábamos su vivienda. Hasta del otro lado del tabique la cabaña estaba desnuda; ni siquiera había una frazada. En silencio fue desempaquetando nuestras cosas, dejándonos que las distribuyéramos a nuestro gusto.

¡Qué tipo raro! dijo Stephen. No es como para hacernos desternillar de risa, precisamente.

Son sus ojos, le contesté. ¿Los observaste?

Sí. Parecen helados. Supongo que lo mismo nos sucedería a nosotros si viviéramos aquí tanto tiempo.

Helados... Era una idea nueva. Helado, petrificado. Una floresta petrificada, savia convertida en piedra. ¿Se habían petrificado las emociones del pastor? No tenía sangre en las venas, ni color... ni nervios. Tal vez estaba quemado, como el pino solitario, frente a la cabaña. Ayudé a mi marido a sacar las cosas y pronto tuvimos una semblanza de comodidad entre nuestras cuatro paredes desnudas.

No eran más que las diez de la mañana, pero sentía apetito. El dueño del negocio había incluido un abrelatas con nuestras raciones, y pronto estuve comiendo jamón envasado en los Estados Unidos, y algunos dátiles, para completar. Me senté con las piernas cruzadas, bajo el sol. El águila seguía circunvolucionando en lo alto del cielo.

Me voy, dijo Stephen.

Levantando los ojos vi que llevaba el cinturón de municiones, los prismáticos y el rifle. La fácil camaradería había desaparecido: sus modales eran breves y abruptos. Me puse de pie.

Te vas a cansar, me dijo. Lo único que conseguirás será hacernos retardar la marcha.

¿Hacernos? pregunté.

El amigo Jesús me va a enseñar el camino.

El pastor, silencioso como siempre, esperaba junto a un montón de piedras. No tenía armas, excepto su cayado.

¿Le entiendes cuando habla? le pregunté, llena de dudas.

Bastará hacernos señas. ¡Que te diviertas!

El pastor ya había comenzado a caminar, y Stephen lo siguió. A poco andar, se perdieron entre la maleza. Nunca me sentí tan sola. Entré en la cabaña en busca de mi máquina, el panorama era demasiado hermoso para no aprovecharlo, aunque seguramente resultaría monótono, una vez revelado. La vista de las mantas, las mochilas, las

provisiones, y mi *pulóver* grueso, me devolvieron la confianza. Yo amaba la altura, la soledad, el sol brillante, el aroma del aire... ¿a qué, entonces, esta melancolía? ¿A qué esa sensación difícil de describir, que podría llamar de mutabilidad?

Salí y encontré un hueco con un trozo de roca a manera de respaldo, y me instalé a descansar cerca de las cabras que pacían. Allí abajo estaba la selva, y en alguna parte, en lo más profundo, nuestro alojamiento de anoche. Hacia el noreste, detrás de una cadena de montañas, las llanuras del mundo civilizado. Fumé mi primer cigarrillo del día y observé al águila. El sol cálido me dio sueño. Había dormido mal.

Cuando abrí los ojos, el sol había cambiado de posición y de acuerdo a mi reloj, era la una y media. Había dormido durante cerca de tres horas. Me puse de pie, desperezándome. En ese mismo momento uno de los perros, que me estaba observando a unos pocos metros de distancia, lanzó un gruñido. Lo mismo hizo su compañero. Los llamé y me encaminé hacia la cabaña. Los dos avanzaron, enseñando los dientes. Me quedé donde estaba. Volvieron a acostarse. Mientras no me movía, se quedaban quietos. Apenas daba un paso, se producía instantáneamente un gruñido, un bajar de cabeza, un tomar impulso como para saltar. No me atraía que me hicieran pedazos. Me volví a sentar y a esperar, aunque, conociendo a mi marido, me di cuenta de que tal vez llegara la noche antes de que él regresara. Mientras tanto, debía quedarme donde estaba, vigilada por los perros. La fuerza del sol disminuyó y ni siquiera podía acercarme a la cabaña para buscar otra tricota.

De pronto, no sé desde qué lado, escuché un disparo. El sonido arrancó ecos a la hondonada. Los perros también lo oyeron; inclinaron la cabeza y escucharon. Las cabras se arremolinaron en la maleza, sorprendidas, y un viejo patriarca con la barba hasta el pecho, baló su desaprobación, mientras que otro que se parecía a un profesor, despertó de su sueño.

Esperé otro disparo, pero no se produjo. Me pregunté si Stephen habría dado en el blanco o no. Por lo menos había encontrado un ante, de lo contrario no habría malgastado sus municiones. Si había dado en el blanco y matado, no pasaría mucho antes de que volviera cargado con su presa. Pero si solamente había errado lo que era muy poco probable, tratándose de Stephen perseguiría a la pobre bestia y volvería a disparar.

Seguí sentada en mi hueco cerca del pino quemado. Luego, uno de los perros gimió. Yo no vi nada. Pero de inmediato el pastor apareció detrás de mí.

¿Tuvieron suerte? pregunté. Hablé en inglés, ya que no sabía griego, pero él pudo haberme comprendido, por el tono de mi voz. Sus extraños ojos me miraban. Sacudió la cabeza lentamente. Levantó la mano señalando hacia sus espaldas. Siguió meneando la cabeza suavemente, de lado a lado, y repentinamente; ¡tonta que era! recordé que el sí de los griegos, su afirmación es dado siempre con este mismo meneo de cabeza que sugiere lo opuesto, o sea la negativa. La voz de niño que brotaba del rostro impasible, dijo: "Nei", repitiendo el gesto otra vez, lentamente.

¿Los encontró, entonces? pregunté. ¿Hay antes? y él repitió su "nei", que tanto se parecía a una contradicción y siguió mirándome con sus grandes ojos color de miel, sus ojos pétreos, agudos, hasta que me sentí invadida por una especie de horror, ya que no estaban de acuerdo con la voz suave e infantil. Empecé a alejarme a través de la maleza, para poner un poco de distancia entre los dos, y dije inútilmente, ya que él no podía comprenderme: voy a ver que pasa. Esta vez los perros no gruñeron, sino que se quedaron donde estaban, observando a su dueño que permaneció inmóvil, apoyado en su cayado, y mirándome.

Me abrí camino a través de la maleza, y luego, por un sendero que creí era el que habían tomado Stephen y el pastor. Pronto la maleza fue reemplazada por la roca. Bajo la pared de piedra corría una especie de caminito. Grité: "¡Stephen!" varias veces mientras caminaba. El sonido de mi voz debía llegar lejos, tal como había sucedido con el del fusil: nadie me contestó.

El mundo en que me encontraba era árido y desnudo, y no se veían huellas en la nieve. Si Stephen hubiera tomado por este camino, habría dejado rastros. De repente fue como si toda Grecia yaciera a mis pies, infinitamente lejana, perteneciente a otra época. Yo estaba en la cima de mi mundo, sola. Veía las selvas, las colinas, las llanuras, y un río como un pequeño hilo de seda, pero mi esposo no estaba junto a mí, ni persona alguna, ni siquiera el águila, que se había cernido en los cielos, al mediodía.

¡Stephen! volví a gritar con voz desafinada y débil, entre las rocas. Presté atención. Tal vez escuchara otro disparo. Cualquier sonido resultaría bienvenido en semejante horrible soledad. Pero cuando se produjo, me sentí bruscamente sobresaltada: no era un disparo de rifle, sino un silbido. El mismo lascivo silbido para llamar la atención, partiendo de unos cincuenta pies encima de mi cabeza, desde el borde sobresaliente de la roca. Vi los cuernos, su rostro de sátiro mirándome con ojos acusadores y recelosos. Lanzó otro silbido de burla, se revolvió golpeando los cascotes y haciendo caer unas piedras, y desapareció. El ante, mi primer ante vivo, se perdió de vista, pero agachado a mis pies, sobre un estrecho reborde, sobre el abismo, aferrado a las rocas, sin el rifle, estaba un hombre que ni siquiera podía hablar de miedo: Stephen, mi marido.

No se podía mover. Yo no podía llegar hasta él. Ahí estaba lo horroroso de la situación: yo no podía llegar hasta él. Tal vez intentó avanzar hasta el extremo del reborde, descubriendo que ya no podía seguir adelante. En algún momento había perdido el rifle. Lo que me espantaba sobre todo, fue el horror impreso en su rostro. Stephen, que arrollaba los sentimientos de sus amigos, Stephen el frío, el calculador... Me arrojé largo a largo sobre el suelo y tendí las manos; la distancia que nos separaba era de unos cuantos pies, a la suma.

Mantén los ojos fijos en la roca, dije en voz baja. El instinto me advirtió no levantarla demasiado. Avanza poquito a poco. Si llegaste hasta allí, debes ser capaz de regresar. No me contestes.

Se humedeció los labios con la lengua. Estaba mortalmente pálido.

Stephen, repetí. Tienes que hacer la prueba.

Intentó hablar pero no pudo. Como haciéndonos burla, el lascivo silbido de advertencia del ante se hizo oír una vez más. Esta vez sonó más lejos. El ante no se veía por ningún lado; debía estar oculto en algún inaccesible escondrijo, a cubierto de los humanos.

Me pareció que si Stephen hubiera tenido el rifle, no se hubiera sentido tan atemorizado. La pérdida de su arma lo había acobardado. Toda su fuerza y su confianza habían desaparecido, y también, de alguna manera repugnante, su personalidad. El hombre aferrado a la roca era un pelele. Entonces, vi al pastor mirándonos desde lo alto de la roca.

¡Venga, por favor! lo llamé suavemente. ¡Mi esposo está en peligro!

Desapareció. Una piedra cayó rodando, pasando muy cerca de la cabeza de Stephen. Vi que los nudillos de mi esposo se ponían blancos por el esfuerzo. Momentánea y horrorosamente pensé que la piedra había sido arrojada intencionadamente, que el pastor había desaparecido a propósito, dejando a Stephen abandonado a su suerte. Pero un movimiento detrás mío me advirtió que estaba equivocada. Apareció junto a mí.

Retrocedí arrastrándome, para cederle mi lugar. No me miró a mí, sino a Stephen. Se despojó de su albornoz y vi un cuerpo flexible y compacto, con una masa de cabellos negros. Saltó hacia el estrecho reborde donde estaba Stephen, y, tal como un adulto levanta a una criatura, se colocó al hombro el considerable cuerpo de mi marido, como si fuera una bolsa. Llevé la mano a la boca para reprimir el grito que, seguramente, se produciría. Iba a arrojar a Stephen al abismo. Me encogí, sintiendo que se me aflojaban las piernas, y ya el pastor estaba de nuevo en el sendero, a mi lado, junto con Stephen. Stephen, de cuclillas en el suelo, con el rostro en las manos, se balanceaba de lado a lado. Cuando aparté los ojos, vi al pastor cubierto de nuevo con su albornoz, a unos pasos de distancia, mirando para otro lado.

Vomitó en silencio en un hoyito que abrí en la nieve. Después, cerré los ojos y esperé. Me pareció que Stephen tardó mucho tiempo en levantarse. Abrí los ojos y lo miré. Su rostro tenía color, otra vez. El pastor había desaparecido.

¿Comprendes, ahora?

¿Comprender qué? pregunté débilmente.

Por qué cazo antes.

Estaba de pie, indefenso, sin su rifle, y aunque su palidez había desaparecido, su estatura parecía haber disminuido. Uno de los cordones de su zapato estaba desatado. Me encontré mirando eso, antes que a su rostro.

¿Tuviste miedo, verdad? ¿Siempre?

Siempre, me contestó. Desde el principio. Es algo que tengo que vencer. El ante da la mejor oportunidad porque es el que sube más arriba. Mientras más mate, más destruyo al miedo. Luego, con tono distraído, como si pensara en otra cosa, señaló hacia abajo. Se me cayó el rifle dijo. Le disparé un tiro a la bestia, pero, en vez de huir, me silbó y entonces me mareé. El mareo es parte del miedo.

Me sentía bastante mal todavía, pero me puse de pie y lo tomé del brazo.

Volvamos dije. Quiero tomar algo. Gracias a Dios que trajimos *cognac*.

Mi marido había recuperado la confianza en sí mismo, pero me dejó que lo llevara, como una criatura. Llegamos en seguida. Junto a la puerta, los dos perros montaban guardia y el pastor recogía leña para alimentar el fuego. Ni él ni los perros nos prestaron atención. Entramos en la cabaña y nos servieron abundantes porciones de *cognac*. Después encendimos cigarrillos y durante un rato fumamos en silencio, observando al pastor, con sus montones de leña, entre las que se veía una que otra piña.

¿Nunca se lo contarás a nadie, verdad? me pidió Stephen repentinamente. Lo miré sobresaltada por la dureza de la voz, que delataba la tensión que de otro modo, no habría manifestado.

¿Te refieres al miedo?

¡Sí! me contestó. No me importa que tú lo sepas. Un día u otro ibas a descubrirlo. Ni tampoco ese individuo... no es de los que hablan. Pero no podría soportar que lo supiera otra persona.

¡Claro que no diré nada! contesté en seguida, para tranquilizarlo. Y después de un momento, me alejé y empecé a luchar con el Primus. Lo primero es lo primero. Ambos nos sentiríamos más normales una vez que hubiéramos comido algo caliente.

Las habas en conserva nunca tuvieron tan buen gusto. Y el vino del lugar, después del *cognac*, ayudó a amortiguar todos los titubeos. El breve día terminó rápidamente. Apenas finalizamos de comer y nos pusimos las tricotas más gruesas, la temperatura descendió por lo menos 20°; el cielo se oscureció; desapareció el sol. El fuego encendido ante el umbral de la cabaña, lanzaba al aire saltarinas llamas.

Mañana, dijo Stephen, iré en busca de mi rifle.

Lo miré por encima de las llamas. Sus facciones se habían endurecido de nuevo y eran las del hombre que yo conocía; el Stephen de siempre.

No lo vas a encontrar, murmuré. ¡Vaya a saber dónde está!

Sí que sé, me contestó impaciente. Entre un montón de rocas y unos pinos enanos.



Me fijé bien.

Conociendo ahora sus limitaciones, me pregunté cómo pensaba llegar hasta allí. Debí leerme los pensamientos, porque agregó:

Desde aquí podré llegar bien. No habrá problemas.

Arrojé mi cigarrillo al fuego. Había sido un error fumar. Por algún motivo, esta noche mi estómago no estaba en condiciones.

Y, ¿si lo encuentras? pregunté.

Haré otra tentativa con el ante, respondió.

En vez de enfriarse, su fanatismo había aumentado. Tenía los ojos fijos en la oscuridad, a mis espaldas. Me volví y vi a Jesús, el pastor y salvador de mi marido, que se acercaba hacia nosotros llevando más leña para el fuego.

*Kalinykta*, dijo Stephen (en griego eso quiere decir: Buenas noches, y es también señal de despedida). El pastor se detuvo, y con una pequeña inclinación de cabeza repitió: *Kalinykta*.

La voz era tan velada como él mismo, dentro de su albornoz. Debido a la oscuridad, el timbre infantil parecía extrañamente cambiado. La capucha caída hacia atrás, más que antes, revelaba mejor sus agudas facciones. El resplandor del fuego enrojecía su piel, y sus ojos parecían dos brasas. Retrocedió, y desapareció.

Al cabo de un rato el aire frío, a pesar de todas las llamas saltarinas, nos hizo buscar el refugio de nuestras mantas. Encendimos velas y leímos nuestros Penguins durante un rato. Stephen fue el primero en quedarse dormido. Apagué las velas e hice lo propio, agotada por la emoción que no había conseguido expresar. Mis sueños me escandalizaron. El pastor se había despojado de su albornoz y no era a Stephen a quien llevaba en los brazos, sino a mí misma; tendí la mano para acariciarle el cabello; se levantaba en su cabeza como una negra cresta.

Desperté y encendí la vela. Stephen dormía aún. Me acerqué a la puerta de la cabaña y vi que el fuego se había apagado, ni siquiera los rescoldos ardían. La luna en cuarto creciente colgaba del cielo como media horma de queso. Los perros, las cabras y el pastor habían desaparecido. Recostado sobre el horizonte, más allá del pino seco, se veía un ante macho, con los agudos cuernos curvándose hacia atrás, la atenta cabeza levantada hacia la luna, y, pastando a sus pies, silenciosa y delicadamente, las hembras y los cervatillos.



Es extraño, pensé mientras preparaba nuestro té matutino en el Primus y cubría de queso unas rebanadas de jamón, pero el peligro compartido me había acercado más a mi marido. O se trataba más bien de que yo le había tenido compasión. Después de todo, era un ser humano, débil como todos nosotros. Debió adivinar mi simpatía, porque, mientras tomaba el desayuno, empezó a contar aventuras que le habían ocurrido anteriormente, y de las que escapara por milagro.

Una vez me caí desde unos quince pies, pero lo único que pasó fue que me dislocué un tobillo.

Se rió con muy buen humor. Yo pensé que, si tomaba su miedo en broma, la batalla estaba medio ganada.

Después te acompañaré, le dije, cuando vayas en busca de tu rifle.

¿De veras? ¡Espléndido! Después de la helada todo va a estar muy hermoso. Nada de niebla, ese cuco de los cazadores.

El entusiasmo y la vivacidad habían retornado. Y lo que era más importante, yo los compartía. Sentí deseos de acompañarlo. Se trataba de una emoción nueva, algo que no podía explicar. Terminamos de tomar el desayuno, arreglamos nuestras mantas de dormir, y al salir, yo di un puntapié a la ceniza de la noche anterior. No se veían huellas ni del pastor, ni de sus perros, ni tampoco de su rebaño. Seguramente lo había llevado a pastar a otra parte. Apenas si pensé en él: estaba ansiosa por partir. Stephen abría la marcha bajando por la ladera cubierta de árboles. Sabía instintivamente adonde quería ir, y avanzamos a los tropezones entre malezas, escoria y raquíuticos arbustos, mezcla de boj y espino, alejándonos del despeñadero.

En lo alto del cielo azul se perfilaba el águila de ayer, o tal vez su compañero. El sol calentaba más y nos quitamos las tricotas, atándolas alrededor de la cintura. De pronto la vida parecía muy buena, muy completa. Ya no había entre nosotros la tensión que sintiéramos el día anterior. Lo atribuí a haber dormido bien, al nuevo vínculo compartido, y a la ausencia del pastor Jesús.

Cuando ya llevábamos una media hora o más de camino, Stephen me dijo:

¡Allí está! ¡Mira, el sol se refleja en el caño!

Sonriendo, se adelantó a la carrera. Era verdad. Alcancé a ver el metal reluciente, enganchado entre un espino y una roca. Stephen se apoderó de su arma y la blandió por sobre su cabeza en señal de triunfo. "No hubiera vuelto a casa sin ella", me dijo.

Manejaba su fusil con cuidado, sonriendo aún, y era casi como si lo estuviera acariciando. Por primera vez lo miré con indulgencia. Sacó un trapo del bolsillo y empezó a limpiarlo. Aparté los ojos y dejé vagar mi mirada sobre las ásperas alturas, las salientes que habíamos trepado el día anterior.

Eran áridas y desnudas de vegetación. De pronto, me llamó la atención un punto negro, parecido a una roca curvada, que no había visto ayer. El punto se movió. Toqué a Stephen en el codo: "¡Allí!", murmuré, y le puse en la mano mi pequeño largavista. Con precaución se lo acercó a los ojos: "¡Está allí murmuró, mi ante de ayer!".

Nunca pensé que Stephen se pudiera mover con tanto sigilo ni tan velozmente. En un momento ya estaba lejos, arrastrándose por la maleza. Poseída de un curioso encantamiento, empecé a arrastrarme en pos de él pero me hizo señas de que me quedara, y

lo obedecí. Volví a mirar a través de mi antejo. Ahora la imagen era indistinta, tan pronto parecía el ante, tan pronto nuestro pastor:

¡Es nuestro pastor! grité a Stephen. ¡No es el ante! ¡Es él! Tu salvador. ¡Zus!

Me miró por sobre el hombro, impaciente, disgustado.

¿Por qué diablos gritas? me dijo. ¡Se va a escapar!

Una vez más le puse mi antejo en la mano, arrastrándome hasta él para hacerlo.

¡Mira! le dije. No es el ante.

Lo recibió, y después de ajustarlo y mirar, me lo devolvió con una exclamación de irritación.

¡Estás loca! ¡Claro que es el ante! Le veo los cuernos.

Luego, agudo e inconfundible, se oyó el silbido de advertencia, el burlón llamado del ante.

¿Sigues creyendo que no es el ante? preguntó Stephen. Y llevándose el fusil al hombro, disparó.

La explosión fue como un eco del silbido; repiqueteó sobre las rocas en lo alto y llegó hasta las profundidades. El punto negro saltó y desapareció. Sobre nuestras cabezas rodaron piedras sueltas.

No le acertaste dije.

No, contestó Stephen. Voy a seguirlo.

Sobre nosotros había un barranco. Él trepó hacia la izquierda, yo hacia la derecha, y mientras avanzábamos hacia la saliente donde habíamos visto saltar el punto negro, cada uno por su lado, me di cuenta con repentina certeza de que estábamos persiguiendo una presa distinta. Stephen perseguía al ante. Yo, al hombre. Ambas cosas simbolizaban algo profundamente repugnante a nuestra naturaleza, y, por lo tanto, ejercían sobre nosotros gran fascinación y miedo. Deseábamos destruir aquello que más nos avergonzaba.

Mientras trepaba, mi corazón cantaba y también latía penosamente. Valía la pena haber nacido, haber vivido mi número de años, aunque más no fuera por esto. Ninguna otra experiencia contaba. Nada podía compararse con la persecución y yo había ahuyentado a mi pastor. Era él quien huía de mí y no yo de él.

Lo veía ahora, saltando de roca en roca. ¡Cómo Stephen pudo haber confundido con un ante, sólo Dios podía explicarlo! Se había quitado el albornoz y su hirsuta cabeza parecía la cresta de un ala negra. Pensé que era magnífica. No experimentaba temor por las rocas sobresalientes; las iba trepando serena y seguramente, sin resbalar un momento y sin detenerme ni un instante. El silencio ya no importaba porque él sabía que yo estaba persiguiéndolo.

¡Te alcanzaré! Grité, ¡no puedes escaparte! ¡Bien sabes que te he perseguido durante toda mi vida!

¡Qué sensación salvaje de poder en mí, que detestaba la violencia, de embriaguez, también, y de loco encantamiento! De nuevo se oyó el silbido, el siseo. Miedo, advertencia y burla, todo al mismo tiempo. Ruido de piedras, huida de cascos...

¡Agáchate! gritó Stephen, ¡agáchate! ¡voy a disparar!

---

Recordé haber reído al escuchar el disparo. Esta vez Stephen no erró. La negra figura vaciló y cayó. Al treparme hasta el reborde, vi como los ojos color de miel cristalizaban en muerte. Nunca volverían a mirarme fijo. Mi esposo había destruido aquello que yo temía.

---

## IV

Es más pequeño de lo que yo creía, dijo Stephen moviendo el cuerpo del ante muerto, con la punta del pie. Y más joven también. No debía tener más de cinco años.

Encendió un cigarrillo. Se lo saqué de la mano. Los dos estábamos traspirando abundantemente. Sobre nuestras cabezas el águila seguía girando bajo el sol.

No voy a llevarlo conmigo, dijo mi esposo. Ni siquiera quiero su cabeza. Es mi último ante. No me preguntes por qué. Lo sé, eso es todo. Lo dejaremos aquí, en toda su grandeza. Es el lugar que le corresponde. La naturaleza cuida de sus muertos a su manera y levantando los ojos, miró al águila.

Dejamos el agite sobre las rocas, bajo el cielo, y descendimos nuevamente, entre malezas y piedras, hasta la cabaña donde estaban nuestras cosas. Las mochilas y las mantas parecían parte de otra vida.

No hay señales del dueño de casa, dijo Stephen, y hemos acabado las provisiones. Empaquetemos las cosas y pasemos la noche en la cabaña de abajo. Por la mañana podemos tomar el ómnibus que va en sentido opuesto. Iremos a Métsovon e Ióannina, y tomaremos por la costa oeste hasta Missolonghi, llegando hasta Delphi. Te agradaría, ¿verdad?

No le contesté, pero tendí la mano hacia él, sin ningún motivo aparente. En la montaña todo era paz... quietud. De pronto, Stephen me besó. Luego se metió la mano en el bolsillo, e inclinándose, depositó dos pequeños objetos de metal entre las blancas cenizas del fuego.

Dejaremos los cartuchos vacíos para Jesús, dijo.

## LOS SEÑORIALES

Ben era considerado un niño anormal. No sabía hablar. Cuando trataba de formar palabras, salían de su boca sonidos ásperos y desagradables y no sabía qué hacer con la lengua. Cuando quería algo, señalaba con el dedo o lo iba a buscar él mismo. Decían que era un defecto en la lengua y que, dentro de unos años, lo llevarían al hospital y podría hacerse algo al respecto. Su madre afirmaba que era bastante inteligente; entendía perfectamente lo que se le decía. Sabía distinguir entre lo bueno y lo malo, sólo que era muy terco, no recibía bien las negativas. Debido a su silencio olvidaban explicarle cosas tales como las llegadas, las partidas, y los cambios de plan, y, por consiguiente, el mundo de él estaba hecho de caprichos: los caprichos de la gente mayor. Se le decía que se vistiera, sin explicarle por qué, o que saliera a jugar a la calle, o se le negaba un juguete que una hora atrás se le había permitido usar.

Cuando la tensión era excesiva y no podía soportarla más, abría la boca y el sonido que salía lo asustaba más a él que a sus propios padres. ¿De dónde salía? ¿Por qué? Entonces alguien, generalmente la madre, lo levantaba y lo encerraba en el armario, debajo de la escalera, entre los impermeables y las canastas para el mercado, y oía como le decía, a través del ojo de la cerradura: "Te quedarás allí hasta que te calles". Pero no había manera de apagar el ruido que le pertenecía. El enojo era una fuerza que tenía que descargarse.

Más tarde, acurrucado junto al ojo de la cerradura, cansado, oía cómo el ruido se apagaba y en el armario volvía a reinar la paz. Entonces sentía miedo de que su madre se fuera y se olvidara de sacarlo, y hacía ruido con la manija para recordarle su presencia. El relampagueo de su pollera, a través del ojo de la llave, lo tranquilizaba. Entonces se sentaba y esperaba hasta que hacían girar la llave, que significaba su liberación. Salía a la luz del día, pestañeando, y miraba a su madre para juzgar de qué humor estaba. Si se encontraba sacando el polvo o barriendo, no le prestaba atención. Todo marcharía bien hasta el próximo momento de ira, de defraudación, en que la escena volvería a repetirse, y lo encerraría nuevamente en el armario o en su cuarto, sin darle el té y sacándole todos sus juguetes. Para no tener que sufrir la ira de sus padres, la solución estaba en darles el gusto, pero no siempre podía hacer esto ya que el esfuerzo era excesivo. Cuando estaba jugando, absorto, olvidaba sus órdenes.

Un día hicieron las valijas y lo vistieron con su ropa de más abrigo, aunque ya empezaba la primavera. Abandonaron la casa de Exeter donde él naciera, y se dirigieron hacia el lado de los páramos. Desde hacía semanas se hablaba solamente de eso.

"Allí es diferente", se decían sus padres. De alguna manera se mezclaban la precisión y las amenazas: un día decían que él tendría suerte, y otro, que mejor no se moviera de su lado cuando estuvieran allí. Hasta la misma palabra "páramo", parecía siniestra y amenazante.

El bullicio de la partida aumentó aún más su miedo. Las habitaciones de la casa, repentinamente vacías, dejaron de ser familiares, y su madre, impaciente, lo reprendía sin cesar. También ella vestía de diferente modo y tenía puesto un sombrero muy feo; le apretaba las orejas cambiándole el contorno de la cara. Al salir lo tomó de la mano, arrastrándolo. Azorado, vio que sus padres se sentaban ansiosos entre las cajas y cajones. ¿Sería posible que también ellos se sintieran ansiosos? ¿Que ninguno supiera hacia dónde se dirigían?

El tren los llevó lejos, pero no podía mirar por la ventanilla. Estaba sentado en el medio, entre sus dos padres, y sólo porque veía copas de los árboles se daba cuenta de que pasaban por el campo. Su madre le dio una naranja, que él no quería. Olvidando ser cuidadoso, la arrojó al suelo. Ella le golpeó la mano, fuerte. El golpe coincidió con una repentina sacudida del tren y la oscuridad de un túnel, y ambas cosas juntas le hicieron

recordar el armario debajo de la escalera y el castigo. Abrió la boca y salió el grito.

Como siempre, el sonido produjo pánico. Su madre lo sacudió y él se mordió la lengua. El coche estaba lleno de gente. Un anciano que leía el diario arrugó el entrecejo. Una mujer, mostrándole los dientes, le ofreció un caramelo verde. Pero no se podía tener confianza en nadie. Sus gritos se hicieron más fuertes todavía y su madre, con el rostro congestionado, lo levantó y lo llevó al ruidoso corredor. "¿Te vas a quedar quieto?", le gritó. Todo era confuso. La fatiga se apoderó de él y se vino abajo. La ira y el miedo lo hicieron patallar, tenía puestos sus zapatos nuevos marrones, aumentando aún más el alboroto. El sonido que le salía del vientre cesó; sólo el jadeo, los ahogados sollozos le hacían saber que todavía seguía sufriendo, pero no sabía por qué.

Está cansado, dijo alguien.

Volvieron al coche y le hicieron sitio junto a la ventanilla. El mundo de afuera desfiló. Las casas comenzaron a apiñarse. Vio un camino con coches y campos, luego, terraplenes que subían y bajaban. Cuando el tren empezó a disminuir la marcha, sus padres se pusieron de pie y comenzaron a reunir sus cosas. De nuevo los envolvió la agitación de la partida. El tren acabó por detenerse completamente. Las puertas se abrieron y golpearon y un mozo de cordel gritó. Tropezando, descendió a la plataforma.

La madre lo aferró de la mano, y él le miró la cara y también la de su padre, para tratar de descubrir por sus expresiones si lo que estaba sucediendo era habitual, previsto, y si ellos sabían lo que iba a suceder después. Subieron a un coche con el equipaje todo alrededor de ellos, y, por el polvo que entraba, comprendió que no marchaban en dirección a la ciudad donde habían llegado, sino hacia el campo. El aire era fuerte, fresco. Riendo, su padre lo miró y le dijo: "¿Sientes el olor del páramo?"

El Páramo... Trató de ver desde la ventanilla del coche, pero una valija le obstruía la visual. Su padre y su madre estaban hablando.

Seguro que habrá puesto una pava de agua en el fuego y nos dará una mano decía su madre, y después, esta noche, no desempaquetaremos todo. Nos harán falta varios para ponernos en condiciones.

No sé, dijo su padre. Es extraño lo diferente que será vivir en una casa pequeña.

El camino tenía muchas curvas y el coche oscilaba cada vez más. Ben se sintió indispuerto. Esto sería la desgracia definitiva. La acidez le subía por la garganta y apretó los dientes, pero la necesidad era demasiado grande y le saltó de golpe, salpicando todo el coche. "¡Oh! ¡No! ¡Esto es demasiado!", gritó su madre y se lo sacó de encima con un empujón, haciéndole golpear la cara con la punta de una valija. Su padre golpeó en la ventanilla; "¡pare!, el niño está descompuesto". La vergüenza, la inevitable confusión de sentirse mal, y luego el frío repentino que lo hizo temblar. Por todas partes se veían pruebas de su vergüenza, y el conductor trajo un trapo viejo y maloliente para secarle la boca.

Partieron otra vez, ahora más despacio. Él estaba de pie entre las rodillas de su padre y por fin el camino irregular y lleno de baches llegó a su término y frente a ellos apareció una luz.

No llueve, y es una bendición, dijo su madre. No me preguntes qué haremos aquí cuando suceda eso.

La casita se erguía solitaria, con las ventanas iluminadas. Pestañeando y tembloroso aún, Ben descendió del coche. Mientras sacaban el equipaje miró a su alrededor. Momentáneamente lo dejaron de lado. La casita tenía un parque que, en la oscuridad, parecía liso como una alfombra, y detrás de los techos a dos aguas se veían las negras colinas gibosas. El olor dulzón y vivo que advirtiera al salir de la estación, se sentía ahora con mayor intensidad. Levantó el rostro para olfatear. ¿Dónde estaban los páramos? Se los imaginaba como una banda de hermanos poderosos y cordiales.

¡Entra, buen mozo! le dijo una mujer, saliendo de la casa. Cuando se le acercó, amable y voluminosa, Ben no se resistió y dejó que lo llevara a la cocina con piso de piedra. Acercaron un taburete a la mesa y le pusieron delante un vaso de leche. Empezó a beber, lentamente, mientras examinaba las piedras del piso, la bomba de la piletta, las pequeñas ventanas con persianas.

¿Es tímido? preguntó la mujer, y comenzaron los susurros, la conversación entre mayores, relativa a su lengua. El padre y la madre parecían avergonzados y molestos. La mujer lo miró de nuevo, compasiva, y Ben se ensimismó en su vaso de leche. Se olvidaron de él, la aburrida conversación lo dejó de lado y, al no ser observado, pudo comer pan y manteca sin inhibición, y servirse bizcochos. Su malestar había desaparecido y sentía apetito otra vez.

¡Oh, sí! Tiene que tener cuidado con ellos decía la mujer. Son unos terribles ladrones. Vienen de noche y le vacían la despensa si se la deja abierta. Especialmente si sigue haciendo frío, como ahora. Tenga cuidado con la nieve...

¡Ah, los páramos eran ladrones! Una banda de ladrones que rondaban de noche. Ben recordó la revista de chistes que su padre le había comprado, con la cara de ogro en la tapa. Pero no debían ser así, porque la mujer estaba diciendo algo respecto a los buenos mozos que eran.

No te van a hacer mal, dijo, son muy buenos, ahora se dirigía a Ben, que la observaba intrigado. Después rió y todo el mundo ayudó a levantar las cosas de la mesa, a desempaquetar, a acomodar.

Y ahora no te vayas lejos, le dijo su madre. Si no te portas bien, irás directamente a la cama.

No puede sucederle nada, comentó la mujer, he cerrado el portón.

En un momento de descuido, Ben salió por la puerta y se quedó afuera. El coche que los trajera había desaparecido. El silencio, tan distinto al bullicio habitual de su calle, se parecía al silencio de sus padres cuando no estaban enojados. Lo cobijaba. Las lucecitas que titilaban en las otras casas, a la distancia, eran lejanas como estrellas. Se acercó al portón, apoyó la barbilla en él y se quedó mirando la apacible oscuridad. Se sintió en paz. No tuvo deseos de entrar, ni de desempaquetar sus juguetes.

Debía haber una granja cerca, porque el olor a estiércol se mezclaba al aire frío, y una vaca mugía en el establo. Estos descubrimientos le resultaron gratos. Pensaba sobre todo en los páramos; en los ladrones de la noche, pero no lo asustaban. Vaya a saber por qué; la sonrisa de la mujer y la manera cómo sus padres rieran, mostraban bien a las claras que los páramos no eran de temer. De todos modos, era para venir aquí que habían embalado sus cosas y dejado la otra casa. Era de esto que estuvieron hablando durante tantas semanas.

Al niño le gustarán los páramos decía la gente, en la ciudad. Allí se va a hacer fuerte. No hay nada como los páramos para despertar el apetito.

Era verdad: Ben había comido cinco rebanadas de pan con manteca y tres bizcochos. La banda de hermanos ya había demostrado su fuerza. Se preguntó si estarían cerca de la casa, quizá agazapados, sonriendo para darle ánimo, más allá de esas gibosas colinas oscuras.

De pronto se le ocurrió una idea. Si les ponían a su alcance comida suficiente, los páramos no robarían. Lo comerían y se sentirían agradecidos. Entró de nuevo a la cocina y por las voces se dio cuenta de que sus padres y la ayudante estaban desempaquetando y no lo verían. Habían levantado la mesa, pero en la piletta estaban todavía las tazas del té sin lavar. Había un pan, una torta aún sin empezar, y los bizcochos restantes. Ben se llenó los bolsillos de bizcochos, llevándose el pan y la torta. Se dirigió a la puerta y bajando por el caminito, se acercó al portón. Colocó las cosas en el suelo y se concentró en la tarea de



abrir. Era más fácil de lo que creyó; levantó el cierre y el portón se abrió solo. Tomó el pan y la torta y salió al césped. La mujer había dicho que los ladrones iban primero donde estaba el césped vagando por allí, buscando, y, si nada los tentaba y nadie los gritaba ni los echaba, entraban en las casas.

Ben caminó unos metros sobre el césped y dejó allí la comida. Los ladrones no dejarían de verlo, si venían. Se sentirían agradecidos y volverían muy contentos a sus guaridas en las colinas negras. Mirando hacia atrás, vio las siluetas de sus padres que se movían de un lado a otro en los dormitorios de arriba. Saltó, tratando de sentir el pasto bajo los pies, tanto más agradable que el pavimento, y levantó el rostro una vez más para sentir el aire. Le llegó fresco y limpio desde las colinas. Era como si los páramos, los ladrones supieran que les habían preparado un festín. Ben se sintió contento.

Volvió corriendo a la casa, y, en ese momento, su madre bajaba: "vamos a la cama", dijo, ¿a la cama? ¿tan pronto? Protestó con las facciones, pero ella no se dejó conmovir.

Ya tengo bastante de qué ocuparme, se quejó.

Se lo llevó arrastrando por la empinada escalera y Ben se encontró con su propia cama, a la que habían traído milagrosamente desde casa, colocada en un rincón del pequeño cuarto iluminado por una vela. Estaba cerca de la ventana y lo primero que pensó fue que le resultaría fácil mirar desde la cama y observar la llegada de los ladrones. Esta idea lo mantuvo quieto mientras su madre lo ayudaba a desvestirse, pero estaba más brusca que nunca. Se rompió la uña con un botón y le arañó la piel. Cuando se quejó, le dijo con dureza: "¡Vamos! ¡Quédate quieto!" La vela pegada a un platito arrojaba una sombra monstruosa sobre el techo. Dilataba la silueta de su madre, convirtiéndola en algo grotesco. "Estoy demasiado cansada para lavarte, le dijo, tendrás que quedarte sucio".

Se oyó la voz de su padre desde abajo: "¿Qué hiciste con el pan y con la torta? No los encuentro".

Al lado de la piletta. En seguida bajo... repuso su madre.

Ben comprendió que sus padres estaban buscando la comida, para guardarla. El instinto le advirtió que debía quedarse quieto. Su madre terminó de desvestirlo y él se metió en la cama sin demora alguna. "Y ahora, no quiero oírte para nada, le dijo, si haces un sólo ruidito voy a mandar a papá". Y se dirigió escaleras abajo llevándose la vela.

Ben estaba acostumbrado a la oscuridad, pero aún así, la habitación era extraña. Todavía no había tenido tiempo de aprender las formas. ¿Había una silla, una mesa... era larga o cortita? Se quedó quieto en la cama mordisqueando la frazada. Escuchó pasos bajo la ventana. Sentándose miró por entre las cortinas y vio a la mujer que le diera la bienvenida dirigirse hacia el portón y luego tomar por el camino. Llevaba una linterna. No cruzó el césped. La linterna bailaba al ritmo de sus pasos y su silueta desapareció pronto en la oscuridad. Sólo el balanceo de la luz delataba su existencia.

Ben se acostó de nuevo, tranquilizado por la oscilante linterna y las voces que discutían abajo. Oyó que su madre abría de golpe la puerta y se quedó allí con la vela en la mano y la monstruosa sombra detrás.

¿Tocaste las cosas del té? dijo.

Ben emitió el sonido que sus padres interpretaban como una negativa, pero su madre no se sintió satisfecha. Se acercó a la cama, y, haciéndose sombra con la mano, lo miró.

El pan y la torta ya no están, espetó, tampoco los bizcochos. ¿Los llevaste tú, verdad? ¿Dónde los escondiste?

Como siempre, la voz alterada despertó antagonismo en él. Ben se encogió en la cama y cerró los ojos. Esa no era manera de hacerle preguntas. Si su madre hubiera

sonreído o tomado a broma el asunto, las cosas habrían sido distintas.

¡Muy bien! dijo. Ya arreglaré esto y llamó a su padre.

Ben se sintió invadido por la desesperación. Le iban a pegar. Empezó a llorar. No podía explicar. Oyó cómo su padre subía ruidosamente la escalera y entraba en la habitación seguido por su sombra, también monstruosa. Los dos llenaban completamente la habitación pequeña y poco familiar.

¿Quieres una paliza? le preguntó su padre. ¡Vamos! ¿Qué hiciste con el pan?

El rostro de su padre se había puesto desagradable. Estaba cansado. El empaquetar y desempaquetar, el trájín de la mudanza, y de comenzar una nueva vida lo habían fatigado. Ben lo comprendió, pero no podía ceder. Abrió la boca, y gritó. El grito despertó la fatiga de su padre, y su enojo, y también su resentimiento. ¿Por qué debía ser mudo su hijo?

¡Basta! le dijo. Y, arrancando a Ben de la cama, le sacó los pantalones de pijama, luego acostó a la criatura, que se agitaba enloquecida, sobre sus rodillas. La mano encontró la carne y golpeó con todas sus fuerzas. Ben gritó más fuerte todavía. La mano implacable, grande y poderosa, golpeó y golpeó.

Basta, dijo su madre. Ya es suficiente. Hay vecinos enfrente. No queremos problemas.

Tiene que saber quién es el amo, agregó el padre, y no fue hasta que le dolió la mano de tanto pegar, que cesó, y se sacó a Ben de sobre las rodillas. Grita ahora si te atreves dijo, levantándose bruscamente.

Boca abajo sobre la cama, agotados sus sollozos, Ben los oyó retirarse. Sintió que desaparecía la vela, y supo que la habitación estaba vacía. Todo era dolor. Trató de mover las piernas, pero el movimiento envió un mensaje de advertencia a su cerebro. El dolor le subió desde las nalgas, a lo largo de la columna, hasta la parte alta de la cabeza.

De sus labios no salió ningún sonido. Sólo lágrimas. Tai vez, si se quedaba bien quieto, el dolor desaparecería. No podía taparse con la frazada y el aire frío lo encontró, agregando su propio dolor sordo.

Poco a poco el dolor fue disminuyendo, las lágrimas se le secaron en la cara. Acostado boca abajo, no pensaba en nada. Había olvidado el motivo de la paliza. Había olvidado la banda de los hermanos, los ladrones, los páramos. Y dentro de un momento, habría nada, vendría la nada.



Despertó bruscamente con todos los sentidos alertas. La luna brillaba a través de una abertura de las cortinas. Al principio, pensó que todo estaba quieto, pero luego, el movimiento en el pasto de afuera le indicó que habían llegado. Estaban allí. Lo supo. Lenta, penosamente, se arrastró en la cama, hasta la ventana. Separó las cortinas. La noche blanca le mostró la maravilla. Allí estaban los ladrones, los señoriales. No eran tal como la mujer los había descrito, sino más hermosos. Un pequeño grupo concentrado en su ofrenda. Se veía a la madre, dos niños, y otra madre un poco más atrás, con una criatura más alta, que jugaba sola. Otros dos corrían en círculo, jugando en la nieve, porque la nieve los había acompañado, volviendo blanco el verde césped. Ese debía ser el padre, observando. Pero no estaba enojado como el padre de Ben: era hermoso como las madres y los niños, hermoso y sabio. Miraba por la ventana. Ya había visto a Ben, y para demostrarle su agradecimiento por la torta que le había dejado, la tocó suavemente y se alejó, dejando que su hijo jugara con ella primero.

Era esa hora de la noche en que nada se mueve. Ben no sabía la hora, pero el instinto le dijo que sus padres hacía mucho que estaban acostados y que todavía faltaban muchas horas para que llegara la mañana. Los miró: eran los páramos, los señoriales. No eran ladrones, no, eran demasiado orgullosos para eso. Comieron delicadamente lo que Ben les diera y no intentaron acercarse a la casa, ni rondar, como dijera la mujer. No hablaban tampoco entre ellos. Se entendían por señas. El padre, que estaba al frente de todos, movió la cabeza. Dejando el alimento, las madres llamaron a sus hijos y todo el grupo se sentó en el pasto, sobre la nieve, a esperar la mañana. Ben pensó que ese supremo desprecio por las casas de dormir era un desdén para con la autoridad. Ellos hacían sus propias leyes.

Se bajó de la cama; sus nalgas y espaldas todavía estaban doloridas, y el frío de la noche lo había endurecido, ya que no pudo cubrirse con las frazadas. Pero empezó a vestirse. Lo hizo lentamente porque todavía no estaba acostumbrado a vestirse solo, pero al fin consideró que estaba listo, aunque se había puesto la tricota de atrás para adelante. Felizmente, sus botas de goma estaban en la cocina. Había sido una de las primeras cosas que desempaquetaron.

Ahora veía bien la habitación porque la luna iluminaba como si fuera de día. No había bultos ni formas extrañas. No era más que un cuarto pequeño y feo. El pestillo de la puerta estaba más alto que su cabeza, y, arrastrando una silla, subió sobre ella para correrlo.

Astutamente, empezó a descender por la estrecha escalera. La cocina todavía estaba a oscuras, pero su intuición lo guió a la piletta y al rincón donde estaban sus botas. Se las puso. La puerta se hallaba entreabierta. La madre, de enojada que estaba, olvidó cerrarla. A propósito, se llevó el último pan, que era para el desayuno. Para abrir la puerta de calle repitió el mismo procedimiento de antes. Aquí también debía correr cerrojos. Si sus padres lo escuchaban, estaba perdido. Bajó de la silla. La puerta estaba abierta. Lo esperaban la blanca noche, la luna benigna y los señoriales, sentados en el césped, que ya no era verde sino de un blanco resplandeciente. Después, haciendo crujir ligeramente la nieve bajo sus botas, Ben tomó por el camino, en puntas de pie, y abrió el portón. El ruido sobresaltó a los que estaban en el césped, una de las madres levantó la cabeza, y, aunque no dijo nada, su movimiento advirtió al padre, que también giró la cabeza. Esperaron hasta ver lo que haría Ben. Tal vez, pensó éste, esperaban más regalos: no habían traído alimentos y aún tenían hambre.

Se dirigió lentamente hacia ellos, tendiendo el pan. La madre se puso de pie y los pequeños también. El movimiento despertó a los otros, y en un momento el pequeño grupo, que se había preparado para dormir, pareció estar nuevamente dispuesto a emprender la marcha. Pero no intentaron sacar el pan de la mano de Ben. Tal vez por delicadeza. Deseaba mostrarles su generosidad, y al mismo tiempo hacer alarde de sus padres, y, partiendo el pan en dos, se dirigió a la más pequeña de las criaturas que no era mucho más

alta que él y le ofreció un trozo. Seguramente entenderían esto. El pequeño páramo se adelantó y tomó el pan observando a Ben mientras lo comía, y luego, con un movimiento de la cabeza, se sacó el cabello de sobre los ojos, porque era salvaje y desaliñado, y miró a su madre. Ella no hizo nada ni tampoco le habló. Animado, Ben le ofreció la otra mitad de pan. Se la aceptó. Su silencio era grato a Ben, por cuanto lo comprendía y compartía con ellos.

La madre tenía el cabello dorado, como su desaliñado hijo, pero el mayor era moreno. Los parentescos eran confusos, porque había otra madre o tal vez una tía muy cerca del padre, y ésa que estaba un poquito más lejos, sin prestar mayor atención a nadie, era seguramente la abuela. Alta y gris, no parecía gustarle mucho la nieve, sino que hubiera preferido quedarse en casa, frente a un buen fuego. Ben se preguntó por qué vagabundeaban siempre. ¿Por qué irían de un lado a otro, en vez de quedarse en casa? No eran ladrones, de eso estaba seguro.

Entonces el padre hizo una señal. Volviéndose, lenta, majestuosamente, inició la marcha por el césped. Los otros lo siguieron. Las criaturas, bailaban contentas de estar nuevamente en marcha. Renqueando, la abuela cerraba la fila. Ben los miró. Luego, volviendo la cabeza, miró la casa dormida. Sus padres no lo querían. Seguiría a los páramos, a los señoriales.

Corrió a través de la nieve crujiente, a la zaga de sus compañeros elegidos. Al oírlo acercarse, la abuela miró por sobre el hombro, pero no pareció importarle. Al contrario, pareció aceptarlo. Ben corrió hasta alcanzar la madre que más le gustaba, la que tenía el cabello dorado y el hijo andrajoso, y cuando estuvo a su lado, ella le hizo una amistosa señal con la cabeza para hacerle ver que ahora formaba parte del grupo. El niño se puso a caminar trabajosamente a su lado. El padre, siempre a la cabeza, se dirigía a las colinas, pero poseía un buen instinto para evitar la nieve profunda. Tomó por un sendero, entre dos hondonadas, y finalmente llegó a un elevado reborde desde donde se veía extenderse el mundo, amplio y lejos, por todas partes. El verde quedó abajo. Pronto se perdió de vista. En este país salvaje, iluminado por la luna, no había casas. Ben se sentía acalorado por la ascensión, y lo mismo sucedía con sus compañeros. El aliento de su respiración subía como humo, en el aire helado.

¿Y ahora? Miraron al padre, esperando órdenes. Éste pareció dudar sobre el camino a seguir. Miró hacia derecha e izquierda. Luego, decidió continuar por el reborde y de nuevo tomó la delantera, con la familia atrás.

Las criaturas se retrasaban un poco porque ya estaban cansadas. Para alentarlas, Ben saltaba de un lado a otro, olvidando su espalda dolorida y rígida. El dolor le hizo lanzar un grito, y el grito sobresaltó a la madre dorada, que mirándolo, le habló. ¿Estaba preguntándole algo? Ben no entendía su lenguaje. Pensó que los ruidos que él hacía con su garganta debieron comunicar a la madre que su espalda estaba rígida, porque ésta pareció tranquilizarse y disminuyó el paso para ponerse a la par. Ben se sintió aliviado. No quería renquear, a la zaga, como la vieja abuela.

Al cabo de un rato el reborde descendió hasta un viejo camino. A ambos lados había montones de nieve y el padre se detuvo allí, como para acampar. Miró a través de la campiña desolada, hacia las colinas distantes, y no se movió. Debía estar pensando muy profundamente, decidió Ben, y no quería hablar con los demás. Las madres andaban de un lado a otro, en círculos, hasta que encontraron un lugar de reposo para las criaturas, en terreno firme, contra un banco de helada nieve. La vieja abuela, descontenta, no podía acomodarse. El aire de la noche era demasiado frío para ella. Ben se preguntó qué haría. Le dolían las piernas y estaba tan cansado como la abuela. Vio cómo los niños se acurrucaban en un retacito de nieve. "Si ellos pueden hacerlo" pensó, "también podré hacerlo yo". Pero ellos están habituados a dormir sobre el suelo y yo no. Entonces, la madre, la que a él le gustaba decidió acostarse al lado de su hijo. Su cuerpo ancho y cómodo recordó a Ben la mujer que les había dado la bienvenida la noche antes, en la casa con los techos a dos aguas. También ella había sido buena. Pero esta madre era hermosa, mucho más hermosa que la suya. Vaciló un momento y luego se acercó y se acurrucó contra ella. ¿Se enojaría?

¿Lo echaría?

No lo miró: ni le habló. Le dejó entrever que podía quedarse allí, contra ella, y recibir su calor. El buen olor de su cuerpo era reconfortante. Él se acercó, apoyó la cabeza contra su hombro, y levantó la mano para acariciar su cabello. Ella agitó suavemente la cabeza y suspiró. Ben cerró los ojos, tranquilizado por el calor, la comodidad, la tierna confianza de la madre, y la seguridad que le daba el padre, vigilando aún las colinas lejanas. Era el guardián de sus hijos, nunca los castigaría. Estos páramos eran todos muy unidos y no una banda como él se imaginara. Eran una familia, una tribu, ligados entre sí. Nunca dejaría a los señoriales.

El sol trepó sobre las colinas, esplendorosamente. Ben abrió los ojos. En un momento, fue pleno día. La vieja abuela ya estaba en movimiento, renqueando de aquí para allá sobre sus piernas rígidas. Su ejemplo hizo avergonzarse a los otros, y se fueron levantando por turno. Los niños lo hicieron de mala gana porque les habría gustado dormir una o dos horas más. Nadie tomó desayuno, y Ben tenía hambre. ¿Qué comerían? El pan que él trajera ya había sido consumido, cuando estaban en el pasto. Intranquilo, recordó que la mujer los había llamado ladrones. Tal vez era cierto, después de todo. ¿Esperarían hasta la noche, y luego bajarían a una aldea, a mendigar pan, o a robarlo? ¿Y los niños? ¿Soportarían todo el día? Ben se paró y empezó a golpear el suelo con los pies para calentarse. Luego, se quedó mirando, atónito. El pequeño andrajoso, que seguramente debía tener la misma edad que él, se estaba alimentando de su madre. ¡Pero solamente los bebés hacían eso! ¿Sería porque los señoriales eran unos vagabundos, que sus costumbres eran tan salvajes? La mamá no se escondía para hacerlo, como hiciera una amiga de su propia madre, en la cocina del fondo, sino que lo hacía al aire libre, ante la vista de todos. Luego, bruscamente, se deshizo de su hijo con un empujón, dándole a entender que ya era suficiente. Comenzó a caminar detrás del padre. Y los demás siguieron como antes y Ben andaba a los tropezones, junto a la madre. Después de todo, si era costumbre de ellos... Si su madre hubiera hecho lo mismo con él... La criatura andrajosa, satisfecha y feliz se le acercó bailando, invitándolo a jugar. Olvidando su hambre, Ben corrió tras él riendo y tirándole del pelo. Corrían en círculos, llamándose. Y el pequeño andrajoso, tal como Ben mismo habría hecho, saltaba hacia atrás, para burlarse de la abuela. Remedaba su renquera, frente a ella, y a nadie la importaba, pensó Ben, nadie le decía que era una grosería.

El sol estaba alto, su calor derretió la nieve. El agudo dolor del hambre volvió al estómago de Ben. No había nada para comer porque los señoriales no le daban nada. Ahogando su timidez, se dirigió a la madre y señaló, diciéndole con el sonido de su garganta, que quería que lo alimentara. Pero ella se alejó. No se lo permitió. Ben comprendió que guardaba su alimento para el hijo.

Siguieron caminando detrás del padre que estaba un poco más adelante, cuando de pronto se detuvo, y volviéndose, llamó a la madre. Hicieron un alto y contestaron su grito. Después, esperaron. Les habían dado instrucciones de no moverse. Se oyó a alguien, que se acercaba corriendo, desde lejos. Sobre la colina apareció otro páramo, desconocido. Al ver al padre se detuvo, y los dos se miraron. La madre, que estaba junto a Ben, murmuró algo a su acompañante y el grupo formó un pequeño círculo, preguntándose lo que haría el padre.

Ben observaba, aprehensivo. No le gustaba la expresión amenazante del extraño. El recién llegado avanzó de nuevo, y, de pronto, sin previo aviso, se arrojó sobre el padre. Los dos comenzaron a luchar en la nieve, ferozmente, sin armas. El padre vigilante se había convertido de pronto en un salvaje. Todo fue un revuelo de ira, de golpear los pies, de ahogar sollozos. Las madres se apretujaron en busca de consuelo. Ben estaba en medio de ellas. Su miedo despertó el propio y empezó a llorar de nuevo, recordando a su propio padre enojado. ¿Es que nunca terminaría la batalla? Pero, de pronto, ésta terminó. El resultado fue espantoso. Porque el padre, el buen guía que los vigilara toda la noche, comenzó a correr. No hacia su propia familia, las madres y los niños, sino alejándose, a través de la nieve, hacia las colinas distantes. Tenía miedo del extraño. El extraño lo había vencido. Ben vio aparecer sobre la nieve una roja huella de sangre.

Tendió la mano y tocó a la madre. Intentó decirle que debían seguir al padre herido,

al guía, pero ella se alejó, estremeciéndose con impaciencia. Miraba al conquistador. Lentamente, éste se acercó hacia ellos. Ben se encogió, apretándose contra el hijo andrajoso, que, seguramente, estaba tan excitado como él. La abuela se alejó, disgustada. No quería tener nada que ver con esto. Entonces, la madre, la hermosa madre dorada junto a la cual Ben había dormido, se acercó pausadamente al extraño, y Ben comprendió, por la manera con que ella lo tocaba, que lo reconocía como guía. Desde ahora en adelante él sería el padre. ¿Y si eso sucedía en su propia casa? ¿Si el vecino viniera a pelear con su padre y, derrotándolo, lo hiciera huir? ¿Le importaría a su madre? ¿Se iría con el vecino?

Ben esperó, observando. El extraño que tenía el pelo castaño y era menos gracioso que el padre derrotado, pero más joven, levantó la cabeza haciendo señas a las madres para que lo siguieran. Mansamente, sin decir una palabra, lo obedecieron, seguidos de las criaturas. Solamente la abuela miró hacia atrás a través de la nieve. A la distancia, se veía aún la figura borrosa del guía derrotado, perdido y solitario.

La batalla había terminado. El día siguió como antes. Caminando junto a sus compañeros a través de la nieve, Ben se acostumbró al nuevo padre, al nuevo guía. Al llegar la tarde era como si siempre hubiera sido su conductor. Tal vez se trataba de algún pariente, del tío... Nunca se sabe qué costumbres tienen los páramos.

El sol recorrió el cielo y comenzó a hundirse del otro lado de las colinas. El grupo se detuvo otra vez y el padre nuevo, que no era tan vigilante como el otro, empezó a dar vueltas alrededor de la otra madre, la tía, que parecía gustarle más. No se quedó vigilando como el primero había hecho. Murmuraron, compartiendo algún secreto, y, cuando uno de los niños corrió a reunírseles, el padre nuevo lo alejó. No iba a ser de tan buen carácter como el otro.

Ben se sentía debilitado por el hambre. Se acercó a la madre que él conocía, la del hijo andrajoso, y esta vez ella tuvo paciencia mientras él trató de alimentarse. No lo empujó, sino que le permitió quedarse. Ben consiguió tomar un poco, pero era difícil. No estaba seguro de sí mismo y se sentía muy torpe. Al cabo de un momento la madre se movió, y luego, tal como hiciera la noche anterior, se acomodó en la nieve con su hijo; Ben se acostó al lado de ella. Los otros esperaban, pero Ben ya había cerrado los ojos, con la cabeza otra vez en el hombro de la madre, la mano en sus cabellos, y no supo, en realidad, qué es lo que estaban haciendo los demás. Ni tampoco le importaba, ya que todo lo que quería era sentirse abrigado y protegido y amado por aquella a quien quería.

Los gritos hicieron poner de pie a todo el grupo. Asustado, Ben se restregó los ojos. La luna brillaba plenamente. Corriendo hacia ellos, a través de la nieve, avanzaba una multitud de hombres armados de palos. Su padre estaba entre ellos, y todos gritaban y vociferaban amenazando con sus palos a los señoriales.

Esta vez no hubo batalla. El guía corrió. Y tras él, galoparon las madres, las criaturas, la vieja abuela. Huyeron velozmente bajo la luz de la luna, a través de la nieve helada. Abandonado por su madre, la yegua baya, abandonado por sus hermanos, los páramos, los señoriales, Ben lanzó un gran grito. Oyó como el grito le destrozaba el pecho: "¡¡No... No... No... !! gritó por primera y última vez", y cayó boca abajo, sobre la nieve.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de enero de 1961,  
en los Talleres Gráficos de la Editorial de Ediciones Selectas,  
Perú 1186 – Buenos Aires, República Argentina.